f. 12, 1054

CURSOS y CONFERENCIAS

DESPLEGADO

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

SUMARIO

Lisandro DE LA TORRE. — Grandeza y decadencia del fascismo.

Diego Luis MOLINARI. — Jorge Canning y la Doctrina Monroe.

María de MAEZTU. — Pestalozzi y su idea del hombre.

J. IMBELLONI. — El poblamiento primitivo de América.

Leopoldo HURTADO. — Espacio y tiempo en las formas del arte actual: III.

Aníbal SANCHEZ REULET. — El pensamiento de Ortega y Gasset: IV.

José Luis ROMERO. — El Estado y las facciones en la antigüedad: II.

Julio E. PAYRO. — Alfredo Guttero. Su vida y su obra.

Erwin LEUCHTER. — La Música, expresión de la vida humana.

Alfredo CAHN. — Descubrimiento espiritual de América.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO VI — NUM. 9-10 — VOLUMEN XII

DICIEMBRE DE 1937
ENERO DE 1938

DESPLEGADO

CANGALLO 1372
BUENOS AIRES

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, $ 12.— — NUMERO SUELTO, $ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372
BUENOS AIRES - ARGENTINA

COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

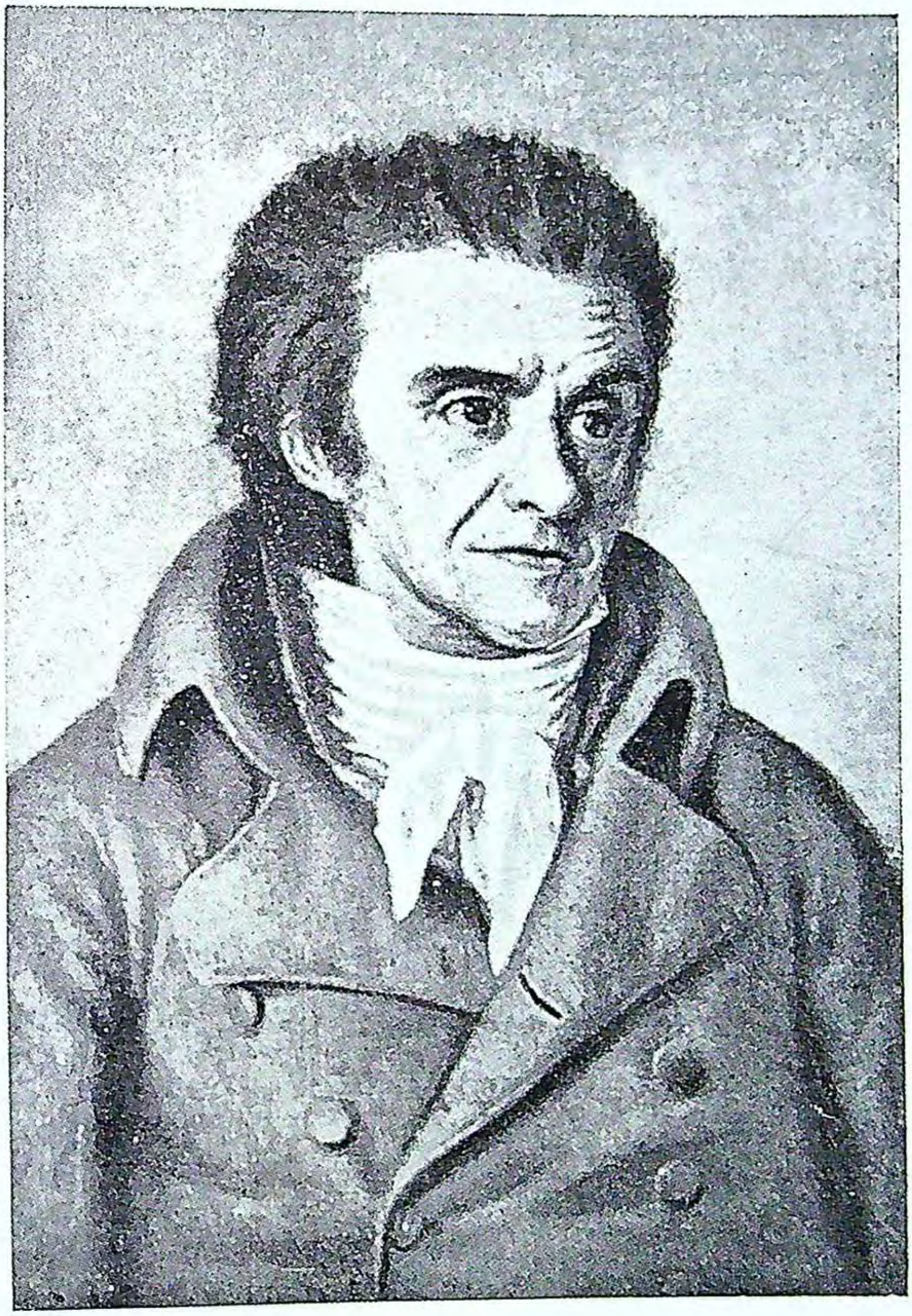
Contar con un conjunto de cátedras libres, de materias incluídas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollen puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecer su cátedra a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizar conferencias aisladas y fomentar trabajos monográficos e investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Retrato por A. Schoner.

JUAN ENRIQUE PESTALOZZI
1746 - 1827

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CURSOS Y CONFERENCIAS

AÑO IV—Nos. 9-10
VOLUMEN XII
EDICION DE
SETIEMBRE 1938
BUENOS AIRES

Grandeza y decadencia del fascismo

Por LISANDRO DE LA TORRE

Conferencia pronunciada en el Colegio el 26 de Agosto de 1938.

La ofensiva violenta que soportarían en breve las instituciones democráticas, apenas se entreveía antes de la guerra mundial.

En realidad la democracia y el parlamentarismo no habían llegado a la perfección en materia de gobierno. La instabilidad de los gabinetes, la proliferación de los partidos y la dificultad de equilibrar los presupuestos, se complicaban en los primeros años del siglo, con los conflictos sociales cada vez más complejos y graves, pero, asimismo, no se acreditaban en la teoría ni en la práctica, nuevas creaciones institucionales capaces de producir mejores resultados.

Los males o deficiencias de una realidad evidente, aparecían como efectos inevitables de la imperfección inherente a todo lo humano y se creía haber llegado a la posesión de lo mejor dentro de lo posible. Mirando hacia el pasado se notaba, en casi todos los aspectos de la vida, un mejoramiento indudable. No existían motivos fundamentales para desesperar definitivamente del porvenir.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La post-guerra cambió esa situación. Surgió el fascismo y proclamó categóricamente la impotencia del liberalismo político

para afrontar las nuevas condiciones del mundo. Anunció su muerte ineludible y próxima.

La nueva mística fué recibida con incredulidad general, considerándosela una concepción efímera explicable en su mayor parte por la situación especial de los países de donde provenía: Italia, defraudada en sus esperanzas por la exigüidad de las adquisiciones territoriales que le otorgó el tratado de Versailles y Alemania puesta, sin piedad, bajo la ley del vencedor.

Este modo, demasiado simple, de plantear una cuestión compleja, contenía una pequeña parte de verdad y otra más considerable de error.

Era verdad que en Alemania y en Italia había fermentado la levadura de los agravios recibidos, pero el torrente despeñado captaba también sus aguas en otras fuentes más turbias, arrastrando su onda avasalladora materiales imponentes.

De ahí que las predicciones acerca de la desaparición rápida de la nueva doctrina no se cumplieran. Por el contrario, cobró insospechada importancia, y su simiente, lanzada a todos los vientos, empezó a germinar esporádicamente en tierras extrañas.

Tanto el fascismo italiano como el nacional socialismo alemán, aparecido después, incluían en sus programas reivindicaciones trascendentales de carácter social, tan trascendentales, por lo menos, como las reivindicaciones políticas e internacionales consideradas erróneamente en el exterior, sus finalidades únicas. La burguesía de occidente se había formado en los primeros tiempos, ideas tan confusas que esperaba encontrar aliados providenciales en el fascismo y el nacional socialismo para defender los intereses capitalistas. Sin embargo, Italia se había apresurado a reconocer fraternalmente a la U. R. S. S. y había celebrado con ella un tratado comercial.

La política es un juego que permite a los hábiles y a los audaces burlarse de los ingenuos. Mussolini y Hitler, con sagacidad refinada, se proclamaron enemigos a muerte del bolcheviquismo, en tanto ajustaban los engranajes de sus dictaduras siguiendo en sus grandes líneas el modelo de la máquina soviética. La simulación tuvo un éxito como pocas veces se ha visto en una empresa política.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La burguesía al oir en los labios de Mussolini y de Hitler sus

propias fulminaciones contra la dictadura del proletariado, les acordó su simpatía. No quiso atribuir importancia ni a las manifestaciones verbales ni a los hechos inequívocos que las contradecían y prefirió hacerse la ilusión de creer que si existían contradicciones verbales o de hecho, se resolverían más adelante, en contra de la clase proletaria y en favor de la clase burguesa.

La actitud ambigua de Italia al reconocer a la república de los Soviets y al celebrar con ella un tratado de comercio, tampoco impidió que prosperara la creencia en el horror profundo que Mussolini decía sentir por el bolcheviquismo y consideraron como no pronunciada la frase de Hitler consignada en "Mein Kampf" anunciadora de que la juventud alemana "asistirá al fin del mundo burgués", frase coincidente con la de Mussolini cuando en tiempos muy cercanos había dicho: "si la burguesía cree hallar en nosotros pararrayos, se equivoca; nosotros debemos ir al encuentro de los trabajadores".

LA INCOGNITA

Desde aquellos días iniciales ha corrido mucha agua bajo los puentes y ya no es posible marchar a ciegas por un camino que oculta toda clase de sorpresas.

¿A dónde conduce el fascismo? ¿Es un movimiento principalmente político o es un movimiento principalmente social? En el segundo caso, ¿es una doctrina que da una nueva forma al sistema capitalista o es una simple variante del comunismo soviético, habilmente disfrazada? ¿Es un esfuerzo triunfal, o es una aventura cuyo fracaso revelan hechos visibles?

Antes de avanzar en este análisis, recordemos que las evoluciones sociales y políticas se desarrollan a veces, con tanta mayor lentitud cuanto más honda es la transformación que operan y es común ver que los aspectos más visibles de inmediato, deslumbren al espectador y oculten tras de una cortina de humo, otros aspectos substanciales que, andando el tiempo, serán más duraderos y más fecundos en consecuencias.

Un fenómeno de esa clase produjeron al tiempo de su aparición el fascismo y el nacional socialismo, dando lugar a una gran confusión de nociones. Aspectos secundarios se tomaron por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la esencia misma de la doctrina. Así, por ejemplo, el restablecimiento inmediato y definitivo del orden interno en Italia, en momentos en que parecía precipitada en el caos, causó un deslumbramiento sólo comparable al que produjo después la unificación del pueblo alemán en el propósito incontenible de hacer trizas el tratado de Versailles. Creyeron los impresionistas haber encontrado en el despotismo el secreto de la eficacia en el gobierno y se entregaron en tropel, al endiosamiento de las dictaduras.

Los desafíos altaneros del rearme, la ocupación de la margen derecha del Rhin, la conquista de Abisinia y muchos otros hechos fascinantes entre los cuales podría figurar como el broche de oro la anexión reciente de Austria, aumentaron el embeleso. Al mismo tiempo, del lado opuesto, más allá de los Vosgos, más allá de la Mancha, más allá del mar Atlántico, naciones poderosas soportaban humillaciones crueles, con resignación nunca vista.

El gobierno autocrático y la política de fuerza arrollaban cuantos obstáculos se les oponían y las apariencias triunfales no dejaban ver que esa política podía preparar un gran desencanto final y horas sombrías a las naciones que la habían implantado.

Contribuía a dar realce a los éxitos ruidosos el relieve extraordinario de las dos figuras centrales: Mussolini y Hitler.

MUSSOLINI

La palabra genio se ha empleado muchas veces en honor del primero y su fortuna ha sido prodigiosa. Domina los acontecimientos y los encuadra en su interés. Cuando se juega la suerte de sus concepciones ningún escrúpulo lo detiene. Persigue la gloria, la grandeza y la expansión de Italia y su propia gloria personal.

La hipertrofia del yo es la más característica de sus tendencias psicológicas. Con toda la apostura de un patriota, de un gran italiano, su vanidad puede haber sido antepuesta muchas veces, a los intereses que gobierna, y en su pretendida construcción de una nueva sociedad, se ve antes a un megalómano que a un verdadero reformador.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El cumplimiento de su palabra, la vida de los hombres, la consecuencia con los principios profesados públicamente, son con-

sideraciones que desprecia si de su respeto dependiera el destino de su política y de su país.

De ahí sus contradicciones continuas. En su juventud, llevaba siempre en el bolsillo el retrato de Carlos Marx, maestro e ídolo, y hoy, sin haber cambiado probablemente de convicciones íntimas, proclama la oposición irreductible entre el fascismo y el marxismo ortodoxo; halaga a los obreros con declaraciones y hechos promisorios y al mismo tiempo disuelve sus sindicatos gremiales y proscribe el derecho a la huelga; impone a los patrones la obligación de pagar salarios fijados por el gobierno, pero, a poco andar, reduce los salarios; detesta a los aristócratas, pero se vale de ellos para consolidar y decorar su gobierno; no tiene creencias religiosas, y antes combatió rudamente a la Iglesia, pero cuando ésta se alía a él le otorga influencia, posiciones y dinero; desde las columnas del "Avanti" fulmina la guerra de Libia y hace después la guerra de conquista de Etiopía; funda y dirige un diario llamado "La Lucha de Clases" y hoy condena la lucha de clases y fusila a los que la predican; amenaza al capitalismo desde sus primeros pasos y consigue tener a su servicio al banquero Morgan para colocar empréstitos fascistas, como Hitler tuvo al industrial Thyssen; no se ha divorciado de su mujer Raquel Guidi, ex obrera, —aunque la tuvo soterrada mucho tiempo en Milán— pero le complace que su hija Edda adorne la portezuela de su automóvil con una corona condal, y el conde consorte es nombrado ministro de Relaciones Exteriores con olvido de aquella elevada máxima que practicaba Sarmiento, "el nepotismo es vicio de Papas y no de hombres de pró"; salvó de la ruina a la monarquía de Italia, pero si el destino le reservara la victoria en una guerra europea se coronaría emperador, como el corso que lo deslumbra.

Carece de la gravedad de actitudes de los estadistas ingleses. Es espectacular hasta el ridículo. Estudia sus posturas: hincha el pecho, salta los ojos, deforma la boca, desnuda el torso. Cuando aparece en esas actitudes en las cintas cinematográficas, fuera de Italia, estalla la risa. Nadie rió jamás de Napoleón. En las fotografías disimula su pequeña talla colocando a su lado personas de baja estatura.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los hechos grandiosos abundan en su actuación, pero su vanidad delirante no le permite vivir en el silencio. Su permanente

exaltación, su actividad a veces pueril, traicionan a cada instante su fondo morboso. Sería de desear que el temperamento de actor que lo domina sea lo más trascendental que legue a la historia.

Mezclado todo, el condotiero alarma incesantemente al mundo.

HITLER

Hitler no es un genio, y sin embargo su ascendiente mundial es quizás mayor que el de Mussolini. Simula ser un enviado de la providencia divina y no cree en lo más mínimo en la providencia divina. De costumbres sobrias, de gustos sencillos, de escasa ilustración, cultor de Wagner, pintor de muy malos cuadros, usa con amplitud de una oratoria que es su fuerza, porque hiere profundamente la sensibilidad popular. El día en que dijo: "Sé que no coméis manteca, yo tampoco la como, y las botas que tengo puestas llevan un año en mis pies", poco faltó para que lloraran a mares todos los obreros y todas las "gretchen" de Alemania.

En el momento propicio supo discernir con agudeza genial —sin tener genio— los anhelos nacionales y se hizo el caudillo de la revancha. La anulación del tratado de Versailles, la reconstrucción del ejército, el rearme sin límites y sin precedentes, el nacionalismo furioso, el germanismo, el antisemitismo y el anticatolicismo implacables, con miras a la unificación material y mental de Alemania, y el mejoramiento de la clase obrera, constituyeron los principios cardinales que lo llevaron al poder.

El 30 de Junio de 1934 asesinó fríamente, a 75 alemanes, entre ellos Roehm, su amigo íntimo, a quien tanto debía, el ex-canciller von Schleicher y varios generales y coroneles en situación de obstaculizarle que recogiera la herencia de Hindenburg moribundo.

Cree en la eficacia del terror como instrumento de gobierno y ha colocado en puestos dirigentes a hombres de la peor estofa moral, cuando le han parecido capaces, y sobre todo, adictos a su persona. Ha encarcelado 300.000 adversarios, ejecutado por motivos fútiles centenares, enviado 50.000 a los campos de concentración y esterilizado 15.000.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Piensa como Mussolini que ningún escrúpulo moral es digno de respeto si dificulta la ejecución de un plan.

Prepara en silencio sus actos de gobierno. Se sabe lo que va a hacer cuando ha empezado la ejecución. La implantación del servicio militar obligatorio y la ocupación del Rhin cayeron como bombas en la Europa desprevenida y tres días antes de la anexión de Austria nadie la sospechaba. En el día de hoy tampoco sabe nadie si las maniobras fantásticas que han comenzado, son una simple exhibición de fuerza, costosa e inútil, o el principio de la invasión de Checoeslovaquia.

Pero hay un hecho cierto y es que dos hombres que en su juventud se ganaban la vida pintando puertas el uno y revocando paredes el otro, tienen en sus manos la posibilidad de arrojar a la humanidad en la más espantosa carnicería de la historia.

LA VISION DE LA GUERRA

Un punto de vista sustancial y previo a todo, es el de que la realización de los ensueños de grandeza fascista depende por completo, de que una guerra victoriosa entregue a sus dictadores el dominio del mundo.

Cuando las naciones occidentales se vieron colocadas ante semejante amenaza atendieron más al aspecto imperialista y político del fascismo que a su aspecto económico y social. Los mismos dictadores lo relegaban a segundo plano mediante la condenación reiterada del comunismo ruso y el anuncio de que la conquista de Ucrania entraba en el número de los propósitos a cumplir.

La inquietud que cundió no fué de índole social sino en pequeña proporción. Era, ante todo, la expresión del pavor que suscitaba la idea de una nueva guerra, esta vez sin cuartel. Preocupaba también, pero en segundo término, el descrédito que se arrojaba sobre las instituciones libres en el afán de endiosar a las dictaduras.

La carrera de los armamentos había sido iniciada por las naciones fascistas y siempre ha sido el armamentismo el principio de las guerras.

Esta situación va cambiando afortunadamente. Hasta hace poco más de un año la guerra parecía inevitable. Yo creía en ella. Hoy en vista de las enseñanzas que proporcionan las campañas de China y de España, la guerra general parece un imposible.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sería aventurado conjeturar si hace dos años Alemania e

Italia pudieron emprender una guerra victoriosa contra Francia e Inglaterra, que habrían sido apoyadas por Rusia y Checoslovaquia. Me inclino a pensar que no, y que su actitud fué aconsejada por una oportuna cordura. Pero, ya sea que procedieran errónea o acertadamente, ha pasado la ocasión de encontrar a Inglaterra desarmada y no volverá a presentarse.

La guerra moderna ha cambiado de características y ya no basta un capitán de genio para aniquilar ejércitos superiores al propio. Desde las trincheras del Aisne, que la técnica militar no había previsto, se podía ver ya en 1914, la magnitud de la transformación. Hoy la evidencia es tal que no se explicaría un error.

El coeficiente ofensivo de los armamentos modernos rinde sus mayores frutos aplicado a la defensiva y a igualdad de material y de efectivos la lucha entre dos ejércitos se inmoviliza a lo largo de posiciones inexpugnables. La guerra se vuelve interminable y no es a eso a lo que aspiraría la megalomanía fascista. Soñar ahora con victorias fulminantes acusaría demencia. Aun allí donde existe superioridad de material en favor del atacante, el avance se mide por metros. Es tan espantoso el estrago que causan los armamentos modernos, que quizás haya desaparecido ya la posibilidad de que una nación bien armada, pueda ser vencida por otra nación bien armada.

¿Se quiere un desequilibrio de material bélico más pronunciado que el existente en la guerra de España? El ejército rebelde, conjunto singular de españoles, marroquíes, italianos y alemanes, pone en línea de batalla centenares de cañones y de aviones contra elementos infinitamente menores del legítimo gobierno español y cuando logra avanzar es a costa de enormes pérdidas.

Análogo espectáculo ofrece China. Jamás sobre el papel pareció más fácil una guerra a los críticos, jamás un "paseo militar" fué más irreprochablemente preparado. El Japón, pueblo guerrero, disponía de un ejército formidable y China, pueblo de un pacifismo tradicional, tenía un ejército pequeño y anarquizado. El Japón poseía armamentos copiosos y una aviación estupenda que eran la última palabra del arte de matar, y China, en el momento de abrirse las hostilidades, carecía de todo. Entretanto, ha pasado ya un año y el resultado de las operaciones no corresponde a los cálculos del invasor. El Japón desangrado y exhausto, vacías ya las arcas de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su tesoro, entrevé con horror una retirada que no sería menos trágica que la tremenda retirada de Rusia. ¡Dura y justiciera encio compasivo desde las almenas de sus fortalezas!

Y el Japón puede comunicarse con el exterior por el mar y recibir auxilio hasta de las mismas naciones democráticas que condenan enfáticamente su política invasora. El Japón bombardea las ciudades chinas, como Franco las españolas, con la nafta que le venden los Estados Unidos y adquiere infinidad de artículos y materias primas en Inglaterra y en los dominios británicos. Australia acaba de venderle su cosecha de lana recibiendo en pago manufacturas japonesas de algodón y así sucesivamente. Alemania e Italia, disparado el primer cañonazo de una guerra general, se verían bloqueadas por todo el tiempo de su duración. ¡Qué negra perspectiva si se eternizara la guerra!

Es verosímil además, que Alemania e Italia no lucharían sólo con Francia e Inglaterra. La U. R. S. S. que acaba de hacer sentir su presencia en el Oriente echando su espada en el platillo de la balanza para inclinarla en favor de China, no procedería de otro modo en Occidente.

Puestos en marcha esos factores, no es difícil pronosticar el desarrollo de las operaciones. Probablemente se establecería una línea inexpugnable a lo largo del Rhin, otra en las pendientes de los Alpes y otra en el frente occidental guarnecido por Rusia y Checoslovaquia, y Hitler y Mussolini se morirían de viejos antes de romperlas. Eso es lo probable.

No computemos a los Estados Unidos, aun cuando lo verosímil sea que sin tomar participación directa como en la guerra pasada ayuden a las naciones adversas a las dictaduras fascistas, ya que éstas, al perturbar constantemente al mundo, lesionan los intereses norteamericanos.

A medida que se complete el rearme de Inglaterra ha de verse cómo baja el diapasón la presuntuosidad fascista y el mundo reposará ¡por fin! de la pesadilla que lo tiene sobrecogido. Cuando eso suceda el fascismo y el nacional socialismo volverán a la realidad y se les presentará el problema de satisfacer a la opinión interna deslumbrada hasta hoy por el esplendor y el estrépito de los éxitos exteriores. No lo podrán hacer, porque el esfuerzo ar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mamentista ha agotado la potencia económica de Alemania e Italia.

He dicho agotado y no exagero; ellos mismos confiesan y se alaban de que han renunciado a comer manteca en la proporción necesaria con tal de adquirir cañones. Las naciones democráticas tienen cañones y comen manteca.

No llegan, empero, Alemania e Italia a la guerra efectiva, sino a las maniobras, que son una parodia de la guerra, como los soldados de plomo son una parodia de los de carne y hueso; pero ha bastado que el aparato bélico sensacional del Reich se haya revelado bajo la forma de la movilización de 1.400.000 soldados, para que un estremecimiento sacudiera el mundo. Tal es el poder de sugestión del fascismo guerrero. No es inverosímil, sin embargo, que el espectáculo a que asistimos se produzca por última vez y que estas maniobras de otoño, sean en su magnificencia el entierro de primera de la política de amenazas y de provocaciones alevosas.

La humillación de Inglaterra y de la Liga de las Naciones durante la guerra de Abisinia, la anulación arrogante y unilateral del tratado de Versailles, la ocupación del Rhin, la anexión de Austria, la participación impávida de Alemania e Italia en la rebelión española, el bombardeo impune en aguas del Mediterráneo de 80 barcos mercantes de bandera inglesa por aviones y aviadores enviados por Hitler y Mussolini, la burla de la "no intervención" y de sus convenios y el menosprecio del reciente tratado que el confiado Chamberlain propuso a Italia, señalan el apogeo de la arrogancia y de la grandeza fascista, explicado por el temor de los países democráticos a provocar una guerra.

EL ASPECTO SOCIAL DEL FASCISMO

Pero todo anuncia hoy la declinación de ese temor y cuando eso ocurra —y ocurrirá fatalmente— la política interna del fascismo y su aspecto socialista olvidados por la burguesía de los países occidentales, aparecerán en toda su importancia y no deberá causar sorpresa si suscitan inquietudes análogas a los temores que antes causaba el anuncio de la guerra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para las dictaduras del tipo fascista y nacional socialista es

condición de vida el apoyo fervoroso de una masa popular deslumbrada por hazañas extraordinarias, y por eso, sus empresas exteriores han sido determinadas siempre por la necesidad de acrecentar el entusiasmo público; pero llegado el día en que el espejismo de la guerra victoriosa haya mostrado su vanidad, el pueblo italiano y el pueblo alemán habrán de hacer el balance —¡forzosamente trágico!— de lo que han ganado y de lo que han perdido bajo el régimen dictatorial y ese momento será histórico.

Alemania e Italia forzando su economía hasta lo indecible, se han creado situaciones internas cuya única salida es la guerra. Aceptadas hasta hoy en el concepto de sacrificios transitorios a recompensar, habrá que ver si esas situaciones condicionales pueden convertirse en un régimen definitivo, sin recompensas.

Es entonces cuando los programas nazista y fascista proclamarán la guerra a la burguesía y al capitalismo a falta de la guerra con Francia y con Inglaterra y de la fabulosa conquista de Ucrania. En las horas aciagas la adhesión del mayor número sólo puede conseguirse en la medida en que se satisfacen las aspiraciones e intereses del mayor número. Subirá a la superficie, cuando eso ocurra, lo que hasta ahora figuraba en segundo plano y lo probable es que el nacional socialismo alemán y el fascismo italiano asuman en el orden económico y social, el carácter de verdaderos comunismos.

Este propósito es menos conjetural de lo que puede parecer, porqué además de concordar con el carácter inicial de ambos movimientos ha sido ratificado por actos posteriores que le dan una fuerza formidable de convicción.

El régimen fiscal existente en Alemania e Italia ha sometido ya al capitalismo al contralor del Estado. La libertad de trabajar que antes imperaba, ha desaparecido. Unas industrias han sido nacionalizadas y otras intervenidas en tal forma, que sólo una pequeña parte de los beneficios que realizan llega a poder de los dueños nominales del capital. Con la propiedad territorial sucede otro tanto; toda la tierra debe ser trabajada —principio excelente— pero el propietario sembrará lo que el Estado permita o disponga que siembre y deberá abonar impuestos casi confiscatorios de la renta. Iguales restricciones pesan sobre los valores mobiliarios; un rentista puede creerse tal, cuando revisa las boletas de sus depó-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sitos bancarios, pero no puede disponer de ellos sino en la medida en que el Estado quiera, al establecer la suma mensual de que el depositante puede disponer para sus gastos; y también puede ocurrir que el Estado confisque los depósitos en efectivo (lo ha hecho con los de las Cajas de Ahorro) y los substituya con títulos de la deuda pública, cuyos intereses dejará de pagar algún día, si el curso de los déficit sigue como en la actualidad.

La masa proletaria, testigo de la situación que los compañeros Hitler y Mussolini han creado a los ricos, sonríe y se manifiesta identificada con ellos, no obstante la destrucción de sus sindicatos. No es que se sienta satisfecha en medio de una situación angustiosa ¡qué se va a sentir! pero la estima transitoria, pues cuenta todavía con que la guerra hará pronto de Alemania e Italia naciones opulentas. Además, en los conflictos con los patrones Hitler y Mussolini estarán con los obreros. Esta confianza, sobre todo en Alemania respecto de Hitler, es absoluta y él hace lo posible por robustecerla.

Existe, a pesar de tanta adhesión popular, una censura rigurosa. Si no hubieran desaparecido las libertades de palabra, de prensa y de reunión, y si el parlamento no existiera sólo de nombre, el descontento de unos o de otros, podría expresarse. El silencio forzado no implica la conformidad eterna.

Las dictaduras fascistas saben a que atenerse a este respecto y no están ociosas. Con ritmo lento, pero no por eso menos efectivo, van desarticulando la estructura histórica del capitalismo particular y aboliendo de hecho sus privilegios.

EL QUE NO TRABAJA NO COME

Hitler acaba de dar dos decretos de la mayor importancia desde este punto de vista y si no han tenido toda la repercusión que merecen es porque la burguesía occidental no quiere poner en evidencia la socialización, cada vez mayor, de Alemania e Italia, bajo el fascismo. Guarda un silencio ingenuo, que es la expresión de su miedo, como el avestruz esconde la cabeza para no ver.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El primero de esos dos decretos ha establecido la obligatoriedad del trabajo personal, sin distinción de clases ni de personas. El Estado puede ordenar a cualquier habitante que des-

empeñe tal o cual tarea y el conminado incurrirá en graves penas si no obedece.

De una plumada, Hitler ha destruído el privilegio más típico de las clases acaudaladas, el privilegio de vivir de rentas.

Hace dos mil años el mundo oyó a Pablo de Tarso sentar el principio de que "el que no trabaja no debe comer". Ahí quedó la máxima inserta en las Epístolas, en la categoría de simple principio teórico, como tantos otros principios teóricos del Evangelio que la Iglesia católica no cumple. Fué necesario que se produjera la revolución rusa para que la máxima de San Pablo fuera restaurada en un artículo de la Constitución soviética que la reproduce.

Quiere decir entonces, que el reciente decreto de Hitler que destruye el más típico privilegio capitalista es de naturaleza comunista, por más que Hitler siga despotricando verbalmente contra el comunismo ruso y firme pactos aparatosos con Italia y el Japón para detener su avance.

Demás está decir que en Alemania, como en todas partes, sólo hay obreros que no trabajan cuando no encuentran ocupación. Si el estado alemán pretende que en su territorio, debido al progreso estupendo del país —o mejor dicho a las maniobras próximas y al aumento fabuloso de la producción de material bélico— faltan brazos a la industria y dispone tomarlos donde los encuentre, no se necesita ser muy perspicaz para comprender que los tomará de las filas de la burguesía y de la nobleza, únicas entidades en las que abundan los que no trabajan, porque, hasta hoy, fuera de Rusia, tenían el derecho de no trabajar.

LA CONFISCACION POR MEDIO DEL IMPUESTO

El otro decreto, menos comunista en la forma, por cuanto parte de la existencia de sociedades anónimas particulares que explotan ramos comerciales o industriales, es igualmente comunista en el fondo, pues tiende a anular los beneficios de la explotación particular de esos ramos comerciales o industriales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Me estoy refiriendo al decreto del mes pasado que aumentó en un 30 % el impuesto que pagan las sociedades anónimas, lo

que hará ascender la recaudación por el concepto antedicho en 500 millones de marcos.

Medidas de esta clase nada parecen decir a los burgueses de fuera de Alemania que creyeron encontrar en el nacional socialismo alemán una valla opuesta al comunismo.

¿Cómo no ven que si el Estado se apodera de toda la riqueza, tanto da que lo haga por medio de la confiscación o por medio del impuesto?

Mussolini marcha por la misma senda y no contento con haber nacionalizado o intervenido las industrias, los bancos, y la tierra, ha establecido por decreto un impuesto sobre el capital. De primera intención impuso un gravamen del 10 % al de todas las sociedades. Aparecieron, en abundancia, industriales y comerciantes en situación tan precaria debido a los anteriores avances del Estado sobre la fortuna privada, que carecían de fondos para abonar el nuevo impuesto. Mussolini no retrocedió por eso, y el banco de estado ofreció en préstamo las sumas necesarias, con las debidas garantías y el 5 % de interés, y los comerciantes e industriales antes de verse expuestos a una ejecución judicial o a ir a la cárcel, contrajeron las deudas y las servirán, si pueden, en los plazos establecidos.

¿No ve la burguesía cómo se conmueve en sus cimientos el edificio que esperaba ver amparado por la férrea tutela del fascismo?

Y si las disposiciones de esa clase atacan y destruyen el fondo de la organización capitalista, tampoco queda indemne la forma.

En Aprilia, Mussolini, subido a la plataforma de una trilladora, el torso desnudo bajo el sol tórrido, dió la voz de mando inicial, al grito de "camarada maquinista, en marcha!"

¡Camarada maquinista! La burguesía no ha querido dar trascendencia a una actitud calculada para molestarla, fingiendo que la encuentra tan sólo teatral y de mal gusto. ¡Cuidado con el engaño! El grito de Aprilia anticipa que, al tenderse algún día las líneas, el jefe de estado que habla así a los proletarios, estará con ellos, con los "camaradas" contra los privilegiados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El régimen soviético, el fascista y el nacional socialista resultan pues, en relación con el capitalismo, fundamentalmente se-

mejantes, aunque se diferencien en la forma y en los métodos elegidos para consumar la transformación económica y social en marcha. En Rusia la revolución fué fulminante y total; en Italia y Alemania, la revolución es lenta y mantiene en parte la estructura social y económica anterior, no para salvarla, sino para anestesiar temporalmente al paciente.

En Rusia se suprimieron las clases sociales, y en Italia y Alemania se conservaron; pero como las clases sociales deben su existencia a la desigualdad de las fortunas y a la posibilidad de verse un determinado número de personas exento de la obligación de trabajar, el empobrecimiento paulatino de la burguesía que se está consumando en ambos países y la obligación de trabajar, sin distinción de clases ni personas, que ya se ha establecido en Alemania, borrarán las diferencias y se habrá cumplido la profecía de Hitler: al influjo de las ideas fascistas y nacional socialistas "la juventud asistirá al fin del mundo burgués".

La burguesía sólo ve venir el peligro del lado de Rusia. "Altro" que Rusia". Es posible que en breve plazo sólo les falte a Hitler y Mussolini decidir si el filet de burgués ha de comerse en "chocroute" o con pasta de "pomidoro".

En un documento reciente el Papa ha señalado la analogía de los procedimientos de Hitler y del bolcheviquismo. Me complace coincidir con esa opinión.

LAS DEMOCRACIAS PLUTOCRATICAS

En el discurso de Aprilia, Mussolini, aludiendo a Inglaterra, Estados Unidos y Francia les llamó "democracias plutocráticas". La expresión es de vasto alcance, por más que los aludidos hayan guardado silencio. El desconcertante actor italiano al designarlas así, se propuso atraer la atención de los proletarios del mundo, sobre una situación singular: las grandes naciones que se pretenden democráticas y respetan las libertades políticas que las dictaduras fascistas han suprimido, mantienen rigurosamente, la estructura económica y social capitalista que las dictaduras fascistas destruyen en beneficio de los trabajadores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No trato de dilucidar aquí —necesitaría mucho tiempo para hacerlo— las cuestiones que emergen de la lucha cada día más

ruda, de las clases sociales, ni necesito hacerlo, porque el apóstrofe de Aprilia señala un hecho concreto, o sea, que las democracias actuales defienden la prolongación del régimen capitalista ortodoxo y las dictaduras fascistas tienden a transformarlo o a suprimirlo.

Y no puede negarse que esa situación es real.

Inglaterra, país aristocrático por excelencia, no admite en materia social que las concesiones hayan de pasar de cierto límite, ni de ciertas formas; la economía nacional en Francia, es bien notorio que se halla enfeudada a las combinaciones omnipotentes de las "doscientas familias"; y en Estados Unidos, sólo ahora, bajo la presidencia de Roosevelt, se trata de contener la acción de los grandes consorcios, pero dentro siempre del marco de la economía capitalista, que ni republicanos ni demócratas quieren destruir.

La actitud de Inglaterra frente a la rebelión de los militares españoles, elaborada en connivencia con Mussolini y Hitler y munida de las armas y recursos financieros que Mussolini y Hitler le proporcionaron, demuestra también, hasta la evidencia, que Inglaterra no quiere que se modifique la organización económica del mundo, ni aún allí donde un sistema feudal mantiene al pueblo trabajador en la más espantosa miseria.

Inglaterra ha enfocado la guerra española a través del interés de los capitalistas británicos que han invertido en España su dinero y temen por sus dividendos si son nacionalizadas las minas o subdivididas las tierras. El gabinete inglés desde antes de asumir su presidencia Chamberlain, se preocupaba menos de los principios del derecho internacional, que de la opinión interesada de los banqueros de la City.

La negativa a vender armas a un gobierno legal, apoyado por el pueblo, en lucha contra un ejército sublevado, es una de las infracciones al derecho más claras que registra la historia.

La existencia de una legislación represiva tendiente a dificultar o imposibilitar la difusión de las ideas comunistas en las democracias plutocráticas, es otra prueba cabal de que mantienen el propósito de perpetuar, aun por medio de la violencia, las clases establecidas antaño.

Es claro que en materia de represión, las dictaduras fascistas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

van mucho más lejos y la llevan a extremos desconocidos en las democracias, pero en cambio, las dictaduras fascistas hacen obra socialista y las otras no. La persecuciones fascistas y nazistas ven en los comunistas rivales que podrían alguna vez arrebatarles el gobierno y es eso lo que se proponen impedir y no van propiamente contra la teoría de la socialización de los medios de producción y de cambio.

EL FALSO FASCISMO

Es indispensable la aclaración de estos matices si se quiere ver el fondo de la cuestión. Por no hacerlo, incurren en contradicciones fundamentales los imitadores extranjeros. En nuestro país y en toda Sud América se presenta como fascismo lo que sólo es una reacción política y religiosa. Donde quiera que un cuartelazo da el poder a gente que no puede conservarlo sino por medio de la violencia y del fraude, se aplica la mágica palabra "fascismo" para justificar los desmanes. Si se asaltan estudiantes que votan tranquilamente en un plebiscito se le llama a eso "fascismo".

Sin embargo, el fascismo auténtico es algo más que el gesto teatral de extender el brazo horizontalmente y por eso dura en sus países de origen, porque tiene un contenido económico socialista que se va afirmando progresivamente. En sus primeros tiempos Mussolini sólo pensó en apoderarse del gobierno y en no soltarlo más. Refiriéndome a esa época, yo califiqué al fascismo en el Senado, de "aventura sin programa", pero después de la victoria se trazó un programa.

El fascismo, teoría reaccionaria en el orden político, es, en materia social, por los hechos que ejecuta y por la doctrina misma, una teoría no sólo progresista, sino revolucionaria, y los fascismos de imitación no lo tienen en cuenta, salvo en todo caso, algunos propósitos no muy precisos, que difundía el infortunado José Antonio Primo de Rivera para el uso de su Falanje Española.

En nuestro país y en toda Sudamérica parece que no se supiera. Grupos pequeños, fuera de ambiente, tratan en vano, de mantener encendida una llama que se extingue, y lejos de propagar la doctrina auténtica —que tiene bueno y malo— abominan de lo esencial, o sea, de los aspectos socialistas que el nacional socia-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lismo alemán y el fascismo italiano realizan en su actuación y sólo admiran los procedimientos violentos o brutales que usan como medios y ellos consideran fines.

No es Mussolini, sino Rozas, el personaje histórico en el que podría mirarse como en un espejo el mal llamado fascismo sudamericano, de típica filiación misoneista. Mussolini es un reformador y Rozas era la colonia que volvía. El más instructivo estudio que puede hacerse del gobierno de Rozas, en estos días de vanas reivindicaciones, es el del contenido mísero del registro oficial en sus 20 años de dictadura ominosa. El país detuvo su marcha material y mental mientras las vacas parían: la instrucción primaria puesta bajo la dependencia del jefe de policía y el restablecimiento de la compañía de Jesús provista de la facultad de enseñar, sintetizan, por sí solos, esa época oscura y sangrienta.

El fascismo de Mussolini y el nazismo de Hitler, no obstante sus métodos regresivos de persecución a las ideas y a las personas, marcan una etapa en la transformación del mundo. Pueden retroceder antes de realizar sus anuncios y aún así dejarán conceptos que sobrevivirán y esos conceptos lejos de tener la simpatía de los fascistas sudamericanos, del tipo de los Benavídez y Cía. les inspiran aversión profunda, como que ellos se sienten atraídos por la idea de impedir toda transformación que admita ideas o principios socialistas, valiéndose a ese fin, de la fuerza militar y de la iglesia, poderes efímeros para la árdua empresa de detener la marcha progresista de la humanidad.

Mussolini y Hitler iniciaron su vida pública en el socialismo y el anticlericalismo y los fascistas sudamericanos son conservadores y clericales. No hay fascismo sin una parte importante de socialismo.

Por otra parte, Sud América no está bastante evolucionada para que los problemas europeos se reproduzcan en ella con iguales caracteres.

LA DOCTRINA Y LA OBRA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El concepto esencial del fascismo cabe en una frase; el estado corporativo, anticapitalista. Sobre las corporaciones y sobre los individuos agrupados en ellas, actúa la Nación.

La Idea Nacional no sólo ha sido realizada momentáneamente, sino llevada a sus últimos extremos; la Nación es una entidad incontrolable, la Nación es todo.

Pero el estado corporativo, ¿ha sido realizado? La respuesta negativa se impone. Se han fundado corporaciones de distintas clases, de patrones, de obreros, mixtas de patrones y de obreros, y sociedades cooperativas y profesionales, pero a todas les impide la omnipotencia del Estado tener vida propia y desarrollar una acción efectiva. En cuanto al Parlamento Corporativo sólo existe de nombre, como que el fascismo ha concluído radicalmente con la vida parlamentaria.

Fuera de Italia la concepción fascista más difundida fué precisamente, la del parlamento corporativo. Los admiradores inocentes van, poco a poco, guardando silencio y se aperciben de que repetían frases vacuas que ni en la misma península tenían realidad. En la Argentina hubimos de tener también un corporativismo de circunstancias. Hoy está olvidado.

El anticapitalismo, segundo término del programa a que me he referido, perdura y deja sentir su acción en actos inequívocos de los gobiernos fascistas. No tiene las formas propias del anticapitalismo soviético, pero marcha en la misma dirección e imita algunos métodos comunistas, cubiertos sus actos por un gran principio teórico: "nadie tiene derechos contra la Nación".

¿Qué obra positiva ha realizado el fascismo?

En primer término la pacificación de Italia y en segundo el rearme que le ha permitido resurgir al rango de potencia militar de primer orden, conquistar Etiopía e invadir España. Nadie lo podría negar. Pero eso no basta como obra trascendental, porque el poderío militar es un medio y no un fin y con tal instrumento y a costa de consumir las energías del país en gastos improductivos, lo conseguido es precario. Tanto Abisinia como la invasión de España son dos malos negocios. Abisinia es una carga para Italia y no una fuente de riqueza y poderío. Algo por el estilo le sucede a Alemania con la anexión de Austria; cargará con las deudas austríacas aunque por el momento intente repudiarlas y tendrá que alimentar a los desocupados, relevando en la tarea a la Liga de las Naciones y a las potencias democráticas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En los órdenes económico y administrativo le faltan tam-

bién al fascismo realizaciones que hayan salvado al país de las condiciones míseras en que vivía, puesto que hoy la miseria quizás sea mayor. La desecación de las lagunas pontinas y su utilización agrícola han dado lugar a elogios ditirámbicos, pero no han resuelto el problema del abastecimiento de trigo, ni las viviendas de obreros construídas en mucha menor proporción de las necesidades, han logrado resolver el problema de la habitación higiénica y cómoda de la clase trabajadora.

Los impuestos han subido y los salarios han bajado; el nivel de la vida es mísero, y si la desocupación se ha reducido por la demanda de brazos para las industrias bélicas, la demanda puede cesar en breve.

Para no agregar más sombras al cuadro, de por sí desconsolador, no pongo en cuenta lo que significa en detrimento moral y material de una nación cualquiera, la pérdida de sus libertades esenciales. Aun cuando la moda momentánea sea no dar valor a la supresión de las libertades políticas ni a la desaparición de los parlamentos, ¿acaso es posible apreciar con la misma indiferencia la pérdida de las libertades individuales?

En Italia desaparecen misteriosamente las personas de quienes el gobierno desconfía y las de ideas liberales. La policía las secuestra y no se vuelve a saber nada de ellas, porque, desde luego, a los diarios les está prohibido ocuparse de esos secretos de Estado. Unas son muertas, otras dan lugar a que se presuma que han sido deportadas a las islas Lípari, otras reaparecen con el tiempo y apenas si se atreven a balbucear en la intimidad que estuvieron meses o años, encerradas en una prisión.

¿Cómo evitar que semejante régimen de terror deprima la virilidad del pueblo que lo soporta? ¿Y no habrán de producir efectos análogos las vilezas del espionaje y de la delación organizados sistemáticamente y pagados por la autoridad?

Si el fascismo estuviera triunfante definitivamente, como se pretende, afrontaría las críticas y no reprimiría como el mayor delito la libertad de pensar. Ha suprimido sin embargo, la prensa de oposición y prohibido la circulación de libros desafectos a las ideas imperantes. Sólo puede leerse lo que el gobierno fascista permite que se lea. La prensa oficial, reducida en Italia a unas pocas hojas diarias y estimulada a no decir la verdad por la au-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sencia del control informativo de la prensa independiente llena su papel divulgando falsedades tendenciosas y tributando elogios abyectos a la dictadura y a la persona del dictador.

De ese alimento malsano se nutre el ambiente, con los resultados que pueden suponerse.

El elogio a la santidad de la guerra es constante y el culto igualmente oficial de todas las brutalidades de la fuerza desplaza los viejos ideales humanitarios que, en tiempos más nobles, encendían el corazón de Italia libre.

EL ANTISEMITISMO

El racismo ha surgido también paralelamente, como una flor digna de tal invernáculo. En ese terreno, sin embargo, Alemania aventaja a Italia. Ha implantado el secuestro de los bienes de los judíos, bajo las apariencias de un movimiento de defensa nacionalista que aspira a la depuración de la raza. El estado dictatorial, perdidos todos los escrúpulos se hace asaltante.

¿Acaso existe relación alguna de dependencia entre un supuesto peligro racial y la confiscación de los bienes de los judíos? No existe relación alguna, evidentemente. Por el contrario, si lo que se desea es el alejamiento de la población no aria el despojo de sus bienes conspira contra ese fin, al privarla de los recursos necesarios para emigrar. Esta contradicción innegable prueba la falacia del pretexto y exhibe el móvil rapáz oculto detrás de él.

Pero la persecución a los semitas ofrece a los dictadores fascistas, aparte del provecho pecuniario, un recurso infalible para exacerbar el postulado máximo de su doctrina: la pasión nacionalista. A medida que el juguete trágico de la guerra se va inutilizando en sus manos, construyen este otro juguete no menos trágico. Y cuando éste a su vez, se haya gastado, cuando ya no queden semitas, sobre todo con dinero, dentro de los límites de la nación, inventarán un nuevo espantajo, siempre con el propósito de alejar la hora en que los obreros descontentos les exijan el cumplimiento total de sus promesas. Pero esa hora llegará.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INCONGRUENCIAS FASCISTAS

No menos ostensiblemente que en la campaña antisemita aparece la falta de sinceridad en la dura represión de que es objeto en Alemania la Iglesia Católica. Alemania persigue en su suelo lo que los soldados alemanes restauran en España. En Alemania el clero católico, por depender de una autoridad extranjera —el Papa— ha sido privado del derecho de enseñar a los niños de su propia confesión y colocado en la imposibilidad de recaudar fondos, donados espontáneamente por sus adeptos para los fines de su sostenimiento. Se considera todo eso contrario al interés público. Si es exacto el primer concepto no lo es el segundo, y en España, los soldados alemanes contribuyen con sus bayonetas y sus aviones a colocar al estado laico y a la educación bajo el dominio de la iglesia pontificia. ¿Dónde está la conciencia de semejantes gobernantes? ¿Dónde su honradez intelectual?

Apenas anexada Austria, el Reich estableció en su territorio el matrimonio civil, considerando inconveniente y absurdo que no existiera, pero en España rebelde debe volverse y se ha vuelto ya, bajo el patrocinio de los soldados alemanes, al matrimonio religioso que la república había substituído por el civil.

Señalo estas incongruencias porque son características de la política de los dictadores. Para ellos el único concepto valedero es el de su interés. Las contradicciones no los detienen si de ellas puede derivar una ventaja para el propósito que persiguen. Y cuando les conviene faltar a la palabra empeñada no se detienen en consideración al deshonor que el vulgo democrático atribuye a infracciones de tan poca monta. Acaban de ponerlo en dolorosa evidencia las peripecias del acuerdo de "no intervención" en las que Inglaterra ha sido engañada cien veces por Mussolini. El mismo día en que su representante firmaba el acuerdo, en la península se embarcaban tropas italianas para Cádiz.

Si clasificáramos los regímenes de gobierno existentes en el mundo en función de la distancia que guardan respecto del ideal socialista habría que colocar en primer término a Rusia, en segundo término a Alemania e Italia, en tercer término a Inglaterra, Estados Unidos, Francia, etc., y en cuarto y último a los despotismos militares, como el Japón.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Se proponen acaso los titulados fascistas argentinos colocar a nuestro país en la misma línea que Alemania e Italia e inmediatamente detrás de Rusia, en materia de socialización del gobierno? ¡Qué ocurrencia! El fascismo de exportación es como he dicho, totalmente capitalista en materia social. No se concibe a fascista alguno, en nuestro país, dirigiéndose a los obreros con las palabras de Mussolini en Aprilia: ¡Camarada maquinista, en marcha! El fascismo trasplantado al suelo virgen de América gasta preocupaciones aristocráticas y también por eso, es la negación del fascismo.

EL MAL LLAMADO FASCISMO JAPONES

Es al fascismo japonés, en todo caso, al que podrían aspirar a parecerse. Corrientemente se incluye al Japón entre las naciones fascistas, sobre todo después que se adhirió al pacto anticomunista y entró a formar parte del presuntuoso eje Roma-Berlín-Tokio, pero se confunden nociones clarísimas al llamar fascismo a lo que exhibe el Japón.

Allí no existe un gobierno que, por artes buenas o malas, haya conseguido arrastrar momentánea o definitivamente, la mayoría de la opinión, como sucede en Alemania e Italia. En las últimas elecciones generales en el Japón, el gobierno obtuvo 3 % de los sufragios emitidos y la oposición el 97 %. Sin embargo, como los poderes del parlamento japonés son nominales y el predominio del militarismo es absoluto, éste puede hacer y hace lo que quiere y la opinión es impotente en contra suya. En el fascismo auténtico, como en el nacional socialismo, en Italia como en Alemania, el gobierno se apoya en la mayoría del país.

No existe otra nación entre las que se consideran organizadas donde la suerte de la clase proletaria y su nivel de vida sean más míseros que en el Japón. A despecho de los esfuerzos de los partidos civiles subsiste todavía el feudalismo territorial y en las fábricas, que han alcanzado tanta importancia, imperan jornadas extenuantes de diez horas y falta la higiene más rudimental. El 70 % de las obreras de las hilanderías de algodón mueren tuberculosas. La alimentación se circunscribe al consumo de arroz y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

porotos en cantidad insuficiente, porque la insignificancia de los salarios no permite otra.

Ninguno de los conceptos que divulgan los gobiernos fascistas de Italia y Alemania sobre el género de vida a que tiene derecho la clase obrera ha sido implantado por el gobierno del Japón, y faltando de ese modo las expresiones más características del sistema no puede llamársele, con propiedad, país fascista, tan sólo porque haya organizado un ejército de 5 millones de soldados para lanzarlo a la conquista de una nación vecina, que parecía inerme.

En los gobiernos de Italia y Alemania el anticomunismo parece simulado, pero en el Japón es real, ya sea en los señores feudales, en los banqueros o en los militares. Pero el despotismo sea del capital o del ejército es una cosa, y el fascismo occidental es otra y los escasos fascistas argentinos cuya ideología está más cerca de la japonesa que de la europea no pueden titularse fascistas lisa y llanamente.

DISTINTAS PALABRAS, IDENTICA TENDENCIA

En Alemania e Italia subsisten sin duda, contradicciones doctrinarias y también transacciones con los intereses creados. Perdura desde luego, en lo principal, la vieja estructura y quizás el día en que los intereses de la burguesía se vieran abocados a la ruina definitiva se produjera una reacción violenta, enderezada a restablecer "manu militari" la situación anterior que, poco a poco, se va desmoronando. Podría trabarse con la misma violencia que en Rusia o España la contienda entre la burguesía y el proletariado y cubrirse el país de ruinas.

¿Cuál sería el resultado final? El ejemplo de Rusia no sería el término obligado de comparación, a menos de desencadenarse una nueva guerra en la que Alemania e Italia fueran vencidas. En ese caso, sí, habría grandes probabilidades de que las dominara inmediatamente el comunismo, pues la destrucción de sus ejércitos podría asemejarse a la dispersión de las fuerzas zaristas en 1917, que no dejó donde apoyarse a las clases privilegiadas, que todo lo habían corrompido en su largo reinado. Fué su caída estrepitosa y total, y las naciones más poderosas de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tierra, Inglaterra, Francia, Japón, Rumania, Checoslovaquia y diez más, intentaron, en vano, restaurar el imperio desmoronado. Consiguieron mantener tres años encendida la guerra civil en el suelo soviético, pero les fué imposible sofocar el levantamiento del pueblo.

En Rusia, donde sólo quedaban escombros, pudo levantarse la nueva construcción que pronto contará con un cuarto de siglo de existencia, sobre los cimientos de la dictadura del proletariado, pero en Alemania e Italia la situación podría no ser idéntica a la creada en Rusia.

La crisis que provocaría la derrota de Alemania e Italia en una guerra sería terrible para ellas, pero la que provocará la imposibilidad de hacer la guerra no lo será menos. Nos preguntábamos hasta ahora, ¿qué sucederá en el mundo si sobreviene una nueva guerra? Hoy es necesario preguntarse ¿qué sucederá en Alemania e Italia si se afianza definitivamente la paz? He ahí el "impasse" a que han conducido a Alemania e Italia, los actos de Hitler y Mussolini.

La paz, ideal de las democracias, representa para ambas naciones la visión de la miseria y el agotamiento, la renuncia a seguir dominando el mundo, la capitulación.

La guerra les es pues, necesaria, pero no todo lo necesario se puede realizar a voluntad. ¿Qué harán Hitler y Mussolini para conservar la adhesión de sus pueblos cuando llegue esa situación? ¿Retrocederán? ¿O bien seguirán hasta el fin con su rumbo pretérito? ¿Destruirán el mundo burgués, como está escrito en "Mein Kampf"?

Nunca podría realizarse en un día semejante transformación. ¿Pero que son 10 o 20 años en el curso de la historia? Las evoluciones sociales en su lentitud necesaria, hacen pensar, a veces, en que el mundo no marcha, y sólo abarcando períodos prolongados se percibe el error. Es enorme lo que ha cambiado el mundo en los pocos años subsiguientes a la guerra y los impacientes consideran que está en el mismo sitio.

Tampoco es forzoso que el único modelo de comunismo sea el soviético. Por el contrario, se reconoce ya que no todos los principios básicos proclamados en la U. R. S. S. serían aplicables en países de características opuestas. El fascismo no estaría obligado a reproducir las formas exactas del comunis-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mo soviético cuando en su etapa final se transformara en comunismo y no por eso dejaría de ser comunismo.

La "dictadura del proletariado" forma tan sólo "intermedia" de gobierno según la propia apologética comunista tampoco es un fin en sí misma. ¿Por qué razón una oligarquía comunista o comunizante no habría de realizar una obra que se asemejara a la suya? Precisamente, en Alemania e Italia impera la dictadura de dos oligarquías.

Entre las dictaduras de una y otra clase existe una diferencia más aparente que real, que en buena parte es una diferencia verbal, y a los fines de indagar por qué caminos marchará en adelante la humanidad, lo que tiene importancia son los hechos y no las palabras. Y cuando los hechos llevan a la conclusión de que las dictaduras fascistas y soviéticas abrigan respecto de la burguesía y el capitalismo sentimientos muy parecidos, las diferencias verbales se tornan secundarias.

Deténganse a pensar sobre estas inciertas perspectivas los que simplifican el problema social al punto de reducirlo al concepto de que una clase privilegiada podrá sostenerse eternamente en el poder con las bayonetas, a despecho de la justicia y del humanitarismo.

¡Ilusión de los que nada aprenden de la historia! Las bayonetas, ayudadas por circunstancias favorables, pueden asegurar la prolongación de un sistema reñido con la justicia, pero no su duración eterna.

LA HORA DE LA ESPADA

Leopoldo Lugones interpretando la reacción conservadora llamó a nuestra época "La hora de la espada". Esa visión del escritor elocuente, justificada por las apariencias, no va en camino de realizarse, y más bien se podría decir que la tizona del fascismo se ha mellado al salir de la vaina.

Mientras Alemania, Italia y el Japón fueron las tres naciones mejor armadas del mundo pudo temerse que lo tuvieran a su merced. Ellas lo creían y se lanzaron a las aventuras de España y China.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El chasco ha sido soberbio; nadie podía pensar que la rebelión

española armada y financiada por Italia y Alemania y amparada por la sinuosidad de Inglaterra, no triunfara rápidamente y entretanto, han pasado dos años desde su estallido y en esos dos años las dictaduras fascistas han regado con la sangre de sus soldados las tierras de España y han tirado a la calle millones de pesos.

Es harto sabido que no se determinaron a la invasión de España por temor a la existencia de una nueva república liberal en Occidente. Otro fué el motivo; esperaban que la nueva situación a surgir del motín, aplicaría todas sus energías a la creación de un ejército capaz de cooperar en los Pirineos con tremenda eficacia, cuando estallara la proyectada guerra mundial. A eso le llamaban "clavar un puñal en la espalda de Francia".

Pero en España, como en China, la guerra sobre el terreno resultó diferente de la guerra sobre el papel y las potencias fascistas que se proponían tragarse el mundo sólo han cosechado desencantos ante la realidad de la resistencia heroica y maravillosa de los españoles. Y para colmo de sus desdichas, aun cuando la rebelión triunfara, no estaría en condiciones de organizar la soñada invasión en Francia por los Pirineos. La fuerza que ha reunido le sería poca para sostenerse y hasta cabe en lo posible que los invasores tengan que dejar sus soldados en España para custodiar un gobierno desamparado en la opinión nacional.

Por otra parte, en los dos años largos transcurridos, la situación mundial ha cambiado. Como ya lo dije, la guerra general se va haciendo imposible y en consecuencia pierde toda su utilidad práctica la siniestra intención de clavar un puñal en la espalda de Francia.

Las complicaciones inesperadas de la invasión a España han destruído el "bluff" de la omnipotencia avasalladora del poderío fascista, lo que unido al contraste análogo que ha sufrido el Japón en China completa el cuadro de las vicisitudes que en este momento aquejan al eje portentoso sobre el cual debían girar hipotéticamente, en adelante, los destinos de la humanidad.

La actitud reciente de Rusia, provocando de hecho al Japón ha mostrado la ineficacia del pacto anticomunista.

La hora de la espada pasó pues, y el mundo, harto de so-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bresaltos, deberá volver a la moderación, al respeto del derecho, de los tratados y de la paz.

La burguesía vive amedrentada por el espectro de la revolución rusa: piense que si la violencia es abominable en Rusia, debe ser abominable también en Alemania e Italia. Vuelva entonces los ojos hacia las democracias que hayan defendido con más firmeza el derecho en las horas inciertas; y al buscar soluciones definitivas, protectoras de la tranquilidad general, no olvide la burguesía que las democracias no pueden encerrarse, como lo desearía Mr. Chamberlain, en el marco rígido de las democracias plutocráticas o sea en el sistema económico que mantiene la desigualdad y la injusticia en todo el planeta.

Si el mundo aspira realmente a la paz inconmovible habrá de dar a la democracia restaurada un contenido progresivo y habrá de convertir en una efectividad el derecho de todos a disfrutar de condiciones de vida satisfactorias.

¡Satisfactorias hasta por ahí nomás! Pues va sobreentendida la imposibilidad de que el hombre alcance alguna vez un estado perfecto de dicha. Los problemas que suscita su destino lejos de resolverse se agravan, y aun cuando se llegara dentro de centenares de años a afianzar la igualdad entre los hombres y se encontraran soluciones para los conflictos de la superpoblación, de la superproducción y de la supercapitalización, jamás se lograría suprimir la penuria que comporta la vida por el solo hecho de vivir: la tragedia del dolor moral, de la enfermedad y de la muerte.

El misterio del universo es impenetrable y no sabemos con que fin están sobre la tierra el hombre y los demás seres que tanto se le asemejan. Una vida humana que se extingue no representa ni más ni menos, que un astro que se apaga, que un pájaro que muere, que un árbol que se seca. El mismo enigma los envuelve.

La creación del mundo, en relación con el hombre debe ser el fruto de algún error fundamental e irreparable. Sepamos soportar sus consecuencias y hagamos lo posible por disminuir su dureza, propendiendo a que arraiguen en todos los corazones los sentimientos de justicia y de fraternidad humana.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Jorge Canning y la Doctrina Monroe

Por DIEGO LUIS MOLINARI

Conferencia pronunciada en el Colegio, el 21 de diciembre de 1937. Versión estenotípica, revisada por la Dirección.

Esta conferencia está motivada por circunstancias que son del dominio público, relativas a la inauguración de la estatua de Jorge Canning en la ciudad de Buenos Aires y al pronunciamiento de tres discursos: uno del Intendente de la ciudad, Dr. de Vedia y Mitre, otro del Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Saavedra Lamas y el tercero del que fuera Embajador en Londres, Dr. José Evaristo Uriburu. Discursos en que cada uno de los oradores ha creído sintetizar en fórmulas simples y categóricas la influencia que Jorge Canning pudo tener en la historia del Continente americano o, mejor dicho, los motivos determinantes de una política internacional que el prohombre británico habría conducido, según los oradores mencionados, única y exclusivamente sobre la base de fines y propósitos, ideales firmes y propósitos que habrían determinado, como es natural, el agradecimiento de las generaciones posteriores, y legitimado la erección de una estatua como la que se ha descubierto hace pocos días en esta capital.

Desde luego que yo no voy a entrar a considerar el aspecto último a que me he referido. Pero sí tengo necesariamente que entrar a dilucidar, desde un punto de vista completamente objetivo y científico, la verdad histórica que ha palidecido casi hasta desaparecer en los discursos que acabo de recordar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y me van a perdonar si hago unas referencias de orden personal. En los años de 1911 y 12, era yo estudiante en Estados Unidos de América y trabé relación con el profesor Robertson, británico de nacimiento, dedicado a la historia americana, autor de una conocida obra sobre la vida de Miranda y que en dicho instante se preocupaba especialmente por la Doctrina de Monroe y sus derivaciones y consecuencias en el Continente hispanoamericano. Llegado a Buenos Aires, en el año 1914, el que habla, respondiendo a una solicitación del profesor Robertson, averiguó en los archivos locales lo que sobre esta materia, hasta este momento poco estudiada, se podía hallar. En el año 1915 —vale decir que ya van para 22—, publiqué en el Nº 69 de la revista "Nosotros" de esta ciudad, un artículo sobre El mito Canning y la Doctrina Monroe; donde por primera vez ponía de relieve y esclarecía documentalmente algunos puntos relativos a esta cuestión. Y en los años posteriores, la propia naturaleza de las funciones que he tenido que desempeñar, me ha puesto en contacto con una masa documental que ha acrecido, por supuesto, a aquellos mis primeros conocimientos. Ya tuve oportunidad de explicar en algunos cursos de la Facultad de Filosofía y Letras lo que hoy, de un modo somero, me toca explicar aquí reafirmando otra vez ciertos elementos de juicio que, repito, desgraciadamente en estos discursos de tipo panegírico no se han tomado en cuenta, se han olvidado o, quizás por cortesía, se han querido disimular. Pero lo cierto es que, para nosotros, la historia argentina tiene un valor extraordinario desde el momento que, pequeña o grande, tal como quiera juzgársela en su breve desarrollo es, en definitiva, la historia del país al que nosotros pertenecemos, constituye un acervo tradicional que no podemos abandonar y, en consecuencia, hemos de estar vigilantes para que no se introduzcan en la determinación de los procesos históricos que afectan a la formación de la conciencia de este pueblo y de esta nación, elementos extraños y perturbadores que desvíen la recta interpretación de los sucesos y le den a esta historia un contenido falso y equivocado.

Mis votos serían porque aquella estatua fuera la última de un personaje extranjero que se erija en el solar argentino. Porque si se quiere en realidad afianzar las bases nacionales en el sentido amplio y profundo que la palabra significa, no se ha de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hacerlo seguramente con la recordación, merecida quizás en muchos otros casos, pero seguramente no por ésta que se le ha querido dar a Canning como el de patrocinador de la Independencia del Continente hispanoamericano o de la República Argentina. Y he de recordar que en 1816, en una carta conocida y famosa que San Martín escribió a Godoy Cruz ya dijo, refiriéndose no a un pueblo sino a unos políticos, que de la Inglaterra nada podíamos esperar. Y cuando dos años más tarde, en 1818, reunido el cónclave en Aix-la-Chapelle, Rivadavia, que procuraba de alguna manera influír en el cenáculo y en las resoluciones que afectarían tal vez la suerte de todo el Continente, hubo de afirmar, como repite más tarde en una nota de 1826, que la Independencia hispanoamericana se realizó sin ninguna clase de auxilio exterior. El reconocimiento de la independencia de los países hispanoamericanos no ha sido otra cosa que la consecuencia natural del esfuerzo heróico de las generaciones que luchan desde mayo de 1810 en adelante y que la afirman en los hechos antes que en el derecho de las Cancillerías. Y cuando Portugal primero, Estados Unidos de América más tarde, Inglaterra luego, y tantos países después reconocen la Independencia de éste y otros países hispanoamericanos, no hacen otra cosa que reconocer una situación de hecho que nadie ni nada había podido alterar desde 1816 en adelante. Situación de hecho que se había afianzado exclusivamente en los campos de batalla heroicos de esta guerra de la emancipación de todo el Continente.

Naturalmente que yo no puedo abundar en demostraciones documentales en una conferencia de la naturaleza de la que hoy pronuncio, pero sí puedo asegurar sin temor a equivocarme que cuando el problema del reconocimiento de la independencia de los países hispanoamericanos se planteó ante los poderosos de Europa, este reconocimiento constituía una de las causas más profundas, tal vez el problema más agudo, que las guerras de la Revolución de Francia habían abierto ante los estadistas del Viejo Mundo.

Y cuando Canning, Ministro de Relaciones Exteriores desde 1807 a 1809, dirige la política internacional británica, ya plantea en frases que no pueden dejar lugar a dudas de ninguna naturaleza, la directiva que seguirá más tarde.

Epoca que coincide para el Continente hispanoamericano, —y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

particularmente en la historia del Río de la Plata— con aquel período angustioso de las invasiones británicas y de la tercera que se preparaba y que debía ser conducida hasta estas playas por el que más tarde fuera vencedor de Napoleón y Duque de Wellington. Un hecho narrado con abundancia documental por el profesor Robertson en su Vida de Miranda, un hecho fortuito, inesperado, tuerce los destinos de esta tercera invasión. En el momento en que se disponían a embarcarse las tropas que bajo el comando de Wesllesley, más tarde Duque de Wellington, tenían que venir al Río de la Plata para aplastar definitivamente la resistencia a la primera y segunda invasiones, llegan los diputados asturianos a Londres, anuncian el levantamiento popular de toda una nación contra el invasor extranjero, y la mudanza teatral de la política hace que estas fuerzas, en lugar de dirigirse al Río de la Plata, pongan pie sobre la Península Ibérica e inicien la campaña que terminaría, como todos nosotros sabemos, en el año 1814, con la caída primera de Napoleón.

Pero si la suerte había cambiado el papel de las fuerzas y éstas, en lugar de lanzarse al ataque sobre el Río de la Plata se habían convertido en sostén de lo que se decía "causa del levantamiento general del pueblo español", no mudó en cambio la razón profunda de la política que el Gabinete británico habría de conducir de ese año en adelante con respecto a las colonias hispanoamericanas.

Antes de proseguir debo hacer una aclaración: cuando yo diga Inglaterra, por supuesto no puedo referirme a un país en abstracto. Cuando diga Estados Unidos, lo mismo. Empleo este modo de construcción simplemente para abreviar explicaciones. Porque el problema que detrás de cada uno de estos nombres existe es idéntico en ésa y las demás épocas. Y séame permitido dar un vistazo acerca de lo que yo entiendo por Inglaterra en la época a que me estoy refiriendo para que comprendamos inmediatamente qué puntos de apoyo pudo tener una política desenvuelta, inteligente, tenaz y resueltamente a lo largo de todos estos años y que habría de concluir con el golpe maestro del reconocimiento de la independencia de los países hispanoamericanos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por lo pronto, la Inglaterra a que me refiero es la Inglate-

rra de los viejos "burgos podridos". Es la Inglaterra teatro del formidable proceso de transformación económica que desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX, la habría de convertir en la nación más poderosa, económicamente considerada, del globo. Es la Inglaterra donde el pueblo británico vive aprisionado en las viejas categorías de una estructura política en que la palabra "democracia" no tiene valor ni sentido de ninguna naturaleza. Porque el parlamento se elige sobre la base de la representación de los "viejos burgos podridos", como dicen los propios autores británicos, es decir, donde el cuerpo que gobierna a la nación británica está compuesto única y exclusivamente por los individuos que emergen de un sistema electoral venal, corrompido y completamente alejado de las masas populares. Se puede decir que el pueblo no tiene voto. Solamente lo había de conquistar, comenzar a conquistarlo, en sentido amplio, con la conocida reforma de 1830-1831. Y los que gobiernan a la nación británica son los poderosos lores terratenientes que han empujado a las masas proletarias de los campos a las ciudades. Los que la gobiernan son los poderosos capitanes de las industrias y las empresas mercantiles contemporáneas que han llevado a estas masas proletarias a las ciudades y las han convertido en masas que no tienen nada de distinto, nada de diferente de la masa de los antiguos esclavos de otras épocas. Son pues, los que se dicen representantes de la opinión británica, nada más que retoños de una vieja oligarquía o brotes de una nueva oligarquía que nace sobre las fuerzas y el poder del oro, y que se alimenta exclusivamente con la sangre y el sudor de las masas trabajadoras británicas y de las que, días más, días menos, tendrán que incorporarse a este sistema económico a lo largo del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX.

Desde este punto de vista, la lucha de los partidos británicos se reduce a la lucha entre los grandes grupos históricos: los "torys" y los "whigs". Pero no se ha de creer que, en definitiva, haya mucha diferencia entre unos y otros. Son "torys" y "whigs" exactamente lo mismo. Pertenecen unos y otros a la categoría de los terratenientes o a la categoría de los capitanes de industrias y de empresas mercantiles. Y dentro de este sistema la prensa no existe; no existe como prensa libre de opinión. El Ministerio tie-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ne control directo sobre estos órganos de publicidad... y, en consecuencia, la voz de la Nación no tiene otra expresión a ratos que la sublevación en campos, en fábricas y en talleres, de mujeres, de niños, de ancianos explotados económicamente hasta un grado, que hoy nadie puede formarse una idea de la tragedia que ello significaba e importaba. De tal manera que, al decir Inglaterra, mal puedo referirme al pueblo británico. Al decir Inglaterra me refiero en este caso al grupo de hombres que sin escrúpulos doctrinarios ni morales de ninguna naturaleza habrían de adquirir por el poder público —que significa tener en sus manos al parlamento y al gabinete— un control tal sobre los destinos del propio pueblo y de otros que van sometiendo, que llegado el momento, por razones inherentes a esta situación local y a esta exigencia fundamental de la historia británica, determinaría la línea de la política internacional de que Canning sería la expresión más clara, la expresión más competente y la expresión más tenaz.

Desde este punto de vista nosotros tenemos que explicarnos cómo el partido "tory" adquiere un nuevo poder con la sanción del primer presupuesto de Lord Liverpool, quien durante largos años, durante todo el proceso de las últimas campañas napoleónicas, la estructuración de Europa y del mundo a raíz del Tratado de Viena y la descomposición de las antiguas monarquías coloniales, sería el ejecutor, digamos así, de una política que sólo obedecía a los dictados profundos de los intereses oligárquicos de las clases que acabo de mencionar.

En primer término, Lord Castleraegh que era Ministro de Relaciones Exteriores y que en 1822 puso fin a su vida con un suicidio, como todos nosotros sabemos, y que fué reemplazado por Canning, su viejo rival, con quien tuviera un duelo en 1809. Canning, que ahora entra al gabinete de Lord Liverpool, más tarde lo reemplazará como jefe de este gabinete, a la muerte de Lord Liverpool, pero que hereda, en definitiva, una política y una tradición de la que no se puede apartar. Modificará algunos postulados, orientará sus actitudes de manera diversa, dará en concreto, para ciertos casos particulares, soluciones distintas. Pero el cauce profundo de este Canning, orador extraordinario, hombre brillante, aventurero de la política —como le dicen sus propios

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

contemporáneos—, que no tiene principios ni doctrina pero que sigue el curso de estos intereses, que son los del grupo a que él pertenece, confundidos con el nombre y los intereses de la nación británica, como entonces se estila decir; de este Canning, en una palabra, que pondrá fin a toda una etapa de la Historia Moderna, y, en cierto modo, abrirá otra etapa que todavía no ha concluído en la historia de los pueblos contemporáneos.

Canning es "tory". No hay que olvidarlo. Y el propugnador del sistema liberal ultrafronteras británicas es quien, dentro de la frontera británica, siempre fué enemigo del liberalismo. No tiene principios. Poco le interesa que un país se organice como república o como monarquía, —lo dice en sus notas—, con tal que esté dentro del sistema de una política que responda a este dictado profundo de mantenerse en el poder de cualquier manera y por cualquier medio. Lo más singular es este contraste permanente de quien, siendo, como acabo de decir, "tory" y reaccionario dentro de la Gran Bretaña, habría de aparecer, —por una singular coincidencia de los tiempos y de la historia y de estos discursos de panegírico que se repiten a través de los años,— como un propugnador de los sistemas liberales del mundo.

El, en este caso, reemplaza a Castlereagh y tiene, por supuesto, con respecto a éste una ventaja desde el punto de vista de la oligarquía británica a que pertenece. Porque Castlereagh, orgulloso, severo, reservado, hombre melancólico —terminó en el suicidio—, director de la política británica durante los años más difíciles, el hombre de la Alianza, tenía el prurito del señorío, y, gran Lord, ponía, a pesar de todo, en la balanza del crédito y de la acción, el abolengo de las viejas casas británicas antes que esos nuevos pares creados por el oro y que sobreabundan desde mediados del siglo XVIII en adelante.

La aristocracia terrera, de viejo cuño normando, ve desconfiada —y si no desconfiada, con cierta altura o quizás desprecio—a estos mercaderes que sin muy clara religión han ido enriqueciéndose durante los años extraordinarios de la revolución industrial, cuyas talegas de oro suman tantas lágrimas y tanta sangre de pueblos explotados, de obreros oprimidos, pero que en el curso de los honores alcanzan a incorporarse a esa Cámara de los Lores que hoy ya no existe en la Corte británica actual.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Castlereagh, en consecuencia, ha conducido su política con un profundo desprecio por la multitud. El sistema constitucional aparente de la Gran Bretaña no sirve más que para las clases oligárquicas. Ya he dicho que no hay representantes populares en el Parlamento de la Gran Bretaña. Tardarán muchos años en llegar a él: pero, no obstante ello, Castlereagh, con esta apariencia de constitución y de libertad que sólo existe en el nombre, porque los tumultos han dado cuenta del derecho de reunión, del derecho de prensa, del derecho de petición, en esta hora difícil de la historia británica, Castlereagh, repito, con el más profundo desprecio por las multitudes de su propia nación, no podía ver con ojos simpáticos los movimientos desordenados del Continente hispanoamericano levantado contra su Monarca. En el fondo, era un legitimista. Y cuando en aquella conocida entrevista donde se jugaron los destinos del Continente hispanoamericano, tenida con el Zar de Rusia en Aix-la-Chapelle, quería imponer al Zar de Rusia la directiva británica desde el punto de vista de los intereses de la Alianza con respecto a la Revolución hispanoamericana, tuvo que comprometerse en un acuerdo de caballeros, de estos que no se firman, de estos que no aparecen en los documentos, pero que existen en el compromiso de hombres que se creen ligados por la misma identidad en los intereses comunes, en la clase idéntica a que pertenecen. Por este acuerdo de caballeros, que muchas veces vale más que un tratado, Castlereagh se comprometió a no reconocer la independencia de ningún país hispanoamericano, si estos países se daban la forma republicana de gobierno.

Hacía poco tiempo que acababa de recibir una carta de San Martín donde, después de Maipo, propugnaba la organización de los países americanos sobre la base de una monarquía constitucional. Este general no ama las repúblicas, dice Castlereagh. Y, sobre esta base, y esta seguridad de que había la posibilidad de organizar como monarquías a los países hispanoamericanos, el Zar Alejandro se compromete en 1818 a no poner la fuerza del Imperio ruso al servicio de España para que recupere sus colonias sublevadas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En realidad, lo que ocurría era lo siguiente: en este año de 1818 se plantea en verdad el reparto colonial. Los vencedores de Napoleón tienen frente a sí ahora el universo entero. Comienza

una política con sentido universal. Y Rusia pone sus ojos más allá de la tierra europea y aún asiática: y ya las primeras avanzadas del Imperio han puesto sus plantas en la tierra americana de Alaska. Se han corrido por las costas del Pacífico, llegan hasta el Paralelo 55, y aún al 51, y a tanto se atreverá el Zar poco más tarde que lanzará un "úkase", decretando mar cerrado todas las aguas que bañen esta parte del Continente hispanoamericano, o América hispanoamericana, tenemos que decir, porque hasta ahí llegaba también el poderío de España.

Por otra parte, la oligarquía terrera dominante en Gran Bretaña, conducida ahora —como digo— por Castlereagh, representada auténticamente por él, también ponía sus ojos en este Continente hispanoamericano. Las tentativas de conquista habían fracasado de una manera rotunda y se había comenzado entonces aquella otra política de obtener por medios indirectos lo que no se había podido conseguir por medios directos. Algunos legajos del Archivo General de la Nación, de copias de documentos realizadas en Inglaterra, arrojan ahora plena luz sobre este punto que alguno pudo creer alguna vez que no estaba completamente dilucidado. El hecho es, pues, que la gran empresa es el reparto de estas colonias hispanoamericanas. Pero ¿cómo se hará?

Difícil es para los que sostienen la legitimidad en Europa atropellar contra los dominios de un Monarca en otro Continente. Mas, no en vano se ha operado en la Gran Bretaña esta gran reforma y transformación a que antes he hecho mención: la revolución industrial que le ha dado el control de la economía del mundo desde entonces hasta este momento. Y, desde este punto de vista, en los años posteriores pululan en estas tierras americanas los mercaderes y los comerciantes. Son, por lo general, mercaderes de armas. Cuando no hay conflictos, los suscitan. Ponen el fusil en manos de unos y de otros.

También es abundante la documentación local sobre esta materia. Lo cierto es que la penetración económica ha crecido hasta tal punto que Castlereagh no puede desconocer este hecho. Y los intereses que en la Cámara de los Lores y en la Cámara de los Comunes tienen los portavoces de estas clases dominantes, de estos mercaderes poderosos, hacen pensar en la Gran Bretaña la necesidad de que se adopte de alguna manera un sentido de política

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que ponga fin al estado de guerra existente entre la Metrópoli y la Colonia, y que ponga fin a este estado de guerra sobre la base de una mediación. Inglaterra intervendrá siempre imponiendo como condición previa la puerta abierta al comercio del universo y del mundo. Ya se sabe lo que significa "libertad de comercio" cuando no es más que uno solo el que puede comerciar. Y, mientras se va trabajando en el seno de las Cancillerías activísimamente en este juego diplomático para saber quién es el que pondrá pie firme sobre esta ocupación y dominio económico del Continente hispanoamericano, ha estallado una guerra y ha tenido fin también entre Estados Unidos de América e Inglaterra. Y esta guerra no tiene otro sentido, una vez analizados los documentos del caso, que el siguiente: la necesidad absoluta que tienen las colonias inglesas de la América del Norte, que han operado una revolución de independencia, de poder ultrapasar aquellas proclamaciones de 1783 que le han dado el acceso de la tierra, más allá, hasta el Mississipí, y continuar con ese empuje avasallador de un grupo humano que, no contento con ultrapasar la línea de 1783 y llegar hasta el Mississipí, quiere avanzar aún más y llegar hasta el Océano Pacífico. La guerra de 1812 al 15 no tiene otro sentido que el acceso al Pacífico del grupo que ya tenía sentados sus reales en la perla del Atlántico. Desde este punto de vista es el documento más categóricamente demostrativo de lo que acabo de afirmar, si no bastaran todas las negociaciones que se realizan con motivo de esta paz. Lo cierto es pues que, en realidad, lo que está anhelando Inglaterra, como los Estados Unidos desde 1818 en adelante, es este acceso a las tierras del Continente, que podemos denominar sin temor a equivocarnos, hispanoamericano. Inglaterra no podrá conquistar la colonia hispanoamericana; Estados Unidos tampoco. Estados Unidos tiene en ese momento un proceso político sumamente curioso. Está en la era del "good feeling". Es una palabra usada para expresar un modo que quizás aclare mejor este pensamiento: está bajo el dominio de un movimiento que se perfila, se acentúa, se afirma, de una política nacional de conciliación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nosotros nos damos cuenta exactamente lo que quiere decir una palabra semejante. El partido federal es el primero que

ha encontrado una resistencia en el partido democrático-republicano, que acentúa el carácter democrático-republicano de la Constitución de 1787.

Es la era en que el viejo partido federal va desapareciendo ante el partido democrático-republicano, ideológicamente definido con estas dos palabras cabales. Ha llevado a Monroe por segunda vez a la presidencia. Pero no hay que creer que las palabras "democrático" y "republicano" sean "democracia" y "república". Estados Unidos es, en este momento, el país donde se lucha por establecer fundamentalmente la naturaleza del poder público federal que tiene que ceñirse a las facultades enumeradas por los cuerpos constituyentes. Concebido de tal manera y con tal naturaleza que solamente ha de ser limitado en el ejercicio de las facultades que sin división quiera atribuírsele.

Ya sabemos cuál es la historia americana. Al final triunfará esta segunda tesis y no la primera. Pero lo más grave es que los Estados Unidos es el país de la esclavitud. Ahí no hay democracia ni hay república. Ahí votan los blancos. Y nada más. Y votan por los blancos. Y nada más. Y el negro y el indio son todavía en este momento, dentro de los límites de esta república de los Estados Unidos de América, una masa oprimida o exterminada; la aborígen perseguida, y esclavizada la africana. De tal manera que, como república y como democracia en el sentido doctrinario ideológico, no hay más que la simple enumeración de la etiqueta, pero como contenido efectivo en la política local, tal cosa no existe.

Por otra parte, los Estados Unidos están trabados, en ese momento, en una discusión acerca de la posesión definitiva de la Florida y han puesto sus ojos en Cuba, como los ha puesto Canning. Es la guerra del Caribe, es la diplomacia que tenderá a poner pie firme en el conjunto de las islas del Mar antillano, porque ya los ojos del tiempo pueden abrirse, y se ha previsto por supuesto esta facilidad de ruta que existe a lo largo del Canal que hoy atraviesa el Itsmo de Panamá. De tal manera, que los resortes efectivos y las materias de discusión real de las cancillerías —no las de los discursos que se publican en los diarios de prensa ministerial venal y totalmente corrompida, sino en las notas secretas y confidenciales de las cancillerías que ahora sí podemos consul-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tar—, no es nada que tenga que ver ni con democracia, ni con república, ni con libertad, ni con independencia: sino es, por lo contrario, política que se entrechoca única y exclusivamente para sentar el poderío material sobre una masa humana explotada y oprimida. Esta es la rigurosa verdad histórica.

Canning asciende al Ministerio de Relaciones Exteriores, y como hombre que no tiene escrúpulos ni doctrina, pero sí talento indiscutible, agallas y resolución, contempla, por supuesto, con mirada vasta el universo entero.

Yo voy ahora a entrar a explicaciones de detalles de algunos puntos que he dado en el curso de la Facultad, para demostrar cómo, en definitiva, la trama y urdimbre de este Imperio británico que existió hasta ayer no es otra cosa que la realización continuada de una política que tiene sus fundamentos en las líneas directivas de este gran hombre inglés. El representa, al revés de Castlereagh, los intereses mercantiles. El es elegido por distritos mercantiles. Para ser entonces miembro de los Comunes se necesitaba ser apadrinado por algún poderoso.

Pueblos hay donde apenas queda un resto de lo que fuera la antigua ciudad. Y pocos controlan los cuerpos representativos, como acabo de decir hace un momento. Canning, en este caso, buscará siempre el apoyo de la clase que tiene oro. El sirve a los mercaderes. El comprende inmediatamente que para entrar al parlamento tiene que entrar por vía venal. Los votos se compran. No todo el mundo vota. Son pocos a veces, muchos otras. No interesa. Pero siempre la vía del ascenso por política, que es la vía de la corrupción y de la avería. Esto no hay que olvidarlo. De tal manera que los escrúpulos del político son, como tales, escrúpulos muy a flor de piel. Conserva las formas. Nada más.

Y todavía tenemos papeles acá, en el Archivo nuestro, que nos demuestran cómo se pagaba con el oro de este pobre pueblo a algún periodista que cada vez exigía más para hacer el elogio de las Repúblicas hispanoamericanas.

El oro controla todo. Canning es Ministro de Relaciones Exteriores y no ha tenido muy buena amistad con el Rey. Y no ha tenido muy buena amistad por circunstancias que no voy a entrar a detallar en este momento. Pero no vacilará en servir a las más bajas pasiones del Monarca con tal de mantenerse en su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puesto. El caso de la designación de Lord Ponsonby es el caso quizás más típico y concreto que puedo citar. Y Lord Ponsonby llega al Río de la Plata como un rey desalojado del juego de damas del corazón del Monarca, como un embajador desalojado del juego de corazones en que estaba empeñado su Monarca. Y Canning se presta a ello. Canning quiere el poder y no lo obtendrá hasta la muerte de Lord Liverpool. Y algún historiador británico que, precisamente describe a Canning casi con estos términos, sino todavía más amargos que lo que puedo decir yo, porque yo no tengo amargura, por lo menos sostiene que no se pudo nunca adivinar qué fué lo que pudo dar Canning. Porque cuando llegó a tener poder como primer Ministro a los pocos meses murió. Pero como Ministro de Relaciones Exteriores ambiciona ser primer Ministro. Lord Liverpool lleva ya muchos años. Se nota, se sabe que no puede durar mucho. Una enfermedad que, preanunciada, finalmente lo ha de tumbar. Y Canning aspira a llegar a la cúspide de lo que significa el poder de la Gran Bretaña: Primer Ministro del Gabinete. Sirve pues a los intereses mercantiles sin ninguna clase de embozo. Y desde este punto de vista, antes que nada asegura a través del mundo las rutas imperiales. Y con tan clara visión lo hizo, con tanta inteligencia, con tanta firmeza, que como dije antes, la trama y urdimbre del Imperio hasta hoy sigue siendo, en definitiva, lo que Canning trazó.

Desde este punto de vista, los países hispanoamericanos no somos más, como se suele decir, que simples peones en el juego del gran estadista. El Río de la Plata no es otra cosa que un punto estratégico en los caminos del mundo. El gran estuario de estas corrientes extraordinarias del Paraná y del Uruguay servirán para que, cruzadas por los navíos británicos, se llegue hasta el corazón del Continente.

No le interesa que sea república o monarquía. Eso sí, le interesa que sea independiente. Independiente de la metrópoli y de cualquier otro país. Porque países independientes, —esto es, los países hispanoamericanos—, tendrán fatalmente que vivir económicamente sometidos a la férula de la organización económica que se ha establecido en la Gran Bretaña desde 1770 en adelante. Desde este punto de vista no hay ninguna clase de discusión.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los documentos que existen respecto de las alternativas de

esta política desde 1809 en adelante, acá en el Río de la Plata, son categóricos. No hay ninguna clase de duda. Como dije antes. acrece la fuerza mercantil, sobre todo en el Río de la Plata. Esta es una comarca extraordinaria. La sangre hirviente de los hombres que pueblan el territorio rioplatense, los ha dividido en dos bandos irreconciliables.

Y mis estimados alumnos que hayan tenido la oportunidad de revisar los legajos del Archivo en un caso de investigación de Seminario, habrán podido darse cuenta de la honda tragedia que vivió esta cómarca desde 1810 hasta 1825.

El cuero y el sebo pagan el arma y la pólvora. Y el comerciante británico acudirá a la campaña diciendo que ya están por llegar las fuerzas del Rey Fernando que reconquisten a esta comarca, para que el paisano asustado le venda el cuero a medio real. Y crece de tal manera el interés, como podía abundar en citas que no son del caso, que, cuando en un momento determinado Castlereagh ha querido poner cortapisa a este auxilio de armas que se lleva a América, el grito de los mercaderes, ha podido más que él y el Ministro de Relaciones Exteriores, y el primer Ministro, Lord Liverpool, han dejado de los mercaderes británicos siguieran ese tráfico con el Continente.

Canning, que recoge esta herencia y representa este interés, hará valer en tierra británica, frente a su Rey, que vacila, —que es profundamente reaccionario y conservador, y que desprecia a las multitudes como todo monarca, por otra parte, sea o no sea constitucional— hará valer el grito de este gremio y todas las ciudades mercantiles de Inglaterra con cientos y miles de firmas se presentarán ante el Gabinete para pedir que reconozca la independencia de estos países americanos. Porque siendo independientes, países débiles, tienen que depender fatalmente del país rico y poderoso. No hay que equivocarse. Detrás de las palabras con sentido literario y doctrinario, hay muchas veces una triste realidad.

Y la independencia reconocida de esta manera, no era otra cosa que el anticipo de otra clase de esclavitud. Habíamos roto las cadenas de la vieja Metrópoli,— fiera, tal vez, sanguinaria, como era España— pero cobrábamos esta otra cadena, que no por ser de oro deja de ser menos sanguinaria ni menos fiera. La petición de los hacendados de Buenos Aires es uno de los argumen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tos capitales que Canning hará valer cerca de su monarca para que se reconozca la independencia de los países hispanoamericanos. Y lo acompañará en este sentido, el Ministro de Comercio Huskisson que ha dictado las bases de los tratados que ahora se firman. El que tenemos nosotros de 1825 es del tipo Huskisson. Donde todo es libertad. Hasta los ríos son libres. Todo es libre, por supuesto desde su punto de vista. Comprenderemos inmediatamente que puesto frente a frente un país poderoso económicamente con estos que eran esbozos de países, que todavía vivían en la colonia, fatal y necesariamente la dominación económica había de reemplazar a la dominación política. Es decir, la dominación económica directa vendría a ser el instrumento indirecto de la dominación política. Y el tratado firmado en 1825 dura hasta hoy. No ha sido modificado. Y sus cláusulas siempre han ligado a la República, y puedo afirmar sobre la base de los documentos del Ministerio que no siempre han ligado a la Gran Bretaña. El hecho es que, en representación de estos intereses, Canning ve, como digo, en el Río de la Plata una comarca donde poco le da que haya dos o tres o cuatro países. Todo lo contrario. Yo he encontrado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, entre las viejas notas del Archivo de la Legación Argentina en la Gran Bretaña, la primera nota, contestada por Canning con lápiz, donde se le plantea el problema de honor nacional que era la ocupación de la Banda Oriental por los portugueses, —los brasileros más tarde—, y con una letra firme, asentada, como era la de Canning, con breves palabras, tres o cuatro, postergaba la solución del honor nacional para estos países; porque lo que le interesaba desde ese momento en adelaste era constituir sobre una de las márgenes del estuario rioplatense, un "estado tapón" para que de esta manera, en ningún momento, en las alternativas futuras a que pudiera verse arrastrado este Continente, quedase el control del Río de la Plata en manos de un solo país.

Y la triste historia de esta República, desde 1825 hasta 1852, demuestra hasta qué punto en algún momento los cañones apuntaron sobre estas playas que acababan de ser reconocidas independientes y que quizás, de no haber mediado una enérgica reacción en todo el país, habrían concluído por ser otra clase de co-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lonia. otra dependencia. quizás una simple posesión de un poderoso Imperio. Están los documentos.

El hecho es pues, que cuando Canning se ve frente al problema del reconocimiento de los países hispanoamericanos, no lo hace. de ninguna manera, por razones de doctrina o de principio. Lo hace por razones de intereses. Y británicos, exclusivamente británicos. Nada más.

Da la coincidencia de que en 1825 Portugal esté agitado. El problema portugués-brasilero se complica con el problema brasilero-argentino. Y como el punto de mira que tiene Canning es un punto de mira universal y no local, ha de reducir toda su política a plantear la cuestión de tal manera, tan simplemente dicha, como para que no quede lugar a discusión ninguna sobre esta materia.

¿Qué le podría importar de los argentinos, si cuando Rivadavia llegó a Londres casi no lo quiso recibir? Y Rivadavia volvió hecho un anglófobo como consecuencia del trato que recibiera en su famosa misión de 1825.

¿Qué le podía importar, por otra parte, cuando acababa de recibir la visita, un año antes, de Alvear que estaba de paso hacia los Estados Unidos de América, y cuando acá, el Cónsul británico, Encargado de Negocios en ese momento, tiene la primera diligencia de respeto que se puede tener por un país libre, por un país que se reconoce como independiente, por un país que inicia sus pasos en la vida diplomática, teniendo a un espía pago que saca todos los documentos del Ministerio, —como acá están las notas que lo atestiguan— de tal manera que Mister Canning en Londres, sabía lo que Alvear le escribía a su Gobierno respecto a la entrevista que acababa de tener con él en la Gran Bretaña?

Todo era cuestión de oro. Las compañías que se organizaban para explotar las minas del Continente hispanoamericano, saben perfectamente bien hasta qué punto llega la venalidad de los políticos hispanoamericanos, que ya inician un capítulo trágico para la historia de este Continente. Porque los más prominentes, sin excepción de Rivadavia, aceptan ser presidentes de los directorios locales de las compañías que residen con sus matrices en Londres. Es decir, que el oro todo lo puede. Y para esta aristocracia, esta oligarquía terrera y mercantil, que es tal Inglaterra,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo que interesa antes que nada es mantener el equilibrio creado desde 1815. De tal manera que no haya confusión de ninguna naturaleza respecto a esta materia. La verdad saldría de boca del mismo Canning en 1822, cuando la Alianza resolvió en el Congreso de Verona aplastar la Revolución liberal de España y se opuso Inglaterra, mas no llegó al extremo. Y la España liberal fué aplastada por esta invasión. Mas, como la Revolución liberal de Portugal había creado un problema de política oceánica, con respecto de la Europa, Canning, Ministro de Relaciones Exteriores en ese momento, aparece categóricamente para impedir que se produzca una intervención en Portugal, como se había producido una intervención en España. Se produce el gran debate en la Cámara de los Comunes. Es el famoso discurso de Canning de diciembre de 1826. Lawrence, el famoso pintor, nos da en el conocido retrato de Canning, una obra maestra que no es otra cosa, si bien se mira, que el inspirador directo del monumento que se ha inaugurado hace poco en nuestra ciudad.

Llega Canning en ese momento a lo más álgido de su elocuencia parlamentaria. Era un hombre extraordinariamente elocuente. Y cuando tiene que declarar frente a la oposición cuáles son los motivos que le han determinado a reconocer la independencia de los países hispanoamericanos, dice en este discurso, de un modo categórico, una verdad que nadie puede borrar, y que es una lástima, verdaderamente sensible, que los oradores del día de la inauguración del monumento la hayan dejado de lado.

El diario "Star" de Londres, que respondía a Canning, trascribe el discurso. Luego, como de costumbre, el discurso que aparece en los periódicos es un poco diferente porque lo ha corregido. Costumbre de Canning y de casi todos los oradores, por otra parte. Un autor, Temperley, se ha tomado el trabajo de cotejar los dos textos, y en resumidas cuentas, es lo mismo. No voy a leer el texto que es un poco largo; pero se traduce en este argumento fundamental, que la política inglesa ha consistido en mantener el equilibrio. El equilibrio es la ley de los territorios y no la ley de los pueblos. No puede ser un equlibrio permanente, porque los hechos históricos consumados hacen que unos país desaparezcan y que otros aparezcan. Rusia no contaba, cuando se firma la paz de 1713. Ahora sí. En consecuencia, estamos dispuestos por ra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

zones de equilibrio, a no permitir que ningún país controle la monarquía hispanoamericana. Inglaterra ha hecho las guerras de 1700 y 1715 nada más que para impedir que los Borbones tomasen a Francia y a toda la monarquía. España con sus Indias es lo que nos interesa. España con sus Indias. Y ya estaba absolutamente resuelto a que cualquier país que se apoderase de España, no se apoderase de las Indias.

Ya dije que en 1809 al sistema del Mediterráneo había que sustituirlo con el sistema del Atlántico. De manera que si la Alianza que ha entrado a España y ha dominado la Revolución cree que puede penetrar en Portugal, está profundamente equivocada. Por lo pronto, desde el momento que hemos visto que la Revolución ha sido planteada en España, los intereses británicos obligan a que separemos la suerte de las colonias de la metrópoli. No porque le interese la independencia de estas colonias. ¿Quieren ser república? En buena hora. ¿Quieren ser monarquía? Mejor, tal vez. Pero, de cualquier manera, monarquías o repúblicas, sea un área en el Congo, sea un lugar en tierra caliente de América, sea una posesión en la lejana Asia, sea la Isla Mauricio, sea la punta de Gibraltar, sean las Islas Malvinas, más tarde. Todo da lo mismo. La compensación del equilibrio reclama para Gran Bretaña la absoluta regla que no puede romperse, de que las colonias se separen de la Metrópoli.

La Santa Alianza tendrá a España y someterá a la Metrópoli. Pero la Inglaterra reconocerá la independencia de las colonias hispanoamericanas.

"Yo miré a las Indias y llamé a un Nuevo Mundo para enderezar la balanza del Viejo". Grandes aplausos en la Cámara. Eran todos los mercaderes que aplaudían.

Desde este punto de vista, el discurso de diciembre de 1826 con motivo de la cuestión portuguesa no tiene desperdicio.

En consecuencia, desde el punto de vista del reconocimiento de la independencia, la verdad expresada en este mismo discurso es que los motivos determinantes de este reconocimiento nada tienen que hacer con un motivo ideal o doctrinario. Nada tienen que hacer con la libertad, con la independencia, con la democracia, con la constitución o con la república. El reconocimiento de la Independencia era necesario, porque bien se dijo acá hace ya unos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuantos años, desde 1810, que en el territorio de Buenos Aires no hay ni sombra del poderío español, ni tan siquiera partido español, y que desde ese momento, las batallas todas han sido favorables a los insurgentes o independientes.

En una palabra, como decía San Martín: "Nada podemos esperar". O, como decía Rivadavia: "La independencia la hemos conquistado sin ninguna clase de auxilio exterior".

Y si la independencia es reconocida, es porque era materialmente imposible someter otra vez este país al dominio de cualquier nación, pero quedaba abierto el gran capítulo de la dominación económica, que no entro, por cierto, ahora a analizarlo.

Resuelta la cuestión de la Florida para los americanos, el asunto de las colonias hispanoamericanas comenzó a tener otro cariz. Dije ya que los rusos avanzaban por la costa del Pacífico y llegan hasta el Paralelo 55, más: hasta el 51. Y la gran cuestión del acceso al país se abre para los americanos. Justamente, Monroe había intervenido en la compra de la Luisiana y en la adquisición de la Florida. No hay que olvidar este hecho. Y una vez que resolvieron sus pleitos por la Florida, se reconoce la independencia de los países hispanoamericanos. Como consecuencia de esto, se enviará algún emisario que llegue a dar las gracias por este reconocimiento. Vendrá un ministro americano al Río de la Plata. Pero la cuestión seguía siendo grave para los Estados Unidos porque, aparte del principio doctrinario que podía estar involucrado en la organización de la Santa Alianza, este hecho capital, el del establecimiento de los rusos en la costa pacífica que, probablemente cerraba para siempre el acceso al Pacífico del pueblo americano, constituía una verdadera preocupación.

Los autores americanos han hecho historia completa y acabada de este asunto. Cuando Canning se acerca a Rush o Rush a Canning, —no vamos a entrar en esta materia ahora—, para plantearle una acción conjunta con respecto a las colonias americanas y la Alianza, Rush le dice que tiene, antes que nada, que reconocer la independencia. En ese momento, el Rey no quería hablar nada de la independencia de las colonias hispanoamericanas ni de que la reconocían, y menos aún por Inglaterra. El Rey no quiso recibir a los ministros hasta mucho más tarde. No

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se resignaba a tener frente a si a un representante de un país republicano.

Sin entrar ahora a averiguar la discusión de quién es el padre de esta teoría, lo cierto es que Adams y Monroe contemplan la situación que se les plantea frente a la política de Europa ya definida en la famosa base de Canning. Y Polignac, el Príncipe de Polignac, francés, habia tenido una entrevista y se había llegado en octubre de 1823 a la conclusión de que no se podía aplicar la fuerza para aplastar a las colonias hispanoamericanas. De manera que para octubre de 1823 todo el mundo sabe que no hay fuerza posible que se aplique a las colonias hispanoamericanas.

Entre paréntesis, los emisarios americanos, hispanoamericanos, en Londres, se veían con Polignac. Las notas llegaban a Buenos Aires. Y, como de costumbre, la "Inteligencia" británica obtenía estas notas y pasaban a la mano de Canning. Acá están. Una cosa es la historia heroica y otra cosa es la historia verdadera. De modo que la diplomacia se juega en este control recíproco de gestiones y diligencias. Y lo que le preocupa ahora es Cuba. Lo cierto es que, en este momento Monroe resuelve, ya reconocida la independencia de los países americanos dar un toque de alarma en el famoso mensaje de diciembre de 1823 y establecer claramente los puntos cardinales de la política americana. Acabo de decir que era la era del "good feeling". ¿Qué es el "good feeling? La época de la conciliación. En realidad, había habido una curiosa transfusión de partidos en Estados Unidos de América. Lo propio en Inglaterra. Canning, por momentos, era más "whig" que "tory". Más amigo de los "whigs" que de los "tories". En realidad, como no hay principio, como no hay doctrina, no hay escrúpulo. Todo consiste en lanzarse a la conquista del poder o al mantenimiento del dominio; y los partidos sirven solamente como máscara. Son etiquetas transitorias sobre la realidad, la del interés fundamental de los grupos dominantes, oligarquía terrera y mercantil. Y allá, poderosos amos de plantaciones de esclavos. Monroe era de Virginia. No hay que olvidarlo. Va a dar pues, la directiva fundamental con respecto a la política del mundo. Y en este momento da, pronuncia o se lee el famoso mensaje. El mensaje tiene tres capítulos fundamentales. Tres aspectos capitales. El Dr. Saavedra Lamas no ha anotado más que uno. Es Ministro de Reladiones Exteriores. Pero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

yo soy historiador. De modo que voy a decir lo que el ha olvidado.

En primer término: el mensaje tiene por objeto poner los ojos, abrir la cuestión, advertir, señalar que el Continente Americano es un territorio que ya no se presta a ser colonizado por nadie. ¡Admirable principio! Más desprendimiento no se puede pedir. Más generosidad no existe. Claro que, detrás de esto, está Rusia que está ocupando el Pacífico. Rusia, que está a punto de cerrar el acceso al otro mar de los Estados Unidos de América. ¿Y las colonias que existen? Porque aún no ha terminado la emancipación americana. La generosidad del principio, la amplitud de la doctrina tendría que ser para todo el país, aun para aquellos que ya tienen, que siguen teniendo colonias en este territorio americano. Aun están las Guayanas. Todavía está todo el Mar Caribe sometido a España, Cuba y Puerto Rico. Bolívar está germinando el proyecto de atacar el último baluarte en las Antillas, y no podrá. Quienes se le oponen son, precisamente, Inglaterra y Estados Unidos que no tienen interés en que se independice esta parte del Continente hispanoamericano. Ahí está toda la documentación. Colonias no puede ya haber sobre este territorio americano. Es cierto. Pero las colonias que existen, siguen siéndolo. Desde luego que el asunto iba directamente dirigido contra los rusos. Y ya sabemos cómo termina este proceso con respecto al Océano Pacífico: se comprarán las posesiones rusas en territorio americano. Y ya sabemos cómo terminan estas cuestiones con respecto del Caribe: se conquistará después de la guerra de 1898 a Puerto Rico y a las otras partes que pertenecían a España.

Es cierto que no puede haber más colonias en territorio americano de ningún país, excepción, por supuesto, de otros países americanos. Se planteará el problema de las Malvinas. En 1831 lo planteará precisamente una fragata americana. Terminarán los ingleses por tomar las Malvinas. Pero la doctrina yace muerta, y el autor americano dice con toda franqueza, que la doctrina de Monroe ha tenido por momentos su valor, y por momentos no lo ha tenido. Que es una doctrina elástica. Que esto es lo admirable que tiene: que es elástica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El segundo punto es el que se refiere a la cuestión hispanoamericana. La cuestión hispanoamericana parece ser que dió motivo

a una gran discusión entre Adams y Monroe. Finalmente imperó Monroe. y concluyó por aceptarse y decirse que reconocida la independencia de los países hispanoamericanos, cualquier ataque contra cualquiera de ellos, significaría un acto de poca amistad con respecto a los Estados Unidos de América. Claro que no costaba mucho decir esto en diciembre de 1823. En la famosa conferencia de Polignac y en la de Canning ya se había establecido que la fuerza no sería, en ningún momento aplicada a América, e Inglaterra estaba presente ahí con su escuadra para impedir cualquier presencia de fuerza en este Continente, cuya independencia acababa de reconocer o estaba a punto de reconocer.

El aspecto hispanoamericano, por supuesto, no tenía otro objeto que colocarse en la lucha de los intereses mercantiles frente a frente de la Gran Bretaña.

El Dr. Saavedra Lamas no insiste sobre este aspecto ni lo recuerda. Insiste más bien en el otro tercer aspecto. Pero yo tengo una pequeña nota de Woodbine Parish, muy breve, que escribe al Subsecretario de Relaciones Exteriores británico. La nota está en inglés. Me van a perdonar si traduzco muy mal, pero voy a tratar de traducir literalmente: "Ha habido mucha intriga contra nuestro Tratado". —Aquí se refiere al tratado de 1825. Es Woodbine Parish que lo ha tramitado, el que escribe al Subsecretario de Relaciones Exteriores.— "Ha habido mucha intriga acá, con respecto a nuestro Tratado entre los extranjeros; pero principalmente, entre los yanquis", —hay que darse cuenta de que la palabra "yanqui" suena, en este momento, en boca de un británico,— "los que han trabajado de todas maneras aprovechando de la ignorancia de este país."

Yo no sé quién se habría aprovechado de la ignorancia. Tengo que referir este hecho curioso: cuando se firmaba un tratado de esta especie, había la costumbre en Inglaterra, de recompensar al firmante con mil libras. El Ministro García que firmó el Tratado cobró como dos mil libras. Me parece que no se dan mil libras porque sí. La ignorancia de este pueblo en tal materia, y su credulidad, su buena fe; en una palabra: su zoncera, porque en la forma que está dicho acá quiere decir "zoncera".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"El Encargado de Negocios americano que está acá, Sr. Forbes no se ha limitado tan sólo a hacer insinuaciones privadas:

pero ha dirigido una nota a este gobierno sobre esta materia, de la cual yo, privadamente, he conseguido una copia y estoy capacitado para mandarla, para que tengan allí completa información. Su gran propósito ha sido echar a perder la negociación, persuadiendo a los nativos, haciéndoles creer que Inglaterra lo único que está haciendo es trabajar por su propio provecho. Y, probablemente, concluirá tal vez por imbuírles que un tratado no es un reconocimiento de independencia..."

Efectivamente, así era. Canning sostenía que un tratado no era un reconocimiento de independencia. Cuando Rivadavia llegó a Londres, creyendo que ya estaba reconocida nuestra independencia, quiso saludar al Monarca, pero Canning le dijo que no lo recibiría, que su credencial no valía, que el Rey estaba enojado, que no quería recibir a ningún Ministro de república. Y Canning se preocupaba más de las andanzas del Monarca con Lady Cunningham evidentemente, que si un tratado estuviera firmado y ratificado por un país americano... "y que los únicos censores de este país son los Estados Unidos de América, y que es el país que debe tener el primer lugar en su estimación. En fin, están todos un poco alterados con motivo de esta materia. Tengo el honor de saludar muy fielmente. Su amigo, Fulano de Tal."

La lucha estaba pues entablada de una manera perfectamente clara desde el punto de vista mercantil.

Claro que ahora no tenemos una idea de lo que significaba el Río de la Plata para los intereses mercantiles en aquel momento. Los ríos parecían ser como estos ríos chinos de la hora actual. Grandes vías que penetran en el corazón de los pueblos. Formidables etapas de predominio y de influencia económica. Y este tirano Francia en el Paraguay, que era una preocupación constante para los británicos, en este momento también, en fin, gobernaba un país que en la fantasía del momento se creía que era otra especie de Eldorado. Llegar ahí una nave cargada de mercadería era hacer la riqueza de un día para otro.

Por otra parte en este Mar Atlántico tenemos la meseta submarina más extensa del globo y con la pesca mayor y más rica del mundo, todavía hoy. Imaginaos lo que era entonces. Constituía con los bancos de Terranova uno de los objetivos pesqueros más importantes del globo. Considerar lo que significa la marina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pesquera en una época en que la marina no es a vapor sino a vela. Y la importancia que ha tenido esta práctica y ese comercio en los países poderosos del mundo.

La lucha se ha entablado después de una manera económica y de una manera objetiva. Por si no necesitara otro documento, me bastará esta simple nota —que son precisamente las que tienen el valor de la historia,— porque es una nota que parece que estuviese escrita para que ojos argentinos la leyesen. Es aquí donde la cuestión está planteada de una manera clara y definitiva.

El tercer punto del mensaje a Monroe se refiere al sistema político de Europa, que no podía aplicarse en América sin perjuicio, por supuesto, de la prosperidad y la felicidad de los Estados Unidos de América. Fuese cual fuese el punto de América en que él se estableciese.

¿Cuál era este sistema de Europa? El sistema de Europa al que acá se alude es la Santa Alianza. En una palabra: el de los intereses dinásticos que se sobreponen a los pueblos. El de los reyes contra las multitudes.

Y bien. ¿Y Estados Unidos de América en este momento cómo estaban? El partido democrático-republicano, como dije, no era más que un desprendimiento, en cierto modo, del viejo grupo federal, su opositor. Pero la esencia fundamental del país, tal como estaba organizado, en América como en Europa, era desde el punto de vista republicano, exactamente lo mismo. No había ninguna diferencia. Fuese Canning, que pertenece a una clase mercantil, o Monroe, que pertenece a una clase terrera, de plantadores de algodón; es exactamente igual.

Una sola voz se levanta en ese momento. Y es curioso, con valor suficiente para definir claramente desde el punto de vista de la doctrina cuál es la posición del mundo y qué valor pueden tener los hechos a que me he estado refiriendo.

En 1915, como dije, publiqué un breve artículo sobre esta materia. Y ahí, por primera vez, hice revelación de este documento que estaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores. El documento estaba firmado por Rivadavia. El profesor Robertson tenía gran empeño en saber cómo había sido recibida la doctrina de Monroe en Buenos Aires. Y en la búsqueda documental, resultó lo siguiente: que antes de que llegase el mensaje de Monroe y, por su-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puesto, mucho antes de que llegase el reconocimiento de nuestra independencia por Canning, Rivadavia, el 5 de febrero de 1824, expide una larga circular —que no he de leer, por supuesto, porque no quiero abusar de la amabilidad de este distinguido público. Es una circular a todos los Estados independientes de América, exponiendo los puntos de vista del gobierno de Buenos Aires con relación a la tendencia de los países de Europa de inmiscuirse en las cuestiones americanas y a los problemas definitivos de la independencia y de la libertad.

Y ¿qué ofrecía este territorio? Rivadavia era el intérprete de un sentimiento nacional que desde 1810, en adelante, no se había extinguido y que había dado ejemplos extraordinarios en cien combates gloriosos. ¿Qué ofrecía Rivadavia en esa circular famosa, que se expide desde Buenos Aires con anticipación al mensaje de Monroe y con anticipación, por supuesto, al reconocimiento de Canning, de nuestra independencia?

Pues lo único que se da y se ofrece es lo siguiente: que todo lo que el país tiene moral y materialmente como valor, se ha de poner en la obra común de afianzar esta libertad y esta independencia bajo el sistema representativo y dentro de la organización democrática y republicana del país.

Claro que este documento no puede tener la sonoridad del mensaje de Monroe. Este país no es los Estados Unidos. Y, probablemente, nuestro Rivadavia, por esta nota, no va a tener una estatua en la capital del Imperio Británico.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pestalozzi y su idea del hombre

Por MARIA DE MAEZTU

Resumen de las clases dictadas en el Colegio los días 17, 24 y 31 de mayo de 1938.

El tren se detiene unos minutos en Yverdon. El nombre de este pueblecito evoca en nosotros el recuerdo de la leyenda que los discípulos y admiradores de Pestalozzi han tejido en torno a la vida del maestro. Es la leyenda heroica del vencido, protagonista de los cuentos azules a quien las hadas premian la humillación de su destino conduciéndole al reino de la inmortalidad.

Un día, allá por el año 1825, Pestalozzi, acusado por el pueblo de pervertir a la juventud, es arrojado de la escuela que es la última y más querida de sus fundaciones. En ella ha puesto veinte años de labor para redimir al hijo del hombre y cegar las fuentes de su miseria. Es su hogar y su templo; el altar en el que ha ofrecido su vida a Dios. En sus aulas ha vivido días de dolor y de gloria; ha gustado el halago del aplauso y la amargura de la crítica injusta. Cuando recorre por última vez el camino que conduce al pueblo, tiene ochenta años, está extenuado, pobre y enfermo; ha gastado su vida y sus recursos en dar aliento a la idea que le domina desde su juventud. Al llegar a las puertas de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciudadela se vuelve para contemplar de nuevo el castillo que ha servido de recinto a su escuela: el anciano pronuncia unas palabras: son las mismas que recogidas más tarde por el pueblo están escritas en el pedestal de su estatua para inmortalizar su nombre: "He vivido como un mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres".

Su vida ha terminado, pero todavía le acompaña un niño a quien explica su última lección evangelizadora: "Ama a tus hermanos y no te ames a tí mismo".

Roto el camino que conduce a Berna, cambio la ruta del viaje y me detengo para visitar este lugar histórico. Al otro lado de la estación se divisan las almenas del castillo de Carlos Kauhnen que desde 1805 a 1825 sirvió a Pestalozzi para fundar un instituto de educación y realizar en él sus últimos ensayos pedagógicos.

Recorro el breve camino que conduce de la estación a la escuela. Una tonalidad admirable reina en el ambiente. Casas humildes, diseminadas en el campo, anegadas de una luz tibia y blanda. Miro el paisaje en torno queriendo descifrar el enigma que en su tranquila placidez debió dejar el espíritu de aquel hombre inquieto. Al fondo, las montañas azules que sirven de anfiteatro a la ciudadela medioeval en torno a cuyas murallas erró el alma de aquel vagabundo. Frente al castillo, en el centro de la plaza desierta se alza la estatua del maestro. El monumento, el más bello de los que le ha dedicado el pueblo suizo, produce en el ánimo del caminante que lleva en su espíritu el ensueño de una educación nueva, una honda emoción. Pestalozzi en pie, con su aire de apóstol, sencillo y digno, dulce y enérgico, muestra a dos muchachitos —un niño y una niña que le escuchan— el camino de la Escuela.

Aquí soñó el maestro con una humanidad más noble y pura. Aquí conoció las dulzuras de la gloria. Por este camino pasaron un día Mme. Stael y la Reina de Wurtemberg y las princesas y las damas elegantes atraídas por el encanto de aquel hombre sencillo y bueno. Yverdon era en aquellos días una de las curiosidades de Suiza. De todas partes venían ilustres personajes a conocer de cerca al educador cuya tarea consistía en evangelizar al mundo. Pobre, mal vestido, sin una recia cultura en que apo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

yar sus doctrinas, despertó en torno a su persona un interés por los temas educativos, desconocido hasta entonces. Sus ensayos pedagógicos eran discutidos por los célebres pedagogos de la época: Froebel y Herbart fueron a Yverdon para ver de cerca la maravilla de una labor donde sin método, ni horario, ni disciplina se obraba el milagro de trasformar y dirigir hacia un ideal de perfeccionamiento humano, la naturaleza original del hombre. Su fama se extendió rápidamente por Europa. De todas partes afluían discípulos. El instituto de Yverdon era un centro internacional, cosmopolita.

Comenzaba sus tareas a las siete de la mañana con una plática en la que día tras día iba fijando el credo de su fe religiosa. Maestros y alumnos acudían a escuchar su palabra de encendido fervor. Dios es la relación más próxima de la humanidad: "Cree en tí mismo, hombre, cree en el sentido interno de tu ser, así creerás en Dios y en la inmortalidad. El hombre ve a Dios en la perfección de sí mismo y sólo se perfecciona mediante el perfeccionamiento de sus hermanos". Ahora bien, la palabra Dios no representa para Pestalozzi ningún secreto ignoto sino que es bien clara y comprensible. En todo lo que la madre enseña a su hijo le muestra a Dios: en el sol que sale, en el arroyo que corre, en las fibras del árbol, en el brillo de las flores...

Por tanto, en la educación religiosa del niño el problema consistirá en hacerle volver sobre sí mismo para buscar y encontrar en la interioridad de su propia esencia un fundamento seguro. Este fundamento es la idea de Dios. Dios adquiere una significación suprema porque es la fuente y fundamento de toda moral. Ya no es el representante y jefe del pueblo de Israel que reconoce a su hermano pero no le da la diestra y cierra las puertas de su ciudadela al extranjero para conservar intacto el tesoro de su unidad que el mundo irá a pedirle de rodillas; es el Dios Padre de todos los hombres que los une en el amor y los redime de sus culpas. Es una religión humana que pone a Dios en contacto con los hombres. No es el Dios aislado que habla sólo al jefe de la tribu desde la cima de un monte alejado del pueblo que espera su ley temblando de terror. Es el Hijo del Hombre, es el Verbo hecho carne, que se lanza a la plaza pública y se mezcla entre la muchedumbre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Estas doctrinas, mal interpretadas y peor comprendidas fueron en parte causa de su derrota y de su muerte. Los fanáticos y los protestantes ortodoxos no podían tolerar que este innovador revolucionario hablase de religión con sentimiento tan piadoso. Se le acusaba de herético y de perturbar a la juventud con un deismo filosófico. Por otro lado sus colaboradores Schmid y Niederer habían llevado sus disputas y disensiones más allá del recinto escolar y habían hecho públicas sus opiniones particulares respecto a la labor del maestro; sus odios y rencillas iban minando los cimientos de una obra que había alcanzado tan gloriosa resonancia.

En 1824 el Instituto comenzó a declinar rápidamente; disminuyó el número de alumnos, le abandonaron sus amigos más fieles y tuvo que renunciar a seguir una lucha para la que no tenía ni bríos, ni alientos, ni posibilidades materiales. La vida, de quien él había dicho cosas tan hermosas, le volvía la espalda.

El día 2 de marzo de 1826 abandonó Yverdon envuelto en el desprecio de los ilusos y los descreídos. "Fué como si pusiese fin a mi vida, tanto daño me hizo esta separación".

Y en efecto, aunque en su retiro de Neuhof piensa en volver a la escuela rural que era el sueño acariciado en sus años mozos, ya no puede proyectar un nuevo ensayo. En aquel lugar predilecto donde había vivido quemándose como una llama, debía emprender su último viaje. La muerte se acercaba . . .

El 19 de febrero de 1827 fué conducido al cementerio de Birr. Su sepultura estuvo adornada durante muchos años con un rosal magnífico, que habían plantado sus fieles discípulos, pero sin monumento alguno. En la fiesta secular de su aniversario trasladaron su ataúd a otra sepultura, junto a la nueva casa escolar y allí le erigieron una estatua que lleva en el pedestal una bella y sencilla inscripción que conmemora los hechos más notables de aquella vida que fué "todo para los otros, para él nada".

Pestalozzi viene al mundo en un período de convulsión y de lucha. Un soplo de libertad agitaba a los espíritus. El Contrato Social y el Emilio se leían con apasionado fervor. A los vein-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te años se había entregado por completo a las ideas nuevas. Pasaba por ser un gran revolucionario. De las luchas apasionadas de su juventud sacó Pestalozzi una fe democrática que le animó durante toda su vida e hizo de él el infatigable defensor de los pobres.

Para poner fin a los males sociales se predicaban los remedios más encontrados y diversos: socialismo, anarquismo, comunismo, individualismo. Las ideas más extremas encuentran sus defensores, sus prosélitos y sus adversarios. Sin embargo, todos convienen en un punto común: que en la práctica no podía ni debía emplearse más que un solo medio: la revolución.

Entre la agitación de estas luchas enconadas se deja oir, vibrante y enérgica, la voz de Pestalozzi proclamando la nueva educación como el único medio de regeneración social. La idea no debía su originalidad a Pestalozzi. Este pensamiento había sido mantenido por la mayoría de los reformadores desde los primeros tiempos del Renacimiento; pero sólo unos cuantos —y éstos desde un punto de vista meramente religioso— se atrevieron a proclamar que era necesaria a las masas. Con el pedagogo suizo esta idea adquiere una convicción clara y definida.

A él le cabe la gloria de haber acentuado de un modo genial, lo que los demás no habían hecho más que percibir vagamente: poner en claro la significación y el valor de la educación social; formular un método nuevo basado en modernos principios que había de encontrar su aplicación en los tiempos subsiguientes; dar un espíritu completamente distinto a la escuela primaria haciéndola popular, universal, humana; abriendo sus puertas, cerradas hasta entonces, a las clases humildes y permitiendo que penetre en sus aulas el ambiente renovador que traían consigo los días nuevos.

Lo que Rousseau había pedido de un modo teórico y para un solo individuo, Pestalozzi lo pide ahora para todos los niños, sin distinción de sexos ni de categorías, por humilde que sea su condición social y por muy limitadas que se presenten sus capacidades mentales. El carácter de Rousseau más emotivo que razonador, su temperamento más sentimental y romántico y las condiciones de su vida errabunda le sugirieron una idea que da pábulo y aliento a sus vagos ensueños; el hombre en estado na-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tural es bueno y tiene derecho a la felicidad que no es un privilegio de las clases elevadas; por consiguiente, la realización social y la educación han de servir para que se realice y se cumpla ese anhelo del hombre que hace de la vida el primero y el mejor de sus dones; lo demás es adjetivo e ilusorio. Los errores de su doctrina, confusa y desordenada, no son más que el resultado de las vacilaciones de un hombre a quien se le confía un difícil y nuevo mensaje y tiene que emprender su ruta por sendas que le son desconocidas.

La tendencia naturalista de Rousseau se había opuesto violentamente a la educación en común, en la escuela, como protesta airada contra la educación escolástica y conventual dominante hasta entonces. Su labor es negativa y destructora. Frente a ella se alza el esfuerzo de Pestalozzi para presentar aquellas ideas en una forma positiva y darles una formulación concreta en los actuales procedimientos escolares. He aquí el gran avance que con respecto a Rousseau y a todos los renacentistas representa Pestalozzi.

Antes que él Comenio había expuesto en sus obras la importancia de la educación en los primeros años de la vida. Pero la mirada del genio no se conforma con que la idea quede encerrada en el mundo teórico de los principios y la lleva al aposento espiritual de la clase. "Quiero llegar a ser maestro de escuela," decía en sus años mozos mientras iba forjando su fantasía el ensueño de una educación nueva. La educación de su hijo fué su primera experiencia pedagógica: observa, duda, vacila, vacilará siempre. Oscila entre el principio de autoridad y el de libertad que, ahora más que nunca, se mostraban frente a frente antagónicos e irreductibles. El uno representaba el viejo sistema, el otro el nuevo, ambos en conflicto: para salvarlo había que buscar un engarce que uniese los intereses individuales a los universales y eternos.

No hay pues más que una solución posible expresada de un modo categórico y definitivo: educación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero ¿qué es la educación? ¿Qué queremos decir cuando pronunciamos este nombre? El vocablo ha tenido y tiene muy diver-

sa significación. ¿Cuál es la que le da Pestalozzi? Toda educación es perfeccionamiento; este perfeccionamiento puede hacerse de dos modos: o fomentando los impulsos primarios, la emoción, el instinto, el anhelo, es decir, haciendo más rica y enérgica la realidad existente o deformando esa misma realidad con la pretensión de transformarla en otra mejor. En este caso la educación deja de ser una dirección y el maestro un guía y se convierte en una labor formadora, es decir, en una construcción ideológica.

Bien se entiende que Pestalozzi, fiel a su época, tuvo que desarrollar el tema idealista de su tiempo, y la respuesta que da a las inquietudes del espíritu en el terreno de la educación son las mismas que en el orden filosófico hubieran dado Schleiermacher, Herder, Lessing o Kant. Lo característico de toda Pedagogía idealista es pretender reformar la realidad. Dada la realidad existente que es el niño, su naturaleza original, la educación se propone transformar aquella realidad, inyectando en su aparato de carne y hueso, el sentido de un ideal. Desde luego se comprende que en esta Pedagogía los ideales valen más que las realidades. El ideal es el esquema, el prototipo, el modelo que el maestro fabrica en su mente y que le sirve de norma para ir ajustando a su "idea" cada uno de los impulsos o de los actos del niño. Este hombre, aquel, todo hombre debe conformarse al tipo de humanidad que los pensadores han ido elaborando en el secreto arcano de su conciencia. Así, de espaldas a la realidad se han formado muchas veces las construcciones ideológicas, los sistemas filosóficos sobre los cuales se basa una ciencia tan concreta como es la Pedagogía. En esta región de las ideas lo que es no se conforma con ser lo que humildemente es, sino que tiene la pretensión de llegar a ser lo que debe. El ser no se conforma con su destino a veces diminuto, salta por encima de sus límites y pretende entrar en una frontera ajena a su verdadera esencia. El mundo del deber ser aparece como meta ideal; de aquí que su Pedagogía es, antes que nada, ética, disciplina de la voluntad, sumisión del instinto a la ley que el imperio de la conciencia dicta. Este hombre de anhelos revolucionarios nos hace ingresar en una provincia donde de nuevo impera un dominio más absoluto y más rígido. Su idea del hombre, su conocimiento del ser humano, apenas ha visto de cerca su pobreza interior, le lleva a descubrir esa otra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

miseria más profunda y real que sólo se salva y se domina mediante una honda transformación.

Un solo propósito alienta en la obra de Pestalozzi y da vida a sus instituciones escolares: el propósito de salvar al pueblo de su miseria. En torno a la hoguera de este ideal, que es la pasión de su vida, se ha quemado entera su juventud. Ha vivido entre mendigos; con ellos ha partido el pan de su pobreza. Por ellos, en los días heroicos de su mocedad ha sufrido el abandono de los suyos, el desfallecimiento de sus fuerzas físicas. En las horas difíciles lo ha sacrificado todo: honor y gloria, comprometiendo el prestigio de su nombre.

En Neuhof el maestro trabaja con la materia más ingrata, recoge a los mendigos del pueblo y los asocia a las faenas agrícolas de su finca. La mayoría son muchachos anormales, niños sin familia, hijos de presidiarios que llevan consigo la tara de una herencia degenerada; son muestras de la humanidad más ínfima. No importa, tiene fe en la naturaleza humana. El hombre lleva en sí la conciencia de todos los gérmenes del bien. No cree como Rousseau en la bondad de la criatura humana cuando sale de las manos del Creador. No; lo que más distingue a estos pedagogos es el distinto concepto que ambos tienen de la naturaleza humana. Pestalozzi cree que la bondad está potencialmente en nosotros pero no se da gratuitamente: hay que conquistarla renunciando a las solicitaciones que la naturaleza sensible nos brinda a cada instante. El hombre en estado nativo no es ni bueno ni malo; la educación lo transforma, lo recrea; de este modo la vida es o por lo menos, debe ser, una obra de arte que consiste en elevarse desde la naturaleza original a la naturaleza moral. Sólo entonces, cuando por el trabajo de cada día, ha conquistado el hombre la libertad que le hace dueño de sí mismo y aprende a someterse a la ley que su conciencia le dicta, alcanza la categoría de lo humano. La vida no tiene más que esa finalidad: conquistar la libertad moral; salvarse de la naturaleza sensible dominándola. Vivir es un continuo esfuerzo de liberación interior; sólo este esfuerzo nos conduce del estado de heteronomía al de autonomía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Cómo es ésto posible? ¿Cómo puede el hombre operar, en sí mismo, el milagro de esta transformación? Pestalozzi contesta con las palabras de Goethe: "Porque sólo el hombre puede hacer posible lo imposible; sólo él diferencia, elige y dirige; da duración al minuto que pasa, convierte lo momentáneo en eterno".

En Neuhof funda un asilo para los niños pobres. Es una granja agrícola adquirida con el dinero que le prestan unos amigos. En ella va a realizar él sueño de su vida, el anhelo de sus años mozos. Influído por el romanticismo de Rousseau quiere salvar al hombre poniéndole en contacto con la naturaleza, en medio de la vida campesina. En su período de actividad política, en relación con los revolucionarios de su época ha conocido de cerca la inquietud que mueve al hombre a transformar la realidad existente para convertirla en otra mejor. Pestalozzi, alucinado por las ideas de su tiempo piensa que basta poner en sus manos los medios adecuados para que esta transformación se cumpla y se dispone a realizar el experimento. Recoge en los caminos a los vagabundos y los lleva a su granja para que cultiven el campo o ingresen en las pequeñas fábricas que ha fundado para que aprendan un oficio. Han de mantenerse con el producto de su trabajo y los envía al mercado a vender los frutos de su labor.

Al ponerse en comunicación con la gente del pueblo estos muchachos miserables cuentan su desventura: la desventura de tener que trabajar para vivir; aquellos mendigos pretendían dar un salto en el vacío y alcanzar los beneficios de una vida holgada sin esfuerzo ni dolor; no ha sido así, les han engañado haciéndoles trabajar para costear su alimentación y se sienten explotados por aquel visionario que ha pretendido tener obreros sin jornal. Los campesinos les dan la razón; todos convienen en que es un alucinado y loco. Su mujer que ha comprometido su dote en la empresa se cansa de aquella aventura y vuelve al hogar paterno. Pestalozzi queda solo frente al fracaso de su primera experiencia; la techumbre de la casa solariega se viene abajo resquebrajada por las deudas y si aguanta todavía algún tiempo es gracias a la actividad silenciosa de una humilde criada cuya imagen ha de servirle para crear en sus libros el tipo de Gertrudis. Al fin la bancarrota es inminente y tiene que cerrar el establecimiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cualquier otro hombre se hubiera sentido definitivamente

fracasado: a él la fortaleza de su espíritu le mantiene sereno, erguido ante la adversidad que le ha dado la mejor y más fecunda de sus lecciones. En el fracaso ha aprendido a conocer al hombre y sabe ya, de una vez para siempre, que su miseria no se remedia con el bienestar material; es profunda, hay que buscar sus causas y cegar sus fuentes. Y de ahí deduce todo su sistema pedagógico.

Conmovido ante el drama del sufrimiento humano Pestalozzi quiere encontrar un medio para atacar de raíz aquellos dolores sociales. Este medio es para Fichte el mejor y más acertado que puede hallarse en la historia de la cultura

Fichte, en sus Discursos a la nación alemana, dice que la vida de Pestalozzi se movió a impulsos de un deseo fervoroso: el de ayudar al pueblo. El Maestro se conmueve ante la profundidad trágica de la miseria que padece la humanidad oprimida y degenerada: su corazón generoso no se resigna a contemplar impávido el drama del sufrimiento humano, y encuentra un medio para atacar de raíz aquellos dolores sociales.

¿En qué consiste esa miseria que padece el pueblo? ¿Cuál es? ¿Dónde está? ¿Dónde germina? ¿Cuáles son sus causas? He aquí lo que importa conocer. ¿Se trata, acaso, de esa miseria que padece el pueblo oprimido por su situación política y económica? Cierto, nada de esto le es indiferente, y en su primera mocedad, derrama sus energías y lucha de manera incesante para que el hombre alcance sus derechos sociales y políticos. ¿Pero es ésta la miseria que da margen a sus ideas pedagógicas para fundar sus instituciones escolares y crear un medio de ayuda en el que nadie había pensado hasta entonces? No tal; la mirada del genio es más penetrante y profunda. La miseria que Pestalozzi adivina en la humanidad degenerada, la miseria real, la única miseria origen y causa de todas las demás, es el impedimento que el hombre encuentra para adelantar en el mejoramiento de su propia naturaleza espiritual y autónoma. El hombre no ha llegado todavía a la posesión de sí mismo, a ser dueño de ese fondo de humanidad que le da su valor sustantivo. El hombre es, en sí mismo, un infinito problema sobre el cual apenas se ha empezado a trabajar seriamente. Porque no consiste en darle, desde fuera, lo que le falta, como se pensaba en la Edad Media, sino en formar al hom-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bre dentro del hombre mismo. El es en sí mismo lo que todavía le falta. El hombre específico, la pura humanidad, se encuentra sepultada en lo más íntimo del ser. El mismo es el problema y debe ser también su solución. He aquí la finalidad excelsa de la divina operación educadora: conducir al hombre a la plena posesión de sí mismo.

¿Cómo había de contentarse Pestalozzi con ayudar meramente al hombre campesino en su situación desgraciada? ¿No sintió, acaso, por necesaria congenialidad, un aliento de espíritu de Kant "el hombre no está en el mundo para conseguir su felicidad, sino para cumplir su deber"? Pestalozzi quiso, ciertamente, ayudar al hombre, pero en un sentido específicamente pedagógico, con la esperanza siempre de que después, y como consecuencia natural, alcanzara su felicidad exterior e interior. Pero no es posible conseguir felicidad alguna sin aquella primera formación humana. Primero hay que libertar al hombre salvándole de su impedimento, humanizándole, lo demás se le dará por añadidura. Podríamos decir de un modo preciso, que no se trata de ayudar al pueblo sino de formarle; no hay, pues, más que una solución posible, expresada de un modo categórico y definitivo: **educación.**

Pero no olvidemos que para Pestalozzi, la educación no tiene nada que hacer con un individualismo egoista. Si todo hombre es un infinito problema, su solución es específicamente humana, a saber, la formación de la vida espiritual, pero ésta sólo puede realizarse en la dimensión de la historia cultural. El hombre no es plena y verdaderamente tal, más que en función de la comunidad, lo que significa que la humanidad, la pura humanidad, hay que buscarla en las grandes esferas de las creaciones culturales. Toda educación individual, por tanto, no sólo es insuficiente sino falsa.

La idea del hombre, tomada en este sentido, ilumina toda la obra del genio aforista. De este hombre empírico, impedido intelectual y moralmente, abrumado por la miseria de su propia inferioridad, surgirá el hombre conforme a la idea concebida por el pedagogo, idea que, lejos de ser caprichosa, es la resultante de todas las fuerzas culturales que la humanidad proyecta en perspectiva histórica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De todos los estudios psicológicos realizados en aquel tiempo surgió una simpatía hacia el niño, un conocimiento de su inteligencia, de sus intereses y habilidades totalmente desconocidos en los periodos precedentes. La educación en los primeros años de la vida tiene ahora un valor y adquiere una importancia cuya significación social no se había sospechado hasta entonces. De aquí resulta un énfasis sobre la escuela popular que no era posible en aquellos siglos en que todo el interés se reducía a la educación superior en sus grados más elevados. Pestalozzi recoge esta idea que se hallaba expresada de un modo confuso y vago y le da una concreción definida y clara.

Basta de teorías. Sus compañeros políticos pronuncian bellos discursos que encienden el ánimo, pero no acuden a remediar la miseria del hombre: palabras, palabras, palabras. En ellas hay algo cuyo sentido no le suena bien. Los revolucionarios de Zurich hablan de un mundo nuevo, pronuncian el advenimiento de un régimen que va a conferir nuevos derechos al hombre; les mueve un afán generoso y romántico; pretenden crear nuevos usos y costumbres mediante el cambio de las instituciones sociales; hablan al hombre de libertad, pero no le hacen libre; le imponen leyes más benignas pero no le preparan para que sea él mismo el que se dicte su ley: en suma, no atacan al mal en su raíz. "Hay que cegar las fuentes de la miseria en que veía a mi alrededor sumido al pueblo". Y se lanza a realizar su experimento.

Ha visto cual ha sido el resultado de su labor cuando ha atendido puramente a las necesidades económicas: no se ha conseguido nada. Hay que acudir a otros resortes menos engañosos. "La instrucción del pueblo se extendía ante mí como un inmenso pantano y me sumergí resueltamente en su lodo hasta que al fin llegué a conocer las fuentes de sus aguas, las causas de sus obstrucciones y los puntos de vista desde los cuales pudiera sospecharse la posibilidad de derivar su húmeda descomposición". En gran parte es un discípulo más que un maestro de las nuevas ideas que intenta convertir en procedimientos prácticos. Su vida representa el trabajo pertinaz, infatigable, del hombre que lucha por dar una solución a los problemas vagamente formulados. Por eso abandona hoy lo que ayer esbozara y va de ensayo en ensayo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de experimento en experimento, como hace el investigador que quiere enriquecer con una nueva verdad el contenido científico. Cuanto menos afortunado era el resultado de su labor, mayor era la convicción en la bondad de su plan; el fracaso le dejaba siempre alerta, erguido el ánimo, sereno el espíritu.

Después de su primera experiencia en Neuhof donde fracasó su intento de salvar de la miseria a los mendigos, cualquier otro se hubiera sentido roto por dentro; pero él vuelve a la locura de sus ensayos pedagógicos con más bríos que nunca. Cuando reanuda sus tareas en Stanz tiene cincuenta años; la vejez acusa su presencia pero no puede abatir su ánimo esforzado. La proposición que le hace el gobierno suizo no es nada tentadora. Pestalozzi revolucionario, hereje, perteneciente al pueblo vencedor, tiene que habérselas con los niños huérfanos del pueblo vencido. No importa. Cuanto más difícil es la empresa, más le seduce el intento de lograr su propósito. Reanudar sus tareas de maestro era entrar en una nueva era. La escuela era para él la resurrección. "Borro la vergüenza de mi vida". La vergüenza eran los años pasados en la inactividad, las horas perdidas sin ejercer su apostolado, la agonía moral.

Stanz representa en la carrera de Pestalozzi el momento heróico. Solo, en un internado de ochenta niños, todos de distinta edad, llenos de pretensiones, en la mayor ignorancia y mirando con hostilidad al maestro que es del pueblo enemigo, tiene que atender a todos los oficios de la casa. La educación cobra aquí su verdadero sentido de formación humana. Es director, tesorero, mozo de servicio, criado. . . "¡Qué problema, nos dice, educar estos niños! Un observador perspicaz no se hubiera atrevido; por suerte yo estaba ciego: de otro modo no me hubiera arriesgado. No sabía con precisión lo que hacía, pero sí lo que quería: la muerte o la adquisición de mi objeto".

Su experimento no dura más que seis meses; las necesidades de la guerra le obligan a abandonar el local. El mismo no hubiera podido resistir más tiempo, con aquel sistema educativo basado todo él en la ación. De pie, en medio de los niños, les pronunciaba sonidos haciéndoselos repetir; quien lo veía quedaba asombrado de sus efectos. El mismo no tenía conciencia del sistema empleado. Porque Pestalozzi se encuentra entre dos edades, entre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

dos mundos cuyas fronteras debe traspasar. Detrás, toda la práctica medioeval de las enseñanzas escolásticas; delante, se anuncian con rumores de aurora las nuevas ideas que habían sido esbozadas por los renacentistas y definidas de un modo más preciso por los humanistas del siglo XVIII; pero, en la práctica, estaban todavía sin estrenar. Los protagonistas de los libros pedagógicos son los hijos de los príncipes, de los señores feudales a quienes alcanza este beneficio. Rousseau educa a su Emilio salvándole de la sociedad, en plena naturaleza; después de educar a un solo alumno el maestro queda destrozado e inhábil para proseguir su tarea. Es, en suma, la educación aristocrática. Pestalozzi piensa en el pueblo, en la masa. Con él por vez primera la educación social deja de ser un programa mantenido por unos cuantos revolucionarios para convertirse en la labor práctica que tiene por escena el aposento de la clase, por protagonista el hijo del obrero, por ambiente el aire libre del pueblo.

Según esto la educación no tiene nada que hacer con un individualismo egoista. El hombre no es plena y verdaderamente tal más que en función de la comunidad. Toda educación individual, por tanto, no sólo es insuficiente, sino falsa.

Los herederos de su doctrina han llevado más allá las consecuencias de aquellos ensayos románticos. Establecida la escuela popular con carácter universal y obligatorio, se pretende que sea de todos y para todos. Es decir, la educación social nos conduce de la mano a la escuela única, uno de los más bellos tópicos del siglo XIX, aspiración democrática de una época que ha dejado en torno a sus ideas un reguero de luz.

¿Aceptaríamos hoy sus doctrinas sin grandes reservas? No tal. El mejor homenaje que podemos rendir a la memoria de aquel hombre es hacer una crítica severa de sus principios admitiendo de su obra lo que en ella hay de valor inconmovible y eterno para edificar sobre ella la nueva pedagogía de acuerdo con las exigencias del momento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El poblamiento primitivo de América

Por J. IMBELLONI

1.—Párrafo introductivo.
2.—Teoría antropogenética de Ameghino.
3.—Poblamiento de América según el Prof. A. Hrdlicka.
4.—Sucesión de las cuatro olas inmigratorias enunciadas por el Dr. Rivet.
5.—Unidad y Pluralidad de las razas aborígenes de América.
6.—Investigaciones y Monografías del autor.
7.—Consideraciones finales.

1.—La pregunta que más a menudo y de manera más espontánea me han dirigido —en todo momento y lugar— personas de diversa edad y preparación, esto es "¿cómo se ha producido el poblamiento de América?" me autoriza a deducir que en ella se condensa la curiosidad más ampliamente sentida por una masa inmensa de hombres, incluyendo tanto a los adolescentes de los cursos secundarios como a los adultos provistos de cultura superior.

Al analizar el tono y la expresión de dichas personas, me ha sido fácil advertir que no todas parten de la misma posición psicológica, al formular la pregunta. Mientras una parte demuestra la fe más ciega e ilimitada en lo que podría llamarse el veredicto de la investigación científica moderna, los demás no esconden su persuación de que la ciencia nada puede contestar so-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bre este tema que no sea ambíguo, transitorio y subjetivo. Dos posiciones, como se ve, igualmente alejadas de una visión justa y certera, pues, si hay que evitar la ingenuidad absoluta, hay que admitir, por otro lado, que nuestro conocimiento actual ha identificado algunos senderos que conducen, si no a alcanzar la fórmula definitiva, por lo menos a asentar la cuestión en su verdadero terreno, eliminando una gran cantidad de razonamientos falaces y visiones engañosas.

La incógnita, de todos modos, no es sencilla, ni se adapta a desarrollos unilaterales, los que han sido causa —en el pasado— de muchas ilusiones, ni puede ser afrontada sin un bagaje de conocimientos previos, ordenadamente asimilados y estructurados. Es realmente un atrevimiento querer condensar en los contados minutos de esta comunicación radiofónica de la Radio del Estado un tema que en otro momento me consideraría afortunado de abarcarlo en un ciclo de 20 lecciones, pero me es necesario satisfacer con una cierta urgencia las necesidades impuestas por el nuevo programa de Historia para los Colegios Nacionales (1), en especial modo por haberlo prometido a un crecido número de docentes y alumnos.

Naturalmente, entiendo que mi exposición no podrá limitarse a un mero resumen de cada teoría, y, en cambio, estas deberán ser comparadas en sus líneas generales y referidas a las coordenadas metódicas propias del problema propuesto y luego actualizadas mediante la valoración y los criterios surgidos de mi propia experiencia personal, sin descuidar en lo más mínimo el monto de las investigaciones antropológicas realizadas en la Argentina.

Conviene ante todo poner en claro que la pregunta sobre el "poblamiento de América" incluye dos curiosidades completamente distintas, las que representan dos diferentes etapas de cultura. La primera se dirige a dilucidar el modo, el tiempo y la ocasión que permitieron recibir su propio contingente humano a las tierras americanas, las que se suponen apartadas y desvinculadas del resto de la Ecumene, a tal punto que ninguna de las circunstancias que son válidas para explicar la difusión y migración de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) La bolilla I del programa de 3er. año (1938) contiene el siguiente punto: "Poblamiento primitivo de América. Teorías de Hrdlicka, Ameghino y Rivet".

los demás pueblos del mundo se presume que sea aceptable para América. La segunda —en cambio— sin enfatizar el hecho de esta pura y simple presencia, se propone investigar si la humanidad encontrada en América tiene afinidades clasificatorias con los demás pueblos de la tierra, o si en cambio es de naturaleza singular, y en el primer caso, en que momento de la historia del mundo y de las respectivas razas se produjo la conexión filética que fuere determinada.

Ahora bien, como la brevedad me impone sobrepasar en rápido vuelo la sucesión de las infinitas hipótesis que se han arbitrado para contestar a la primera incógnita, voy a decirles que esta posición se nos presenta hoy día como un problema inexistente, un verdadero enigma artificial. Fué, en realidad, una de las tantas consecuencias de la precariedad del pensamiento del siglo XVI en cuestiones antropológicas: la antigüedad, como es sabido, había estudiado sólo al Hombre, pero desconocía a la Humanidad casi por completo.

El descubrimiento de tierras nuevas realizado en 1492 causó, sin duda, una verdadera revolución, pero el hecho que el gran Almirante encontrara allí a seres humanos de los que no había mención ni en las Escrituras, ni en la filosofía, provocó una perturbación desmesuradamente más intensa y dejó una estela perdurable, sobreexcitando las fantasías con ritmo a menudo morboso. Fueron ideados —y su eco permanece aún vivo— un sinnúmero de romances, por medio de los cuales la naciente "Indología" se comprometía a llenar el abismo del océano y de los siglos con el fin de conectar a los indígenas americanos con la única humanidad admisible en el terreno confesional y ante los historiadores de la época: los hijos de Adán. Ninguna hipótesis descabellada, ningún medio natural o ultranatural fué estimado inconveniente, ni los continentes hundidos, ni la genealogía de Abraham, ni la descendencia de Tubal, nieto de Noé, ni otras más novelescas, con tal de aplacar el imperativo lógico engendrado por la existencia de pueblos aparentemente desvinculados de la humanidad circum-mediterránea, la que, en el fondo, era la única conocida a fines del 400. Pero es del todo evidente que esta ansiedad fué sólo un producto de la ignorancia antropológica de aquella época, y de ningún modo un misterio sustancial y permanen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te. La prueba es que después de América se han descubierto muchas tierras, cientos de islas y también algún continente, provistos de sus propios habitantes, todos no menos desconocidos o inesperados que los de América, y nunca, sin embargo, se ha elevado tan enfática e inquietante la búsqueda de sus respectivos orígenes. La razón es que en 1492 nadie pudo suponer lo que hoy admitimos pacíficamente, esto es, que el género humano se encontraba libremente diseminado, con mayores o menores densidades, en toda la superficie habitable del globo, ya desde el período antiguo del cuartario, o pleistoceno.

Y sin embargo —véase la extraordinaria duración de ciertas emociones colectivas— desde Sarmiento de Gamboa, el Conde Carli y el abate Brasseur, quienes resolvieron la incógnita por el medio más cómodo, esto es, con un peregrinaje humano a través de la legendaria Atlántida de Platón, hasta los historiadores y naturalistas del siglo XIX, pueden observarse inconfundibles reflejos de la emoción violenta sufrida en el siglo XV y XVI ante los hechos aparentemente tan inexplicables que revelara el descubrimiento.

Eliminado, así, el elemento emotivo e irracional que se conserva siempre latente en la tradición, conviene considerar —ahora— el problema del origen del Hombre americano en conexión con el otro, más general, del origen del Hombre, del que forma parte inseparable.

Es comprensible en efecto, que nadie podría dar una contestación al problema particular de América sin haber resuelto previamente la más inquietante de las incógnitas del problema general, es decir, si el hombre tuvo su origen en un solo punto de la tierra (monogenismo) o en varias regiones, independientemente (poligenismo) y si en, el segundo caso, procede de una sola especie animal precursora o de diferentes ramas filéticas (respectivamente monofiletismo y polifiletismo).

2.—Sabido es que no encuentra el poligenismo tan favorable acogida como la tuvo a mediados del siglo pasado. Recuérdese para limitarnos a los sabios que nos son familiares, que Burmeister (1843) creyó en dos hominaciones, una propia del continente euro-afro-asiático, por él llamado occidental y otra del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

americano, u oriental. Pero el desarrollo más consecuente de la tendencia poligenista lo encontramos, poco después, en Luis Agassiz (1854) quien sostuvo que los hombres habían aparecido, independientemente y por descendencias distintas, en 9 lugares de la tierra, es decir, que hubo una hominación por cada una de las masas continentales de una cierta vastedad.

Es innegable que en concatenación con el de estos autores se ubica el pensamiento de Ameghino, quien tuvo, sin embargo, la necesidad de crear nuevos esquemas y formas, a fin de reconciliar con el darwinismo ortodoxo, que naturalmente era monogenista, la creencia de Burmeister y Agassiz en un centro de hominación puramente americano.

Las ideas de Ameghino son muy conocidas: el Hombre se originó —según él— en un solo lugar de la tierra y de un solo precursor (monogenismo monofilético) en un tiempo y lugar determinados, que son la época terciaria (plioceno) y la Patagonia.

Sabido es que lo que importa principalmente, aun más que la propia enunciación de una tesis, es, en nuestra disciplina, la presentación de las pruebas que la sostienen, o, mejor dicho, los hechos, el método y los puntos de vista que el autor ha elaborado en su estructuración. En general estos son los siguientes: 1º el punto de vista paleontológico, que se apoya en las piezas óseas de especies precursoras organizadas en un phylum; 2º el estratigráfico o cronológico, que se basa en la naturaleza y sucesión de los terrenos sedimentarios en que se hallan los restos humanos; 3º el geográfico, que presta la mayor atención a la paleoactología o ciencia de la configuración de las costas antiguas y a la transformación de los continentes, como elementos esenciales para las transmigraciones del Hombre y 4º el criterio raciológico, que considera las varias unidades raciales humanas extinguidas y sobrevivientes y en especial modo su dispersión, áreas, circulación en la superficie y zonas de mestización recíproca, o metamorfismo.

Las pruebas aducidas por Ameghino fueron los restos de Homunculus patagonicus, Anthropops y demás organismos simioides, y luego la calota del Diprothomo y una vértebra y un fémur atribuídos al Tetraprothomo, y, en segundo lugar, la naturaleza terciaria de las capas geológicas respectivas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La caducidad de la demostración de Ameghino apareció

ya desde los primeros años, como lo reconoció entre nosotros la mente lúcida e imparcial de Ingenieros, quien, 20 años ha, dejó sintetizados en los veinte interrogantes puestos al final de su nítido libro "Sobre las doctrinas de Ameghino" otros tantos puntos débiles de la construcción antropogénetica de este gran paleontólogo argentino "la que —dijo— debe ser mirada como un interesante sistema de hipótesis fundado en sus propias doctrinas" sin negar que éstas eran muy vulnerables, especialmente en lo de la cronología. "No haríamos ningún honor —añade— a la memoria de Ameghino, que ponía su mayor orgullo en corregirse constantemente, afirmando que esos problemas tienden a resolverse de acuerdo con sus interpretaciones" (10).

Hoy en efecto, a distancia de 4 lustros de estas afirmaciones de Ingenieros, debemos convenir en que las formaciones geológicas que Ameghino creía terciarias, han mostrado pertenecer al cuartario inferior, o pleistoceno. En cuanto a las entidades filéticas humanas, por él fundadas, ellas tienen por base piezas óseas las cuales o han mostrado pertenecer al **Homo sapiens**, como la calota del Puerto de Buenos Aires y la vértebra de Monte Hermoso, o a mamíferos inferiores, como el fémur de **Tetraprothomo**, en el que el Prof. Bordas del Museo Argentino de Ciencias Naturales acaba de determinar un individuo de la familia **Procyonidae** (11). En resumen, nada nos induce, en el estado actual del conocimiento, a admitir que la fauna mastozoológica de la Patagonia y de las Pampas contase con los organismos que dieron origen al Hombre, y, en cambio, el aspecto grosero y arcaico de dicha producción faunística en su conjunto constituye una seria resistencia para tal admisión.

Habiendo afirmado Ameghino la unicidad de la hominación patagónica, le correspondía dilucidar de qué manera fueron poblados los demás continentes.

Según Ameghino, de los hominidios patagónicos se desprendió en primer término, llegando al Africa y siguiendo luego hacia Australia, la rama de los Negros y Negroides. Posteriormente, una vez establecido el núcleo humano de la Pampa, tomaron origen de su seno los pueblos indígenas sudamericanos actuales y los de Norte América; de allí luego se desgajaron, pasando en migración a Europa y al Asia, las dos ramas del Hombre Caucásico

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y del Mongólico. Esta parte de la antropogenia de Ameghino es la menos elaborada y resistente a la crítica, de tal modo que nadie ha pensado un solo instante en la posibilidad de apuntalarla con un aparato conveniente de demostraciones morfológicas.

Con toda evidencia la mentalidad de Ameghino se formó, esencialmente, a expensas del criterio paleontológico y estratigráfico, sin excluir el paleogeográfico. Es lícito pensar, a posteriori, que si hubiese concedido igual atención al factor raciológico, por el cual demostró una prescindencia tan pronunciada, habría contado acaso con el apoyo de un criterio moderador el cual, en conjunción con la clarovidencia de su altísimo ingenio, habría conferido mayor solidez a la estructuración de su sistema antropogenético.

3.—Sobre muy otras bases especulativas está fundada la doctrina que propugna desde más de 20 años el Prof. Aleç Hrdliçka, quien ocupa actualmente la jefatura de Antropología en el Museo Nacional de Washington; fecundo hombre de ciencia y conocedor de América desde Alaska hasta Patagonia, es uno de los que mayor

1. AMEGHINO, Florentino.— "La antigüedad del hombre en el Plata"; 2 vol. París y Buenos Aires, 1880 y 1881.
2. AMEGHINO, Florentino.— "Notas preliminares sobre el Tetraprothomo argentinus: un precursor del hombre del mioceno superior de Monte Hermoso"; en "Anales del Museo Nac. de Historia Natural de Buenos Aires", tomo IX, Buenos Aires 1907, pp. 107-242.
3. AMEGHINO, Florentino.—"Le Diprothomo platensis: un précurseur de l'homme du pliocène inferieur de Buenos Aires"; en "Anales del Museo Nac. de Hist. Nat. de Buenos Aires", tomo XII, Buenos Aires 1909, pp. 107-209.
4. AMEGHINO, Florentino.—"Geología, paleogeografía y antropología de la República Argentina"; en "La Nación", número extraordinario del 25 de Mayo de 1910.
5. AMEGHINO, Florentino.—"L'âge des formations sédimentaires terciaires de l'Argentine en relation avec l'antiquité de l'homme"; en "Anales del Museo Nac. de Hist. Nat. de Buenos Aires", tomo XV, Buenos Aires 1911, pp. 45-75 y 169-179.
6. BOULE, Marcelin.—"Les hommes fossiles"; II edición, París 1923, pp. 444-447.
7. HRDLICKA, Aleç.—"Early màn in South America"; Washington 1912.
8. MOCHI, Aldobrandino.—"Appunti sulla paleontologia argentina"; Florencia 1910.
9. PITTARD, Eugène.—"Les Races et l'Histoire"; París 1924; p. 537.
10. INGENIEROS, José.—"Las doctrinas de Ameghino; la tierra, la vida y el hombre"; Buenos Aires 1919.
11. BORDAS, Alejandro F.—"La posición sistemática del Tetraprothomo argentino AMEGH."; presentado ante la Sociedad Argentina de Antropología, "Semana de Antropología", 1937, en publicación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

influencia han ejercido sobre la última generación de antropólogos en la América del Norte.

Antes de publicar su famoso folleto "The genesis of American Indian" (1917) repetidamente reproducido, luego, en los principales idiomas con pequeños cambios en el título y breves enmiendas, Hrdliçka había consagrado durante un decenio toda su atención al estudio crítico del material humano (huesos e industrias) que tanto en Norte como en Sud América se había proclamado como prueba de la presencia del Hombre en épocas anteriores a la actual (holoceno) llegando a la conclusión de que "en toda América no se ha extraído hasta hoy un solo hueso humano cuya antigüedad geológica pueda ser demostrada con eficacia". La doctrina de Hrdliçka surgió, pues, después de haber neutralizado el criterio paleontológico y se basa únicamente en la observación de los caracteres físicos, y en parte culturales, de los pueblos indígenas de la actualidad y de los que nos han dejado sus sepulturas y paraderos desde Canadá hasta Perú y Tierra del Fuego.

La teoría de este autor es de las más sencillas y puede ser enunciada en brevísimas palabras. Según Hrdliçka, el hombre que ha llegado a América recorrió un único camino, es decir, el estrecho de Behring, y su raza, que es también única, es una imagen perfecta de la que ha poblado y habita todavía las regiones septentrionales del Asia oriental. En cuanto a la época en que se efectuó el poblamiento de América, estima que, lejos de asignarlo al pleistoceno, debe ser colocado en una antigüedad moderada, que corresponde al neolítico de Europa (este límite ha sido alargado en la edición de 1928 y siguientes, con la concesión contenida en la frase "del paleolítico reciente al neolítico"); traducido en años, se trataría del período "entre 10.000 años atrás y el comienzo del período histórico del Mundo Antiguo"; posteriormente ha concedido un aumento: "entre 10.000 y al máximo 15.000 años atrás".

Hrdliçka se apoya en el hecho que "las semejanzas físicas entre varios miembros de los grupos asiáticos y el tipo medio del Indiano de América son tales que si un individuo fuese trasplantado de uno a otro lugar y vestido y aderezado en el cuerpo y el cabello a la manera de la tribu en que se lo trasladare, no sería posible distinguirlo físicamente con medio alguno de los que dispone un observador científico."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La actuación de Hrdliçka ha tenido —sin posibilidad de dudas— un benéfico efecto, especialmente en lo que concierne a la seriedad de las investigaciones antropológicas en América, y su prédica ha demostrado con eficacia, a menudo con destructora ironía, que no podía continuarse indefinidamente —como en el famoso caso del cráneo de Calaveras— a construir novelas científicas sobre la base de antigüedades incontroladas, y de hallazgos y yacimientos inciertos. Esta es su obra positiva y su recuerdo no podrá borrarse con el tiempo.

Infortunadamente, cuando de la actividad crítica pasa el prof. Hrdliçka a la creadora, ofrece el flanco a muchos reparos, que voy a enunciar brevemente en homenaje a aquella misma severidad metódica que ha tenido siempre el honor.

A cada uno de los raciocinios de Hrdliçka sirve como peldaño una premisa de orden general, que habitualmente no pasa de ser una proposición aceptable y hasta grata al sentido común, aunque en realidad poco congruente con la urgencia científica de la especulación. Veamos un ejemplo. Los medios primitivos de transporte de que disponía el hombre prehistórico hacen evidente —afirma Hrdliçka— que llegó de aquella parte del Viejo Mundo que yace a menor distancia de América; ahora bien, puesto que Africa yace a más de 2.000 millas de Sud América y Europa aún más lejos de la América del Norte, dictamina que ambas deben ser excluídas. En cuanto al Asia, las 40 millas que separan el cabo Prince del cabo York ofrecen al autor aquel **mínimum** de dificultades, medidas numéricamente en kilómetros, que su espíritu requería. Cuando, más adelante, concluye que este "camino del Norte no era solamente el más practicable, sino el sólo que pudo permitir al Hombre llegar a América en los primeros estados de cultura", otra cosa no hace que confirmar, en la primera aserción, el criterio geométrico de su raciocinio, y, en la segunda, excluir, del todo arbitrariamente, que porciones más o menos amplias de los pueblos que se establecieron en América hayan podido llegar provistos de un patrimonio cultural más elevado que el de los recolectores y cazadores inferiores de la prehistoria. Mucho podríamos objetar, en cuanto a la primera presunción, no sólo con referencia al método lógico que se emplea, el que a fuer de racionalista raya en el simplismo más ingenuo, sino también repetir las agudas ob-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

servaciones de De Quatrefages sobre el poder de dispersión casi ilimitado de que están dotados ciertos organismos migradores y en modo sorprendente el Hombre; luego, con respecto a la segunda, que resulta todos los días más difícil tratar la historia centro-americana y andina de los elementos de la cultura moral, social y técnica, sin descuidar la artística, prescindiendo del patrimonio de los pueblos de las gruesas islas culturalmente arianizadas de Indonesia.

Otro razonamiento característico de Hrdliçka es que "fluye automáticamente que si han llegado desde el Asia, tuvieron que formar parte de la población del Asia" y otros muchos, los cuales demuestran el esquema deductivo del procedimiento lógico de este autor, cuyas premisas mayores son a menudo censurables científicamente, aunque siempre aptas para ser recibidas con gusto por el grueso de los lectores, a causa de su envoltura simple, modesta y grata al buen sentido.

En cuanto a las pruebas aducidas, ellas no pasan de la semejanza física que arriba hemos mencionado. De los dos términos de la comparación física, el asiático y el americano, podríamos discutir tanto el primero como el segundo, porque ambos están determinados con extrema vaguedad geográfica y raciológica. Pero donde esta vaguedad resulta realmente inadmisible es en el lado americano. Hrdliçka ha logrado establecer la comparación con el asiático, sólo a costa de uniformar todos los pueblos de las dos Américas, tan diferentes uno de otro desde el río Columbia hasta el estrecho de Le Maire, en una sola expresión corporal, fisiológica y mental, la que denomina Average American Indian.

Este American Homotype es una fórmula personalísima de

a. HRDLICKA, Aleç.—"The genesis of the American Indian"; en "Proceedings of the Nineteenth Intern. Congr. of the Americaniste"; Washington, 1915, pp. 559-568.
b. HRDLICKA, Aleç.—"The origin and antiquity of the American Indian"; en "Smiths. Report for 1923", revised edition, Washington 1928.
c. HRDLICKA, Aleç.—"Man's antiquity in America"; en "XX. Congr. Intern. de Americanistas", Río de Janeiro 1928.
of American Ethnology"; Smiths. Inst.", Bulletin 52, Washington
e. HRDLICKA, Aleç.—"Early man in South America"; en "Bureau 1912.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

d. HRDLICKA, Aleç.—"Skeletal remains suggesting or attributed to early man in North America"; en "Bureau of American Ethnology; Smiths. Instit.", Bulletin 33, Washington 1907.
f. HRDLICKA, Aleç.—"Recent discoveries"... en "Bureau of American Ethnology; Smiths. Institution", Bulletin 66, Washington 1918.

Hrdliçka, aunque su contenido es tradicional en la antropología norte-americana, desde los tiempos de Samuel Morton. Al analizar la descripción de sus caracteres, pronto se ve que su autor ha prescindido de todos aquellos que interesan a la construcción general del esqueleto y del cráneo (estatura, índice esquélico, índices cefálicos horizontal, vértico-transversal, etc.) y ha puesto en primer término el color cutáneo, la forma y pigmentación de los cabellos, el iris, la pilosidad corporal, etc.; en una palabra, los caracteres exteriores, es decir, pigmentarios y tegumentarios.

La unidad racial de todos los indios es tan indispensable para el razonamiento de Hrdliçka (el correspondiente postulado, puesto al comienzo del folleto, forma la principal y auténtica premisa mayor de todo el silogismo), que si ella es descartada, todo se viene abajo. Veremos en el penúltimo párrafo que la posición de la antropología argentina, antigua y reciente, le es por completo adversa.

4.—El siglo XIX, que había creado la paleontología, comenzando por Lyell y Cuvier y terminando con Gaudry, Osborn y Ameghino, fué captado casi enteramente por el espíritu paleontológico. Del mismo modo, el siglo XX, que acaba de llevar la etnología a una altura nunca sospechada, está hondamente influído por el espíritu etnológico. En 1924 el Dr. P. Rivet, profesor del "Museum d'Histoire Naturelle" de París y actualmente Director del Museo del Hombre en el Trocadero y Secretario de la Sociedad de los Americanistas de París, conocedor de Sud América y en especial de la región ecuatoriana, leyó su primer ensayo sobre el poblamiento de América, transformado luego, en 1926, en su memoria sobre "Les origines de l'homme américain". La visión que anima y el método que sostiene la teoría expuesta por Rivet están indisolublemente conexos con la visión y el panorama del culturólogo y del lingüista.

Según Rivet, la población indígena americana fué el resultado de un cierto número de migraciones de las que identifica las 4 siguientes, dispuestas en el orden cronológico en que se efectuaron: 1) un elemento australiano; 2) un elemento oceánico con caracteres físicos melanesios y lenguaje malayo-polinesio; 3) un elemento asiático mongoloide, numéricamente más importante y 4)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un elemento urálico llegado por último, representado por los Esquimales.

La identificación de los varios grupos la cumple Rivet por dos caminos principalmente: la cultura material y la lengua; también hace breves alusiones a las correspondencias físicas:

1) El elemento Australiano, representado en América por los indios Patagones y Onas y otros pequeños restos diseminados en ambos continentes, se reconoce por las concordancias lingüísticas del grupo Chon, establecido por Lehmann-Nitsche y las lenguas de Australia, luego por el manto de pieles, choza en forma de colmena, canastería en espiral, bote de corteza, armas bumerangoides de tiro y otros componentes de su patrimonio cultural.
2) El elemento Malayo-Polinesio se reconoce por las afinidades con la lengua malayo-polinesia que Rivet ha descubierto en el léxico del grupo Hoka de California, luego por la cantidad realmente enorme de correlaciones patrimoniales que fueron enunciadas de 1909 a 1915 por F. Graebner, E. Nordenskiöld y W. Schmidt, como ser la hamaca, los puentes colgantes, las armas (propulsores, cerbatanas, etc.), la siringa musical, el tambor de madera, la técnica de la "tapa", los andenes de cultivo, el kipu, cierto método de teñir tejidos, el potlach, la trepanación craneana, etc.
3) En cuanto al elemento Mongólico no necesita Rivet aducir pruebas, pues está universalmente admitido.
4) El elemento esquimal, excluído por todos los especialistas del número de las migraciones antiguas, a partir de Blumenbach, Morton y De Quatrefages, está identificado también por Rivet, con una ola reciente, cuya circulación ha cubierto las zonas circumpolares de Eurasia y América.

Como acaba de verse, el aporte personal de Rivet consiste, en primer lugar, en la enunciación de correlaciones lingüísticas (Australiano-Chon y Polinesio-Hoka), luego en la construcción ordenada de un sistema, con la participación concurrente de las tres ramas antropológicas: la física, la patrimonial y la lingüística, y, por fin, en la valoración de la gran masa de correlaciones cultu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rales reunidas por la etnología histórica. Además, por medio de sus conferencias en Buenos Aires, Río de Janeiro y otras ciudades principales, Rivet ha conseguido el magnífico resultado de hacer llegar a una gran cantidad de sudamericanos los canónes y las conclusiones del grupo de Graebner, aunque de manera indirecta, porque a Rivet, quien ha trabajado en el mismo sentido, le gusta proclamarse independiente de la escuela alemana. De no menor valía es haber presentado a los públicos norteamericanos la conveniencia de revisar la fórmula demasiado simplista propugnada por Hrdlicka sobre la unidad de la ruta de ingreso al territorio americano.

Muchas son las palabras que he dedicado en mis escritos a valorar estos méritos de Rivet y especialmente su exigencia metódica de que las correspondencias entre un pueblo y otro fueran controladas por los 3 caracteres corporal, lingüístico y patrimonial, simultáneamente. He afirmado en 1926 que esto señalaría un período nuevo en la americanística (I, pp. 281-285). Estos antecedentes me permiten ser explícito en la enunciación de los puntos débiles de la teoría de Rivet.

En primer lugar me he visto en la necesidad de encarar de otra manera la cuestión de la "puerta de entrada" que permitió el ingreso a la ola australoide. Este asunto de las rutas y puertas es uno de los más apresuradamente elaborados por Rivet. En el primer momento, al decidirse en favor de un viaje de los Australianos a través del Pacífico, por mar, y en la imposibilidad de contar con las primitivas embarcaciones de corteza de ese pueblo, se apoyó en la idea "ingeniosa y seductora" de Maus, según el cual los Australianos habían pasado el océano conjuntamente con los mismos Malayo-Polinesios en calidad de tripulantes (!) a bordo de las embarcaciones de estos últimos. Más tarde, reflexionando acaso sobre lo impropio de esta idea, en absoluto contraria a la concepción etnológica de las oleadas sucesivas de culturas y razas, Rivet adoptó otra sugestión no menos arbitraria y en contradicción con los datos de la etnología. Es la de Mendes Correa, según el cual los Australianos habrían llegado a América por el extremo austral, a través del estrecho de Bass, la isla de Tasmania, el continente Antártico, el grupo de las Shetlands del Sud y el Cabo de Hornos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Prescindiendo de las muchas circunstancias inverosímiles que se invocan, he puesto de relieve que esta fantástica migración está en abierto contraste con hechos etnográficos bien establecidos, ya que la circulación del tipo humano australoide y de sus peculiares culturas se efectuó, en América, de norte a sur, y así lo afirma el carácter nórdico de los elementos que constituyen el patrimonio común de los cazadores inferiores americanos: el complejo del cuero, cunas en forma de escalera, tiendas desarmables de forma cónica, decoración pintada de las pieles, y demás elementos del complejo identificado por Nordenskiöld. Pero hay una consideración más general, previa, sobre lo que debe entenderse por migraciones de los Australoides. He aquí un trozo de (II) uno de mis escritos recientes: "Cuando hablamos de Australoides y respectivamente de Tasmanoides y Melanesoides, no nos referimos ya concretamente —como algunos lo han interpretado con un sentido groseramente geográfico y actual— a los Australianos, Tasmanianos y Melanesios, sino a formaciones humanas sucesivas que dominaron el mundo asio-pacífico antiguo y que en parte exigua se han conservado intactos, por amixía, en la gran isla de Cook, en la de Tasman y en los archipiélagos del Mar de Corales". Resumiendo, el defecto de la exposición de Rivet no atañe sólo al concepto externo de "ruta" y "puerta", sino a los muy esenciales de la naturaleza etnológica de un complejo y la naturaleza biológica de una entidad racial.

También encontramos en Rivet la importante laguna que concierne a la civilización Mayoide y sus derivadas, las que constituyen, prácticamente, la capa proto-histórica de América, caracterizada por su mayor nivel artístico y estado-poyético. Mientras Rivet habla todavía de la persistencia de un "enigma Maya", hemos afirmado con libertad y franqueza que dicha civilización muestra ser una metástasis de la indonesia y los pueblos que la representan en América recibieron ciertamente coeficientes migratorios del mismo origen.

Por último, el contingente indicado en el número 3 de Rivet, es decir, el elemento Malayo-Polinesio, resulta un conjunto extremadamente desigual en lo de los tipos corporales, las lenguas y los complejos patrimoniales, para que podamos seguirlo sin una elaboración más minuciosa y una discriminación más acabada de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las particulares capas que lo componen. Como se verá en el penúltimo párrafo de esta exposición, he tenido que separar en este elemento, ya preconizado por De Quatrefages, numerosos contingentes tipológicos.

En realidad, la congruencia y las diferencias de nuestras posiciones no pueden ser apreciadas con un juicio superficial. Mientras E. Nordenskiöld coloca mi nombre junto al de Rivet y al lado de otros tres: G. Friederici, F. Graebner y P. Schmidt, al hacer la lista de los que han trabajado en el sentido de correlacionar los elementos culturales de Oceanía con los americanos (L, pág. 16), he aquí que, cuando yo mismo he tenido que abordar el problema general y particular de las migraciones, sus itinerarios, la sucesión de las diferentes olas y en particular modo el cuadro clasificatorio y las relaciones filéticas de las formaciones humanas que intervinieron en el poblamiento de América, me he encontrado a trabajar con cuestiones e incógnitas extrañas a las preocupaciones de Rivet.

Lo que hay, en el fondo, es que la exposición de este último toma su primera inspiración en la visión estupenda de Arman-

A. RIVET, Paul.—"Les Mélano-Polynésiens et les Australiens en Amérique"; en "Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscription et Belles-Lettres", París, 1924, pp. 335-342.

B. RIVET, Paul.—"Les Mélano - Polinesiens et les Australiens en Amérique"; en "Anthropos", tomo XX, Moedling-Viena, 1925, pp. 51 - 54.

C. RIVET, Paul.—"Les Mélano - Polinesiens et les Australiens en Amérique"; en "L'Anthropologie", tomo XXXV, París 1925, pp. 142.

D. RIVET, Paul.—"Les Australiens en Amérique"; en "Bulletin de la Société de linguistique de París", tomo XVI, París 1925, pp. 23 - 63.

E. RIVET, Paul.—"Les origines de l'homme américain"; en "L'Anthropologie", tomo XXXV, París 1925, pp. 293-319.

F. RIVET, Paul.—"Parenté linguistique de l'Australien et du Malayo-Polynesien, du Mon-Kmer et du Munda"; en "Revue d'Ethnographie et des traditions populaires", tomo VI, París 1925, pp. 227-228.

G. RIVET, Paul.—"Le peuplement de l'Amérique précolombienne"; en "Scientia', 2ª serie, tomo XL, Bologna 1926, pp. 89-100.

H. MENDES CORREA, A. A.— "Homo"; Coimbra 1926 (pp. 230 y sigg.).

I. RIVET, Paul.—"Recherche d'une voie de migration des Australiens vers l'Amérique"; en "Comptes rendus sommaires des séances de la Société de Biogéographie", tomo XVIII, pp. 11-16.

L. NORDENSKICLD, Erland.—"Origin of the Indian civilization in South America"; en "Comparative ethnographical studies", Nº 9, Göteborg, 1931.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do De Quatrefages, al que he llamado, en un escrito reciente, el verdadero precursor de la raciología americana moderna. Si hay que dar una paternidad a la doctrina de las migraciones marítimas a través del océano Pacífico, especialmente en lo que concierne a la faz clasificatoria y a la antropología física del problema, el nombre que se impone es —ciertamente— el de "doctrina de De Quatrefages".

5.—No podría considerarse cumplida mi promesa si a la reseña de los tres autores requeridos por el programa oficial no hiciera seguir algunas observaciones, relacionadas primero con la tendencia y resultados de los antropólogos que han trabajado en el país, luego en el panorama elaborado por la investigación raciológica en los años que vivimos y por último, con mi trabajo de investigación personal, puesto que —al fin y al cabo— constituye la fuente de los criterios y de la experiencia en cuyo nombre he hablado en la exposición crítica que antecede.

Hemos visto, al tratar la teoría de Hrdliçka, que uno de los puntos más esenciales en esta materia es la cuestión de la unidad o pluralidad de las razas americanas.

De los autores que han trabajado aquí, Burmeister es el único que acoge sin criticismo alguno la idea del antropólogo de Filadelfia, S. Morton, quien, al mismo modo como lo harán después Hrdliçka, Vignaud y la gran mayoría de los norteamericanos, insistió enfáticamente en que: "El que que ha visto una tribu india, las ha visto todas, tanta es la semejanza de esta raza, a pesar de la inmensa extensión geográfica y los climas extremadamente variados'". Ameghino no creyó un solo instante en esta afirmación, que se transmite, de autor a autor, desde los tiempos de la antigua patraña del cronista Ulloa: "quien ha visto un indio, los ha visto a todos", y dijo abiertamente que "a pesar de una afirmación tan categórica, lanzada por una autoridad como la de Morton", "la existencia de una raza americana es inadmisible'. En la crítica del método seguido en aquel tiempo por Morton y hoy por Hrdliçka, es decir, la enunciación genérica de unos cuantos caracteres, las observaciones de Ameghino tienen aún hoy todo su valor esencial: "no sólo no se encuentran reunidos todos esos caracteres en todos los individuos de una misma tribu, sino que se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hallan muchos de ellos y aun tribus enteras que difieren". Lástima es que Ameghino, después de reconocer la existencia de muchas razas distintas entre sí, las explicó, siguiendo a Topinard, mediante el cruzamiento de grupos diferenciados, blancos, negros y rojos, todos existentes en América "desde una antigüedad sumamente remota" y "diferentes de todos los del Viejo Mundo", lo que mal se aviene tanto con el esquema formativo de las razas del continente antiguo, como con su particular doctrina de la hominación pampeana.

De los demás antropólogos argentinos, al lado de F. P. Moreno, quien enumera y define las razas del territorio argentino, de R. Lehmann-Nitsche, quien ve la "poikilotipía" de América, pero no se atreve a descifrar filéticamente las raíces de tamaña promiscuidad de caracteres físicos, de L. M. Torres, quien es el primero en seguir mediante el análisis de sus restos óseos los itinerarios de las migraciones que poblaron la porción austral de Sudamérica y de F. F. Outes, quien busca el límite entre la noción de caracteres raciales hereditarios y las selecciones y modificaciones del ambiente, encontramos a H. Ten Kate, cuya oposición a la idea de la unidad racial del Indio le hace pronunciar las palabras más vehementes: "Est-ce de l'amour propre, l'application de la doctrine de Monroe, même à la science de l'homme? Ou bien est-ce de l'ignorance, la négation totale de l'anthropologie physique"? Ten Kate alcanza el más alto vigor dialéctico al analizar la conducta lógica de Hrdliçka, quien, justamente en aquel mismo año (1917)

i. AMEGHINO, Florentino.—"La Antigüedad etc.", ya citado, pág. 51.
ii. MORENO, F. P.—"Notes on the Anthropogeography of Argentina"; en "The Geographical Journal", tomo XVII, Londres 1991, pp. 574 y sigg.
iii. LEHMANN-NITSCHE, Roberto.—"Tipos de cráneos y cráneos de raza, estudio craneológico"; en "Revista del Museo de La Plata", tomo XI, 1903.
iv TORRES, Luis María.—"Los primitivos habitantes del Delta del Paraná"; en "Biblioteca del Centenario; Universidad Nac. de La Plata", 1911.
v. OUTES, Félix F.—"La Edad de la piedra en Patagonia"; en "Anales del Museo de Hist. Nat. de Bs. Aires", tomo XII, Bs. Aires 1905.
vi. TEN KATE, Hermann.—"Sur la question de la pluralité et de la parenté des races en Amérique"; en "VIII Congr. Inter. des Américanistes", París 1890, p. 288 y sigg.
vii. TEN KATE, Hermann.—"Mélanges anthropologiques, Conclusion générale"; en "L'Anthropologie", tomo XXVIII, París 1917, p. 393 y sigg.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

publicaría su famoso folleto. Ten Kate sabía muy bien, como no lo ignoramos nosotros, que Hrdliçka es el hombre que ha visto el mayor número de indios y ha manejado más millares de esqueletos indígenas, y sus tablas de medidas, de una meticulosidad y exactitud intachables, se colocan entre los mejores repertorios de datos para el conocimiento métrico de las tribus indias. Ahora bien, mientras esas tablas indican diferencias de organización realmente enormes, cuando Hrdliçka elabora sus conclusiones finales, sólo admite un único modelo físico: el Average American Indian. Ten Kate no llega a persuadirse de cómo pudo producirse un hecho tan absurdo, esto es, que aunque en la observación metódica de las tribus se hayan encontrado organizaciones netamente distintas, en la operación de síntesis todos esos caracteres discordantes: braqui y dolicocefalía, narices aguileñas y respingadas, bóvedas craneales altas y bajas, estaturas gigantescas y pigmoides desaparecen, para Hrdliçka, y sólo queda el famoso American Homotype.

6.—No podíamos evidentemente, quedarnos conformes con hacer resaltar dicha incongruencia, y había de explicarla. A esta tarea he dedicado mis trabajos IV, V y VIII, en los cuales ha quedado demostrado que el desacuerdo entre la visión que es tradicional en Norteamérica y la opuesta, consiste en la elección de los caracteres que sirven de base a la clasificación, y particularmente en el orden sucesivo o jerárquico que se atribuye a cada uno de ellos en el conjunto. He insistido en que si, por ejemplo, se da la precedencia a los caracteres pigmentarios y tegumentarios (pelo, pigmento cutáneo, iris, etc.), se obtiene la imagen de un grupo homogéneo, estrictamente conexo con el mongólico del Asia; y si, en cambio, se colocan en primer término los caracteres de la estructura del cuerpo en conjunto y de sus particulares segmentos, (esqueleto, estatura, cánones craniales, miembros, etc.), se comprueba una enorme variabilidad de estructuras, la que comprende toda la gama de variaciones, a partir desde el más arcaico modelo del organismo humano, representado por los Australoides, y terminando por las formas más modernizantes salidas del tronco xantodermo, como la indonesia. La fórmula del pan-mongoloidismo americano se encuentra sostenida por aquellos autores que han colocado como base taxonómica los caracteres exteriores, y esto se ve en la tabla

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de caracteres clasificatorios compilada por Kroeber en su conocido manual. Yo estoy convencido, en cambio, de que esos caracteres no constituyen el núcleo más esencial e íntimo de las expresiones formales del organismo humano, y esta opinión forma una constante —sin excepciones dignas de nota— en la tradición antropológica argentina. En I, II, IV y VIII doy las razones biológicas de la aparente uniformidad externa y de la substancial diferencia interna en la estructura de los americanos; se trata de los efectos de una prolongada hibridación, en la que los caracteres arquitectónicos de las componentes antiguas, no mongólicas, tuvieron un papel netamente conservativo, mientras los caracteres tegumentarios del genotipo mongoloide resultaron en varias medidas dominantes.

En IV y VI se distinguen las regiones biológicas humanas de América y las respectivas formaciones raciales. Con exclusión de los Esquimales, que forman parte de un grupo intercontinental circumpolar, recientemente expandido hasta América, y que por consiguiente lleva el número cero, la carta que acompaña mis dos memorias señala nueve sectores:

1º Colúmbidos, 2º Plánidos; 3º Sonóridos, en Norteamérica.

I. IMBELLONI, J. "La Esfinge Indiana"; Buenos Aires, 1926.

II. IMBELLONI, J.—"América"; en BIASUTTI, R.—: "Le razze e i popoli della terra"; obra escrita por un grupo de profesores; editor la Sociedad U. T. E. T. de Turín; de próxima publicación.

III. IMBELLONI, J.—"Fuéguidos y Láguidos, posición actual de la raza Paleo-americana o de Lagoa-Santa"; en "Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales", tomo XXXIX, Buenos Aires 1937, pp. 79-104.

IV. IMBELLONI, J.—"Tres capítulos sobre sistemática del Hombre americano"; en "Actualidad médica peruana", tomo II, Lima 1937, pp. 99-140.

V. IMBELLONI, J.—"Estado actual de la sistemática del Hombre, con referencia a América"; en "II Reunión de Ciencia Naturales, Mendoza, Abril 1937", tomos de actas.

VI. IMBELLONI, J.—"Tabla clasificatoria de los Indios: regiones biológicas y grupos raciales humanos en América"; en "Physis", revista de la Sociedad Arg. de Ciencias Nat.", tomo XII, Buenos Aires 1938, pp. 229-249.

VII. IMBELLONI, J.—"Algunos nuevos problemas de sistemática humana surgidos de la indagación serológica (iso-hemo-aglutinación)"; en "II Reunión de Ciencias Naturales, Mendoza, Abril 1938", tomos de actas.

VIII. IMBELLONI, J.—"Razas humanas y grupos sanguíneos"; conferencia pronunciada en la Sociedad de Medicina (Diciembre 15 de 1937) y en la Sociedad Arg. de Antropologia (Noviembre 20 de 1937); en "Revista de la Sociedad Argentina de Antropología", tomo I, Buenos Aires 1938.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

4º Pueblos-Andidos con dos sectores, uno en el continente Norte y otro en el Sur.

5º Ístmidos, en la región centroamericana.

6º Amazónidos, 7º Pámpidos, 8º Láguidos y 9º Fuéguidos, en Sudamérica.

A la rigurosa discriminación morfológica entre Fuéguidos y Láguidos está dedicada la monografía III, la que considera también el aspecto antropo-geográfico y el patrimonial de esos pueblos.

La aplicación del nuevísimo método antropológico ofrecido por la serología (**isohemoaglutinación**) ha sido puesta al servicio de esta indagación, con el fin de someter los resultados puramente morfológicos al contralor de la investigación bioquímica, en mis memorias VII y VIII.

Considero legítima la curiosidad de saber de qué manera estas conclusiones puedan ser injertadas en el cuadro general de las razas del mundo. Diré brevemente que esto ha sido realizado en una obra escrita recientemente por un grupo de antropólogos bajo la dirección de R. Biasutti, la que, con el título "Las razas y los pueblos de la tierra" saldrá a fines de este año, con el fin de substituir los excelentes, pero ya muy viejos libros que con este mismo título llevaron las firmas de Ratzel y Deniker. Al redactar la parte general americana y la especial sudamericana de esa obra, he encontrado una plena conformidad teórica en la disposición general de Biasutti, quien ha acogido la repartición de los dos grandes núcleos raciales enunciada por Giuffrida-Ruggeri: el **cinturón de los pueblos boreales** y el **cinturón de los pueblos subecuatoriales**, constituidos el primero por Europoides y Mongoloides y el segundo por Australoides y Negroides. Sabido es que las modernas concepciones tienden a distanciarse notablemente de las tradicionales: mientras por una parte se reducen a un **mínimum** las razas primarias, o irreductibles, por la otra se aumenta considerablemente el número de las razas de segundo grado, o metamórficas, las que se han originado por contacto biológico entre nucleos primarios, y el número de las de orden sucesivo. Al constituir el grupo de las razas metamórficas del Pacífico y el sucesivo grupo de las razas metamórficas de América, me he mantenido en estricto contacto con el panorama de Armando De Quatrefages. En ese trabajo, además de considerar las unidades físicas, se abordan los conceptos de "re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gión biológica" y "formación humana", sin descuidar los efectos mecánicos de la circulación y sucesión de las olas humanas en la superficie, con sus complejos fenómenos de yuxtaposición, sobreposición y arrinconamiento. Igualmente, en II se ofrece un prospecto de las inmigraciones al continente americano, tipológicamente unificadas y dispuestas en el siguiente orden:

1º un contingente de dolicoides de baja estatura cuyo canon somático es el Tasmaniano, provisto del primitivo conjunto patrimonial de la cultura tasmania, sin instrumental de piedra; en el momento que dicho modelo físico y cultural dominaba el borde oriental del Asia, se dilató, por via terrestre, hacia América; ocupa ahora los límites más lejanos, arrinconado por las olas sucesivas en las extremidades continentales y constituye los Fuéguidos, vivientes o extinguidos (como en la costa chilena y en California);

2º un contingente dolicoide de muy alta estatura comparable al Australiano, con cultura de cazadores inferiores (luego transformada por el horse complex tanto en las Praderas del Norte como en las Pampas); su ingreso fué también terrestre;

3º un contingente de naturaleza física melanesoide, ultra-dolicocéfalo y de baja estatura, con cultura de recolectores en parte, cuya masa más perdurable ha vivido en el altiplano oriental del Brasil; de ingreso terrestre, porque no representa culturalmente el amplio desarrollo posterior de Melanesia;

4º un contingente cuyo tipo físico es análogo al protoindonesio, débilmente dolicoide y de poca talla, cuya cultura se sitúa entre el tejedor y agricultor de Melanesia y el cazador de cabezas de Borneo; sus instituciones sociales, sus modalidades artísticas, armas y canoas se encuentran dominando la Amazonia; la via de entrada es la marítima;

5º un contingente aun más intensamente mongolizado, de estatura media y braquicéfalo, representado por los Pueblos-Andidos; culturalmente es el portador de la agricultura superior o intensiva y de las instituciones patrilineares;

6º un contingente de tipo corpóreo netamente indonesio, de poca talla, ultrabraquicéfalo, braquisquélico, provisto de cultura artística relativamente muy alta, reconocible por su dominio en el área Istmida, aunque su enseñanza ha sido fecunda en gran parte de América, a la que ha enviado sus metástasis, en el umbral de la pro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

to-historia: su carácter social más saliente es la creación de verdaderos estados.

7º contingentes posteriores y recientes: entre los primeros, los Colúmbidos, entre los segundos los Esquimales.

Estas olas no deben, naturalmente, concebirse como empresas de colonización ni de conquista, sino como la simple difusión en el espacio, ya sea por via terrestre o marítima, de los pueblos que sucesivamente han dominado la porción extremo-oriental del Mundo Antiguo, comprendiendo las islas, y su desplazamiento, más que una marcha hay que entenderlo como un deslizamiento. Por otra parte, integrando su conjunto la historia de las formaciones que se han originado en el borde oriental de aquella masa terrestre, los primeros contingentes coinciden con los más arcaicos metamorfismos (Australoides) y no veo obstáculo que impida asignarles una fecha muy antigua, en los primeros tiempos de la historia del Hombre (pleistoceno). Los contingentes más recientes y elevados, en cambio, pertenecen a épocas más cercanas, a menudo comprendidas en los tiempos históricos: así, por ejemplo, la llegada de los Istmidos se coloca en los primeros siglos de la Era Vulgar.

7.—Por último, quiero contestar unas breves palabras a aquellos que me han preguntado qué pienso acerca de la inclusión de estos nuevos tópicos en los programas de Historia de los Colegios Nacionales. He de contestar con mi acostumbrada franqueza.

El cambio del tenor de la bolilla me ha parecido no solamente útil, sino también necesario, como lo son todos los cambios impuestos por el tiempo. Ya en la enunciación **poblamiento de América** en lugar de la antigua **origen del hombre**, se ve la aplicación de un sano criterio programático, puesto que la última cuestión no pertenece al orden histórico, sino al antropológico puro, mientras la primera, como problema esencial de la Americanística, entra en el campo de la historia.

En cuanto a la ampliación del programa, en el sentido de introducir otras doctrinas además de la de Ameghino, que antes era la única, nadie podría considerar este hecho sino como una adaptación al nuevo curso de las modernas disciplinas que estudian

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

al Hombre. En realidad, muerto Ameghino en 1911, las instituciones argentinas quedaron en un período de espectación y perplejidad, que perduró varios lustros. En el Museo de Historia Natural de Buenos Aires, hoy Museo Argentino de Ciencias Naturales, la invesgación antropológica quedó durante ese período prácticamente suspendida, en la espera de continuadores que pudieran sostener y apuntalar la teoría antropogenética del ilustre sabio desaparecido. La escuela primaria, dirigida por el espíritu del normalismo, que se caracterizó en filosofía como positivista y en sociología como Comtiano, se convirtió, mientras tanto, en un centro de propaganda de dicha doctrina antropogenética, a pesar de que la misma ya se encontraba superada. En vano, hace veinte años, insistía Ingenieros, contrariando su vocación positivista, en que Ameghino más que antropólogo, fué paleontólogo, y "los actuales apologistas de Ameghino son injustos con sus doctrinas y pueden resultarle peligrosos ante la posteridad. Injustos, porque anteponen sus hipótesis y descubrimientos antropogénicos a la enorme labor de geólogo y paleontólogo. Peligrosos, porque exaltan la parte más atrayente pero menos segura de sus doctrinas; repicando sobre lo poco dudoso y expuesto a rectificación, exponen a que se olvide lo mucho seguro que constituye su gloria" (10, p. 23).

Los directores de estudios que han realizado el cambio de programa, han tenido presente, de seguro, las necesidades impuestas por el correr de los años y por el continuo progreso del conocimiento científico, que es, acaso, uno de los pocos progresos efectivos y realmente incuestionables de la humanidad. Obrar de otro modo equivaldría a detenernos en Linnaeus por lo que respecta a sistemática, en Cuvier a paleontología y en Laplace a cosmología.

El que escribe ha observado la conducta más rigurosamente objetiva con respecto a éste, que puede llamarse el punto crítico de la cultura antropológica argentina. Me conforta el hecho que, después de haber rechazado abiertamente ciertos puntos doctrinales y de haber defendido otros, algunos de mis párrafos sobre Ameghino han sido reproducidos por el profesor L. Pericot en su obra La América Indígena, Barcelona 1936 (pp. 357-358) en defensa del nombre y del alto valor de Ameghino, como investigador y como animador de las actividades naturalistas en el país. Al ocupar, en 1931, la jefatura de Antropología y reanudar, después de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

veinte años, los trabajos antropológicos del Museo Argentino, tuve que celebrar, ante toda otra facilitación y ayuda, la libertad científica y doctrinaria que se me otorgó desde el primer instante por el director del Museo, profesor Martín Doello Jurado. Yo conceptúo que ninguno ha deslindado con más feliz sentido patriótico y a la vez mayor responsabilidad científica, los diferentes aspectos de esta cuestión: "El nombre de Ameghino tiene para nosotros dos significados distintos. Uno es el moral, en cuanto representa el ejemplo maravilloso de laboriosidad, de inquebrantable tesón, de amor entrañable y desinteresado a la ciencia que en gran parte creó aquel humilde muchacho que se levantó de la nada, en un medio indiferente cuando no hostil, hasta la mayor altura a que un hombre de ciencia puede aspirar; ese es el que podemos llamar el hombre símbolo, el que con honda satisfacción vemos elevado a la categoría de los próceres de nuestra nacionalidad..." Son palabras textuales del prof. Doello Jurado, el que continúa: "Ameghinismo implica, pues, para nosotros, no una tendencia determinada de antemano, no un prejuicio formado e inquebrantable, sino un programa de trabajo siguiendo las líneas por él trazadas, pero con la suficiente libertad para salir de ellas cuando sea menester. Trabajo, esta es la palabra y la que mejor cuadra al carácter del hombre; estudio, exento de cuestiones extracientíficas en las que tan a menudo se han visto envueltos estos problemas, con el único resultado de confundir más sus términos y llevarlos a un terreno de polémicas tendenciosas al cual nunca debieron haber entrado".

Volviendo a la bolilla del programa de Historia, así como está concebida, debo únicamente objetar, si cabe, que una cuestión de tan complicados y amplios alcances, en la que dominan demostraciones de orden antropofísico, lingüístico, arqueológico y etnológico, no puede, en términos generales, ser desarrollada por los profesores secundarios, sin previa asimilación de nociones que implican una cierta preocupación y una orientación segura. De acuerdo con la Presidencia de la Sociedad Antropológica Argentina, he ofrecido desinteresadamente mi obra en la organización de breves cursos especiales para el profesorado y tengo fe en que esta oferta se convierta rápidamente en un hecho.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Espacio y tiempo en las formas del arte actual

Por LEOPOLDO HURTADO

III

EL TIEMPO EN LAS FORMAS

En un pasaje de su obra "La montaña mágica", Thomas Mann analiza la distinta manera en que la música y la literatura narrativa tratan del tiempo. Mientras la música no puede sino adherirse al transcurso del tiempo, adornarlo, exaltarlo, hacerlo más punzante o adormecedor, el narrador tiene en su instrumento expresivo, la palabra, un mágico recurso para hacer del tiempo una magnitud infinitamente variable. Puede, aún respetando su dirección esencial, apresurarlo o ralentarlo a voluntad, puede abarcar siglos en un relato de pocos minutos, como diluir un pequeño lapso de tiempo en un desmenuzamiento microscópico de momentos, haciéndolos desfilar morosamente ante el lector.

Pero hay otra dimensión temporal en toda obra, y es la que aquí nos interesa. La variación del tiempo a que antes aludíamos, se refiere a las cosas; es una manera distinta de presentar la fluencia real, el tiempo como realidad externa, mensurable con los re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lojes. Es la representación del tiempo en un transcurso más rápido o más lento del que habitualmente nos da la experiencia.

Esta otra dimensión, en cambio, se refiere al tiempo interior de la obra misma, a la manera como ésta lo elabora y lo concibe, no ya con referencia a un suceder externo, sino en lo íntimo de su propia estructura.

La literatura moderna nos provee de ejemplos incitantes para una indagación de esta tercera acepción de lo temporal. Piénsese en los nombres de Proust, Joyce o Aldous Huxley. En cada uno de ellos el tiempo se da como una substancia maleable, sin relación alguna con la regularidad astronómica, capaz de ser transformada y utilizada a voluntad, ya sea en plano de los actos de la conciencia como en los sucesos de la vida real. ¿Y cuál es el tiempo de la poesía surrealista, atenta, como se sabe, más a la sucesión onírica de las imágenes que a la regularidad de la conciencia despierta?

Casi podría decirse que no hay autor moderno, de cierta categoría, que no tenga un tiempo propio, es decir, una peculiar manera de representar artísticamente el transcurso real de las cosas y de la vida interior. Y si de las letras pasamos a la plástica, ¿cuál es el tiempo propio de una escultura de Epstein, o de una construcción de Le Corbusier? ¿Cuál el de un cuadro impresionista y el de un cuadro cubista? Y en la música, ¿qué relación puede haber entre el "tempo" de un Debussy y el de un Stravinsky, cómo fluye la dimensión temporal en una estructura politonal o en una atonal, en una forma polifónica y en otra monódica?

El tema es tan vasto que forzosamente tendremos que contentarnos aquí con lijeras referencias a estas cuestiones, de tan fascinante interés, sin embargo; y limitar nuestra atención a un pequeñísimo sector del enorme panorama. Este sector o punto de enfoque sería el siguiente: ¿cómo se comportan los valores del tiempo, independientemente de como sean entendidos por cada artista en particular, ante la estructura espacial que hemos bosquejado en el capítulo anterior?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Un tiempo absoluto no existe; no es algo que pueda independizarse o abstraerse del transcurso de las cosas. Dice Reichen-

bach: "El tiempo no es nada subsistente en sí mismo; no es el lapso sin contenido de una duración por sí misma renovada eternamente, sino que está dado por la naturaleza de los transcursos causales, y no significa otra cosa que la ordenación esquemática en que las leyes generales del acontecer causal se reflejan".

De esta definición surge como consecuencia primera, la relatividad del tiempo universal. No hay un tiempo único y constante, como creía Kant. Aún el tiempo de la física, el transcurso mensurable por excelencia, se reduce en último término a la constatación de simultaneidades (por ejemplo, el paso de una estrella por el meridiano, que se supone se efectúa con regularidad) y sabemos después de Einstein que este tiempo sólo es válido para los sistemas en reposo y requiere ser rectificado en los sistemas en movimiento relativo.

A esta relatividad del tiempo externo, proveniente de la regularidad del acontecer causal, corresponde la inestabilidad del tiempo interior, de la duración pura. Entre ambos tiempos no existe correlación alguna. "El tiempo —ha dicho Butty en estas mismas páginas— resulta una cuestión exclusivamente vinculada con nuestra propia representación y no tiene nada que hacer con la naturaliza en sí misma; ésta carece de tiempo, o por lo menos, de un tiempo análogo al que resulta de nuestra intuición." (1).

La duración pura de la conciencia tiene su propio fluir, que no coincide con los tiempos del suceder real. Esto es obvio para todo el que recuerde su vida emotiva: los relojes marchan con desesperante lentitud, o con terrible prisa, según sea nuestro estado de ánimo o de espectación. Raros son aquellos momentos en que sentimos nuestra duración marchar pareja con el tiempo de las cosas. ¿No corresponden precisamente esos momentos a los períodos de relajación de nuestro espíritu, cuando nos dejamos llevar blandamente por las imágenes y percepciones que van desfilando por la conciencia, sin oponerles sentido crítico alguno?

Y, en lo que respecta a las vivencias artísticas, ¿no corresponden también esos momentos a la aprehensión de formas que no discrepen con nuestra duración pura, que no ofrezcan obstáculo al curso regular de la emotividad? En tales casos, sentimos el tiempo de los objetos artísticos "en" nuestra duración o, lo que es lo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) E. Butty, "La duración de Bergson y el tiempo de Einstein", en Cursos y Conferencias, 1937, pág. 1219.

mismo, no les otorgamos un tiempo propio. La conciencia proyecta su duración en el objeto artístico, y halla que el tiempo de éste coincide aproximadamente con su propia fluencia. Para que ello suceda, es menester que entre la vivencia artística, y la vivencia corriente, que se nos da en todo momento por vía sensorial, haya el mínimo de discrepancia. Quizás en un tipo de representación que tenga por modelo la reproducción fiel de los objetos naturales, pueda la duración de la conciencia coincidir parcialmente con el tiempo objetivo, pero cuando la modelación artística se aparta deliberadamente, como ya vimos, de los cánones naturales, cuando las formas ya no imitan o reproducen las cosas tal como se nos dan en la experiencia, esa coincidencia termina. Descubrimos que el objeto artístico tiene un tiempo propio, tiempo al cual es preciso acomodar el flujo temporal de la conciencia. Las cosas entonces se apartan de nosotros, y cobran una vida propia, o mejor dicho, una no vida, porque no concebimos una vida cuyo sentido interno de duración sea distinto del nuestro. En su acepción literal, extrañamos a las formas, y su primer contacto con ellas no es siempre placentero.

Es así como puede hablarse sin metáfora del tiempo en la arquitectura y en la plástica modernas. El lenguaje de las formas habla de distinta manera al espíritu del espectador según la sucesión de sus elementos. No transcurre el tiempo de idéntica manera a través de las formas cuando éstas presentan diversas modalidades y características.

Una vez más, debemos distinguir, pues, en la inmensa variedad de modos en que el tiempo se da en lo íntimo de las formas, dos tipos principales. Primeramente, aquellas formas "fugadas", cuyos movimientos suscitan, arrastran y encauzan paralelamente las emociones o movimientos del alma del espectador. Hay en ellas una sincronización, más o menos grande, entre la fluencia de las formas en el transcurso temporal, y los estados emotivos que la intuición de las formas artísticas despierta. El espíritu se pliega fácilmente a las variaciones parciales que en cuanto al "tempo" pueda ofrecer la obra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este es el tipo de temporalidad que corresponde, en nuestra opinión, a las formas del espacio contínuo. En ellas, el currículo del tiempo sigue la dirección única del acontecer causal, y el mo-

vimiento que las impulsa es unilateral e irreversible. Entre el pasado a que tienden, y el futuro de que surgen, apenas si cabe el presente como un filo inestable. Sobre él cabalga nuestra atención, llevada por el movimiento incesante de las partes. Como ya vimos al tratar del movimiento de las formas, el tiempo de éstas, deslizándose en la misma dirección y paralelamente al flujo de los estados emotivos, permite una mayor identificación entre los actos de la conciencia y la reproducción de lo viviente. Las formas resultan más "naturales" y dan con mayor fidelidad la ilusión de la vida.

Constituye el segundo tipo, la temporalidad de las formas pertenecientes al espacio discontínuo. Hemos de repetir aquí el esquema del capítulo anterior, y distinguiremos en la temporalidad de estas formas varias características esenciales, que analizaremos brevemente. Estas características son: a) desarticulación de los tiempos inmanentes y objetivos; b) preponderancia del presente sobre la corriente del tiempo; c) autonomía de las formas en cuanto a su duración, e intemporalidad de las mismas; d) aceptación y justificación de las convenciones.

a) Desarticulación de los tiempos inmanentes y objetivos.

Se recordará que en la "reducción fenomenológica" aplicada a la estética, de que hablamos en las Consideraciones Preliminares, proponíamos una escisión de la vivencia estética en dos momentos: uno, en el cual atenderíamos a las modalidades de la "forma pura", esto es, a la forma desvinculada de toda intención, referencia o contenido mediatos; y un segundo momento, que contemplaría los modos de intención o representación de tales formas.

Aplicando esta división al transcurso temporal de las formas, que ahora nos ocupa, tendríamos un "tiempo inmanente" a las formas, y un "tiempo externo" u objetivo. El tiempo de ambos momentos no tendría correspondencia alguna. (2).

(2) "Los modos de conciencia ganados en la actitud fenomenológica tienen sus propios ahora, antes, después, inmanentes; es decir, su propio tiempo inmanente, que puede llamarse también fenomenológico. Es patente que ambos tiempos no coinciden de ninguna manera: el uno (tiempo objetivo) encuéntrase en el lado de los objetos intencionales; el otro (inmanente) es el tiempo de las vivencias mismas, el "puro tiempo de vivencia". El primero es un orden de las cosas; el segundo, de los modos de conciencia". T. Celms, "El idealismo fenomenológico de Husserl". Pág. 85.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este tiempo objetivo correspondería, no al suceder real de las cosas, no al curso causal de las mismas, que interesa al físico y que se puede medir con el reloj, sino al tiempo de las representaciones, de las significaciones de las formas artísticas. Este tiempo nada tiene que ver con el tiempo "natural", con el transcurso de la naturaleza, ni tampoco con el "tiempo inmanente" de las formas, que en esencia corresponde a las vivencias de nuestra conciencia estética, suscitadas por la contemplación de lo puramente formal.

Como ya vimos, puede haber coincidencia parcial y fugitiva entre ambos tiempos cuando las formas artísticas se calcan sobre lo natural, y el ideal del arte es una reproducción fiel de la naturaleza. Allí, el tiempo inmanente de las formas acompaña más o menos aproximadamente el trascurso de los contenidos o representaciones que se nos dan en el objeto artístico. Pero la heterogeneidad comienza cuando la conciencia opera la discriminación de lo que pertenece al reino de lo puramente formal y de lo que pertenece al reino de las significaciones, abstrayendo de aquel todo lo que sea vehículo de alusiones o representaciones directas de las cosas.

Para aclarar cuál es el alcance de la diferenciación que queremos introducir aquí, pongamos un ejemplo. Supóngase que estamos frente a un cuadro que nos muestra una figura de mujer sentada, leyendo. Captamos con facilidad la intención del artista; tanto la impresión del conjunto como de los detalles es placentera: el dibujo del cuerpo, el colorido, las relaciones de tonos entre la figura y el fondo, el equilibrio de la composición, todo es fácilmente intuíble. Hasta aquí no hemos encontrado nada que discrepe con el desenvolvimento regular de nuestras percepciones. La duración interior acompaña sin esfuerzo el movimiento de las formas; hay, entre nuestra conciencia y el "tiempo inmanente" de aquellas, una fácil adecuación.

Pero supongamos ese mismo cuadro pintado con una técnica expresionista. El lenguaje de las formas ya no es tan plácido ni corriente. El artista no sólo ha querido darnos la representación de la mujer leyendo, sino que nos da también su propia visión de esas formas. Como el escorzo de la figura deformaba las líneas del cuerpo tal como él lo veía desde su punto de vista, ha respetado ese punto de vista y esa deformación; más aún, la ha acentuado a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

propósito, para que resalten y aparezcan en un primer plano las características esenciales de un cuerpo sentado. Salen aquí a relucir relaciones de volúmenes, de proporciones entre los miembros, tonos y sombras que pueden existir en el modelo, pero que no es necesario que existan. Basta con que sean verdaderos desde el punto de vista de las necesidades expresivas del artista. Este nuevo lenguaje de las formas nos obliga a detenernos en la configuración, en la estructura de la composición, en las relaciones de los tonos, independientemente de su verosimilitud. El tiempo interno —inmanente— de las formas ya no coincide con el curso regular del tiempo de representación u objetivo de las mismas, esto es, con el ritmo de los actos de conciencia mediante los cuales percibimos la representación de una mujer que lee.

Por una parte, la configuración de la forma nos trae el indicio de que tenemos delante de nuestros ojos la figura de una mujer; pero, por otra, los datos provenientes de nuestras sensaciones visuales no coinciden con los otros elementos que aporta el espíritu para completar el acto de la percepción. Hay discrepancia entre lo que la forma "es" en el cuadro, y lo que "debiera ser" según las normas de nuestra experiencia psíquica. En suma, la totalidad específica, que se nos da en el acto de la percepción de la figura, no coincide con la estructura típica "mujer sentada", tal como nos la suministra la experiencia.

En este caso, o nos atenemos a las estructuras existentes en nuestro espíritu, y pretendemos ajustar el tiempo de las formas al ritmo propio de nuestras vivencias habituales, o nos atenemos al tiempo de las formas, tal como las captamos, y haciendo caso omiso de nuestra duración, nos incorporamos en cierto modo al tiempo propio de los datos visuales, que se nos presentan como una totalidad "sui generis", específica en la percepción de cada obra. Es indudable que la actitud estética apropiada es la segunda de esta alternativa; pero para llegar a ella es menester que intentemos una acomodación al tiempo propio de las formas, que nunca, o rara vez, se presenta espontáneamente. Puede ser un incentivo, para esa acomodación, la perfección técnica con que esté realizada la forma, la habilidad del artista. Es decir, admitiríamos como condición previa de toda forma digna de tener un tiempo propio, la de que sea técnicamente perfecta con relación a ese tiempo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se opera así una disociación de tiempos. La temporalidad propia de las formas, infinitamente variada, nos propone a cada paso un ritmo distinto al cual debemos acomodarnos. Este tránsito no se efectúa sin un breve instante de esfuerzo o de displacer, hasta que se logre la adecuación buscada, y el contemplador "se ponga a tono". Sólo entonces estaríamos en condiciones de aprehender plenamente la forma, pero sujetos a un ritmo particular, a un acontecer específico que nos sustrae tanto a la duración interior como al tiempo objetivo en que se desenvuelven las referencias intencionales o exteriores de la obra.

---

b) Preponderancia del presente sobre la corriente del tiempo.

Ya vimos de paso que en las formas pertenecientes al contínuo espacial, el presente sólo era el momento estricto en que el futuro se vertía en el pasado. Esto era debido a la movilidad incesante de las formas y a la similitud entre ese movimiento y nuestra duración interior.

En cambio, la disociación de tiempos en las formas pertenecientes al espacio discontínuo las lleva, como lógica consecuencia, a actuar de preferencia en un presente, en una permanencia más o menos prolongada ante nuestra atención. La disparidad temporal de las formas obliga a la atención a una consideración parcial, detenida de los varios aspectos de las mismas. Ella va captando sucesivamente los distintos miembros o fragmentos del todo, y como cada uno de ellos exije cierta acomodación, cierta adecuación de nuestro tiempo propio al tiempo de las formas, forzosamente se produce, en la fluencia temporal de nuestras vivencias estéticas, una serie sucesiva de detenciones que hacen prevalecer los momentos actuales de la atención sobre los del pasado. En otras palabras, la forma tiende a actuar en un puro presente, en el momento mismo en que cae en el campo de enfoque de nuestra atención; y tanto la retención del pasado como la prefiguración del futuro, que son elementos integrantes del acto de la percepción, pasan a un plano secundario. No existe una acción a distancia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esta preponderancia del presente nos lleva, siempre en las for-

mas del espacio discontinuo, a una concepción del tiempo análoga a la de los célebres análisis agustinianos. El presente domina sobre toda otra fase temporal. El pasado queda relegado a los planos últimos de la conciencia, el futuro no es presentido todavía, y tanto el pasado como el futuro se actualizan en un presente que pretende ser lo más estático posible, interrumpiendo a cada paso la corriente de nuestras vivencias, para dar lugar a que nuestro tiempo interior se reajuste al tiempo propio de las formas que, lejos de transcurrir en un movimiento incesante, tienden a fijar, a prolongar todo lo posible el momento presente en que actúan. Para esta sucesión temporal, que obra sobre todo en función del presente, valen las palabras de San Agustín: "El pasado y el futuro no son tales sino presente; el futuro, como tal, no es todavía; el pasado, como tal, no es ya más. Estén donde estén, sean lo que sean, no lo son más que en tanto que presente" (Confesiones, XI, 18).

Pero, al dársenos el objeto artístico en un puro presente, adquiere por ello mismo una preponderante corporeidad, se nos presenta ante todo como cuerpo. Al estabilizar, al fraccionar en momentos parciales la corriente del tiempo y transformar la sucesión ininterrumpida de vivencias en una serie de presentes casi sin vínculo entre sí, las formas nos llevan a considerar en primer término su aspecto concreto, inmediato, del que surje la impresión de corporeidad. Se nos aparecen, podríamos decir, en un "acto de presencia", haciendo valer sus características espaciales y tactiles, el volumen, la masa, la pesantez.

El solo hecho de que el fluir del tiempo esté entrecortado, detenido por los tiempos propios de las formas, que, como ya vimos, requieren sincronizaciones singulares por parte de nuestro espíritu, hace que este tiempo ya no pueda ser considerado como sucesión pura, como corriente continua de vivencias, sino que sea un tiempo asimilado a una magnitud cuantitativa, mensurable; es decir, que no sea más que tiempo proyectado en el espacio. El encadenamiento de los sucesivos presentes hace valer las relaciones cuantitativas entre las formas, de las cuales surje la múltiple dimensional espacial. Por eso decíamos al comienzo de este estudio, —y ésta es su tesis capital— que en las formas del arte de hoy se daban preferentemente los valores espaciales sobre los del tiempo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ya sea que partamos de las determinaciones del espacio, como de las del tiempo, arribamos por uno u otro camino al mismo resultado: a una sucesión heterogénea que tiende a proyectarse en un esquema espacial.

Correlativamente a la corporeidad del objeto estético, debemos considerar la conciencia que tiene el sujeto de su propia corporeidad. Ella es la que suministra el fondo estable, permanente, sobre el cual se proyecta y apoya la sucesión temporal de las vivencias.

El sentido del presente está vinculado al de nuestra presencia corporal; más aún, sólo es posible gracias a las sensaciones cenestésicas que acompañan en todo momento la pura duración de la conciencia. El presente es siempre para nosotros un "estar presente" de todo nuestro yo en la actualidad de la conciencia (3).

Por ello, una intuición artística que nos lleve preferentemente a acentuar el presente, el momento actual, desligándolo en lo pósible de toda relación con los momentos futuros y pasados, nos llevará también a una acentuación del sentimiento de nuestra corporeidad, de la presencia del yo corporal.

Debido a que las formas obligan a una captación sucesiva de las partes y a un ajuste de los diversos tiempos, en ningún momento nos abandona este sentimiento de corporeidad. Es un sentimiento de estabilidad interior que constituye la base desde la cual nuestro yo se enfrenta a la diversa temporalidad de las formas que se ofrecen a los sentidos. Implica, asimismo, un obstáculo para una entrega total del sujeto al tiempo de las formas; entre éstas y aquel subsiste siempre una distancia que en ningún momento, ni aún en los de más intensa emoción estética, puede ser suprimida. No cabe al sujeto ser arrebatado, subyugado por el movimiento de las formas sino de un modo transitorio, sin perder nunca su facultad crítica y sin entregarse sino parcial y sucesivamente a ellas.

(3) "Nuestro cuerpo, con la continuidad de su dinamismo, que se refleja en la conciencia bajo la especie de un sentimiento constante y relativamente uniforme, implica desde el comienzo el fondo estable en oposición al cuál el cambio y la sucesión pueden ser advertidos; y con su presencia inmediata en todo acto o estado de nuestra vida consciente, forma el primer núcleo de lo que llegará a ser el elemento central de la plena noción del tiempo: el presente". C. Ranzoli, "Nuova teoria dello spazio e del tempo". Pág. 137.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este sentido de presencia corporal queda anulado, o casi, por las formas en movimiento cuyos tiempos coinciden con los de nuestras vivencias; allí toda sensación de corporeidad desaparece, y el espíritu se deja soliviantar por las formas cuyos movimientos acompañan en un mismo ritmo su propia movilidad. En cambio, como ya vimos, el sentimiento de corporeidad vuelve a hacerse sentir en cuanto las formas tienden a actuar en un puro presente, y en cuanto hay heterogeneidad de tiempos. El choque de esta heterogeneidad produce un doble efecto de rechazo: por un lado, acentúa la autonomía de las formas; por otro, da al sujeto conciencia de su estar ante las formas, sin darse a ellas ingenuamente.

Admitiendo una "einfühlung", una proyección del espíritu en las formas, podría distinguirse aquí una proporción fácilmente perceptible; esta proyección se efectuaría de modo variable según la categoría espacio-temporal de las mismas. Sería fácil y llana en las formas del espacio contínuo y de un currículo temporal paralelo al de la conciencia, y sería difícil y esporádica en aquellas formas que tienden a detenerse en sucesivos presentes y cuyos tiempos son heterogéneos entre sí, así como con los de nuestra conciencia.

---

c) Autonomía de las formas en su duración e intemporalidad de las mismas.

Poco es lo que tenemos que agregar acerca de la autonomía de las formas en cuanto a su duración, pues ella surje naturalmente de lo que llevamos dicho.

El solo hecho de que el tiempo de las formas no coincida entre sí, ni tampoco con nuestra duración, hace que aquellas se independicen del contexto y adquieran autonomía variable en relación con el resto de la obra. La unidad de ésta no se logra entonces por el movimiento sincrónico de las formas hacia un sentido único, sino por otros medios que el artista se procura, entre los cuales ya hemos señalado las relaciones matemáticas de las partes. Hay tendencia a la dispersión, a la disgregación del todo en sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

elementos componentes y la impresión de totalidad es difícilmente mantenida por el contemplador.

Esto trae, como principal consecuencia, que el sentido unitario, indivisible, de la obra ya no sea tan fácilmente perceptible. El fragmento, la parte, tienden a destacarse sobre la estructura general, haciendo valer sus características propias. Ello causa un debilitamiento de la facultad de comprensión del conjunto.

El actuar de las formas desconectadas de un tiempo uniforme, independiente a la vez de nuestras propias vivencias, hace que en cada momento se nos aparezcan como inesperadas, como insólitas. El espectador debe detenerse en la consideración de cada uno de estos momentos para interpretarlos, es decir, para asimilarlos a la propia corriente temporal. Estos sucesivos hiatos, detenciones en la contemplación estética vuelven difícil la captación del sentido de totalidad, de la unidad orgánica de la obra.

La atención ya no circula con facilidad entre la variedad formal del conjunto para ir a captar su significado o contenido. Cuando el tiempo de las formas ya no engrana entre sí, dejan éstas de ser la vía natural por la que el espíritu capta inmediatamente ese contenido, sino que éste se fija preferentemente en el fragmento, en el torso, en el inciso, y las detenciones sucesivas a que está obligado lo llevan a perder momentáneamente de vista el significado o alusión a que tiende la totalidad de la obra contemplada.

Así, ésta presenta un aparente carácter de dispersión; y sólo un minucioso examen puede poner de manifiesto la estructura numérica, matemática, que regula las relaciones entre las partes. La unidad de sentido es siempre más evidente en un tipo de formas que en el otro.

Pero además de este debilitamiento de la unidad externa de la obra, constatamos aquí también un fenómeno que ya hemos señalado al tratar de las características espaciales del arte de hoy.

Nos referimos al hecho de que la consideración formal pasa a un primer plano en el espíritu del contemplador, en detrimento de toda otra circunstancia de contenido o significación, a que tantas veces hemos hecho referencia en estas páginas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Más importante aún es destacar la tendencia de las formas hacia la intemporalidad.

Así como la conciencia pura no tiene existencia en el tiem-

po. es intemporal, la forma pura posee también la cualidad esencial de un existir estático, fuera del tiempo.

Ya vimos cómo la existencia de relaciones matemáticas entre las partes daba a éstas un carácter de fijeza singular, que contrastaba con la movilidad propia de las formas del espacio contínuo. Del mismo modo, al adquirir las formas una temporalidad propia, al aparecer en un tiempo distinto al de nuestra conciencia, tienden a la intemporalidad. Surje ella como una consecuencia tanto de la proyección espacial de la movilidad, como de la autonomía en el tiempo.

Una forma tal, desvinculada de todo nexo significativo, apartada de la corriente normal de la existencia, independiente de toda conexión con las formas naturales y estructurada según cánones matemáticos, lleva en sí también un anhelo de substraerse a todo fluir temporal, a existir fuera del tiempo. Tiende a presentarse, ante nuestros sentidos, "sub specie aeternitatis".

Y el espectador se siente asimismo poseído de igual sentimiento intemporal. No transcurre la conciencia en un tiempo uniforme, regular, sino que está como suspendida, paralizada momentáneamente por la consideración del espectáculo que ante ella se ofrece. Esta clase de intuición es la que De Bruyne ha descrito elocuentemente con estas palabras: "La intuición se convierte, por así decir, en la unidad permanente de lo sucesivo. Ella no busca, posee. No aprehende por conceptos abstractos, de los que resulten los juicios, sino que siente sintéticamente en un presente que no es pasajero sino perdurable. Aquí el tiempo deviene verdaderamente la imagen móvil de la eternidad. Se percibe, se siente como duradero lo que evoluciona y se desarrolla. El espíritu reune en una unidad intemporal lo que ha desaparecido ya y lo que llega. Pierde toda noción de número, y se disuelve en una especie de goce estático, donde, a pesar de todo, el orden resplandece armoniosamente" (4).

Las formas artísticas de este carácter participan del sino de las creaciones matemáticas, de las figuras geométricas que no envejecen, que no tienen edad. Colocadas más allá de lo viviente,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(4) "Esquisse d'une philosophie de l'art", pág. 226.

de todo lo que muda y perece, aspiran a ser perennemente bellas a través de la intemporalidad que en su seno se intuye.

---

d) Aceptación y justificación de las convenciones.

Como vimos al comienzo, las formas del espacio continuo y del tiempo homogéneo se identifican más fácilmente con las cosas naturales y en especial con lo viviente. El proceso de percepción de tales formas corre paralelamente o es adaptable al ritmo en que se nos dan las cosas de la naturaleza. De ahí proviene que el desarrollo de aquellas se realice sin mayor esfuerzo, en cuanto tienden a sujerirnos la idea de lo viviente, de lo que bulle y se mueve bajo la inmovilidad aparente del rasgo fijo.

Pero las formas del espacio discontínuo y del tiempo heterogéneo, dijimos, tienden a su autonomía. Pretenden tener un valor propio, independientemente de lo que representen o aludan, alejándose de toda identificación con lo natural.

Debemos ahora dar un paso más, y averiguar si esa autonomía temporal no lleva en sí la tendencia a considerar lo artístico como una actividad específica, independiente del reino de las cosas naturales, separando todo lo que pertenece al arte tanto de lo que concierne a la naturaleza como de lo que atañe a los otros productos de la actividad espiritual del hombre.

En las formas artísticas destinadas a una imitación de lo viviente, a una reproducción fiel del natural, la intención del artista es hacer pasar inadvertidos los inevitables artificios de la técnica, esto es, el conjunto de convenciones mediante las cuales las concepciones del artista llegan a una expresión material. Lo importante es que ese episodio de la realización técnica, sea efectuado en forma tal que el espectador pase sin transición ni extrañeza del modelo real a la representación artística que lo copia y reproduce.

En cambio, la autonomía de las formas lleva al artista por un camino opuesto. Ya no se trata de hacer pasar como de contrabando, subrepticiamente, la factura artística, para que el espectador pueda penetrar llanamente en el reino nuevo de las formas, sino a la inversa, se trata de poner ante él la forma artística como

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

algo opuesto a lo natural. La forma artística yergue desafiante todo lo que tiene de convencional, de artificiosa, de cosa creada y manufacturada por el hombre, marcando fuertemente todo aquello que le da un carácter intransferible y esencial. Es esa tendencia, esa proclividad de las formas autónomas la que designamos como aceptación y justificación de las convenciones.

En todas las actividades artísticas actuales se nota idéntico fenómeno. El artista, lejos de disimular las convenciones, las reglas del juego estético, las exhibe ante el espectador o el oyente. Desmonta ante sus ojos la obra y muestra juntamente con ella los pormenores de su instrumental técnico (5).

La convención artística así aceptada y expuesta, forma parte integrante de la vivencia estética del contemplador. No es el artificio inevitable, la contribución que todo artista debe pagar a la materia inerte para que ésta se amolde a sus concepciones; es un ingrediente real de la obra de arte, incorporado a sus otros valores. Su exhibición no responde a un capricho o humorada del artista, sino que es algo que proviene del respeto a la técnica y a las di-

(5) En la arquitectura, esa tendencia está manifiesta en la probidad con que el arquitecto no disimula la gravedad de las masas ni los medios técnicos que emplea para sostenerlas; en pintura, en el predominio en que están en el cuadro moderno los valores de orden puramente técnico, pictórico, sobre toda otra consideración representativa.

En el teatro, piénsese en el decorado, que ya no pretende crear ambientes naturales sino puramente convencionales. Y en cuanto a la desarticulación del tradicional juego escénico, hay en "Sei personaggi in cerca d'autore", de Pirandello, un ejemplo típico. Allí la ficción dramática no sólo se desvincula de la realidad sino que pretende imponer al espectador otra realidad más esencial aún, con sus propios problemas y normas.

La novela deja de ser también un cuerpo cerrado, cíclico, donde han desaparecido todos los rastros de los materiales empleados en su construcción. En "Les faux-monnayeurs", Gide escribe no sólo una novela sino también un estudio de los problemas de la novela, y lleva paralelamente un diario íntimo de sus experiencias de escritor al irla elaborando.

En cuanto a la música, está el anhelo de crear una substancia musical específica; el afán de dignificación del instrumental, de no ocultar los medios materiales de producirla. (Véase Stravinsky, Crónicas de mi vida, tomo II, pág. 146).

En la poesía, por último, ¿no late un afán análogo en la aspiración a un lenguaje exclusivamente poético, que responda a otros valores que los de la mera comunicación; en las tentativas del surrealismo hacia una poesía elemental, no elaborada ni rectificada por la inteligencia del poeta?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ficultades vencidas en la realización de la obra. Coadyuva en esta forma a la comprensión y dignificación de la misma.

¿Cuál es el sentido de esta aceptación franca de las convenciones artísticas? Es la íntima convicción, tanto por parte del creador como del público, de que el producto artístico no entra en competencia con las formas naturales para imitarlas o reproducirlas, que pertenece a una categoría distinta de objetos, y que conviene que ambas categorías no se confundan.

El artista de hoy se inspira, como se ha inspirado siempre, en la infinita variedad de las formas naturales y en la fabulosa riqueza de lo viviente; pero su obra no intenta una superposición o una duplicación de aquellas, y para que la confusión no se produzca, trata siempre de dejar en el edificio ya concluído, parte del andamiaje que le sirvió para construirlo. Cuida de que el espectador no olvide en ningún momento que está frente a un objeto de una condición sui generis, a un objeto exclusivamente estético. Es la actitud del prestidigitador que después de haber realizado limpiamente su truco, dice a sus espectadores: Vean Vds. cómo se realiza esto.

Ocupémonos, para terminar, de un aspecto de nuestro asunto de la mayor importancia. ¿Qué tipo de emoción puede procurarnos un arte en el cual predominen los valores espaciales y cuyas formas se presentan en un aspecto discontínuo, intemporal, estático?

Nos parece que tocamos aquí uno de los puntos más árduos de nuestra indagación. Si la emoción artística, como toda actividad psíquica, consiste esencialmente en un fluir inextenso y cuantitativamente indeterminado, ¿cómo es posible que pueda ser lograda mediante formas artísticas que solidifican el tiempo en la proyección espacial, que lo reducen a fragmentos de espacio rítmicamente determinados, que estereotipan las líneas, que fijan volúmenes, que substituyen la movibilidad de las formas por la quietud y la regularidad?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es evidente que en la contemplación estética de un arte semejante ha de intervenir en proporción mucho mayor el intelecto, la discriminación racional que en la pura intuición artística de las

formas de curso temporal. Pero toda descomposición del acto de percepción estética en momentos puramente intuitivos y momentos racionales como ya dijimos al comienzo, parece artificial. "Cuando se analiza la conciencia, dice De Bruyne (6) se atribuye y con razón la percepción de la heterogeneidad a la sensibilidad y la comprensión del orden matemático a la inteligencia; pero cuando se la considera en la integridad completa del estado estético, lo sensorial puro parece penetrarse de lógica instintiva. Ante este hecho sintético primario, los análisis más finos son impotentes".

No hay pues un arte del corazón, como pareciera ser por aquellas formas artísticas en las cuales la vivencia emocional del artista se proyecta más fácilmente en el transcurso temporal, ni un arte de la razón o de la inteligencia, en el cual la vivencia estética originaria esté severamente regulada por el número y proyectada en formas estáticas, intemporales y sobre todo perfectamente delimitadas. La relación numérica que llevan en sí las formas de este tipo requiere quizá un mayor esfuerzo de intelección; por ello el arte moderno no es ni puede ser popular. Pero realizado ese esfuerzo, o adiestrada la atención para la captación de esas relaciones, la forma artística ha de obrar sobre las facultades receptivas del público tan espontáneamente y con tanta facilidad como un arte puramente "emotivo", es decir, compuesto de formas que imiten, en una ilusión de abandono, de aparente libertad formal, el flujo mismo de la emoción interior de quien las crea.

De todos modos, si queremos vivir en nuestro tiempo, no nos es posible elegir un tipo de formas sobre otro. Estas cosas escapan a la voluntad humana. Lo sensato es, pues, aceptar gozosamente lo que se nos da, tratar de explicárnoslo de la mejor manera posible, y agradecer todavía que algo que represente un bien espiritual pueda sobrevivir a los terribles años que atravesamos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(6) Op. cit. pág. 226.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El pensamiento de Ortega y Gasset

Por ANIBAL SANCHEZ REULET

IV

INDIVIDUO Y SOCIEDAD

Si es cierto que nuestra vida tenemos que hacerla a solas, que sólo nosotros, y nosotros solos, somos los autores responsables de nuestras respectivas vidas, no por eso vive el hombre a solas. En su circunstancia encuentra el hombre otras vidas de hombres, otros hombres con sus correspondientes vidas. Y encontrarse con otras vidas, nos advierte Ortega, no es lo mismo que encontrarse con una cosa cualquiera, inerte o indiferente. Las cosas inertes puedo incorporarlas a mi vida, las cosas indiferentes puedo dejarlas pasar. Pero cuando entro en relación con otra vida humana, —y casi nunca me es indiferente la vida ajena,— esa vida humana reclama su independencia respecto de la mía. No puedo, entonces, aspirar a la inclusión de ella en la mía. A lo sumo, puedo aspirar a la convivencia. Mi vida pasa, entonces, nos dice Ortega, a formar parte de un todo más amplio, de una totalidad de vida que es, sin duda, más real: la de la convivencia humana.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Al convivir, alcanzamos, por cierto, una nueva perspectiva, llegamos a un nuevo grado de trascendencia. Recordemos que la

vida era trascendencia, un ir de adentro hacia afuera. Al convivir, salimos del estrecho círculo individual al círculo más amplio de la convivencia humana. La forma más perfecta de convivencia es, para Ortega, el amor, al que ha dedicado uno de sus mejores ensayos. Pero por encima de la convivencia entre individuos hay una tercera forma de vida que no es, ni individual, ni interindividual: la vida colectiva, la vida anónima, la vida social, que envuelve a aquellas y ejerce sobre ellas presiones de todo orden (1).

El hombre vive y convive sobre un fondo social. Y le resulta difícil, incluso, saber dónde empieza lo que es suyo y dónde termina lo que en él es materia social. Muchas de las ideas, de las emociones, de las normas que actúan en nuestras vidas son "hilos sociales que pasan por nosotros y que, ni nacieron en nosotros ni pueden ser dichos de nuestra propiedad". Se plantea así, para Ortega, uno de los más graves y angustiosos problemas de la vida humana: el conflicto entre lo individual y lo colectivo, entre el individuo y la sociedad. Porque la vida social no es, para Ortega, propiamente vida, vida de alguien determinado. Es el caso, por ejemplo, de los usos sociales, de las costumbres. Cuando hacemos algo porque se acostumbra, porque se usa, no lo hacemos por cuenta propia, de una manera personal. Lo hacemos porque se hace. Pero, nos pregunta Ortega ¿quién hace lo que hace? Pues, la gente. Y ¿quién es la gente? La gente es todos. ¿Y quién es todos?. Pues, nadie determinado. La gente es nadie.

Lo que pasa con los usos y las costumbres pasa, también, con las ideas, con las opiniones, con los sentimientos. No los vivimos desde nosotros, por propia iniciativa, con plena responsabilidad: los tomamos de nuestro contorno, de la circunstancia social que nos rodea. Los pensamos o los sentimos porque todos los piensan y los sienten. Y en la medida en que pensamos porque se piensa, sentimos porque se siente, decimos porque se dice y ha-

(1) Sobre el problema del individuo y la sociedad, y el sentido preciso de las formas sociales, se ocupó Ortega en una conferencia titulada **El hombre y la gente** que dió en Valladolid en mayo de 1934. Indicaciones muy valiosas se pueden encontrar en los artículos publicados en **La Nación** de Buenos Aires (Suplemento Literario), de diciembre de 1933 a febrero de 1934, con el título común de **Esquema de las crisis** y en los que analiza el problema de la autenticidad de la vida humana y el de la existencia en crisis particularizándose con el Renacimiento. Puede verse también **La rebelión de las masas**.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cemos porque se hace, nuestra vida no es nuestra; dejamos de ser nosotros mismos y de vivir y hacer nuestra propia vida. La circunstancia triunfa sobre nosotros. Y lo terrible es, precisamente, que nuestra circunstancia no está sólo compuesta de cosas materiales, sino sobre todo de ideas, opiniones y usos sociales. Porque es más fácil extraviarse en una selva de ideas ajenas que en una selva de árboles: es uno de los mayores riesgos de la vida humana, mayor quizás que los que ofrece la naturaleza. En esos escollos sociales podemos naufragar totalmente falsificando o enajenando nuestra vida. Las ideas, usos, opiniones, creencias que están ahí en nuestra circunstancia, —bienes mostrencos anteriores y ajenos a nuestra propia vida,— ni constituyen, ni pueden constituir, formas auténticas de vida. Alguna vez lo fueron, cuando alguien los pensó o inventó por vez primera. Fueron, entonces, frutos legítimos de una vida. Pero arrancados de ella se marchitan y secan y en vez de servir a la vida de la que nacieron, la oprimen y constriñen. Es lo que ocurre con todas las formas sociales: costumbres instituciones, cultura. Hemos visto ya que Ortega distinguía entre la cultura viva o vitalizada y la cultura desvitalizada o anquilosada. Ocurre, también, con las formas políticas. Julio César, en una determinada circunstancia histórica, y por un acto personal, lleno de originalidad, inventó una nueva forma política: el cesarismo. Desde entonces, esa forma política se convirtió en institución tradicional en la que la máxima autoridad seguía llamándose César. La institución sobrevivió a su creador; primeramente, porque respondía a una necesidad colectiva; pero cuando dejó de responder a ella se mantuvo, todavía, por efecto de la inercia. Las tradiciones son formas de inercia. Y las formas sociales no son sino el sedimento que ha ido dejando la vida de todos y de cada cual: vida mecanizada, esquematizada.

EL AMBITO HISTORICO

Por encima de los tres círculos vitales que se han señalado, —el círculo individual, el de la convivencia interindividual y el de las formas sociales,— hay, para Ortega, un círculo de máxima trascendencia. La vida individual viene de un pasado y va hacia un futuro, en cambio incesante. También las formas colec-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tivas vienen de un pasado y van hacia un futuro. La vida social está. también, en cambio y movimiento incesante. Este círculo vital máximo es el círculo de la historia. La vida humana, en su totalidad, tiene historia y la historia una cierta estructura, un determinado sentido.

El hombre hace su vida en la historia, —la personal y la colectiva,— y la historia no es más que el crecimiento de la vida humana. Pero la vida del hombre alcanza distintos niveles en cada época y tiene, en cada momento, una determinada fisonomía. También los grupos sociales, los pueblos tienen, como los individuos, un destino, una vocación, un quehacer, una tarea por cumplir. Pero ese quehacer varía concretamente según las épocas. Ortega ha sido uno de los pensadores contemporáneos que ha visto con mayor agudeza la necesidad de investigar la fisonomía y el sentido de cada época. En esa dirección ha hecho algunos estudios penetrantes.

Por lo pronto, si hacemos un corte transversal en la fluencia histórica, si contemplamos sólo el hoy, —un hoy cualquiera,— hallamos que la estructura de ese momento histórico, así aislado, consiste en una articulación de tres generaciones. Ortega ha utilizado ampliamente la idea de generación que Dilthey acuñó por primera vez, y la ha desarrollado en distintos sitios de su obra (2). Uno de los hechos elementales, nos dice Ortega, es que unos hombres mueren y otros nacen, que las vidas se suceden y que toda vida humana está encajada entre vidas anteriores y posteriores: viene de una vida y va a otra subsecuente. La estructura tiene que ser diferente en cada época. "Un automático mecanismo, nos dice, trae irremisiblemente consigo que en una cierta unidad de tiempo la figura del drama vital cambie, como en esos teatros de obras breves en que cada hora se da un drama o comedia diferente". Los actores, —recuérdese que para Ortega la vida es algo así como un cierto argumento dramático que el hombre tiene que representar,— son siempre los mismos, pero el argumento es en cada caso distinto. En verdad, no hay más que un solo actor, el hombre,

(2) Dilthey se ocupó por primera vez del problema de las generaciones en su trabajo sobre Novalis escrito en 1865, incluído en su obra **Das Erlebnis und die Dichtung**, 1922 (V. pág. 270-71). También se encontrarán en sus obras posteriores ideas más elaboradas sobre el problema de las generaciones (V. **Ges. Schrif.** tomo V. págs. 36-37 y tomo VII, págs. 177 y sig.). Ortega ha tratado la cuestión de las generaciones en **El esquema de las crisis.**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pero hay muchas vidas de hombre. El hombre de hoy, nos advierte Ortega, es en cuerpo y alma el mismo de hace veinticinco años, pero las vidas de los hombres de hoy son totalmente distintas: han cambiado los papeles. Se ve así uno de los rasgos esenciales a la vida del hombre: que toda vida humana tiene siempre una edad. La vida es tiempo, pero no tiempo cósmico, sino tiempo que se acaba, tiempo irreparable. El hombre tiene edad y en el hoy conviven, por lo menos, tres edades, tres generaciones. En 1937, unos tienen veinte años, otros cuarenta y otros sesenta. Todos somos contemporáneos, aunque no todos somos coetáneos. Si todos los contemporáneos fuésemos coetáneos, la historia no existiría, la vida se anquilosaría. El círculo de la coetanidad, de la verdadera y actual convivencia, —porque sólo se convive de verdad con los coetáneos,— es la generación. El concepto de generación, para Ortega, supone esas dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital. La dinámica histórica se articula, pues, para Ortega, en un juego de generaciones. Según la diversa condición de las edades y las relaciones que entre ellas se establecen surge una realidad histórica diferente con sus movimientos característicos de atracción y repulsión, de coincidencia y polémica.

TAREA INDIVIDUAL Y TAREA COLECTIVA

Pero la edad de la generación histórica no tiene nada que ver con las edades de la genealogía. Porque aquí no se habla de la edad de nuestro organismo, sino de la de nuestra vida: de las etapas en que se segmenta nuestro quehacer vital. Cada edad representa un quehacer distinto. En la primera parte de su vida el hombre descubre el mundo, hasta los treinta años más o menos. Entonces, empieza a reaccionar por cuenta propia: inventa nuevas ideas, empieza a ver las cosas a su modo, comienza a hacer propaganda para imponerlas. Después de un cierto tiempo, aquellas ocurrencias subversivas de su juventud se convierten en ideas dominantes, en el orden social vigente. Entonces, el que fué en su momento revolucionario o reformador, se hace conservador y defiende ante los más jóvenes el mundo creado. Ortega ha llegado, también, como Dilthey, a formular matemáticamente su teoría de las generaciones, dividiendo el proceso histórico en períodos de quin-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ce años. La teoría de las generaciones se convierte así en un instrumento útil de investigación histórica. Pero la consecuencia de orden filosófico más importante que resulta de esa idea de las generaciones, es que con cada generación cambia el mundo. Porque nuestro mundo no se compone sólo de las cosas mudas que hay en nuestro derredor, sino también de lo que pensamos y creemos acerca de él. Y a cada generación, como a cada época, corresponde un determinado sistema de ideas y creencias que en conjunto solemos llamar vagamente las ideas de la época, reuniendo en una sola expresión las convicciones en que se está y los pensamientos que el hombre inventa para entender el mundo o para dar expresión a esas convicciones. Esas ideas y convicciones constituyen, también, lo que ya en el siglo XVIII, mucho más agudo en cuestiones históricas de lo que se ha creído, se llamaba "el espíritu de los tiempos". Pero a cada tiempo no le corresponde sólo un espíritu; le corresponde, también un tema o tarea propia que tienen que realizar los hombres o las generaciones de cada tiempo. Adquiere así sentido, —sobre un fondo filosófico total,— que Ortega haya escrito sobre el tema de nuestro tiempo, sobre la tarea ineludible de nuestra hora. Compartió, de ese modo, con otros hombres de su tiempo, —de nuestro tiempo,— una misma tarea de aclaración teórica y de realización vital: la que corresponde al espíritu de nuestro tiempo.

Históricamente hay, pues, una sucesión de cambios en la manera de sentir y concebir el mundo. Los cambios suelen ser imperceptibles: van surgiendo los unos de los otros lentamente. Pero, a veces, se produce una ruptura, un corte violento. Aparece, entonces, una época o un período de crisis. Hay crisis cuando "al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en que el hombre se queda *sin* aquellas convicciones, es decir sin mundo". Al perder las creencias que tenía el hombre se queda sin saber qué pensar acerca del mundo, que es como quedarse sin mundo. En esa situación se encontró el hombre del Renacimiento cuando perdieron vigencia las convicciones medievales. No salió de ella hasta que tuvo clara visión de su nuevo sistema de creencias. Ortega ha hecho un magnífico estudio de esta época mostrando, a través de ella, los rasgos típicos de todos los períodos de crisis. Entre los síntomas característicos de toda cri-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sis está la renuncia a la razón. Al no parecerle ya razonable todo lo que tenia por cierto, todo lo que creía acerca del mundo y de sí mismo, el hombre se burla de toda razón y de la posibilidad de encontrarla. Toda crisis empieza por esta cínica renuncia. Otro de los rasgos comunes a las épocas de crisis, son las actitudes fingidas, falsas. Al no creer en nada, el hombre, que necesita creer en algo, —porque no hay hombre sin convicciones,— trata de creer en cualquier cosa, fingir cualquier clase de creencia. Y va de aquí para allá creyéndolo todo y sin creer verdaderamente en nada. La consecuencia de esa desorientación e inautenticidad vital son las situaciones extremas, situaciones de desesperación. Todo extremismo es, para Ortega, una prueba de desorientación y de inautenticidad. Por eso es natural que el extremista pase de una actitud a la actitud opuesta, en brusco bandazo.

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

La fisonomía de nuestra época es, para Ortega, la de una época en crisis. Es la crisis de la razón naturalista, la crisis del racionalismo moderno con todas sus graves consecuencias teóricas y prácticas. De esa crisis que nos ha dejado sin mundo no podemos salir sino inventando una nueva razón. Esa nueva razón es para Ortega la razón histórica (3), a través de ella tendremos una nueva idea del mundo y de nuestra vida. Esa razón histórica, que Ortega exige en la última etapa de su pensamiento, —última, pero quizás no definitiva,— incluye y da nuevo sentido a la razón vital que ha tomado ahora plena consciencia de sí misma.

Sólo la razón histórica puede darnos, en opinión de Ortega, el sentido de nuestro ser, que es ser hombre. Siempre que se ha buscado el ser de algo, nos dice Ortega, se ha buscado en lo que ya es; es decir, se ha considerado el ser como aquella estructura

(3) Sobre el sentido de la historia conviene ver **Las Atlántidas**, pág. 823 de sus **Obras** y su trabajo **La filosofía de la historia de Hegel y la historiología**, publicado con otros ensayos en el volumen que lleva por título **Goethe desde dentro** (V. pág. 253 y sig). Al final de ese trabajo afirma que la historia es "el círculo de máxima trascendencia". Sobre el problema de la razón histórica véase la contribución de Ortega al homenaje a Cassirer o los artículos que bajo el título de **La extraña condición del hombre** se publicaron en **La Nación** de Buenos Aires de febrero a abril de 1937.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

permanente e inmutable que permanece por debajo de todos los cambios. Es el pensamiento al que dió forma de una manera admirable Aristóteles, pero que ya había aparecido en la filosofía griega, y en su forma más radical, con Parménides. Esa concepción eleática de un ser inmutable está en el fondo de la ciencia natural porque es el supuesto necesario de todo naturalismo y particularmente del naturalismo racionalista moderno que es el que ahora nos interesa.

En verdad, todo naturalismo es intelectualista y concibe la realidad proyectando sobre ella su interna necesidad de no-contradicción, de identidad. Pero cuando se ha querido superar esa concepción naturalista del mundo, que dominó sin limitaciones en los siglos XVII y XVIII, reconociendo otras formas de ser que no fuesen naturales, —afirmando, por ejemplo, que el ser del hombre no es naturaleza, sino espíritu;— se ha caído de nuevo en concepciones de tipo estático y naturalista. La idea de espíritu, según Ortega, responde a un naturalismo larvado. Porque el espíritu es cosa, es algo inmutable, permanente, por detrás de la transformación y de los cambios. El movimiento, el devenir espiritual en Hegel, por ejemplo, no es más que una ilusión, porque lo que realmente constituye el ser espiritual es una estructura fija, preestablecida, en la que se produce el movimiento como algo interno. El espiritualismo es, también, intelectualista, y como todo intelectualismo tiende a confundir la realidad con la idea de la realidad; la realidad cambiante y movediza con la idea idéntica e inmutable. Mediante esa trasposición el intelecto "cosifica" la realidad: impone el esquema rígido de la identidad al flujo múltiple y cambiante de los acontecimientos.

Si verdaderamente queremos conocer la condición del hombre,— su extraña condición,— tenemos que renunciar a todo naturalismo, al franco como al larvado. Más aún, debemos guardarnos del larvado más que del franco, porque éste se guarda solo y aquel trata de inducirnos a error. Habíamos visto que el ser del hombre no era algo que estuviese hecho. La vida no era un hecho, sino un hacer. Un gerundio y no un participio: un faciendum y no un factum. Y el hombre no sólo tiene que hacer su vida; tiene que empezar por determinar lo que va a hacer y proponerse un proyecto de vida. El hombre, por otra parte, es una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

entidad suficientemente plástica como para ser y hacer cualquier cosa. Ortega nos recuerda la distancia que va de la hembra paleolítica a Mme. Pompadour y del indígena brasileño, que no puede contar arriba de cinco, a Newton. Y nos recuerda, todavía, que en 1903 vivía aún el liberalísimo Spencer y en 1923 ya estaban mandando Stalin y Mussolini. En cambio la naturaleza del hombre sigue siendo la misma. La vida humana no es, por lo tanto, una entidad que cambia accidentalmente, sino que en ella la substancia, —valga la paradoja,— es precisamente el cambio. El cambio no es aparente, el movimiento superficial de una substancia metafísica inmutable: es metafísicamente un puro cambio.

Ante nosotros hay, pues, las más diversas posibilidades de ser y entre ellas tenemos que elegir una. Pero por detrás de nosotros, —en el pasado humano, —está lo que hemos sido, nosotros y nuestros antepasados. Y ese pasado que hemos sido actúa negativamente sobre lo que podemos ser. A lo largo de la historia hemos sido muchas cosas, desde hombres de las cavernas y griegos de la época de Pericles hasta liberales del siglo XIX. En cierto modo, seguimos siéndolo todavía, en la forma del haber sido, en la forma de la experiencia. Es la experiencia humana; por eso no podemos volver a ser lo que ya hemos sido. La vida humana es irreversible: el ser del hombre está ontológicamente forzado a avanzar sobre sí mismo.

Nuestra experiencia se concreta en los usos sociales, en la organización de la vida colectiva. Lo que se usa es siempre viejo. Tiene que haber dejado de ser espontánea manifestación de una persona para convertirse en patrimonio de todos. Todo uso es siempre pasado. El pasado, sin embargo, no existe sino en el presente. No puede decirse que hay o existe algo si no es presente, actual. Si hay pasado, lo hay como presente y actuando en nosotros ahora. En efecto si analizamos lo que es nuestra vida presente vemos que se compone en buena parte de lo que hemos sido, personal o colectivamente. Lo único que el hombre tiene de ser, —es decir, de inmutable,— es lo que ha sido. Esa es su única naturaleza. Pero, al mismo tiempo, el hombre va siendo otro y ese ser otro es lo que llamamos vida. Ahora bien, cuando queremos entender nuestra conducta, la personal o la colectiva, solemos volvernos a ver lo que hemos sido, para descubrir nuestro pa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sado. La razón esclarecedora es, pues, una razón narrativa. Un hombre, una nación, hacen tal o cual cosa porque antes hicieron tal o cual otra. La vida del hombre sólo adquiere transparencia ante la razón histórica. El ser del hombre es, en verdad, para Ortega, un mero pasarle cosas al hombre: le pasa ser estoico, cristiano, racionalista, vitalista. El hombre va siendo y des-siendo y en eso consiste su vida. Pero va acumulando ser: su pasado. Se va haciendo un ser en la serie dialéctica de sus experiencias. Pero esa dialéctica no es la de la razón hegeliana. Es la dialéctica real con que soñó Dilthey y que todavía está esperando su realización. En los hechos mismos hay que descubrir esa dialéctica y la sucesión de sus momentos. Así, al menos, aunque no sepamos lo que el hombre va a ser, —Ortega admite, sin embargo, la posibilidad de la predicción histórica,— sabremos lo que no puede ser porque el pasado estrecha el futuro del hombre, porque se vive desde el futuro pero en vista del pasado.

LA RAZON HISTORICA

El hombre, pues, en opinión de Ortega, no tiene naturaleza, pero tiene historia. Lo que la naturaleza es a las cosas es la historia como res gestae al hombre. No hay que dolerse de ello. Se atribuye a la historia y al historicismo una función disolvente. Pero recuerda Ortega que la mudanza de las cosas humanas, que tan lagrimeada ha sido, es uno de nuestros mayores privilegios. Sólo progresa quien puede ser otro que el que fué ayer, pero el progreso supone la integración de lo que se es y se será con lo que se ha sido: la superación sólo es posible merced a la conservación y al aprovechamiento. Progresar es atesorar, acumular realidad. El animal sigue siendo el mismo, nos recuerda Ortega. El tigre es tan tigre como en el primer momento: estrena siempre el ser tigre, es siempre un primer tigre. Pero el individuo humano no estrena su humanidad. Acumula a su humanidad otras humanidades. "Tiene, pues, su virtud y su gracia ontológica la condición mudadiza, nos dice Ortega, y da ganas de recordar las palabras de Galileo: I detrattori della corruptibilitá meritebbe d'esser cangiati in statue".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La historia es, sin embargo, ciencia de nuestro presente y

sólo en él o partiendo de él, puede encontrar el pasado que no es algo que esté allá, separado de nuestro presente, sino que se da incluído en él. Y sólo en el reconocimiento de esa razón histórica que actúa en su vida puede alcanzar el hombre la revelación que hoy le falta para superar la crítica situación en que está. La revelación es siempre el contacto directo, inmediato, con una realidad. La razón histórica, en opinión de Ortega, puede permitirnos esa revelación como en su momento, en los comienzos del siglo XVII, la razón cartesiana, la razón naturalista, permitió al hombre europeo de entonces salir de la crisis espantosa en que se hallaba. Pero la razón histórica ha de ser entendida, según Ortega, "como lo que al hombre le ha pasado constituyendo la sustantiva razón". Es decir, en la historia podremos alcanzar la revelación de una realidad trascendente a las teorías del hombre: la realidad que es él mismo por debajo de todas sus teorías. Hasta ahora lo que había de razón no era histórico y lo que había de histórico no era racional. La razón histórica ha de ser, pues, ratio, riguroso concepto, pero no ha de ver en la realidad una sucesión de hechos, ni un conjunto de cosas. No ha de tratar de reducirla a hechos y cosas porque no tiene nada que ver con la razón naturalista. La razón histórica ha de fluidificar los hechos, ver como se hacen los hechos. Y no convertirá la vida en un repertorio de instintos y facultades sino que ha de mostrarnos cómo el hombre hace con esas facultades su vida.

Ortega no ha elaborado todavía ese nuevo saber de tipo histórico en el cual ha de mostrársenos por entero la realidad de la vida humana. Ese saber no es ni puede ser, tampoco, la obra de un individuo porque la tarea es inmensa y la historia es siempre toda la historia; cualquier término histórico necesita, para ser fijado y apreciado debidamente, serlo en función de la totalidad de la historia. Pero Ortega señala el camino de la reflexión histórica como el único por el cual podremos alcanzar un saber que cubra los huecos evidentes del conocimiento naturalista. Es, para él, el saber del futuro. Recúerda, precisamente, una frase que Comte escribió hace cerca de un siglo: "Se puede asegurar hoy que la doctrina que logre explicar suficientemente el conjunto del pasado obtendrá inevitablemente, merced a esa sola muestra, la presidencia mental del porvenir". En efecto desde hace más de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un siglo una serie de pensadores han buscado lo mismo: la superación del naturalismo en la historia. Dentro de ese clima historicista, que Ortega ha alcanzado en la última etapa de su pensamiento, entendemos mejor cual es el sentido de su obra anterior dedicada en buena parte al análisis de episodios, al estudio de individuos, a la caracterización de épocas, en busca de esa realidad tan rica, tan variada, tan extraña y tan apasionante que es la vida humana.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El Estado y las facciones en la antigüedad

Por JOSE LUIS ROMERO

II

LOS PROCESOS HISTORICOS REALES EN LA FORMACION DE LOS ESTADOS ANTIGUOS

A la visión que del Estado nos dan las fuentes antiguas, la investigación histórica opone la que puede obtenerse del conocimiento directo de las instituciones en que se expresa. Por debajo de éstas, puede, a veces, reconstruirse el proceso de su formación y de su desenvolvimiento, y esta imagen de los Estados históricos reales contrasta con la que de ellos nos proporcionan las fuentes político-filosóficas. Si en los teóricos del Estado hemos podido sorprender una captación aguda de los fenómenos que distinguimos como fenómenos de facción, en los procesos históricos reales descubriremos los elementos empíricos en que pudo apoyarse aquella inducción y los elementos para una investigación rigurosa de los origenes del Estado.

1. EL ESTADO OLIGARQUICO GRIEGO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El principio de desigualdad caracteriza al Estado oligárquico griego. La ciudadanía se presenta allí dividida en dos grupos, de

los cuales uno posee la totalidad de los derechos y otro tan sólo un derecho restringido. El grupo de ciudadanos de pleno derecho es el que inviste el poder, integra las Asambleas, ocupa las magistraturas. El Estado está, pues, regido por unos pocos, oligoi, cuyo privilegio se establece de muy diversas maneras.

Originariamente, los "pocos" que poseen la totalidad de los derechos son los conquistadores o sus descendientes. Esta situación histórica se crea en Grecia a raíz de la conquista aquea primero y de la conquista doria después (1). Sobre una población autóctona —o, quizá, asentada sólo desde un milenio en el territorio (2)— los invasores arios que las fuentes llamarán los Aqueos, se establecen como minorías dominantes: son los ciudadanos del mundo homérico, asentados en sus ciudades como conquistadores; por debajo de ellos encontramos una población sometida de la cual la tradición recoge escasos datos (3). Hacia el siglo XII, una nueva ola aria —los dorios— se introduce en la Grecia central y en el Peloponeso. Sobre los primitivos núcleos micénicos, los nuevos conquistadores se instalan como señores. El principio de raza se establece como criterio único y definitivo para la clasificación de los ciudadanos, y los dorios se apropian, con el territorio, de la tradición militar y conquistadora de las antiguas minorías dominantes. Los dorios dominan el Peloponeso. En Argos, en Corinto, en Esparta, los guerreros dorios ocupan las ciudadelas y las tierras de cultivo, y la conquista establece un poder de hecho indiscutible. Cuando, poco a poco, se transforma ese poder de hecho en un conjunto de principios jurídicos, los que tienen el derecho de integrar el cuerpo de la ciudadanía son los que pueden hacer valer su raza doria.

Por debajo de la minoría doria, la tradición guarda el recuerdo de una población sometida que, cuando se organiza como clase dominada, recobra su estructura de raza vencida. Lo vemos

(1) Glotz, H. Gr., I, cap. III, passim.

(2) El movimiento de pueblos en cuyo transcurso se establece esa población en el continente, se fecha hacia el año 3000 a. J. C.: Glotz, op. cit. I, p. 68.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(3) La tradición griega conocía muy oscuramente su pasado lejano. No tenía de Creta y de Micenas sino muy vagas nociones legendarias: Iliada, II, 649; III, 233; XIII, 453; Odisea, XIX, 172; Plut., Teseo, pas.; Her., I, 171-3; III, 122; Arist. Pol., II, VII, 2.

en Corinto, en el movimiento triunfante de Kipselos (4), en Sycione, con la dinastía de los Ortagóridas (5), en Tesalia, en la clase de los penestes (6), en Esparta, en donde la legislación establece explícitamente el derecho del dorio de explotar a la población sometida (7).

Este proceso, por el cual las razas se transforman en clases, es característico de la época. Lo encontramos con caracteres semejantes en la Grecia de Asia (8) y se extiende lo suficiente como para poder afirmar que fué un proceso uniforme. A partir de la estabilización de la conquista, la población se divide en ciudadanos de pleno derecho y ciudadanos por naturaleza, sin derecho alguno. Dentro de cada grupo habrá subdivisiones, pero serán esos dos los que polarizarán los conflictos. Clases sociales, ocultan bajo este nuevo aspecto los viejos rencores de raza.

Es, pues, la clase privilegiada la que constituye el Estado oligárquico. La define, ante todo, la posesión de la tierra, obtenida por el derecho de ocupación y distribuída entre los genos del grupo conquistador. Los genos dorios se reparten toda la tierra laborable de la ciudad (9). Si los antiguos habitantes se han refugiado en las zonas alejadas, en la perioikis, el conquistador lo tolera;

(4) Kipselos era hijo de una mujer de la familia doria de los Baquiades y de un Lapita; pertenecía, pues, a la raza eolia, predoria; Iliada, VI, 154; Pind..Ol. XIII, 68; Her., V, XCII; Tuc., IV, 42.

(5) Ortágoras era, por su origen, un miembro de la cuarta tribu de Sycione, en donde las tres tribus dorias eran las privilegiadas. Como predorio, encarnaba el odio de razas contra sus señores conquistadores. Desde el cargo de polemarca, al que lo había llevado su talento militar, así como su popularidad, se apoderó del poder. Su descendiente Clístenes emprende una terrible campaña contra la minoría doria, destinada a desterrar su influencia racial y su organización oligárquica; Her. V, LXVII-VIII.

(6) Los penestes constituían la clase dominada en Tesalia; Arist., Pol. II, VI, 2-3.

(7) Arist. Loc. cit. Plut. Lic., XXVIII.

(8) En Mileto, además de las cuatro tribus jonias, existían dos tribus subordinadas, los **Boreis** y los **Oinopes**, en las que se entremezclaba una población heterogénea. A comienzos del siglo IV comienza una larga lucha civil, en la cual a la **Plutis** se opone una facción compuesta por los desposeídos y a la cual se le llamaba con el nombre de una población indígena, los **Gergithes**. Plut., Quest. Gr. 32, p. 298 c.; Pöhlmann, Die Sozialen Frage, T. I, p. 133; Glotz, H. Gr. I, 277-8.

En Samos, además de las cuatro tribus jonias había dos o tres tribus para la población indígena. Rev. des Et. Gr., T. XIII, 1900, p. 149; Glotz, op. cit., I, 279.

(9) Polibio, VI, 45, 3. Plut. Lic., VIII.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

después, reconoce el derecho de esa población de poseer tierras en esa zona. Pero son tierras alejadas (10). En Esparta constituían la perioikis, las tierras más alejadas de la Mesenia, del cabo Maleo, del monte Parnón (11). Las poblaciones no privilegiadas pueden obtenerlas, pero su rendimiento es escaso y, además, también allí tienen que soportar la competencia del privilegiado que compra y acumula. Por eso, con el tiempo, va abandonando la aspiración a una vida rural y se agrupa en poblados industriales o comerciales. La tierra cívica, en cambio, la **politiké kóra**, es exclusividad del privilegiado, quien obtiene de ella un alto rendimiento y una categoría social, que deriva de la posesión.

Originariamente, la propiedad de la tierra no era privada en sentido estricto. En el caso de Esparta, aun en época histórica, el kleros era propiedad del Estado, quien se reservaba su dominio, prohibiendo, en consecuencia, su fraccionamiento y su enajenación (12). Esa tierra no se entregó, en los primeros tiempos, a cada ciudadano. La población doria conservó largo tiempo su estructura gentilicia originaria, y la transportó a la ciudad. La tierra conquistada se distribuyó entonces por genos y sólo mediante un proceso largo y lento, el ciudadano llegó a ser poseedor por sí solo.

La organización gentilicia era propia de las poblaciones aqueas y dorias. Los dorios la conservaron fuertemente en las ciudades en que dominaron y el pertenecer a una de las tribus gentilicias era lo que diferenciaba al miembro activo del Estado del que no lo era. Un largo proceso debía permitir luego la disolución lenta de los genos. Sobre la base de la propiedad indivisa y de una rigurosa cohesión entre sus miembros, establecida por la themis, la justicia gentilicia; el genos constituía el elemento social por excelencia. Cuando la reunión de los genos integró la ciudad, la monarquía sólo gobernaba por intermedio de los jefes de genos, que la tradición nos muestra —por la magnitud de su poder y por su autonomía— como verdaderos reyezuelos (13).

(10) Sobre la perioikis espartana, Glotz, op. cit., I, 352; sobre la perioikis en general, Giraud, La propriété foncière en Grèce, I. II, cap. II, p. 160 ss.

(11) Glotz, loc. cit.; Giraud, loc. cit.

(12) Arist. Pol. II, 6, 10-11.

(13) En Odisea, II, 25 y ss. sorprende como durante la ausencia de Ulises no se ha convocado el ágora nunca. Al desaparecer el jefe consagrado, cada genos recobra su autonomía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Poco a poco, la necesidad de incorporar al Estado nuevas olas inmigradas así como nuevas clases, antes totalmente desposeidas, y ahora colaboradoras, plantea la exigencia de establecer un nuevo régimen que admita la coexistencia de los genos con otros grupos no gentilicios (14). Por estas etapas se llega progresivamente a la ciudadanía (15); ulteriormente, necesidades económicas alteran la estructura del genos por la desmembración de la propiedad, o por la aparición de la riqueza. La riqueza procura entonces destruir la solidaridad gentilicia que conspira contra el orden ciudadano y procura reemplazar la rigurosa themis, derecho familiar estricto, por otro derecho de carácter más amplio, diké (16). A este proceso corresponde el tipo de legislación draconiana, cuya severidad estaba impuesta por el propósito de derivar hacia el Estado el control de la pena, hasta ese momento privativo del genos (17).

La clase no privilegiada se halla, originariamente, fuera del Estado. De la población vencida, una parte ha huído buscando nuevas tierras en que avecinarse; otra, ha escapado hacia las montañas vecinas y baja poco a poco, a medida que se van estableciendo relaciones comerciales o posibilidades de trabajo libre; una última ha quedado en la ciudad y su destino será trabajar para sus amos en una situación variable de dependencia servil.

Para la clase no privilegiada no hay garantías ni derechos; solamente hay deberes y cargas. Los que pueden evadirse de la servidumbre directa se instalan como colonos libres, pero su número es escaso y su suerte misérrima (18). Más fácil resulta la vida de los que abandonan la tierra y buscan el comercio o la pequeña industria para medrar: algunos de entre ellos llegarán a la riqueza y muchos a una medianía que en la tierra no hubieran encontrado jamás. Los no privilegiados sólo tienen cargas militares auxiliares; los puestos de honor corresponden a los privilegiados. En

(14) Sobre los **Thiases** y los **Orgeons** atenienses, asociaciones de grupos prehelénicos, primero rechazados y luego incorporados al Estado, ver Filocoro, Fr. 94 en FHG, I, p. 399; Glotz, op. cit., p. 395 y 414.

(15) Fustel, La cité antique, L. III, cap. I-IV, passim.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(16) Glotz, La ciudad griega, ed. esp. p. 12.

(17) Glotz, H. Gr., I, p. 420.

(18) Jen. Hel, VI, 1, 8, nos dice que en Tesalia por cada caballero que formaba el ejército solamente había dos hoplitas, de donde puede afirmarse que el número de esos colonos libres era muy escaso.

las magistraturas ocurre lo mismo. Ni siquiera en el ágora se encuentran estos pobladores cuya única misión es obedecer.

Pero la clase que usufructuaba el poder en los Estados oligárquicos se encontró abocada —a partir del siglo VIII— a una grave decisión sobre su destino económico y social. En algunas ciudades había comenzado un proceso de expansión colonizadora trasmarina que debía producir profundas alteraciones en el mundo griego. Calcis, Corinto, Paros, Rodas, Mileto, Efeso, habían sido las iniciadoras. Sus aristocracias, sin abandonar sus propiedades raíces y sin renunciar a sus beneficios, habían comenzado a explotar otras vetas de nuevas posibilidades. Se las ve así dedicadas a la colonización, al comercio de la alfarería o de los metales, a la industrialización metalúrgica, a la exportación de vinos y de aceites (19).

En un corto espacio de tiempo, las minorías dominantes dejan de ser exclusivamente terratenientes y agregan a sus recursos económicos y sociales, los que pone en sus manos la explotación capitalista. No es imprescindible que se trate de las mismas personas. Pero como la riqueza se constituía sobre la base de los bienes raíces, fueron solamente los poseedores los que originariamente se lanzaron a la aventura de la colonización o del comercio. En las filas oligárquicas se reconocen ahora estos dos sectores: de los poseedores de tierras y el de los poseedores de fortunas (20). Por una o por otra razón se pertenecía al número de los **oligoi.**

Frente a esta situación, debieron decidir las oligarquías de toda Grecia entre aferrarse a su régimen económico rural o sumarse a la aventura colonizadora y comercial. La segunda de estas posibilidades era cautivante por sus posibilidades desconocidas; pero era también, para las oligarquías celosas de sus privilegios, un riesgo inmenso. Las ciudades marítimas del Asia menor —Kymé, Focea, Magnesia, Efeso, Mileto— eran las más interesadas por la colonización y se lanzaron rápidamente al mar; Calcis y Eretria en Eubea, Egina, Corinto, Megara, Atenas, se adhirieron a esa nueva actividad y en corto plazo su poderío creció enormemente.

(19) Plut. Sol., II; Her., II, 135.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(20) En Mileto, por ejemplo, se reconocían como grupos diversos dentro de la **Plutis**, los que "buscaban el "cuerno de Amaltea" o sea los que explotaban la tierra, los industriales y los **aeinautai**; ver Glotz, H. Gr., I, p. 232 ss. y 278; Ciudad griega, ed. esp. p. 88; Pöhlmann, op. cit., I, p. 133.

Sus colonias se extendían por Sicilia Magna, Grecia, el Ponto Euxino y la Grecia septentrional; las rutas cubrían, además de esas zonas, las regiones del Egipto y Siria. Pero a este poderío económico debería corresponder, a breve plazo, una larga serie de conmociones sociales y políticas. La actividad colonizadora y comercial había sido iniciada por los oligarcas, pero fueron seguidos en ella por gente del común, periecos, campesinos libres que abandonaban sus tierras misérrimas, pequeños industriales, segundones desposeídos, gente toda, en fin, que sólo tenía que ganar en la aventura. Junto a los oligarcas que agregaban su dinero a su capital raíz, apareció el grupo de los que no poseían ni el nacimiento ni la tierra, pero que hacían gala de una fortuna cuantiosa y exigían los derechos a que su fortuna les hacía aspirar (21). De esta clase, que ahora integraba el panorama social de las ciudades cuyas oligarquías se habían lanzado a los mares, debían partir las rebeliones que desencadenaron los movimientos sociales y las guerras civiles que llenan la historia de Grecia, durante los siglos VII y VI.

Esta perspectiva fué la que apartó de esta nueva tendencia económica a algunas ciudades oligárquicas ciudadosas de sus privilegios. El auge del dinero y la certeza de los peligros que acarreaba la confrontación de las dos economías, llevó a algunas ciudades a cerrarse a todo contacto extranjero. Eran preferentemente comarcas rurales y mediterráneas, pero fueron también Tesalia y Creta (22). Como Creta, Esparta se repliega sobre sí misma en un proceso acelerado —en el cual cobra gran importancia la figura del Eforo Xilón (23)— destinado a dar solidez a su estructura social y política y a sustraerla del plan en que se desenvolvía toda Grecia. En situación semejante encontramos a las regiones predominantemente agrícolas; en Elide, en Beocia y en Tesalia, un tipo vida agrícola de caracteres muy primitivos y un propósito deliberado de las oligarquías dominantes, consiguen mantener la tradi-

(21) La irritación que produce en la nobleza tradicional el poderío y las exigencias de los nuevos ricos se refleja especialmente en los poetas: Theognis, 53 ss.; 157; 173; 185 ss.; 349; 361; 662; 677 ss.; Alceo, Fr. 18-20; 49.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(22) Arist. Pol., II, VII, 1 passim; las noticias más seguras y completas que poseemos de la estructura social y política de Creta son las que nos dan las leyes de Gortina; ver Dareste-Haussoullier-Th. Reinach, Inscriptiones Juridiques grecques, t. I, 3º fasc. 1899.

(23) Sobre Xilon, su existencia y su acción, Glotz, H. Gr., I, p. 373.

cional estructura económica y militar. Conocemos los esfuerzos de Esparta por aislarse de la contaminación exterior (24): colocada, por sus ambiciones políticas, en contacto con toda Grecia, el mantenimiento de su régimen fué el resultado de una voluntad desesperada de su oligarquía de mantener la situación económica que la sustentaba. Para Elide o para Tesalia, la perduración de ese régimen era menos difícil, porque su aislamiento con respecto al resto del mundo griego era real y sus oligarquías no tuvieron sino que perseverar en un estilo de vida poco contaminado.

El desarrollo histórico de estos Estados oligárquicos es uniforme y autónomo con respecto a las grandes líneas de la evolución económica y social de Grecia. Para el resto de los Estados griegos, el proceso que comienza con la adopción de una política colonizadora y comercial, termina a la larga con una transformación de las oligarquías en timocracias. Este cambio se opera en forma revolucionaria en muchas ciudades de Grecia. Una vez iniciado, el curso que ha de seguir no puede precisarse detalladamente; unas veces la ciudad ha derivado hacia un régimen plutocrático que perdura largo tiempo y en otras ha derivado luego hacia una democracia. En ambas, los grupos oligárquicos han mantenido permanentemente su aspiración a la restauración del régimen. En los Estados democráticos, las hetairias oligárquicas se encuentran en permanente acecho: al menor decaimiento de los grupos democráticos o al menor asomo de apoyo por parte de las potencias oligárquicas los grupos de esa tendencia se lanzan a la conquista del poder. En la Grecia del siglo V y de los siglos subsiguientes los grupos oligárquicos eran laconizantes, partidarios de regímenes similares al de Esparta, cuya constitución alababan como lo hacían Jenofonte o Platón. Igualmente eran de tipo aristocratizante los grupos pitagóricos, desarrollados preferentemente en Sicilia y en Magna Grecia.

Los Estados oligárquicos se organizan según un principio de selección creciente. Todos los ciudadanos de pleno derecho forman, en Esparta, en la Apella, Asamblea general del Estado; los que se reunen en ese cuerpo son los Espartanos, los descendientes de los conquistadores, los que se llaman entre sí los "iguales". Sin embargo, ya en el siglo VI la Apella espartana carecía de signifi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(24) Plut. Lic., IX.

cación política. Los resortes del Estado estaban en manos de una pequeña Asamblea (25), constituída por una oligarquía dentro de la oligarquía, y de la cual estaba ausente la mayoría de los ciudadanos espartanos.

El cuerpo consultivo de mayor jerarquía era en Esparta —como en Creta— la Gerusia. Como en todos los Estados oligárquicos, la Gerusia espartana se componía de ancianos calificados, en pequeño número, y en sus manos estaba el destino de la nación (26). Si ya la pequeña Asamblea representaba una aristocracia dentro de otra, la Gerusia era más responsable en la medida en que era representante genuina de un grupo más restringido. En lo ejecutivo, ese grupo delegaba su función de inspección —en Esparta— en los Eforos, colocados cerca de los reyes.

Lo más característico de este engranaje institucional es aquel principio de selección dentro de los oligarcas. Si el conjunto de los Espartanos constituían los "iguales", una diferenciación creciente, involuntaria, había destruído aquella pretendida igualdad. Por debajo del nivel medio encontrábanse en Esparta los "inferiores", los que habían merecido la atimia, o los que no podían pagar su cuota para la comida común (27); allí estaban también los segundones que no poseían un kleros, y el conjunto de estos ciudadanos no podía sino constituir un grupo disminuído socialmente. Pero por encima del nivel medio estaban aquellos que habían comprado tierras en la perioikis, que se habían enriquecido y que operaban a veces por medio de terceros. Los "iguales" eran, pues, sólo iguales ante la ley, y eso en tanto que las instituciones mantuvieron su pureza. Cuando la Apella dejó de tener real significación legislativa y fué reemplazada por un órgano más seguro para el grupo oligárquico, las instituciones reflejaron en Esparta la situación creada por el desarrollo histórico-social.

El régimen oligárquico constituye así la forma primera en que el Estado griego se organiza, sobre la base de la conquista. Un proceso posterior transforma en doctrina del Estado lo que no había sido sino política de facción. En el transcurso de la historia política de Grecia, y después de la aparición de los regímenes

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(25) Glotz, op. cit., I, 364.
(26) Plut., Lic., XXVI; Arist., Pol., II, VI, 17 ss.
(27) Sobre el complot de Kinadon, Jen., Hell., III, 3; Fustel, op. cit., p. 410; Pöhlmann, op. cit. I, p. 349.

democráticos, la doctrina del gobierno oligárquico resumirá las aspiraciones de grupos dispersos por todas las ciudades griegas, que encontrarán en Esparta un ejemplo vivo y un auxilio poderoso para sus intentos de restauración minoritaria.

2. LOS TIRANOS GRIEGOS

Después que las oligarquías de ciertas ciudades se deciden a abandonar su régimen rural para intentar la colonización de las tierras remotas, las fuerzas económicas y sociales desencadenadas no podrán ya ser detenidas.

Desde el Cáucaso hasta las columnas de Hércules, las costas marítimas se ven sembradas de ciudades y de factorías, cada una de las cuales era el centro de una zona de influencia. Estas regiones eran al mismo tiempo centros de producción y mercados. En cuanto a los cereales, en especial, el occidente y el oriente crean nuevas fuentes de abastecimientos capaces de proveer a las zonas más densamente pobladas del mundo mediterráneo; como mercados para las industrias —más desarrolladas en las metrópolis— estas nuevas provincias económicas tuvieron también enorme importancia.

La colonización suponía, naturalmente, una movilización de capitales que, originariamente, sólo pudieron efectuar los poseedores de bienes inmuebles. Los oligarcas, en efecto, se lanzaron, en muchas ciudades, a la aventura colonizadora; pero a su lado comenzaron a trabajar gran cantidad de aventureros sin fortuna: desposeidos, o segundones, o pequeños operarios y comerciantes que preferían probar fortuna en nuevas empresas a esperar inútilmente en su patria mejor suerte. La aventura colonial significó para muchos de ellos la riqueza; su magnitud daba cabida a oligarcas y desposeidos por igual y el resultado homologó también a ambos.

Pero no sólo tuvo importancia la colonización por haber creado nuevos ricos. Las fortunas muebles actuaron de inmediato sobre las metrópolis, provocando graves alteraciones económicas, modificando no sólo el valor, sino también la significación de la propiedad raíz, hasta ese momento único cartabón para la determinación de las fortunas y de las posiciones sociales. Frente a la propiedad raíz, los nuevos ricos ostentan su riqueza en dinero,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y aun cuando sus poseedores fueran originariamente los mismos miembros de la oligarquía, sus intereses los unen ahora a los nuevos ricos no oligarcas (28), agentes o competidores; estos vínculos que se establecen —antes inverosímiles— debían probar muy pronto su solidez.

Pero la fortuna mueble no sólo creó una clase de ricos, sin distinción de origen. Los ricos movilizaron sus capitales en empresas industriales y comerciales y en ellas comenzó a formarse un proletariado que alcanzó un número considerable. La navegación, el comercio y la industria exigieron gran cantidad de asalariados de diversa categoría, que fueron reclutados entre la población libre; los intermediarios, los agentes comerciales, los burócratas, como los operarios y los marineros, constituyeron inmediatamente un importante grupo económico-social con nuevas perspectivas y nuevas aspiraciones. Toda esta población fué sustraida a un medio rural miserable, sin porvenir y sin posibilidades, pero el hecho más importante desde el punto de vista político-social es que sobre esta inmensa multitud no habían de tener ya más imperio los grandes terratenientes, sino estos nuevos amos —los ricos— que podían ofrecerle nuevas e inesperadas posibilidades de vida.

Este proletariado no rural estaba así, indisolublemente unido a la clase de los ricos. Cuando los ricos exigieron la homologación de sus rentas a las que provenían de las explotaciones inmobiliarias (29) y —cuando una vez logrado— pidieron el libre acceso a las funciones públicas, el proletariado urbano se unió a sus demandas, respaldando, con su número y su organización, sus pretensiones. Los ricos supieron aprovechar este apoyo e incluyeron en sus demandas las demandas de los desposeidos; y no sólo las del proletariado urbano sino también las del proletariado rural, tan enemigo como ellos de las oligarquías rurales. Una larga lucha —sorda unas veces, abierta otras——dió al fin la victoria a este conglomerado político-social en muchas ciudades griegas; a su frente figuró, generalmente, un personaje poderoso, jefe popular, miembro del grupo rico, a quien se hacía bandera de todas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(28) Las fuentes muestran a Solón como un caso típico de un eupatrida vinculado a los mesoi por sus intereses. Sobre el sentido de la legislación soloniana, José Luis Romero, Imagen y realidad del legislador antiguo, en Humanidades, XXV, 1936.

(29) Esa reforma estaba cumplida en Atenas antes de Solón.

las reivindicaciones: la tradición griega lo llamó con el nombre bárbaro de "tirano" (30).

Según las fuentes aristocratizantes —por las cuales la conocemos— la tiranía fué la forma de gobierno más excecrable (31). La tiranía era, en efecto, la negación de la libertad y del orden jurídico: pero es necesario definir que libertad y que orden jurídico era el que se violaba. La tiranía no aparece en Grecia sino a raíz de ciertos fenómenos económicos muy concretos y sus derivaciones sociales. Durante los siglos VII y VI, los tiranos transforman la fisonomía del mundo griego. Kipselos en Corinto, Ortágoras en Sycione, Polícrates en Samos, Teágenes en Megara. Trasíbulo en Mileto, Pisístrato en Atenas, como tantos otros en otras ciudades comerciantes (32), asumen la responsabilidad de llevar a su fin un proceso desencadenado por los oligarcas. Llegados al poder, los más urgentes problemas de las clases más humildes entran en una vía de solución: se afrontan los problemas de la tierra (33), los de las deudas, y, sobre todo, los que plantea la necesidad de trabajo. Simultaneamente, los tiranos cumplen su misión específica defendiendo los intereses de los ricos no oligarcas, desconociendo los privilegios, orientando al Estado hacia una protección de cierto tipo de actividades. Si bien es cierto que atienden a procurar el libre acceso a las magistraturas de los desposeidos, también lo es que este control de Estado a que se aspira está destinado, fundamentalmente, a respaldar el creciente desarrollo de la industria y del comercio.

Los tiranos se vinculan al proceso de expansión helénica no sólo por el curso de los acontecimientos en que se originan sino también por la consecuencia con que aplican su autoridad a la solución de los problemas contemporáneos. El control de los mercados, de la industria, de las fuerzas económicas en general, cons-

(30) Glotz, op. cit., I, 242-44. Euforion, Fr. I (FHG, T. III, p. 72).

(31) Arist. Pol. VIII, IX, 2-9; Plat., Rep. VIII, p. 566, a.

(32) Algunos textos importantes para el estudio de la política de los tiranos, son: Para Kipselos de Corinto: Her., V, 92; para Teagenes de Megara: Arist., Pol., VIII, IV, 5; para los Ortagoridas de Sycione; Her., V, 67 ss.; para Pisistrato: Arist., Const. At. XV-XVI; Her., I, 59-64; Plut., Solón, XXIX ss.; para Policrates: Her., III, 40-41. Ver Burckhardt, Griechische Kultergeschichte, Kröner Verlag, T. I., p. 171, Die Tirannis.

(33) Glotz., op. cit., I, p. 449.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tituye la primera preocupación de estos señores no controlados sino por sus propios compromisos.

Estos dos puntos fundamentales de su política definen la naturaleza del complejo social en que se apoya, integrado fundamentalmente por dos elementos cuyos intereses inmediatos se combinan circunstancialmente. Pero esta coincidencia no dura largo tiempo. En una segunda generación, los nuevos tiranos olvidan el calor popular que los respaldaba y su tiranía deriva hacia una autocracia (34). Es entonces cuando la libertad se transforma en una fuerza política de combate, y, unas veces para dar lugar nuevamente a la oligarquía, otras para constituir una democracia, la tiranía es derribada.

El retorno de las oligarquías no significó generalmente sino el comienzo de nuevas luchas. Pero cuando fué la democracia moderada quien derribó a la tiranía, esta etapa del desenvolvimiento político de las ciudades griegas se estructura orgánicamente, preparando y cimentando ciertas circunstancias sociales para su ulterior integración en un orden jurídico. Los intereses que había movilizado en forma revolucionaria y tumultuosa debían encontrar luego su canalización en los órganos del Estado y sólo revolucionariamente podían ser olvidados: las democracias cumplieron la primera de las posibilidades y las restauraciones oligárquicas la última.

3. EL ESTADO DEMOCRATICO GRIEGO.

El desarrollo crematístico —que había producido el hecho histórico-social del tirano— había significado, para las ciudades griegas en que se había dado, un despertar de la conciencia social. La multitud, que en los Estados oligárquicos se mantenía ajena a toda preocupación por los intereses de la comunidad, ingresaba ahora a ella llena de fervor por el bien público; eran los colonos liberados de hipotecas y de señoríos; eran los ricos comerciantes que aspiraban a que el Estado reconociera su significación económica y política; eran, en fin, los miembros de las clases urbanas más humildes, adheridos a la política de los caudillos populares

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(34) Sobre Periadro y sus sucesores: Her., V, 92; sobre los Pisistratidas: Arist. Const. At., XVII-XIX; Her., V, 55.

que movilizaban, en un sentido unitario, los intereses de todos los grupos no privilegiados.

Esta movilización de la conciencia social griega, había sido producida, en última instancia, por el desarrollo de la fortuna mueble. Frente a los tradicionales derechos que da la posesión de la tierra, la fortuna plantea sus nuevas exigencias. El primer paso es la transformación del régimen gentilicio en un régimen censitario (35), que agrupe a los ciudadanos según las rentas de sus tierras y no de acuerdo al nacimiento. A esta transformación corresponde un nuevo avance de los ricos, que se lanzan sobre las tierras disponibles, y buscan, por medio de alianzas, el ingreso a las familias eupátridas. En una etapa posterior se homologan las rentas mobiliarias a las inmobiliarias, y entonces la revolución plutocrática está cumplida. Los demiurgos, en lugar de verse agrupados en la última clase censitaria —la de los que no obtenían de sus tierras la renta mínima— se reparten ahora por las diversas clases según el monto de sus fortunas (36).

Esta transformación significaba, a corto plazo, el fin de la oligarquía. Lo único que podía salvarla, después de haber perdido todos sus privilegios legales, era el prestigio de cada uno de los genos allí donde había sido poderoso. Para ahogar esta última posibilidad de la oligarquía, la democracia establece el principio de la filiación local. Los nombres cuya sola enunciación llenaba de atávico respeto al colono humilde, no se pronunciarán más; cada ciudadano agregará a su nombre tan sólo la indicación geográfica. Pero no bastaba. La filiación suponía al mismo tiempo el establecimiento de circunscripciones territoriales, de acuerdo con las cuales se agruparan los ciudadanos. En Atenas, Clístenes fué radical; no sólo estableció la filiación local de los ciudadanos sino que destruyó la unidad de las circunscripciones, haciendo constar la filé de tres tritias, cada uno de los cuales correspondía a una distinta región del Atica (37). Con este procedimiento se evitaba definitivamente la posibilidad de una presión oligárquica ejercida dentro de las formas democráticas, y se condenaba a los componentes de aquellos grupos a abandonar su estructura gentilicia para fundirse individualmente en la polis.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(35) Glotz, op. cit. I, p. 404, nota 108 y p. 414.

(36) Supra pág. 1029.

(37) Arist. Const. At., XXI; Her., V, 69.

Este relegamiento de los antiguos oligarcas correspondía a la implantación de un gobierno democrático. El gobierno del demos parecía realizarse, pues, nada más que con la exclusión de los tiranos y de los oligarcas.

Originariamente, demos significa tan sólo el lugar geográfico en que un grupo de genos se instala, unificados en una polis. Por extensión, significó también ese conjunto de ciudadanos que constituían la ciudad (38). Pero ya en Homero, en algunos pasajes, sorprendemos esa palabra usada para significar la muchedumbre por oposición a los señores (39). La palabra se irá cargando después, progresivamente, de este significado: de allí que Aristóteles señale la democracia como forma impura de gobierno porque no atiende a la totalidad de la comunidad sino tan sólo al demos, en cuyo concepto no entra gran parte de los miembros de la sociedad (40).

Demos no es, pues, un concepto preciso; no define una clase social sino un conglomerado social, coincidente en ciertas tendencias políticas, pero escindido, en su seno, en grupos diversos económica y socialmente. Forman un grupo importante por su poder y su influencia aquellos ricos que en cada generación ingresan por su propio esfuerzo a la riqueza; si es lógico suponer que los ricos de varias generaciones no desdeñarían el contacto con los grupos eupátridas, de rancia nobleza y de inextinguible prestigio, estos otros no pueden hacerlo y, en consecuencia, no se desprenden de su grupo originario. En el régimen democrático, por otra parte, encuentran el reconocimiento de sus derechos, y las cargas que significan las liturgias, significan al mismo tiempo un honor y un reconocimiento de cierta dignidad (41).

Junto a los enriquecidos, el demos comprendía una clase media urbana y rural. Este grupo se constituía con los poseedores de pequeñas fortunas, invertidas en bienes raíces o en explotaciones comerciales e industriales: eran los pequeños colonos y los co-

(38) Glotz, Ciudad griega, ed. esp. p. 45.
(39) Iliada, II, 198; XII, 213; Odisea, II, 239.
(40) Arist. Pol., III, V, 4; VI, IV, 2.
(41) Las cargas que se denominaban liturgias correspondían a la organización de un coro, a la **gimnasiarquía** o presidencia de la palestra, a la **estiasis** u hospitalidad, a la **arquitcoria** o presidencia de la diputación sagrada, y a la **trierarquía** o dotación y comando de un barco de guerra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

merciantes. cuya actividad mantenía el valor comercial de las ciudades y aseguraba un desenvolvimiento económico capaz de ofrecer posibilidades a las clases más desheredadas. Este último grupo era el elemento más considerable del demos. Lo integraban no sólo los desheredados, sino todos aquellos que vivían de su trabajo cotidiano, los marineros, los operarios de los talleres, los jornaleros de los campos y de la ciudad. Por las características del régimen institucional griego, su número significaba un valor que el demos utilizaba sabiamente. Adheridos a determinadas direcciones políticas, estos grupos constituían factores decisivos en las votaciones y los conductores de la política lo estimaban particularmente. Algunas veces la ciudad retribuía la asistencia de los ciudadanos a la Asamblea, partiendo del principio de que había inhibición para concurrir para aquellos que vivían de su jornal diario, y que no era democrático que así fuera (42). Pero la solución hallada repercutió, a veces, sobre los grupos más humildes, estimulando un tipo profesional de asistente a las asambleas, que había de ser, con el tiempo, séquito de los demagogos (43).

Pero estos grupos sociales y económicos que un análisis de nuestros datos puede mostrarnos, no existían para las leyes de los estados democráticos, sino en cuanto se adaptaban a las clases censitarias, y a los efectos de la determinación de los cargos a que cada uno podía aspirar. En cuanto a su situación social, el Estado no reconocía sino ciudadanos.

Para ser considerado ciudadano el Estado democrático sólo exigía ser hijo de padres libres. El principio de igualdad ante la ley que sostenía, le impedía tener ninguna otra exigencia. En un momento dado, el joven se incorporaba al Estado cumpliendo ciertas formalidades legales (44), y se agrupaba con los jóvenes de su mismo demo. Desde ese momento, con la sola limitación

(42) Después de 403 se comienza en Atenas a pagar la asistencia a la Asamblea Popular, como se hacía ya con la asistencia al Consejo y a los tribunales. Arist. Pol. VI, V, 5; Crítica del sistema en Plat. Gorg. 515 c. Glotz, op. cit. ed. esp. p. 418 ss.

(43) Una crítica de los demagogos en Aristófanes, Caballeros.

(44) El ciudadano —en Atenas— debía haber sido oportunamente presentado en la fiesta de las Apaturias. Luego, al cumplir los 17 años, los miembros de la comunidad votaban su aceptación en ella sobre la base de la declaración del padre. Después de cumplir sus dos años de servicio militar, el joven comenzaba a gozar de sus derechos políticos; un juramento era lo que se le exigía como condición para su ingreso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que se establecía para el acceso de los thetes a las magistraturas, el ciudadano quedaba frente al Estado en la siutación única que éste reconocía.

Con la consolidación de la doctrina democrática, el demos volvió a ser considerado como el conjunto de los ciudadanos que integran el Estado. Su extensión no coincide con la de ninguna de las clases ni hay en el seno del Estado quien se agrupe en otro conjunto que éste. Si, en la práctica, el Estado democrático desconfiaba del oligarca y hostigaba al rico con cargas públicas muy fuertes (45), en la doctrina jurídica el Estado postulaba la igualdad del ciudadano ante la ley, la isonomía. Esta declaración básica define el Estado democrático como un Estado constituido sobre un compromiso entre sectores muy vastos. La facción sobre la cual se constituye se amplía día a día por la expansión comercial griega, por la amplitud de sus miras políticas, y por un sentido radical de la justicia que subyace en su doctrina social y política. Si, en la práctica, esta afirmación de igualdad humana se detenía en la esclavitud, en la teoría este mismo fenómeno entró a discutirse, sobre la base del distingo sofístico entre naturaleza y ley (46). La esclavitud fué afirmada como una ley, es decir, como el producto de una convencían, con lo cual se postulaba una igualdad básica en la naturaleza, ulteriormente deformada. Esta afirmación debió tener mucha resonancia para que Aristóteles dedicara largas páginas de su Política a defender la legitimidad de esa institución (47). Fuera de este sector, la democracia griega sostiene vivamente la igualdad humana, rechazando la posibilidad de tolerar grupos privilegiados o grupos degradados. Los grupos que subyacen en la noción de demos entran por igual en la organización política y se disuelven en ella. Auténtico régimen democrático, los más humildes encuentran en el número la compensación de su pobreza, e imponen en el Estado una política de permanente auxilio a los necesitados (48). En un momento dado, la teórica o caja destinada a sufragar los gastos de las funciones destinadas al pueblo, insume enorme parte de las rentas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(45) Eran las liturgias. Ver nota 41.
(46) Plat. Gorgias 484 a.
(47) Arist. Pol., I, II, passim.
(48) Glotz, Ciudad griega, ed. esp., p. 168 ss.

de Atenas, mientras que para equipar los trirremes el Estado recurría a los ricos, obligándolos a costearlos privadamente.

A esta concepción de la igualdad corresponde una concepción pareja de la libertad. Derivada de una posición ética, la concepción griega de la libertad debía trascender al plano del derecho y de la política. En el campo del derecho fué necesaria para la democracia la conquista de la libertad individual, susceptible de ser perdida por deudas, y sujeta, en consecuencia, a un complejo sistema de relaciones económicas y sociales con los poderosos. Una vez lograda, la libertad política constituyó la nueva aspiración; en los Estados democráticos se alcanzó con la admisión de los thetes en la Eclesia con pleno uso de sus derechos políticos.

Reunidos en Asamblea, los ciudadanos poseían el máximo de libertad: la Asamblea era soberana (49). Pero no era sólo la mera soberanía formal, expresada en el hecho de que sus decisiones constituían la más alta expresión del Estado; era también una soberanía conciente de la posibilidad de sus propios excesos; para contrarrestarlos, la Asamblea procuraba impedir que la libertad de cada ciudadano la encarrilara torpemente por apresuramiento o por inconciencia; contaba para ello con resortes apropiados como la acusación de ilegalidad —grafé paranomon— destinada a castigar a quien, aprovechando su prestigio ante la Asamblea, le hiciera resolver lo que estaba en contra de su interés auténtico y perdurable (50). El único límite de la libertad individual, era, pues, el que imponía la libertad y la seguridad del Estado. A la luz de esta directiva fundamental no puede execrarse la condenación de Sócrates (51).

La Eclesia era la más auténtica institución del Estado democrático. Tenían cabida en ella todos los ciudadanos sin excepción y sus decisiones eran ley. Para que el cuerpo pudiera finalmente resolverse por sí o por no —teniendo en cuenta que no era un cuerpo representativo, sino integrado por la totalidad de los ciudadanos —las cuestiones iban a la Eclesia sólo después de una cuidadosa elaboración formal efectuada por otro cuerpo des-

(49) Glotz, op. cit., p. 205.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(50) Glotz, op. cit., p. 227 ss.; Daremberg-Saglio, Dict. des Ant.: art. Paranomón graphé.

(5) Una interesante justificación de la condenación de Sócrates, en A. Croiset, Démocraties antiques.

tacado de su seno y elegido por sorteo; la decisión final correspondía á la Asamblea, en donde los oradores procuraban influir con sus argumentos en el ánimo de los ciudadanos.

Si el orador es la figura más significativa de las Eclesias democráticas en sus buenas épocas, el demagogo lo es en los momentos de crisis institucionales. El demagogo no lo es tanto por defender de cierta manera los intereses de ciertos partidos, como por su intento de dislocar el demos para oponer, dentro de él, los grupos más humildes a los grupos medios y aun ricos. Este intento de los demagogos nos llega deformado por la tradición (52) y es difícil descubrir allí su verdadero sentido. El demagogo es siempre un elemento peligroso para el Estado democrático; constituido éste sobre un compromiso social de base muy amplia, la escisión de algunos elementos —y en especial del elemento popular— significaba un peligro de fractura del bloque. Este peligro se acentúa en los momentos de crisis. En las épocas normales, el demagogo ha procurado, a veces con éxito, quebrar el prestigio ascendente de algunos grupos antidemocráticos. Pero fuera de esa acción positiva, el resto de su obra sólo ha significado un intento de política personal, que el griego ha repudiado tanto en los Estados democráticos. La quiebra del régimen ha de sobrevenir, precisamente, cuando los prestigios personales impuestos se adentren en la conciencia ciudadana.

Para evitar que en su propio seno se estimulen los prestigios personales, el Estado democrático utiliza los recursos más diversos. Ante todo establece como principio general para la designación de magistrados, el del sorteo: excepto el caso de cargos estrictamente técnicos, todos los cargos públicos se llenan por la suerte, de tal manera que no hay posibilidad de organización de listas de partidos ni de ninguna otra forma de acción previa. Para estos funcionarios así elegidos —como para los designados por votación— la duración de sus funciones es efímera. Sin contar con la duración de los cargos del pritaneo, para las magistraturas comunes se instituye la anualidad y aun dentro de este plazo, cierta rotación del ejercicio efectivo de la función (53). Pero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(52) Cleon y Anito —demagogos típicos— nos llegan a través de una tradición interesada; tanto Aristófanes como Platón y Aristóteles tienen frente a ellos una actitud aristocratizante.

(53) Arist. Const. At. XLIII, 1-2. Her. VI, 110.

todavía queda otro recurso cuando, a pesar de estas precauciones, aparece una figura que amenaza con polarizar el entusiasmo y el apoyo de las masas: en esos casos el Estado lo destierra (54), aun sin delito, porque para el Estado democrático el prestigio personal excesivo, aun involuntario, constituye delito.

Esta política es típica de las democracias griegas. No existiendo en su base minorías interesadas en el usufructo exclusivo del poder, sino clases medias que procuran el mantenimiento del equilibrio entre sectores que podrían ser igualmente enemigos, el Estado democrático se esforzaba por satisfacer a la mayoría, sin alejar ni oprimir a las minorías. Cuando la democracia era vencida y conseguía luego volver al poder (55), su política era relativamente clemente y conciliadora. Cuando establecía vínculos con otras democracias, su intención era generalmente defensiva y no agresiva, a diferencia de otros regímenes (56).

Como el Estado oligárquico, el Estado democrático constituyó un polo de la política griega, con grupos partidarios en toda Grecia y cuya significación panhelénica se acrecentó con el triunfo de Atenas: fué la capital ática un ejemplo y un estímulo para todas las ciudades griegas.

4. EL ESTADO AUTOCRATICO HELENISTICO

Al finalizar el siglo IV —precisamente cuando Aristóteles escribía su Política, verdadera teoría del Estado-ciudad— Macedonia va ultimando en todo el mundo mediterráneo griego, y muy especialmente en la Grecia continental, un proceso de aniquilamiento de la estructura de la ciudad como Estado soberano. Sus primeras etapas hay que buscarlas en pleno siglo V, cuando las dos potencias de mayor poder y prestigio disputan la hegemonía sobre toda la Grecia. Porque la aventura macedónica no es sino el desenlace de la lucha por el predominio, entablada entre los Estados más importantes, y en cuyo desarrollo se fué insinuando cada vez con mayor nitidez una marcha hacia la unificación.

La unificación, en efecto, se planteó originariamente como

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(54) Arist. Const. At. XXII, I, y 4-8. Plut. Arist. VII.
(55) Arist. Const. At. XXII, 4.
(56) Plut. Lis. XIII.

un problema de predominio, cuya obtención significaba, para una ciudad, poseer el control de la política panhelénica y aun de la exterior, el control del régimen marítimo, del desarrollo comercial e industrial; para lograrlo, el Estado hegemónico procuraba imponer su superioridad militar, y, por intermedio de ésta, imponer, en las ciudades sometidas a su hegemonía, las facciones solidarias con su régimen interior y con sus intereses generales.

En esta lucha compitieron primeramente Atenas y Esparta, en la guerra del Peloponeso. El triunfo de Esparta significó la transformación del régimen político de todas las ciudades griegas dominadas —comenzando por Atenas— y la organización del imperio espartano; su inspirador fué Lisandro (57) y sólo las contingencias de la política interior espartana, movida por los intereses de su estrecha oligarquía, hicieron fracasar el intento del general victorioso (58). Pero con el fracaso de su ensayo imperial Esparta debilitó su propio régimen y no pudo impedir la lenta restauración del poderío ateniense (59). A su sombra creció un nuevo aspirante a la hegemonía, Tebas, temible enemigo militar después de Pelópidas y de Epaminondas. La batalla de Leuctra significó para Esparta la quiebra de su poderío militar y Tebas procuró herirla en su propio territorio, consiguiéndolo con la separación de Arcadia y de Mesenia del control espartano (60). Pero la empresa era superior a sus fuerzas y la batalla de Mantinea terminó con su poderío y con su organizador: en 362, había visto Grecia aniquilarse tres potencias hegemónicas.

Mientras tanto elaboraba Macedonia su poder militar. Con Filipo —formado al lado de los generales tebanos— comienza a trascender sus fronteras y entra en contacto con las potencias griegas, ahora debilitadas. El ensayo termina favorablemente para Macedonia en Anfípolis y en la guerra sagrada, y Filipo prueba allí su propio poderío.

Desde ese momento la política griega cambia de rumbo. En lugar de intentar la unificación por la hegemonía, Filipo traslada a Grecia su propia concepción macedónica —semibárbara— de

(57) Plut. Lis. Loc. cit.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(58) Plut. Lis. XIX-XX.

(59) En 377 se constituye la segunda confederación ateniense.

(60) Isoc. Arquidamos. Jen. Hell., VI, 5.

la política y procura instaurar en ella una autocracia de hecho sutilmente encubierta por el respeto de ciertas formas. Su propósito, sin embargo, era harto difícil de conseguir. Una larga tradición de autonomía daba a los Estados griegos una fortaleza extraordinaria en la resistencia y Filipo no intentó la conquista abierta: en cambio, estimuló la formación, en cada ciudad, de minorías pro-macedónicas, encargadas de facilitar la lenta intromisión del autócrata en la política de las ciudades griegas, y de abrir luego sus puertas al ejército (61). A pesar de que estas facciones crearon, por contraste, las violentas facciones antimacedónicas, Filipo logró, a la larga, su objetivo. Macedonia obtuvo, con Filipo primero y con Alejandro después, el control de toda Grecia. Esparta intentó en un momento dado oponerse —ayudada por Persia— al dominio macedónico, pero la represión fué categórica y Alejandro, procurando salvar los últimos reparos formales que una larga tradición de libertad política hacía surgir entre los griegos, logró poco a poco establecer un sólido régimen de hecho. (62).

Pero el proceso desencadenado se apoyaba en ciertos caracteres fundamentales de la época y siguió aceleradamente su curso. Con los sucesores de Alejandro el régimen autocrático se desprendió de los reparos y las limitaciones que aun soportaba y su política adquirió un tono más firme. En Grecia propia, donde el recuerdo de la tradicional libertad era más fuerte, se mantenía, en pleno siglo III Demetrio Poliorcetes y ejercitaba su autoridad omnímoda (63): era lógico, pues, que el resto del mundo griego, más vecino a otros tipos de autoridad menos controlada, se entregara de inmediato a las nuevas autocracias.

El régimen que se extiende por el Mediterráneo griego con Alejandro reconocía algunos antecedentes históricos .El poder personal había sido conocido por toda Grecia durante el largo período de disturbios sociales que se extiende a través de los siglos VII y VI; los tiranos habían dominado en casi todas las ciudades y aun en algunas de ellas habían constituido dinastías que se per-

(61) Anfipolis, Pydna y Olinto, fueron tomados por Filipo con la ayuda de traidores.

(62) En rigor, la autoridad de Alejandro se basaba en la abstención política de Atenas, neutralizada sabiamente, y en la moderación de sus exigencias.

(63) Plut., Demetrio, passim.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

petuaron por generaciones. Después, si bien en casi toda la Grecia propia había desaparecido tal tipo de poder, en otros lugares del mundo mediterráneo, como en Sicilia (64), se había conservado un tipo perdurable de político de semejantes características. En la Grecia de Asia, el poder autocrático se robustecía con el contacto de la monarquía persa que tanta importancia —primero por contraste, después por influencia— había tenido en la política griega (65). Constitutivamente enemiga de la libertad, que no podía entender, la monarquía persa había acogido a cuantos emigraban de Grecia (66). Su apoyo a estos políticos fué diversamente eficaz, pero su acción fué igualmente deletérea con respecto a las democracias —y aun a las oligarquías— porque precisaba poco a poco la naturaleza de una institución autocrática, establecía normas y precedentes, y proporcionó luego a los conquistadores poblaciones ancestralmente acostumbradas a la mansedumbre, que les hicieron gustar el sabor exótico de la sumisión incondicional. Esta población asiática deformó la sensibilidad política de los generales de Alejandro y creó en ellos un temperamento dictatorial y absolutista, inconcebible aún en los macedónicos. La naturaleza del poder real —definida en el libro de Samuel (67)— suponía olvido de todas las prácticas políticas que habían sustentado los Estados griegos. Con la influencia de la doctrina y de la práctica política oriental, ejercida sobre un terreno preparado por la tradición tiránica y estimulado por un estado militar, aquella otra tradición fué rápidamente olvidada y reemplazada por regímenes militarizados y autocráticos: era lo "moderno", desde los comienzos del siglo III.

Lo que caracteriza al Estado autocrático griego es, ante todo, su básica estructura militar. De su origen macedónico, el Estado autocrático conserva la tradición guerrera, la organización de su ejército y la gravitación de éste sobre la organización civil y política. El ejército constituye el elemento fundamental del Estado, porque es el instrumento esencial para la realización de una volun-

(64) Plut. Dion, passim; Timoleon, passim. Diod. XIII-XVI.

(65) Comparar la evolución del significado de Persia desde Herodoto hasta la Ciropedia de Jenofonte.

(66) El más significativo de todos, fué el apoyo prestado a Hipias Pisistratida.

(67) I, Samuel, 8, 11.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tad imperial, voluntad de expansión y de conquista, que se desarrolla enormemente en Grecia a partir del siglo IV por razones económicas.

El área a que aspira el Imperio macedónico es el Mediterráneo oriental. Pero el Mediterráneo oriental no es en ese momento una unidad racial, ni cultural, ni nacional: es, exclusivamente, una unidad económica. Para integrar esa unidad económica, subdividida políticamente en innumerables partes, el Estado autocrático emprende la conquista. Un fenómeno económico —la concentración capitalista, a que se aludirá más adelante— empujaba a la realización de esta unidad, que permitía así liberar de la multiplicidad de controles a las fuerzas económicas. Las rutas de navegación, tanto como las rutas de las caravanas o las simples rutas terrestres, quedaban ahora incluidas en un solo dominio político, en cuyo ámbito un capitalismo internacional se desenvolvía en óptimas condiciones.

Este imperativo económico coincidía —como correspondiendo a una misma concepción del mundo— con un imperativo moral. Era el que sustentaban las escuelas post-aristotélicas, coincidentes en postular un abandono de las preocupaciones exteriores y una ataraxia con respecto al mundo (68). A esta posición correspondía, también, una actitud negativa contra todo sentimiento localista y una exaltación de la humanidad, de la fraternidad humana, por encima de las fronteras, producto de determinaciones interesadas y circunstanciales. La idea de imperio se acercaba más a esta concepción que no la estrecha idea de la ciudad-estado.

Sobre la base de esta tendencia a la prescindencia política, las autocracias procedían libremente, exentas de todo control. Una concepción realista de la política daba a su acción exterior un carácter distinto al usual hasta allí en el mundo griego. El derecho de conquista era indiscutible y autorizaba las anexiones más ilógicas, en tanto que los tratados no tenían ninguna validez y se transformaban en documentos para cuya violación sólo se esperaba la ocasión propicia; la violación, como la mentira oficial y la maniobra diplomática, eran armas corrientes y de uso común en todos los Estados autocráticos. Para completar su arsenal de recursos, los autócratas usaban la traición, estimulada en los gru-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(68) Dióg. Laerc. VII, 1, X.

pos enemigos, pagada generosamente, y utilizada sin escrúpulo tanto en las operaciones diplomáticas como en las militares. A la ayuda de traidores se debió la entrada en gran cantidad de ciudades, muchos éxitos militares rápidos y muchos triunfos importantes en el curso de negociaciones de paz.

Una política semejante se usaba con respecto a las alianzas. Si los tratados eran documentos sin valor, era porque el régimen de las alianzas era permanentemente revisible, de acuerdo más a las conveniencias circunstanciales que no a los compromisos contraídos. Estas alianzas no conocían limitaciones morales ni imperativos de lealtad. En la búsqueda de alianzas, el distingo de griegos y bárbaros no tenían ya valor, después del triunfo de la política de Alejandro destinada a romper aquella oposición tradicional. En anchos frentes, nuevas alianzas reemplazaban a las viejas fraternidades históricas, creando un clima de oportunismo y de desconfianza propicio para acrecentar el prestigio de los autócratas cínicos y astutos, cuya grandeza reposaba en una mezcla de sublimidad y de miseria.

El desprecio por los formalismos no fué, sin embargo, absoluto. Después de conquistado aquello a que se aspiraba —una ciudad, un territorio, una supremacía cualquiera— el autócrata se esfuerza por legitimizar su autoridad. Es una legitimación "a posteriori" guiada por el propósito deliberado de apoyar en el derecho lo que sólo se justifica por la fuerza, y cuya finalidad es establecer un nuevo orden jurídico que reemplace y anule el anterior.

El poder de hecho que Filipo posee por la fuerza de sus ejércitos no le basta. Filipo quiere un poder legítimo, al que no tiene derecho, pero que exige. Así obtiene el que le entrega la Anfictionía de Delfos, dándole el más respetado de los poderes. Después del Congreso de Corinto, su poder es más vasto: no se conforma con ser el general de los ejércitos victoriosos sino que aspira al título de "estratega-autocrator" de la Liga, que lo autoriza a respaldar su política con el voto de todas las ciudades griegas. Otras veces la legitimación es más solemne. Alejandro exige de cada país conquistado la consagración de su autoridad según el ceremonial del país, y no rehuye la investidura religiosa allí donde el ritual

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo exige. Gracias a eso es recibido como libertador y su dominio sobre los pueblos más diversos apenas se ve amenazado (69).

La política interior de las autocracias se rige según principios semejantes. Un hecho económico la configura en sus líneas generales: la concentración de los capitales financieros; sus poseedores constituyen pequeños grupos poderosísimos, cuyas ramificaciones se extendían a todos los extremos del mundo mediterráneo, y que se apoyaban, preferentemente, en explotaciones de tipo comercial y marítimo. Este capitalismo mediterráneo —centralizado en pocas manos— controlaba toda la vida económica del mundo griego con la sola limitación que le imponía la soberanía política y militar de cada Estado. Una vez unificada en el Imperio, el mundo mediterráneo ofrece a este capital internacional una mayor facilidad de acción y el movimiento de concentración capitalista corre sus últimas etapas. Pero a este enriquecimiento de unos pocos corresponde no sólo la progresiva desaparición de los pequeños industriales y propietarios, sino también la pauperización acelerada de las masas humildes. Las posibilidades de vida económica autónoma disminuyen y es forzoso incorporarse a la muchedumbre de los asalariados que trabajan para los grandes grupos financieros, sea en la navegación, sea en el comercio o aun en la agricultura. El ejército ofrece también oportunidades de ganancia al hombre sólo, y esta circunstancia, que contribuye a crear los grandes ejércitos de mercenarios propios de la época (70), explica, además la disminución alarmante de la natalidad (71).

Las consecuencias sociales de estos hechos son notables y sus efectos inmediatos. Al abandono de toda preocupación por la política, de toda esperanza de solución por el Estado-ciudad de los problemas, corresponde —en este clima económico— el crecimiento de los ejércitos de desocupados y descontentos, cuyas aspiraciones sociales exceden ahora toda restricción legal. A esta actitud re-

(69) Para estudiar esta política, se trabajará sobre los siguientes textos fundamentales. Plut.: Demóstenes, Alejandro, Foción, Dion, Demetrio, Eumenes, Pirro; Demóstenes, passim; Arriano, Expediciones de Alej.; Cornelio Nepos, Eumenes; Justino, Hist.; Diodoro; Polibio.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(70) Ver un reciente trabajo de G. T. Griffith: The mercenaries of the helenéstic World, Cambridge, 1935.

(71) Pol. H. G. XXXVII, IV.

volucionaria —expresada en muchas insurrecciones (72)— corresponde un movimiento teórico, en las filosofías post-aristotélicas, que procura fundar la legitimidad de su exigencia (73). Pero este movimiento social no consiguió imponer ninguna de sus aspiraciones; en cambio, constituyó un elemento sumamente importante para la estructuración y el mantenimiento de las autocracias, que explotaban los grandes temas demagógicos y obtenían así el apoyo popular —parcial o unánime— para actuar contra los enemigos de sus propósitos dictatoriales o contra las potencias rivales.

Esta actitud se complementaba con la que el autócrata adoptaba frente a la política interior de la ciudad. La lucha política, la libre oposición de los diversos grupos, no existía, en estos regímenes, dentro de la legalidad. Por sobre los intereses de los partidos, el autócrata elevaba un tema político variable —los intereses económicos, el peligro exterior, la unión sagrada— y en nombre de él se oponía a toda exteriorización de opiniones, admitiendo solamente la solidaridad con la política del autócrata. Frente a la posibilidad de escisiones en la opinión pública y de la consiguiente formación de partidos, la actitud del autócrata es radical; la unión de los ciudadanos es condición indispensable para la felicidad colectiva y para el mantenimiento de su poder y el autócrata exige la deposición de las intransigencias de partido (74). Automáticamente, el autócrata se opone así a la vieja antinomia de democracia y oligarquía y a la continuación de la política de facción. En la práctica, no siempre es la misma la actitud del autócrata; si, en general, su actitud es de oposición a los viejos partidos, con mayor frecuencia se vale de los oligarcas que de los demócratas, cuando tiene que elegir grupos para delegar poderes o encomendar funciones de gobierno o control.

Pero las ciudades más celosas de su régimen que de su interés momentáneo, comprendieron qua la autocracia era un peligro que amenazaba algo más que la estructura político-social. Los

(72) Además de las insurrecciones de esclavos, se producen movimientos en donde los esclavos toman parte y aun movimientos que han sido calificados como "socialistas". Ver Pöhlmann, op. cit. Cicotti, El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(73) Sobre el pensamiento social de los estoicos, ver Pöhlmann, op. cit. I, 98 y Guiraud. La proprité fonciére en Gréce.

(74) Jouguet, El Imperialismo macedónico, ed. esp. p. 154.

más grandes enemigos de la autocracia aparecen como defensores de la ciudad-estado como tipo de asociación política. Como Demóstenes y como Aristóteles, la opinión conservadora griega se adhirió no tanto a una tendencia más o menos tradicional de la política, sino a esta actitud general que colocaba la organización ciudadana como la forma genuina de la vida política griega. Es en este sentido como deben entenderse los conceptos de "libertad" y de "patriotismo" en Demóstenes, frente a una posición nacional, como la propuesta por Isócrates (75), o una posición internacionalista como la adoptada por los autócratas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(75) Isoc. Panegírico; Filipo.

ALFREDO GUTTERO

Su vida y su obra

Por JULIO E. PAYRO

Conferencia pronunciada en el mes de noviembre de 1933 en la Dirección Nacional de Bellas Artes, con motivo de la retrospectiva A. Guttero.

Allá por los años en que la pintura argentina, desorientada, se estremece al impulso de heladas corrientes venidas de Italia, de España y de Francia y se inclina hacia el cuadro de género sentimental, la artificiosa historia o el naturalismo prosaico, cuando los maestros de la Gran Aldea son Sivori, Ballerini y de la Cárcova, cuando Schiaffino adquiere los primeros lienzos para el Museo Nacional, cuando Maggiolo y Malharro son los "jóvenes que prometen", y el simbolismo es una intolerable audacia, nace de padres ligures, en la calle Salta, un niño que el destino ha señalado para la grandeza y la servitud del arte. Obscuras fuerzas, seculares tradiciones mediterráneas con algo indefinidamente germano anidan en el ser inconsciente aún que da los primeros pasos en el gran caserón lujoso, hoy vetusto y noble, edificado por el padre para suhogar americano, que por su proporción y estilo, por su austera ornamentación renacentista, parece arrancado de cuajo de la lejana Génova y trasplantado al Barrio Sur de Buenos Aires por la misma virtud de magia que ha dado al niño argentino, desde la cuna, el poderoso instinto del arte máximo de Italia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Desde temprana edad, Alfredo Guttero maneja lápiz y pinceles. A la primera prueba, sabe el oficio. No es extraño que los

hijos de un pintor, por espíritu de imitación, tracen sus garabatos y pintarrajeen desde la niñez, traduciendo a su modo lo que hace el padre, contagiados por el ejemplo y despierta su curiosidad a la vista de los seductores artefactos del juego sutil del hombre grande, caballetes, cajas de colores, paletas, bastidores, tintas y frasquitos de formas imprevistas. No es extraño que cedan a la sugestión de la atmósfera, de las conversaciones, de los libros y grabados dispersos en el hogar. Pero no reina tal ambiente en casa de Guttero, si bien hay allí un buen gusto de burguesía acomodada y cierta afinidad con el arte a través del rigor clásico de la arquitectura que profesa el jefe de la familia. Empero, el niño grave que es Alfredo se pasa las horas que deja libre el estudio atado al caballete, absorto en la gratuita tarea, tejiendo las redes sutiles del dibujo preciso y el rico mosaico del color.

Ningún ser viviente lo indujo a dedicarse a la pintura, pero sombras del pasado, voces secretas de la sangre, le susurran al oído secretos arrobadores del arte, que otros desentrañan apenas en la angustia de lustros de trabajos y experiencias. Y así, a la edad de diez años, Alfredo Guttero termina un lienzo que muchos podrán calificar de balbuceo, pero que, desde un punto de vista técnico —¿y cómo juzgar de otro modo la obra de un niño?— causa verdadero asombro. Es la copia ampliada de alguna tarjeta postal en colores, de una de esas imágenes de bombonera que hacen las delicias del ingenuo: representa una huerta típica europea, posiblemente inglesa, en que se han reunido en grupo sentimental el abuelo campesino, la hija con el nieto en brazos, y el inevitable perrito. Es el modelo una pintura de género, de gusto e interés dudosos pero que ofrece una serie de dificultades en el dibujo y el color, la perspectiva, la atmósfera profunda, las características anecdóticas de los personajes y demás. Impresiona la fidelidad de la copia y resulta increíble la habilidad de las soluciones halladas, en el difícil oficio de la pintura al óleo, por una criatura que, sin guía, espontáneamente, con prodigioso tesón, realiza y acierta en todos sus detalles un lienzo de grandes dimensiones.

Otros cuadros, otras copias siguen a esta obra que puede ser considerada como el arranque de un esfuerzo que se prolongará durante cuarenta años, en diversas latitudes, y que ha de quebrarse bruscamente, en la tierra donde nació el pintor, en el mo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mento en que éste, definitivamente liberado, emprendía el vuelo más alto y promisorio de su carrera. Pero no anticipemos.

Crece el niño con la obsesión de la pintura; su color se afina, su lápiz se independiza, y ya se define la seductora individualidad del artista. Manos piadosas han conservado una fotografía de Alfredo Guttero a la edad de quince años, impresionada al estrenar el adolescente su primer traje de hombre. El rostro alargado revela una extraordinaria distinción, y el porte, la altivez de la nobleza esencial. Domina en el semblante juvenil una gravedad inspirada, subrayada por el contraste de la nariz fina, vibrante, y del labio sensual que cubre el bozo incipiente. Y se refleja en esos grandes ojos grises, fijos en el cielo, la hipnosis mística del arte.

Pasan unos años, repartidos entre el estudio y la pintura. Consejos familiares inducen a Guttero a tentar una incursión en la Facultad de Derecho, pues en los comienzos del siglo XX no es propicia al arte la Argentina, y la experiencia encuentra razones para decidir al joven a dar a la pintura lo que se da a un pasatiempo, pero a abrirse paso en la vida por medio de un diploma profesional. Veinte meses, o más, dura el experimento de Alfredo Guttero en el campo de las leyes, mas entretanto se precisa en su alma el mandato de la vocación, y ya ha entrado en contacto con una juventud llena de aspiraciones artísticas cuando renuncia definitivamente a los senderos seguros, para lanzarse a la grandiosa aventura. Frecuenta por aquella época el conservatorio de Williams, a donde lo llevan sus aficiones musicales, no para estudiar, sino para reunirse allí, en ese ambiente de altura espiritual, con los muchachos de entonces, con los cuales sella amistades duraderas, como la entrañable que lo unió al maestro José André y que éste cultiva aún, a pesar de la separación definitiva.

Alfredo Guttero expone sus primeras obras personales, que llaman la atención de esos grandes buceadores, corazones generosos, que fueron Malharro y de la Cárcova. Gracias a sus manifiestas condiciones, gracias al estímulo de los dos pintores consagrados, consigue por fin Guttero, en 1904, una beca de dos años para estudiar en Europa, y así es como abandona Buenos Aires y cruza el Atlántico para completar su formación artística, sin sospechar, seguramente, que va a permanecer alejado de su patria durante veintitrés años.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIEZ AÑOS DE CAOS (1904 - 1914)

Cuando Alfredo Guttero, se embarcó para Europa en el mes de noviembre de 1904, dejó tras de sí el ambiente provinciano de un país joven, en plena formación material, con todas sus fuerzas tendidas al desarrollo económico y poco favorable, por lo tanto, a las cosas del espíritu. Buenos Aires carecía de esa vibración intelectual homogénea de los grandes centros de cultura, a pesar de los más significativos intentos aislados en las letras, en el teatro, en la música y en las artes plásticas. Los esfuerzos artísticos carecían entonces, por la fuerza misma de las circunstancias, de la base firme de la tradición —ora libertadora, ora imperativa, según el temple de los individuos— que se absorbe insensiblemente en la atmósfera de los pueblos de larga historia y ofrece al hombre de talento la posibilidad de enriquecer la trama sólida tejida por los siglos con los hilos tintos en sus propias cubas, a la vez que su disciplina mantiene a cierta respetable altura la producción del menos dotado, y aún del mediocre. El sedimento tradicional explica la unidad de las escuelas de pintura antigua, en que, valga el ejemplo, no se mide la distancia que separa a Rembrandt de Fabritius, su discípulo, por la escala del saber, sino del númen.

En pos de esa tradición, que obscuramente trabajaba su sangre, se dirigió Guttero a Francia donde residió durante diez y ocho años, entrecortando largos períodos de trabajo intenso con una serie de viajes impuestos por el empeño de cultivarse o por sucesos independientes de su voluntad, pero que fueron siempre de inapreciable provecho para la formación del artista. Antes de la ascensión, el aeronauta carga lastre, mucho lastre en la barquilla, para no navegar luego al capricho de los vientos, para poder escoger, entre las diversas corrientes que surcan el espacio a desigual altura, aquella que ha de llevarlo más cerca de su meta. Y así, tenaz, dúctil, entusiasta, Alfredo Guttero fué cargando lastre de estudio y experiencia, durante largos años, sin la impaciencia de ser grande, sin atropellos juveniles, con la tranquila fe del predestinado. Llevaba de Buenos Aires una técnica certera, un conocimiento experimental del oficio que le permitía ejecutar un lienzo con limpieza. Tenía veintidos años, práctica e instinto; pero era cera blanda aún. Estaba en el período de formación en que se da por sen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tado que la pintura es "el arte de reproducir los seres y las cosas por medio de líneas y colores", como dicen los diccionarios, y se está lejos de saber, como Vinci, que "la pittura e cosa mentale". Sabía reproducir los seres y las cosas, pero ignoraba que es preciso asimilarlos y representarlos luego en el lienzo, dándoles esa realidad que no es la transitoria del efecto de luz y del "color carne", sino la realidad inmortal del ser recreado en la mente del artista. En verdad, pues, su llegada a París señala el comienzo de una etapa preparatoria de su formación.

Francia, en 1904, era un inmenso hervidero de ideas y tendencias en lucha. Sobre todo, en el arte. Tradicionalistas e innovadores proclamaban su verdad con apasionamiento, y cada día nacía una orientación nueva en esa ansia desesperada de vivir, de demoler y de recrear, de un pueblo que forcejeaba como si presintiera la catástrofe inminente, varias veces postergada, que finalmente se produjo en un espléndido día del verano de 1914. Vivía aún, claustrado en Aix donde seguía pintando con inspirado furor, el gran maestro incomprendido, Paul Cézanne. Un año antes, habíase cerrado en las Islas Marquesas el ciclo prodigioso de Gauguin. Proseguían su obstinado esfuerzo grandes representantes del impresionismo, revolucionario en el siglo pasado, arraigado todavía en el sólido prestigio de Claude Monet y de Renoir. Destilaba sus exquisitos venenos Odilon Redon, y entretanto, a la sombra de la sublevación impresionista en decadencia, se instalaban los eclécticos y los realistas, los neo-clásicos y los intimistas o los luministas, mientras preparaban el gran asalto, para pocos años después, los independientes, "fauves" y cubistas. Pero subsistía, desde luego, la academia, cultivada por renovadores de la antevíspera, harto serenados, que representaban el arte oficial.

Esa atmósfera de fragua desordenada, el contacto con la vida nueva, con la milagrosa capital de la inteligencia, el espectáculo asombroso al que asistía, desconcertaron al joven Guttero, instalado en una pensión de la Avenida de Orleans, lejos, por primera vez, de la casa paterna. La desorientación fué prolongada: su pintura, hasta el año de la gran guerra, revela en forma manifiesta su incertidumbre y, a veces, un desaliento que, sin embargo, no coartó sus esfuerzos, interrumpidos apenas, durante unos me-

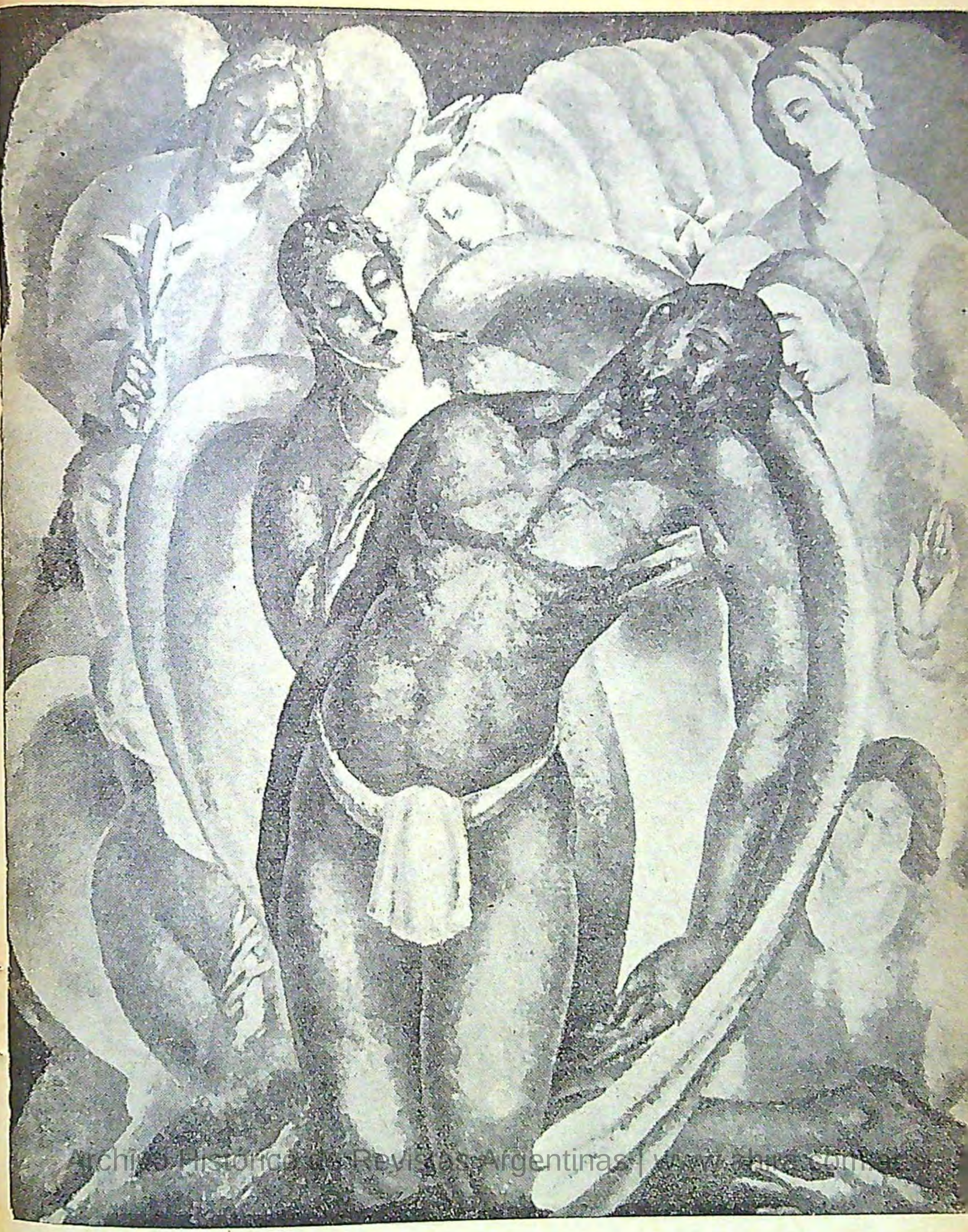
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ses, por una tentativa inesperada en el campo de la música. Alfredo Guttero tenia buena voz de tenor y, en Buenos Aires como en Paris, hacia las delicias de sus amigos improvisando en el piano o acompañándose en sus canciones. Radicado en Francia, sufrió la única vacilación de su vida acerca de la carrera que habia de seguir. ¿Sería pintor, o más bien cantante? Y, por poco tiempo, se dedicó al estudio serio del canto, que abandonó muy luego para volver a la pintura, sin que dejara de interesarle nunca la música, su pasatiempo favorito. Hubo pues, en esa existencia dedicada al arte, un momento peligroso de "dilettantismo", felizmente salvado, y que acaso se deba a esa multiplicidad de su naturaleza generosa, ávida de cosas espirituales, que se manifestó en la vasta cultura artística, literaria y musical adquirida por Guttero en los años de su existencia europea. También es posible que la edad haya hecho de las suyas, como parece confesarlo un indiscreto autorretrato de 1909, una tela pintada con alma de Frans Hals, en que el artista aparece sonriente, sonrosado, triunfante, "beau garçon" satisfecho de sus grandes bigotes sedosos.

La estada en París no fué sin tropiezos, desde un principio, ya que la beca conquistada en la Argentina, que debía ofrecerle comodidad durante dos años, fué suspendida a los diez o doce meses sin motivo aparente. Pero Guttero era un hombre sobrio hasta el ascetismo; se había aclimatado rápidamente en París, y tenía la habilidad de desempeñarse con exiguas sumas de dinero. Una pequeña ayuda familiar, algunos encargos de modelos decorativos conseguidos aquí y allá, le bastaron para prolongar indefinidamente su permanencia en Europa, conservar su independencia de trabajo y aún sufragar los viajes necesarios a su cultura.

Guttero recorrió los caminos de Europa al capricho de su fantasía, y así conoció rincones de la tierra francesa, Amberes, Londres, Munich, Nuremberg, Innsbruck, Viena, Venecia y Padua, en el primer período de su larga ausencia de la Argentina. Escogía con gusto ecléctico las obras de arte de su preferencia y fielmente transmitía a sus hermanos, que habían permanecido en Buenos Aires, los descubrimientos que hacía en sus jiras entusiastas. Pocos espectáculos parecen haberle impresionado tanto como el de Nuremberg, reliquia del Medioevo que parece sintetizar to-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Descendimiento (1929)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

das sus aficiones artísticas y donde le parecía un sueño poder comer en la misma mesa en torno de la cual se reunían en 1330 los Maestros Cantores.

Trabajaba con ahinco, entre viaje y viaje. Después de visitar Venecia, en 1908, realizó una composición que representa a tres mujeres del pueblo paseando al borde de un canal. Firmó en aquel período obras de pintura briosa, cabezas de mujeres con inesperados efectos de luz a lo Besnard, una maternidad para la cual escogió una modelo de tipo español, algunos bustos de hombre y una gran figura femenina de estilo romántico que recuerda a Boldini o de la Gándara. La envió al Salón de París de 1910, a la vez que presentaba en la exposición del Centenario, en Buenos Aires, donde obtuvo una mención honorífica; ese estudio de mujer a medio cuerpo que es una de sus pocas telas orientadas hacia el impresionismo. El retrato de su hermano, el capitán de fragata Ezequiel J. Guttero, gran figura elegante, de vistoso uniforme, en que se ve por primera vez la lírica capa ondeando al viento, que reaparece a menudo, más tarde, en la obra del pintor, señala, en 1911, el fin de una era de creaciones dominadas por la tutela de maestros de la pintura aristocrática y superficial. Luego, se advierte en los lienzos de Guttero una leve inclinación hacia el género decorativo, vinculada quizá con su conocida admiración por el talento de Maurice Denis.

Así, pues, desde 1904 hasta 1914, Guttero, que en la Argentina era señalado como futuro gran paisajista, se dedicó casi exclusivamente a la figura y al retrato, que realizó con procedimientos más o menos convencionales, de acuerdo con una concepción de la pintura que oscila levemente entre la de Caro Delvaille y la de Lucien Simon. No se arriesgó más lejos. No le sedujo la sirena revolucionaria. Permaneció sereno ante el avance de la ola decadentista como ante los golpes de pico de los renovadores. Guttero, representante de un pueblo joven y sano, que no ha tenido tiempo de cansarse de ningún estilo, trabajó "au dessus de la mêlée" en su taller de la Rue Morere, sordo a los rumores de la calle, ciego a los lejanos fulgores que anunciaban la tempestad. Y sin embargo, en 1914 tenía la edad de todas las irreverencias. Y sin embargo, en 1914, mientras Marcel Proust se afanaba en la busca del tiempo perdido, París enloquecido estaba

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

entregado a la pirotecnia de los Ballets rusos, al cubismo iconoclasta y a la seducción bárbara de Van Dongen, el hirsuto gigante holandés que tan pronto iba a trocar el traje de pana del bohemio por la rígida levita de los pintores de salón.

Y entonces, —mientras Alfredo Guttero evocaba la gloria napoleónica en la tranquila población de Rueil, a un paso de la augusta Malmaison,— estalló la guerra.

EL PRESENTIMIENTO (1914-1923)

La marea de hordas grises que invadió a Francia y avanzó con ciega obstinación sobre la capital, ahuyentó un momento a Alfredo Guttero, quien se trasladó a San Sebastián mientras el gobierno de Poincaré sentaba sus reales en Burdeos. Pero no tardó el artista en regresar a su taller de Montparnasse y allí, en la falsa tranquilidad de París desierto, mientras una ola furiosa de fuego, miseria, inmoralidad y sangre ahogaba la civilización occidental, en esa atmósfera cargada de presagios pavorosos, que sumía en confusos misticismos colectivos a toda la humanidad sonámbula que se movía, ni viva ni muerta, detrás del frente, se operó en el pintor una transformación profunda. A través del vuelco de su obra se adivina que, sin saberse cómo ni cuando, una revelación iluminó a Guttero.

El aspecto más característico del artista es su impermeabilidad a las influencias extrañas. En toda la extensión de su carrera, no puede decirse que haya imitado a éste o aquel maestro, que se haya alistado en tal o cual escuela. Pueden asociarse sus obras con determinadas tendencias, mas su personalidad no ha cedido nunca ante ningún modelo. Sin embargo, en esos años de la guerra, se advierte en Guttero una evolución que también se manifiesta, en forma colectiva, en toda la pintura europea, y tanto, que acuden a los labios nombres de artistas alemanes, o belgas, o ingieses, o españoles, o austríacos, o italianos —con quienes no tuvo contacto alguno el maestro argentino— en los cuales se operó un cambio semejante. Es que la catástrofe planteó la misma crisis espiritual en todas partes, y todos los artistas buscaron refugio en las mismas regiones de atmósfera rarefacta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Alfredo Guttero abandonó de golpe esa pintura amablemente analítica que había cultivado durante los diez primeros años

de su existencia parisiense, renunció a la sensualidad de las pastas y de la pincelada despreocupada y briosa, y se entregó al buceo febril en las profundidades de la síntesis latina, intentando trazar figuras idealizadas y composiciones decorativas que no tienen el más remoto parecido con las frívolas producciones del período anterior.

Pese a la importancia enorme que tuvo para la orientación definitiva del artista, ese cambio de frente no podía dar inmediatamente frutos decisivos. Más bien tiene el valor de una anunciación. El pintor presintió que había terminado aquel festín romano de la pre-guerra, con sus elegancias, su brillo, su alegría y sus ingeniosas justas cerebrales. Al abandonar el partido imitativo para dedicarse al arte decorativo, arrojó lejos de sí el juego sensual de una pintura que no podría responder nunca más a las aspiraciones de una humanidad sumida en el Apocalipsis. Advirtió que se habían apagado los últimos destellos del renacentismo prolongado hasta el total agotamiento, y comprendió el nuevo valor de la lección de aquellos primitivos sobre los cuales se había inclinado con curiosa ternura en los museos.

De esa nueva tendencia, más espiritual, participan sus telas más conocidas de la época de la guerra, esas "Damas de Antaño" que anuncian a un gran pintor de estilo, y esa suave "Jorgelina" certeramente trazada en el arabesco de la línea y el color, que fueron expuestas en los Salones de Buenos Aires, en 1916 y 1917.

Los dos últimos años de la conflagración mundial, los pasó Guttero en España, donde entró en contacto, por primera vez, con ese espíritu mediterráneo que pugnaba ahora por manifestarse en su ser después de haber sido ahogados por el tumulto de París los rumores confusos de su sangre italiana.

Se trasladó a Madrid, en 1917, para organizar con Merediz, Fray Guillermo Butler, Gavazzo Buchardo y Curatella Manes una muestra de pintura y escultura argentina en que expuso varias obras, incluso una gran composición decorativa, muy estilizada, de tendencia marcadamente simbolista, que representa a San Jorge combatiendo al Dragón, rodeado de figuras accesorias de inspiración gótica, sobre un fondo de paisaje, árboles y nubes en que juega libremente su fantasía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Luego, Guttero se radicó en Segovia, donde pintó varias te-

las en que, al afirmarse su temperamento latino, desaparece lentamente cierto preciosismo formal, herencia de la era parisiense, a la vez que se van borrando los rastros del simbolismo literario que dominaba al pintor desde que ideó su "Esfinge" de 1916.

Así, totalmente desprendido del verismo, curado casi de tendencias cerebrales, regresó Guttero a París, a tiempo para asistir ai estallido de alegría del armisticio.

En 1918, ya no era Guttero el criollo trasplantado, con las inquietudes desorientadas del hombre de un mundo nuevo que entra en contacto con un ambiente formado por siglos de civilización. No era tampoco el muchacho frívolo, encandilado por las lentejuelas de la pintura de salón. París había realizado su obra, haciendo de él un europeo, pero no un parisiense.

La pausa artística de la guerra sirvió a Guttero de retiro para meditar y elegir ia senda que había de seguir ya sin vacilaciones hasta el fin de su carrera. Desde entonces marchó decididamente en pos de la gran pintura, dando rodeos y extraviándose a veces, pero sin jamás perder el rumbo. Varios años duraron los ensayos tímidos en el campo decorativo, señalados por el "Paisaje del Convento" de 1919, la alegoría de la Vírgen y del Espíritu Santo, de 1920, y otros lienzos significativos que pintó Guttero antes de abandonar definitivamente su taller de la Rue Morere, en el año 1922. Todas esas obras tienden hacia los caracteres del arte monumental pero están coartadas en su expresión por una técnica que, aunque liberada, procede de la pintura de caballete. Diríase que hay un sortilegio hostil en la tela que el artista cubre de colores lisos, prescindiendo del efecto de luz y del volumen, para realizar sus cuadros bidimensionales: un sortilegio que empequeñece todo lo que pinta y cierra el paso a la expresión rotunda. El oficio que exige el conocimiento experimental de los materiales utilizables, además de la ciencia de su empleo, pone más de una vez serias trabas al artista cuando no ha encontrado el procedimiento que responde a sus propósitos. Los elementos que un pintor considera imprescindibles, pueden ser perjudiciales para otro. El arte de Laszlo exige la tela lisa y el color líquido que están reñidos con el arte de Foujita, por ejemplo. Y algo de la lucha sorda con la técnica adversa se nota en la pin-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



La mujer y la rosa (1931)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tura de Guttero hasta que descubre, ya en Buenos Aires, medios personalísimos de expresión.

Una sola vez, en 1920, al pintar sobre madera, se liberó de las cadenas del arte de caballete, y realizó una obra extraña, anunciadora de sus creaciones más felices por su color abstracto y su expresión vigorosa. Es una composición en que aparecen solamente trágicas cabezas de mujer, de gran tamaño y marcada inspiración monumental, en un ambiente plástico de rojos y de verdes que dan al cuadro un esplendor sombrío. Poco faltaba ya para la liberación definitiva, y en el viaje de 1922 a Viena y Berlín se produjo un nuevo choque fecundo. Allí, en la capital alemana, donde hizo una exposición, fechó Guttero un desnudo femenino, a lápiz, sintético, estilizado, con algo de japonés, que da la medida de la distancia recorrida desde aquel arte directo de los primeros años de París, hasta ese predominio de la línea flexible, modulada, espiritual que cultivó el artista desde entonces, durante todos los años de su vida en Florencia y Génova, y luego, en la madurez de sus creaciones en la Argentina.

ASPIRACION A LA GRAN PINTURA (1923-1927)

Fué sumamente propicio el ambiente de Florencia, donde residió dos años, para Alfredo Guttero, que ya había pasado el período experimental y estaba por realizarse. No puede atribuirse a una mera casualidad la decisión del artista de ir a vivir allí. Una inspiración certera, o el más penetrante análisis, lo llevaron a purificar su arte bajo el cielo de Toscana, en esa ciudad tranquila y noble que ha producido la pintura inmaterial, esencia misma del espíritu mediterráneo que secretamente conducía a Guttero desde la infancia y esperaba pacientemente la hora de manifestarse en un espléndido estallido de genio. En Florencia no había talleres libres, ni maestros, ni inquietos buceadores decadentes. Qué lejos se está del tumulto del siglo bajo la torre augusta de la Señoría o allá arriba, cerca del convento franciscano de Fiesole, en la colina desde la cual se domina el clásico panorama de la ciudad cortada por el sereno Arno, joya engarzada en un arco de sagrada vegetación. Y allí están Giotto, Orcagna, Fra Angelico, Masaccio, Benozzo Gozzoli, Ghirlandajo y Botticelli, y enseñan a Guttero que la gran pintura es estática y se hace a fuerza de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

insistir en lo que importa a la mente y descartar el resto con sublime indiferencia para la realidad trivial. Y allí están Donatello y Jacopo della Quercia para enseñarle el arabesco, cuanto más sobrio más suntuoso, de las formas, y el valor expresivo de los músculos interpretados con precisión decorativa, más no anatómica.

También murmuraban su lección las voces del aire, en ese cielo sereno de Toscana bajo el cual la naturaleza misma ha cedido a un orden impuesto por la voluntad humana, en que todo es mental, hasta las lomas cortadas en matemáticas terrazas para entregar sus áridas laderas al cultivo. No hay paisaje más bello ni más favorable a la formación de un pintor grave que esas inmediaciones de Florencia que, de por sí, parecen ya interpretadas, reducida a líneas esenciales, compuestas con riguroso equilibrio de masas y perfiles por un artista magnífico.

Y Alfredo Guttero se encontró por fin en su ambiente. París, Madrid, Berlín, Viena habían sido la inquietud y el desorden. En Italia, todo es buen consejo, todo inspiración. "Là, tout est ordre et beauté, luxe, calme et volupté". Se entregó afanosamente al dibujo. La línea sutil lo dominaba, como antes, en sus comienzos, el color. Trazaba imágenes depuradas, sintéticas, con tinta china y aguada, cabezas expresivas, desnudos delicados o fuertes, en magníficas actitudes esculturales. A veces, les añadía el color vivo y sonriente que gustaba a Fra Angélico, ácidos verdes, suntuoso ultramar, blanco brillante, rosas esquisitos. Ya llevaba en el cerebro los temas de grandes composiciones que realizó más tarde, con tan pocas variantes, que asombra la constancia de su espíritu. De aquella época es su admirable cartón para un "Adan y Eva", dibujado con carbonilla, cuya composición rotunda recuerda a della Quercia. Y también pintaba, al óleo, grandes lienzos decorativos en que mezclaba figuras y paisajes libremente interpretados, como ese "Campagnuolo" alegre, en mangas de camisa, capa al hombro, sorprendido en plena excursión por las montañas, o esas espléndidas "Bañistas" de 1925, en mallas grises, rosas y celestes, de carnes muy rubias, que se destacan sobre un fondo de aguas verdosas en que la blanca espuma de las olas traza el más delicado arabesco decorativo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En las musculaturas fuertes, en los detalles accesorios a los cuales daba aún Guttero la misma importancia que a los elemen-

tos esenciales de la plástica, en el tema mismo de algunas composiciones, se advierten aún parásitos literarios, ajenos a la pintura, de los cuales se iba desprendiendo, sin embargo, el artista a la vez que depuraba su técnica al influjo de las admirables obras que lo rodeaban. A fines del año 1925, cerró el período florentino para trasladarse a Génova, donde vivió dos años, creando nuevas composiciones que lo acercaban cada vez más a la meta. Destácanse entre ellas los "Cargadores Ligures", tela en que se arriesga a concentrar en una superficie relativamente reducida, a más de una infinidad de personajes accesorios del último plano, seis grandes figuras entre las cuales se destacan como excepcionales aciertos la imagen de la joven madre con el niño, en primer plano —de una plenitud de formas monumental— y el rostro pensativo, trazado con mano firme, de uno de los cargadores, que parece un arcángel. Otro de los grandes cuadros firmados por Guttero en la ciudad natal de sus padres es el retrato del cónsul Candioti, esa magna figura sobriamente romántica, vestida de gris con su gran capa decorativa. El rostro enérgico y fino es tan modelado que parece esculpido, y conserva intensa vida aunque no está pintado con pequeño verismo y revela la absoluta liberación alcanzada por Guttero en cuanto al color "natural". Destácase la efigie de Candioti sobre un fondo intelectual de palacio con estatuas, paisaje montañoso rosa y resedá y cielo cargado de nubarrones, y hay en el conjunto como un canto de afecto y de alabanza.

En Génova, Alfredo Guttero hizo una exposición de sus obras que conmovió el ambiente artístico, algo cristalizado, de la ciudad ligur. Por primera vez se sintió acompañado y escuchado el artista argentino cuya seducción personal, vasta cultura general y manifiesto talento ejercían una atracción irresistible. Y allí, en esa atmósfera cálida de expansión y de trabajo hubiera permanecido largos años si su entrañable amigo, D. José André, con quien había mantenido constante contacto durante los años en que vivió en Europa, no hubiese pasado por Génova en el año 1927, asombrándose ante la magnitud de la obra realizada en Italia y convenciendo al artista de que había llegado la hora de rendir cuenta a su patria de todo lo que había hecho. Alfredo Guttero se resistió un tanto. Recordaba al Buenos Aires de su mocedad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y como ocurre en las prolongadas ausencias, lo imaginaba atrasado y hostil al arte, como cuando lo dejara. Mas en veintitrés años cambian muchas cosas, y el maestro André prometió a su amigo que lo esperarían grandes sorpresas cuando regresara al Plata. Guttero se dejó persuadir y preparó el viaje de regreso. En Buenos Aires no lo esperaban tan sólo gratos asombros. Lo esperaba el destino para llevarlo a las altas cumbres.

EL ARTE MONUMENTAL (1927 - 1932)

Mientras el buscador infatigable se preparaba para la ascensión en la atmósfera propicia de Europa, se había formado en la Argentina, con mayores dificultades y bases menos seguras, una generación de vanguardia que había logrado en años de insistente labor interesar al público, impulsar el arte y conmover el ambiente de Buenos Aires. Alfredo Guttero encontró, al llegar, una ciudad despierta, enormemente desarrollada en todo sentido, y grupos homogéneos de artistas capaces de comprenderlo, a cuyos esfuerzos se asoció. El suelo natal reconquistó al viajero que llegara con cierto recelo, disipando muy pronto su desconfianza. La modalidad de su arte avanzado, así como su naturaleza abierta y dispuesta a todas las empresas generosas aproximaron a Guttero, casi cincuentón, no a los hombres de su edad, sino a sus colegas más jóvenes a quienes brindaba apoyo incondicional y consejo seguro. No en vano había trabajado tanto en el Viejo Mundo. Sabía de todo y, más que nada, de pintura. Era un artesano hábil, que conocía al dedillo la "cocina" del oficio, y sus teorías estéticas se fundaban en una real autoridad de conocedor del arte pasado y presente. Era un maestro en el sentido más amplio de la palabra, modesto, además, y delicado, capaz de interpretar las reacciones de sus colegas menores o evitar los choques que provoca el contraste de edades, pero dispuesto también a realizar con mano férrea lo que se proponía en bien de todos. Así, fué el centro de un grupo numeroso en que se le quería y admiraba. Así, por otra parte, encontró más de una resistencia entre quienes, sea por su espíritu rebelde, sea por incomprensión, vieron en Guttero a un rival y un adversario terrible. Era el prototipo del artista independiente, y así como en Europa, cuando le fué retirado el apoyo de aquella beca lejana, supo defenderse, vivir y trabajar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



DA (1932)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por sus propios medios, así, en Buenos Aires, siguió viviendo al margen del favor oficial, —a pesar de haber recibido más de un ofrecimiento—, sin comodidad, pero también sin trabas. Pese a su entereza indomable, o gracias a ella, Alfredo Guttero fué, en suma, un artista afortunado, que nunca perdió su libertad, luchó provechosamente, a menudo alentado por éxitos sucesivos, y por fin conoció el triunfo que merecía. Lo demuestra el número de sus obras que figuran en los museos del país, y la abundancia de las distinciones conquistadas en las exposiciones nacionales o extranjeras a que concurrió, y que premiaron —rara avis— sus mejores cuadros, por audaces e inesperados que fueran. Así se impuso su personalidad y su obra.

Al margen de su asombrosa actividad individual, a la vez que pintaba un sinnúmero de obras de largo aliento, como si algo le anunciara su próximo fin, vagabundeaba por la ciudad y los alrededores, curioso de todos sus aspectos, concurría a teatros, conciertos y reuniones, leía infatigablemente, siempre al tanto de la última novedad literaria, hacía exposiciones privadas, enviaba pinturas al Salón y ayudaba a sus colegas, organizando empeñosamente muestras de arte joven, argentino o extranjero. Alfredo Guttero se dedicó a una empresa generosa. Con Raquel Forner, Alfredo Bigatti y Pedro Domínguez Neyra, fundó un taller libre semejante a los que había conocido en París, con el propósito de formar una generación de pintores y escultores avanzados, ofreciéndoles las facilidades del local y los modelos colectivos y brindándoles una gran independencia para desarrollar sus dotes personales, pues los dirigentes de la academia privada orientaban a los alumnos con charlas y discusiones de doctrina en vez de imponérseles con el pincel o el desbastador en la mano. Los cuatro artistas estaban ligados por el aprecio y la amistad. La obra común los unió profundamente y la actividad del taller se desarrolló sin tropiezos. Desde los años de su estada en Génova, y mucho más en Buenos Aires, Guttero sintió el afán cordial de enseñar, de comunicar a quienes lo rodeaban los frutos inapreciables de su experiencia y su cultura. A la hora en que muchos artistas, llegados a la cima, se encierran egoistamente en su saber y su renombre, sentía el pintor la necesidad de multiplicarse en la persona de los jóvenes a quienes allanaba el camino que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tan árduo y atormentado había sido para él. Es ésta una manifestación de su alma bondadosa y desinteresada que no puede pasarse por aito. Y tanto amaba a su taller libre que, al sentirse morir. pidió que allí fueran velados sus restos.

En virtud de su personalidad sensible y fuerte, entre tantas ocupaciones subsidiarias, pudo realizar Guttero durante los últimos años de su vida una obra dilatada y grande en su diminuto estudio, próximo a la vieja casa familiar de la calle Salta donde había vuelto a instalarse en compañía de sus dos hermanas. En cuanto llegó a Buenos Aires, pintó una gran composición que puede señalarse como su último lienzo de inspiración europea y cuyo tema parece haberle obsesionado en los últimos tiempos de su estada en Italia. Es el célebre "Motivo campestre", distinguido con el Gran Premio de Pintura Decorativa de 1927, realizado dentro de una concepción análoga a la de los "Cargadores Ligures", o sea la combinación de grandes figuras de primer plano rodeadas de grupos accesorios que forman en sí pequeños cuadros de realidad sorprendida e interpretada. En "Motivo Campestre", la figura principal es una joven bañista en malla obscura, destacándose sobre la blancura de la toalla con que se cubre la espalda y colocada entre dos caballos que pacen en una pradera al borde del río, mientras entre la arboleda se divisan grupos de diverso carácter, típicas escenas de romería, barcas, marineros y agua. La distribución de las masas, el rico color decorativo, dicen claramente la inclinación del artista a la pintura monumental, en la cual entró de lleno al año siguiente, una vez descubierto su procedimiento del yeso cocido, por medio del cual, según lo ha dicho con acierto un crítico, convertía el lienzo o la madera en pared artificial, ya que nunca dispuso de muros de verdad para decorarlos como hubiera sido su deseo.

Un momento distrajeron a Guttero los paisajes urbanos de Buenos Aires y sus alrededores. Descubrió temas plásticos en los aspectos más modernos del puerto y en los rincones perdidos entre los altos edificios de la pujante ciudad, en esas casitas vetustas, de formas y colores inesperados, con que tropezaba en sus andanzas. Reprodujo esos restos del pasado con una técnica etérea, casi impresionista, mientras reservaba el rigor de la geometría e imponía un ritmo rectilíneo, casi cubista, a los motivos portua-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rios, caracterizados por la ciclópea, rígida masa de sus construcciones.

También hizo un ensayo magistral en el arte de la escenografía, proyectando para el Teatro Colón los decorados de "El Barbero de Sevilla", "Elisir d'Amore" y "El Aprendiz de Brujo", en que reveló su fina cultura, su gusto delicado, su gran estilo.

Pero éste fué un breve paréntesis en su obra que, con la "Playa" de 1928, la "Anunciación" del Museo de la capital y la "Feria" de 1929 ascendió definitivamente al supremo nivel de la gran decoración.

Fué inversa a la de la mayoría de los artistas la evolución de Alfredo Guttero. Cuando joven, en su primera fase parisiense, pintaba como un viejo, impermeable al ambiente revolucionario de la pre-guerra, pero las obras de su madurez tienen una asombrosa juventud. Siempre fué un artista sereno, de justa mesura y cuando llegó al extremo modernismo, fué conscientemente, por eliminaciones sucesivas, a través de un desarrollo pausado cuyas diversas etapas se advierten inconfundiblemente al estudiar el conjunto de sus creaciones. Por eso, sus audaces realizaciones de los últimos años no pueden calificarse de mera exploración. Son la afirmación de un principio que abrió vastos horizontes a nuestra pintura.

Cuando renunció a la pintura al óleo, que indudablemente coartaba sus esfuerzos, abjuró muchos errores de su obra pasada. Se ruborizaba al recordar aquella figura de mujer elegante con un espejo en la mano que pintó encandilado por los maestros de salón y aborrecía los señuelos literarios que hacen vagar caprichosamente la imaginación "en torno" del cuadro. Negó toda la pintura superficial y brillante que, como diría Einstein, es para la médula mas no para el cerebro. Y así depuró su arte de todos los elementos extraños a la plástica esencial, a la vez que acusaba con tendencia expresionista los rasgos creadores de sugestión profunda. El resultado de esa disciplina inspirada son monumentales figuras, despojadas de todo artificio y de toda seducción fácil, que dominan al espectador, lo aprisionan en las redes complejas de su rítmico arabesco y le comunican fielmente el estado de ánimo del artista.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La sensibilidad de Guttero, su genio meditativo, la aspira-

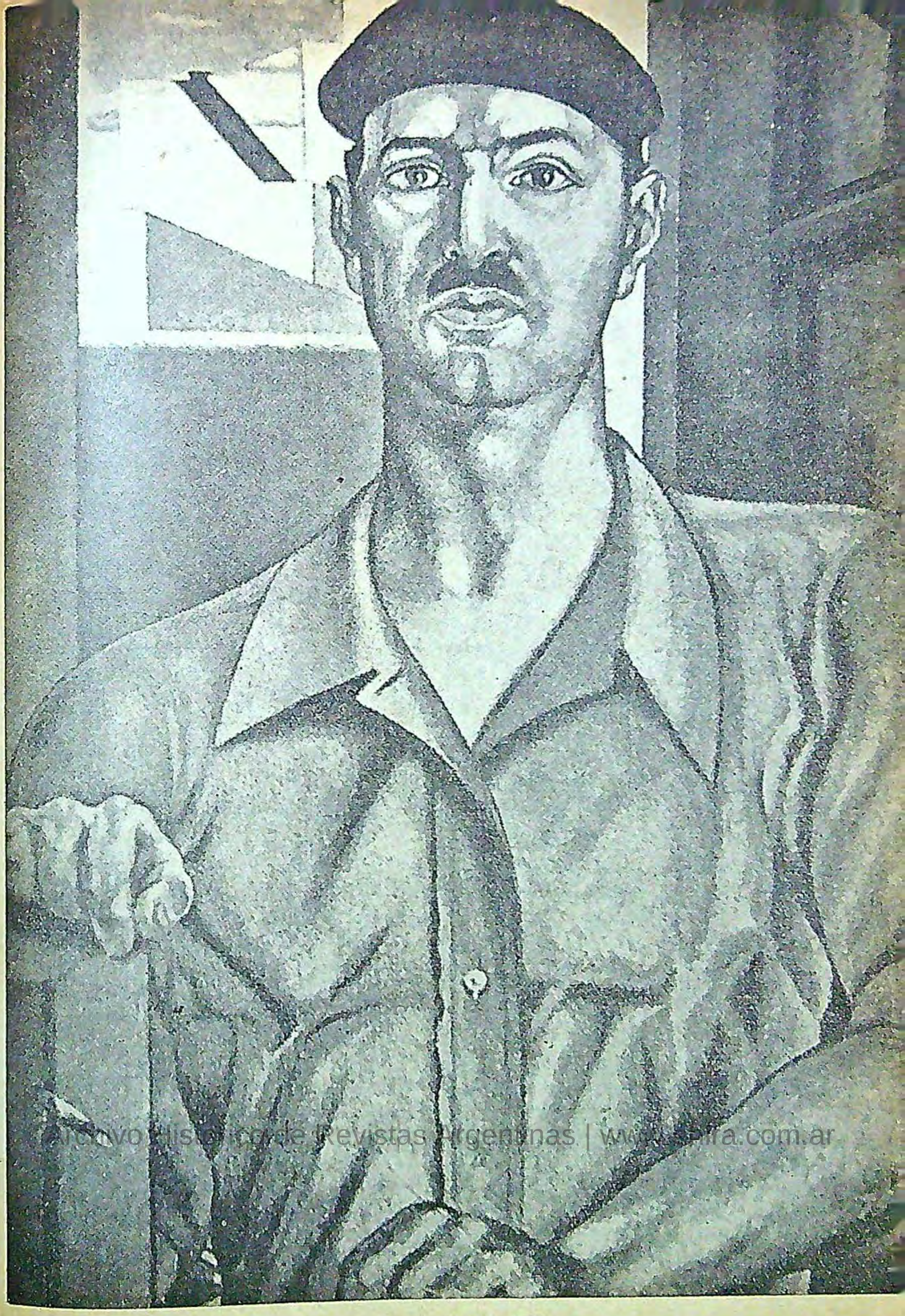
ción a lo espiritual y lo intenso que lo dominaba, le llevaron insensiblemente a la pintura religiosa. Esta le brindaba temas tan generales que lindan con lo abstracto, y los motivos de profunda emoción que precisaba para expresarse. Así nacieron sus "Madonas" delicadas, el "Descendimiento", la dulce "Virgen de la Paloma", la "Anunciación" premiada en Baltimore, simple y suntuosa como un "vitrail", la admirable "Verónica", la "Piedad" de 1932 y otros cuadros que son la esencia misma de su alma dramática y tierna.

Eran para Guttero medios de expresión ideales el firme dibujo musculoso y redondo que dominaba con maestría y la robusta técnica del yeso cocido, con su colorido riquísimo, sus matices suaves de madreperla o sus cálidas y sordas tintas de pan tostado, en que de pronto resuena la clarinada de un rojo vivo o de uno de esos verdes sabrosos que le inspiraba su amado gomero, traído de Italia. En sus composiciones rigurosas, las figuras esenciales y los accesorios, —ángeles, flores y palomas,— ordenados en rítmica combinación de formas y tonos, son función de la plasticidad intensa y emotiva. Un gusto exquisito le permitió a Guttero llegar al extremo límite de lo teatral sin caer en lo frío o lo grotesco. Un drama contenido emana de esas formas rotundas que el color finísimo coloca en una atmósfera inmaterial. Se apagan los contrastes en la obra, pero repercuten, multiplicados, en el alma del espectador que contempla sereno, satisfecha su mente por ese orden majestuoso, hasta que de pronto le late el corazón embargado por una confidencia portentosa.

También su obra pagana participa de esos caracteres, de esa sugestión honda que anida en todos los cuadros de Guttero, tanto en las composiciones religiosas como en sus numerosos estudios de rostros femeninos, en la "Mujer de la Rosa", cargada de infiltraciones orientales, que recuerda a Ingres, o en la helénica "Oda" con su sedoso desnudo de ninfa pura, su gran cielo perlado y la bucólica imágen de la lectora.

A ese alto estilo, a ese estremecimiento estático, a esa fuerza pensativa, ha llegado en nuestros tiempos, como Guttero, el maestro Bourdelle. Y no es antojadiza la aproximación con el gran escultor francés, porque en las últimas creaciones del artista argentino —incluso el retrato de Victorica,— hay como una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trato. (*)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

compenetración de lo pictórico y lo escultórico que es, en suma, la base del arte monumental.

Así, en plena afirmación categórica de su talento latino, síntesis de mística y panteísmo, entre imágenes intensas de dolor, de vida y de esperanza, rodeado de vírgenes pensativas, Cristos cargados de humanidad, ángeles imponderables y mujeres bellas que creaba su fino espíritu, llegó Alfredo Guttero al brusco término de su vida.

Allí, en el límite ineludible y presentido, a la hora en que no se miente, pintó un autorretrato que es acaso su obra maestra. Nos dice que, artista verdadero, conservó hasta el fin su alma de niño. Y nos dice lo grande que fué el hombre, y hasta dónde pudo ascender el artista predestinado. Tenía cincuenta y un años, pero desde aquella efigie juvenil que se ha guardado, sólo había cambiado en lo que modifican los trances materiales. En el semblante maduro del cuadro sigue reflejándose la misma gravedad inspirada que se impone a la sensualidad de los labios y la nariz palpitante. Y se refleja siempre, en sus grandes ojos grises, fijos en el cielo, la hipnosis mística del arte.

Su obra postrera proclama que se detuvo su mano cuando iba a llegar más lejos todavía, quién sabe a qué magnífica altura. Mas no desapareció sin dejarnos un ejemplo admirable y una realización positiva. Poco importa que nadie pueda imitarlo en la forma personalísima de su arte. Más vale así. Pero hay en el espíritu de su pintura una síntesis de aspiraciones múltiples de nuestra época y una lección amplia y fecunda. De Alfredo Guttero puede decirse que fué el primitivo de una escuela argentina grávida de posibilidades inmensas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La Música, Expresión de la Vida Humana

Por ERWIN LEUCHTER

Capítulo del curso dictado en el Colegio en Agosto de 1938.

I

Antes de tratar nuestro tópico "Los estilos de la música" parece inevitable delimitar la materia, que tenemos que tratar. Cada época está determinada en todas sus manifestaciones espirituales y materiales, por una idea central. Y cada manifestación de esta idea es un microcosmos por si mismo que, partiendo de una contemplación justa y exacta puede reconstruir esta idea dominante. Nuestra tarea consiste en tratar la manifestación parcial "música" con el fin de reconocerla: formada por la idea central, en reconocer sus fundamentos espirituales y sociales que la determinan en cada época y finalmente en comprenderla, considerándola en su sentido netamente estético, como parte de la vida humana.

La pura historia de la música no nos sirve más que como un hilo conductor. Por eso no queremos cargarnos la memoria con fechas secundarias, biografías, etc. Trataremos solamente la vida musical en las épocas principales, para reconocer en el desarrollo de la música el desarrollo de las ideas dominantes, que han formado la vida humana.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cumpliendo esta tarea tenemos que tratar a menudo la música de siglos pasados y de países lejanos. Para comprender esta música será inevitable separarnos de nuestra convención musical. No se debe juzgar esta música con nuestros conceptos estéticos, con el "esto me gusta", "esto no me gusta". Sólo reconociendo los fundamentos espirituales y sociales de esta música seremos capaces de comprenderla.

Hecha esta advertencia, que nunca debe olvidarse, entramos a considerar nuestro tópico especial. Las noticias más tempranas del cultivo de la música, que han llegado hasta nuestros tiempos, se derivan de los centros culturales orientales antes de Cristo.

Estas noticias son muy escasas, porque no se ha conservado ni un compás de música, ni una nota. Nos quedaron solamente noticias indirectas, quiero decir, noticias sobre la música y la vida musical, en la literatura, escultura, pintura, etc., de aquellos tiempos.

La ciencia musical moderna ha tratado de reconstruir la música practicada a base de estas noticias indirectas. Existen muchas reconstrucciones de melodías antiguas. Pero, quien sabe, si han sido acertadas. El estado de la música oriental de hoy permite tal vez deducir hasta cierto punto la música oriental antigua, dándose cuenta del conservativismo de la vida espiritual de Oriente Y la moderna ciencia musical comparada, aplicando este método, trata de llegar a ciertos resultados. Pero no olvidemos que estos resultados tampoco pueden pasar del nivel de una hipótesis. Tratando la música de los centros culturales orientales ante-Cristo queremos limitarnos a perfilar aquellos elementos esenciales que han influído fundamentalmente en el desarrollo de la música europea:

En primer lugar: La música oriental es casi siempre determinada por cierto fin. No conoce el concepto europeo "l'art pour l'art". Ejecutando música, el hombre oriental, o sea también el primitivo, quiere, casi siempre, lograr una cosa determinada. En la mayoría de los casos se trata de una vinculación religiosa y mística. Recordemos las canciones de los negros africanos, en las que llaman lluvias, o conjuran enfermedades; recordemos las canciones hindúes, las que sólo se permiten cantar en determinadas horas del día y que cantadas en otras significarían un sacri-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

legio; recordemos el significado —estrictamente limitado— de las tonalidades en China, donde cada una significa un determinado color, un determinado punto cardinal, una estación, una emoción psíquica (alegría, duelo, etc.) y otros más.

Todo esto dió a la música una apariencia de ciencia oculta. La ejecución fué reservada casi siempre al clero. Y para impedir la popularidad de esta música sagrada, se abstuvieron de anotarla. Sólo por tradición oral, esta música se mantuvo durante siglos. Claro está, que una música, basada sólo en la tradición oral, está sometida a profundas modificaciones, no sólo durante siglos, sino también dentro de una sola generación. De esto se deriva el carácter improvisado de la música oriental. Sea el "Raga" en la India, el "Maquam" en Persia, el "Nomos" en Grecia. Los elementos fundamentales de estas melodías sagradas se mantuvieron por los siglos pero nada más que como un molde. La improvisación creadora, empero, era la que les infundía, cada vez nueva vida. También la técnica del canto es fundamentalmente distinta de la nuestra, y es una consecuencia lógica del concepto de la música oriental, como ciencia oculta. El hombre oriental, canta siempre en "falsete", en este registro agudo y no natural de la voz, que se encuentra hoy en territorio occidental; por ejemplo en las canciones de los paisanos suizos, las llamadas "jodler". Con este cantar en "falsete" el hombre oriental quiere expresar, que la voz natural no sirve para una cosa sagrada, como la música. La voz natural le parece torpe y por eso se dice "sólo los chicos y los cocheros, sacan la voz del vientre a la manera europea".

También en cuanto a las posibilidades de la expresión, la música oriental es fundamentalmente distinta de la nuestra. Mientras que el semitono es el intervalo más pequeño que nosotros podemos percibir, como intervalo musical, la melodía oriental está basada en intervalos mucho más pequeños; el hombre oriental aplica intervalos de un cuarto, un sexto y hasta un noveno tono (en la música de la India), cuando sabe cantar con exacta afinación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Claro está, que la música oriental, nos parece forzosamente monótona. La melodía se desarrolla en estos intervalos pequeños y no conoce la amplitud de la curva musical europea. Para

nuestro oído la melodía oriental, tiene siempre algo de una salmodia y parece ser de escasa originalidad musical, por no estar acostumbrados a percibir los intervalos pequeños. Pero para el hombre oriental su melodía está llena de vida y expresión.

Finalmente nos queda por consignar la característica más importante de la música oriental, es decir, que es siempre una música a una voz, una música monódica.

Nunca, ni en la antigüedad, ni hoy, conocen el concepto de la polifonía, de la armonía. Esto no quiere decir, que la música oriental no conozca el conjunto musical. Pero en estos conjuntos, sean vocales, instrumentales o mixtos, todas las voces se congregan en una sola y no son más que duplicados de esta única melodía. No conoce las inagotables variaciones de la expresión psíquica, que nos presta la armonía. Por eso, —la música oriental— nos parece más pobre que la nuestra. Pero no olvidemos que el hombre oriental tiene otra posibilidad para traducir sus sentimientos, posibilidad, que reemplaza por completo la riqueza de la armonía occidental y es la aplicación de intervalos pequeños, que le ofrecen la posibilidad de concentrar todo el desarrollo psíquico, y hasta sus vibraciones más sutiles, en una sola melodía.

Repasando, una vez más todo lo dicho, tenemos que sacar en limpio las siguientes características como fundamentales de la música oriental:

En primer lugar la música oriental está casi siempre determinada por cierto fin vinculado a la religión y al misticismo. La música fué parte de la ciencia oculta.

Por este motivo la música no fué anotada, tuvo forzosamente ese carácter de improvisación.

El cantar en "falsete" es también consecuencia lógica de este concepto de la música oriental.

Finalmente, aplica intervalos pequeños, hasta un noveno tono y es siempre a una voz.

Antes de entrar a tratar la música de dos centros culturales orientales precristianos, que han influído directamente en la música occidental, hay que detenerse un poco para conocer las teorías antiguas y modernas sobre el origen de la música.

Claro está, que según el concepto de la música como ciencia oculta, en casi todos los centros religiosos antiguos, las leyendas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

respectivas atribuyeron su origen a los dioses. La leyenda india celebra a Brahma como creador de la música, la de Egipto a Isis. La mitología griega empero indica la posición típica de Grecia, entre el mundo oriental y occidental, esta Grecia, a la que Europa debe la mayor parte de su cultura. La leyenda griega dice: un día el dios Hermes (nótese el origen divino de la música) caminando a lo largo de un arroyo, tropezó con una tortuga muerta, de la que se había conservado solamente la coraza y un tendón tendido. Las otras partes del cuerpo de la tortuga se habían ya secado. Movido por el choque el tendón comenzó a vibrar y produjo un tono. Hermes oyó este tono, y con él creó la música. Nótese esta mezcla de motivos divinos y misteriosos con razones materiales.

Las teorías modernas sobre el origen de la música no las han formado ni los musicólogos ni los músicos, sino los naturalistas. Queremos limitarnos a mencionar las más importantes de éstas sin entrar a considerar los pro y los contra.

En primer lugar hay que mencionar la teoría de Charles Darwin (1809-82) que está basada en su teoría fundamental de la selección; partiendo del canto de los pájaros él trata de deducir el origen de la música humana razonando así:

El macho elige siempre la hembra que canta mejor; de esta selección surge una evolución natural y continua del canto de los pájaros. Suponiendo un paralelismo esencial del desarrollo de todas las clases de seres Darwin deduce, que la misma selección natural ha conducido a la música humana, partiendo de los gritos primitivos de la excitación sexual a su nivel elevado.

Otra teoría es la de Carl Bücher (1847) que supone el origen de la música, no en el tono, sino en el ritmo. Según su teoría, la música surge de los gritos, que acompañan las manipulaciones rítmicas y repetidas de un trabajo colectivo. Recordemos, por ejemplo, el conocido grito "He-uch-la!" de los barqueros del Volga, He-uch-la, una manipulación en 3 compases. "He" el aviso, "uch" el esfuerzo, la tensión; "la" la distensión. De tal grito rítmico, continuamente repetido, se formó, según Bücher, la música.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aquí hay que mencionar un argumento de a folio en contra de esta teoría. El trabajo colectivo, base de la teoría de Bücher, es una característica de un nivel bastante elevado; el hombre primiti-

vo no conocía el concepto del colectivismo, que presume una cierta organización de la vida humana. El hombre primitivo fué individualista por todo extremo. Pescando y cazando ganaba su vida. detestando toda clase de trabajo colectivo. Por otra parte parece casi cierto, que la música ya existía en niveles bastante primitivos, mucho antes de la época del colectivismo, lo que permite poner en duda la teoría de Bücher.

Una tercera teoría de cierta importancia es la de Carl Stumpf (1848). Stumpf supone el origen de la música en las llamadas, que servían al primitivo para dar noticias sobre una larga distancia; una clase de telegrafía primitiva. Para hacerse entender hubo que mantener estas llamadas, que ya no pertenecían más al melos de la lengua. Porque cada tono mantenido en la lengua, al mantenerse se convierte en tono musical determinado.

Según Stumpf surge la música de la consonancia de dos de estas llamadas en distintos tonos, consonancias que primeramente accidentales, se han desarrollado paulatinamente en intervalos determinados.

Pero también en contra de esta teoría existe un argumento de bastante peso:

Según Stumpf la música, surgiendo de la consonancia de dos voces, hubiera sido desde sus principios una música de varias voces, mientras tanto la música del Oriente, desde la antigüedad hasta hoy, siempre ha sido exclusivamente monódica.

Finalmente, completando el tratamiento del tópico, "la música oriental", nos queda por tratar la música de estos dos centros culturales que han influído y, hasta cierto punto, determinado, el desarrollo de la música europea, es decir, la música judía y griega.

La posición importante, que se daba a la música —tanto al canto como a la música instrumental— en el culto judío, se puede deducir de las innumerables indicaciones, que se encuentran en la Biblia, sobre todo en los salmos davídicos. Por ejemplo: David elige: ". . cuatro mil cantores, a los que ha encargado glorificar con canto y cuerda . . ." o, con motivo de la inauguración del templo de Salomón se encuentra el siguiente pasaje . . ." los cantores estuvieron al lado oriente del altar con címbalos, salterios y arpas, y además 120 clérigos tocando trompetas...", o en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un salmo davídico. . . "Glorificad a Dios con tubas, glorificadlo con salterio y arpa, glorificadlo con timbal y danza, glorificadlo con cuerdas y flautas, glorificadlo con címbalos..."

De estas pocas indicaciones ya podemos deducir la posición dominante de la música en el culto judío y la rica variedad de los elementos musicales.

La técnica del canto consistía en el llamado "canto antifonal", canto "responsorio". Ambas cosas están basadas en la repetición de una corta frase. La diferencia entre ambas no es una diferencia esencial sino netamente técnica. En el canto responsorio un solista canta dicha frase, la que repite el coro textualmente; en el canto antifonal, alternan dos coros.

Simultáneamente con el Antiguo Testamento, la música judía también pasó al cristianismo, volviéndose así una base fundamental de la música occidental.

Mientras que la música judía influyó ante todo sobre la música práctica del occidente, la música griega es la que dió la teoría, teoría que conservó una validez absoluta por siglos tras siglos, y hasta muy entrada la edad media.

La sobresaliente cultura espiritual de Grecia, llegó también a la cultura musical más acabada de la antigüedad. Aquí, por primera vez en el curso de su desarrollo se deshace de la orientación puramente ritual; la música está concientemente popularizada. Se unió a la aritmética, geometría y astronomía, para formar el "cuadrivium" de la educación griega, y los certámenes musicales forman una parte esencial de los festivales de Delfos y Olimpia.

De ciencia oculta, la música se ha transformado en un arte libre. El concepto "l'art pour l'art" ha nacido. En la primera época del desarrollo histórico, quiere decir más o menos hasta el año 1000, hasta la emigración dórica, la música fué puramente ritual en el susodicho sentido oriental. En la segunda época, que se extiende hasta el año 431, año de la guerra del Peloponeso, el certámen universal, el arte por el arte, comienza a disputar la posición reinante al coro puramente de culto. La última época, desde el año 431 está dominada por la música instrumental, que condujo el arte por el arte al extremo de un arte por el virtuosismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El artista de la primera época fué el llamado Rhapsoda, que vagando por el país, glorificaba Dioses y héroes.

El de la segunda fué el Aeoda, el cantor de los certámenes musicales en Delfos y Olimpia.

Los artistas de la última época fueron los Kitaristas y Aulistas (de aulos - una clase de flauta).

De la penúltima y última épocas conocemos por primera vez en la historia de la música nombres de músicos célebres, sean compositores o virtuosos —recordemos a Terpander, Sapho, Anacreonte, Píndaro—. Tanto se ha alejado ya la música de su concepto originario que se ha convertido en un arte libre y secular.

Ahora unas pocas palabras sobre la teoría musical explicando los conceptos más importantes del sistema griego. La teoría griega es tan profunda y extensa que exige un estudio especial, sobrepasando el límite de nuestro trópico. Por eso, tenemos que limitarnos a la explicación del concepto fundamental de la escala griega. Esta escala está basada en el llamado Tetracordio, una serie de cuatro tonos seguidos. Probablemente el tetracordio, surgió del melos recitativo, en que los Rapsodas recitaban sus epopeyas y cuya curva musical oscilaba dentro del intervalo de una cuarta.

Según la posición del tetracordio es decir, según el tono, que le servía como fundamento, tenía distintos nombres y, una reverencia ante el concepto de la música oriental, también distintos significados determinados. El tetracordio constituído sobre "mi", por ejemplo, fué llamado "dórico" y se lo estimaba como serio, el sobre "re" fué el "frigio" estimado como exaltado, el sobre "do" el "lydico" estimado como delicado, y otros más.

El concepto de la música griega nos refleja una imagen genuina del espíritu griego, que vincula el mundo oriental y occidental. Las escalas griegas, de las cuales, cada una, está estrictamente determinada por una cierta disposición de ánimo, indica la derivación de la música oriental, mientras que la desvinculación del concepto netamente ritual, a favor del "arte por el arte", la evocación de una exacta teoría musical y de una notación (que se servía de letras) en una palabra, la sustracción de toda mística han hecho de la música griega la base fundamental de la música del occidente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Al fin nos queda por tratar escasamente la música del primer centro cultural en el suelo occidental, a saber la música romana. Escasamente, porque los romanos no han contribuído nada al desarrollo esencial de la música, sólo tomaron prestada la música griega sin adicionar nada propio. La música griega pasó a Roma en su última época, en el estado del virtuosismo instrumental, estado que fué adecuado al espíritu representativo del imperio romano.

La muchedumbre representativa era la que satisfacía el orgullo del imperio, y la historia nos relata que, una vez, en honor de César se congregaron 12.000 músicos en Roma.

El mérito principal de los romanos consiste en haber conservado la teoría griega. En sus 5 tomos Boetius (alrededor de 400 p.C.) ha entregado las teorías de Pitágoras y Aristóxenos, etc. que formaron la base de la teoría musical de la Edad Media.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Descubrimiento Espiritual de América

La novela alemana descubre nuevos mundos

Por ALFREDO CAHN

Conferencia pronunciada en A. I. A. P. E., en julio de 1938.

De acuerdo a un viejo dicho, "la luz viene del Oriente". Es verdad, pero también es cierto que ese dicho es incompleto. Debe agregársele una segunda parte que, junto con la primera, forma una verdad que si no es más nueva, es de todos modos, menos gastada. Se dirá entonces: la luz viene del Oriente, pero ilumina al Occidente. Cualquier capítulo de la historia universal lo confirma. La cultura elaborada por los pueblos del Asia Menor, sobre fundamentos heredados de la China y de la India, iluminó a Grecia. El acontecimiento máximo de la antigüedad clásica no fué el triunfo de Alejandro Magno sobre los pueblos de allende el Mediterráneo, sino, bien al contrario, la invasión de la cultura oriental en el sur de Europa. ¿Quedó en pie un átomo de todo el imperio conquistado por el caudillo macedonio? Y, a la inversa, ¿logró jamás el Occidente desprenderse de una sola partícula de la civilización asiática, independizarse de un modo absoluto en materia espiritual? A lo largo de la historia encontraremos muchas veces esa simultaneidad de penetración recíproca. Roma se helenizó cuando las águilas de los Césares irrumpían victoriosas en la costa opuesta del Adriático. La inteligencia de los esclavos griegos dejó huellas imperecederas en las casas romanas de sus amos. Y siguiendo una y la misma ruta, poca es la herencia que las legio-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nes triunfantes de Roma dejaron en los países transalpinos. La barbarie germánica sólo terminó después de la batalla en la selva de Teutoburgo, cuando la suerte se dió vuelta contra los romanos, cuando los germanos comenzaron a deshacer el imperio de los Augustos. Resultaría, pues, que los pueblos occidentales victoriosos sobre los orientales, no imponen a éstos su civilización sino que, al contrario, se dejan conquistar por la de los pueblos derrotados. O, acaso, nos debemos explicar este fenómeno de otra manera. La fuerza bruta conquista, amplía la esfera y el horizonte de un pueblo, pero, produciendo el contacto entre dos grupos étnicos, permite al que ha sido conquistado, descubrir al que lo conquistó. Está demás decir que el descubrimiento es un acto que pertenece a la esfera espiritual, de modo que la conquista ha de ser previa, de todos modos, y supone la superioridad intelectual del conquistado.

A primera vista, esta teoría no parece tener aplicación en el caso de América, que, a juzgar por los signos exteriores, se habría convertido en un feudo espiritual de Europa. La resistencia que a ello se opone —y que decrece en la medida que aumenta la importancia de los núcleos sociales, hasta encontrar en Buenos Aires su mínima expresión,— no sirve para contrarrestar el fenómeno, pues no se trata de salvar la cultura propia de América, sino de imponerla a Europa, a menos que la historia cultural de la humanidad haya invertido de pronto su derrotero. Pero he aquí que lentamente surgen las señales de la fidelidad del proceso histórico para consigo mismo. Conquistada América por la fuerza y por la economía, se produce ahora su descubrimiento espiritual o sea la penetración de sus valores intelectuales en la vida europea. Estamos lejos todavía de una penetración visible, que transforme profundamente el aspecto de la cultura europea, pero existen ya indicios de que tal sucederá. La lentitud del proceso se debe a la relativa escasez de hombres puramente americanos, —sepultados bajo una avalancha de inmigrantes y descendientes de europeos—, al predominio del criollo sobre el nativo, que debilita enormemente a la espiritualidad aborígen. Desde luego, no será el criollo o mestizo el que influya sobre Europa, ya que él mismo es de estructura mental europea. Los grandes movimientos espirituales están determinados por la pureza de quienes los originan. Se dirá que los grie-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gos que llevaban la cultura helénica a Roma, estaban contaminados, por así decir, de la cultura asiática. Es verdad, pero predominaba en ellos el espíritu auténticamente griego. No sucede otro tanto con los criollos, y menos con los criollos de las grandes ciudades, saturadas de influencia europea. ¿Cómo, por otra parte, suponer la capacidad de influencia de los aborígenes, puesto que son escasas sus manifestaciones de cultura, sobre todo literarias? El caso concreto que inspira esta conferencia, dos libros de Alfred Döblin, sirve de contestación a esta pregunta.

Si acaba de exponerse que el criollo queda por el momento excluído del proceso que nos ocupa, justo es destacar que tampoco contribuyen al mismo aquellos europeos que vienen descubriendo la superficie espiritual de América. No puede confundirnos, pues, la corriente de interés por las cosas americanas que arrecia en Europa. Ni "Aire Indio" de Paul Morand, ni los libros de Tschiffely y de Cunninghame Graham que se publicaron en Inglaterra, ni las "Meditaciones sudamericanas" de Keyserling, ni el "Magallanes" de Stefan Zweig revelan más que cierta simpatía y aún, si se quiere, preferencia por este continente, pero de ningún modo señalan siquiera una preocupación por bucear el verdadero espíritu americano. La literatura y la filosofía han dejado abandonado este campo, hasta ahora, a los etnógrafos y, acaso, a los historiadores, y, a menos que yo esté mal informado, corresponde a Alfred Döblin el mérito de haber introducido en la literatura europea el problema de la cultura americana como probable fecundadora de aquella civilización. Es, pues, un homenaje de justicia ocuparnos de "Viaje al país sin muerte" y "El tigre azul", las dos novelas de Döblin que a nosotros mismos, radicados aquí y mejores o peores conocedores de América, nos revelan una faz nueva de la esencia espiritual americana.

Es quizás una casualidad que Döblin haya descubierto América. Y empleo con toda intención el término "descubierto", a pesar de que me consta —¡cómo no me ha de constar!— que los modernos descubridores gozan aquí de la más perfecta antipatía o cuando menos de un burlón desprecio que no puede parecerme del todo injustificado. Pues bien, Döblin ha descubierto América debido al régimen imperante en la Alemania de este momento. Döblin es judío. Gracias a su fama de escritor y a sus méritos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de facultativo, la necesidad de abandonar Berlín no le causó ningún problema personal, pues no hay país en la Tierra que cierre sus fronteras a una eminencia como esta. Pero la posibilidad de proseguir cómodamente su propia existencia no interesa a Döblin, quien sólo sabe pensar en masas. En Berlín pensaba en la masa de enfermos pobres que recurría a su asistencia gratuita, y en el exilio pensaba primero en sus correligionarios abandonados a la suerte más infame. Buscaba, pues, un lugar donde pudiera refugiarse una gran masa de judíos exilados. Como Palestina no los puede absorber y la república judía en la frontera ruso-manchú no ofrece ni condiciones de clima ni suficientes seguridades para un desarrollo normal, Döblin ha ido en busca de otras regiones hospitalarias. En esa triste peregrinación "descubrió" América. No encontró, a lo que parece, el refugio que buscaba para todo un pueblo, pero sí halló una enorme esperanza, que recompensa ampliamente el fracaso de su finalidad inmediata. Es una esperanza que brilla con tanta mayor magnificencia cuanto sus rayos penetran una Europa que se halla en unas tinieblas como no las había conocido nunca.

Döblin, espectador consciente del fracaso de la cultura europea, dió de bruces con una cosa inesperada: la virginidad cultural de América. Virginidad cultural de América. ¡A no confundir términos! Pues cuando no se confunde virginidad cultural con falta de cultura, no será necesario explicar que el fenómeno que despertó la atención de Döblin se presenta fuera de los centros urbanos. Es verdad que aún los grandes núcleos sociales podrían albergar una cultura virgen, no explotada, no eclosionada, no conocida fuera de ellos mismos. Pero es inútil destacar que éste no es el caso. Y, en efecto, Döblin halló aquella América que le colmó de esperanzas entre los aborígenes y no en las grandes ciudades donde no hay grandes americanos. He aquí, pues que se repite otro fenómeno de la historia universal: así como los imitadores de los griegos no eran los grandes romanos, así los imitadores de los europeos no son los grandes americanos. La cultura americana que vislumbra Döblin procede de fuentes que han de extrañar a cualquiera. Son fuentes de ningún modo contaminadas del espíritu europeo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No gusta Döblin sorprender a su lector con afirmaciones ex-

abruptas. Al contrario, prefiere probar sus afirmaciones y presentarlas a todas las luces imaginables. Por eso dedicó a su descubrimiento espiritual de América dos tomos gruesos, en los que no sólo pinta el margen y la atmósfera de su mundo nuevo, sino también sus raíces, y sobre todo, su contraste con la cultura europea. Empieza por describir un pueblo primitivo, habitante de la cuenca del Amazonas, y en seguida la llegada y actuación de los conquistadores europeos. Primer choque de dos culturas. Un choque que termina con desventaja para los europeos, pues soldados, vagabundos, criminales tropiezan con gente, que, siendo más primitiva resulta mejor organizada y éticamente superior. Segundo choque: aventureros, guerreros, comerciantes europeos procuran dominar a los aborígenes paulistanos, gente que también desconoce la pólvora, la brújula, el dinero y la crueldad despiadada unida a la injusticia. Nuevamente, la civilización europea resulta éticamente inferior a la incultura aborigen. Tercer choque: los jesuitas construyen las reducciones de Misiones. ¡Una gran obra, unos cuantos santos varones; inspirados por verdaderos ideales humanitarios! Ya parece evidenciarse una primera victoria del cristiano blanco sobre el pagano americano. Pero he aquí que esta obra fracasa. Fracasa por culpa de los blancos. Los primeros jesuitas llegados a Misiones consiguen convertir a los indios a la fe cristiana, logran organizarlos en comunidades donde el bien colectivo predomina sobre el interés del individuo. Los indios no se encuentran precisamente con formas sociales nuevas, ya que las misiones no son más que tribus un tanto ampliadas, pero sí encuentran dirigentes más eficaces. Y están dispuestos no sólo a obedecerles, sino incluso a dar su vida por ellos. Está realizándose en una lejana región americana, parte del Evangelio que no ha podido llevarse a la práctica en la Europa cristiana desde hace cerca de dos mil años. Y, sin embargo, hoy no existen más esas ciudades jesuitas de Misiones. El excursionista no encuentra más que ruinas en San Ignacio, en San Sacramento, o en San Miguel. Había tenido razón el famoso padre Las Casas: el cristianismo tuvo necesidad de salvarse de sus adictos blancos recurriendo a los indios. Pero los blancos no dejaron escapar su presa: destruyeron las misiones por motivos egoistas, materialistas, mezquinos, con la ayuda del obispo de Asunción y el consentimiento explícito del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Santo Padre. ¿Por qué? Pues, sencillamente en virtud del fracaso que los apostolados cristianos han sufrido en el llamado mundo cristiano. Con lo cual se enaltece el cristianismo y se confirma una verdad innegable que nos hace constatar diariamente la curia eclesiástica. Pues, ¿acaso no es verdad, que la Iglesia sufre de continuo los efectos de esciciones interiores, que hoy no son menos importantes que en la Edad Media, en aquella Edad Media en que la Iglesia dominaba a Europa entera, sin poder evitar que surgiera un Lutero y un Calvino, tal como hoy no se puede evitar el renacimiento del paganismo germánico? Resulta, pues, que hay cristianos, pero no hay un pueblo cristiano. Esto tendría sólo relativa importancia si el cristianismo no fuese uno de los pilares de la cultura europea. Pero siendo débil tal pilar, queda amenazado necesariamente todo el edificio de esa cultura. La prueba de ello es vieja ya, y Döblin nos la recuerda en sus dos libros. Evoca las figuras de Copérnico y de Giordano Bruno, reconocidas por la historia y por la ciencia, pero relegados al olvido por las fuerzas que tienen no sé qué interés en ensombrecerlas y que, no pudiendo negarlas, se esfuerzan en borrar su recuerdo. Copérnico y Bruno afirmaron en forma distinta y en esferas intelectuales diversas algo que en el fondo es una y la misma cosa: la tierra no es el centro del mundo, ni giran el sol y los astros en redor suyo. Cosas muy simples, que la ciencia y la filosofía han comprobado hasta el cansancio, pero que el pilar de la cultura europea no quiere que sean dichas, a pesar de que ellas no están en contradicción con una sola palabra del Evangelio. Pero es que el Evangelio no es el cristianismo, y para el cristianismo, el hombre sigue siendo el eje del mundo, la razón de la Creación y, estando Dios encarnado en cada individuo humano, esa interpretación no deja de tener su parte de razón. Si bien de esta manera el ser humano resulta un destello divino, ello no lo convierte en centro del Universo, pues si Dios no tiene principio ni fin, su encarnación en el hombre no es más que una etapa. Y una etapa, desde luego, no puede ser equivalente a un fin y tan luego a un fin supremo. Claro está que un filósofo educado en las maneras modernas de pensar, —en la física moderna que forma parte esencial de las mismas,— podría probarnos la relatividad del espacio y del tiempo, incluso su identidad, para, partiendo de esa base, conven-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cernos de la identidad de lo eterno y de lo efímero, con lo que quedaría justificada la teoría cristiana. Pero no es esto lo que está en tela de juicio. El problema queda colocado en una esfera distinta, en la ética. Sea o no el hombre una partícula divina, siempre ha de existir un ente superior que determine su función. Ese ente superior es, de acuerdo al dogma cristiano, Dios. ¿Y es lícito admirar a Dios en el hombre que es partícula suya? Evidentemente, pero no es lícito identificarlo a tal grado con él que se llegue a condenar a quien no quiere reconocer en el hombre la suprema finalidad de la creación.

Pues bien, lo que los esclarecidos espíritus del medioevo europeo reconocieron y que uno de ellos sostuvo hasta la muerte, resulta natural para los aborígenes americanos. De tal suerte, estos constituyen la verdadera pasta del cristiano, si así puede decirse. Y lo han probado precisamente en las Misiones, donde dieron su vida para defender el verdadero Evangelio contra un concepto acomodaticio del Cristianismo y la justicia que predica el Evangelio contra los fines inmediatos que persiguen sus ministros. Pero Döblin no quiere aprovechar la enseñanza que le brinda el estudio de América para demostrar las fallas de la Iglesia, que en verdad son poca cosa en comparación con todos los errores que determinan el ocaso europeo. Le interesan más otros problemas, más profundos y cuya solución es mucho más urgente. En primer término el problema social que es un núcleo de problemas a cual más intrigante. La organización social, por ejemplo, es a la vez de orden ético, económico y político, y cualquiera de sus aspectos involucra, a su vez, una infinidad de facetas. Parece absurda la mera idea de poder hallar entre los aborígenes americanos un indicio o ejemplo que pudiera servir para resolver los problemas sociales que en Europa parecen cada vez más complicados. Sin embargo, es de pensar que lo que hace falta es precisamente simplificar de un modo absoluto y terminante las relaciones entre los hombres. El mal que aqueja a la vieja Europa consiste en que sus leyes sociales constituyen una selva intransitable. En América, en cambio, Döblin halló una organización social poco menos que perfecta. La encontró tanto en los tiempos de la conquista, como en la actualidad. Recuerda una especie de papado que existía en Colombia y que estaba en su apogeo en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los tiempos de la conquista. Y a guisa de comparación, describe en uno de los últimos capítulos de "El tigre azul" la organización de una tribu india de la cuencia del Amazonas, para demostrar que en América la justicia social no depende de la prosperidad, de la grandeza o de la condición primitiva o decadencia de sus moradores. Para el hombre primitivo, el problema social resulta, desde luego, también primitivo y uno estaría tentado de achacar sus complicaciones a la mayor frondosidad y profundidad de la civilización. Esto es, desde luego, un error, aunque encierre parte de razón. Pues el ideal más o menos realizado por los primitivos habitantes del suelo americano coincide perfectamente con el de los espíritus más sensibles de Europa, y de todas las épocas de la historia cultural europea. Ya se dijo que el americano parece ser el hombre destinado a realizar prácticamente la esclarecida visión del mundo de Giordano Bruno. Y es justicia agregar que en los últimos tiempos, antes de la actual tragedia europea, los hombres más sinceros ya percibían el fracaso de la cultura europea. Lo mismo Osvaldo Spengler que Rainer María Rilke, cada cual en su esfera y de acuerdo a su estructura mental, predicaban una especie de liberación y superación de Europa. Toda la abundante literatura que estriba en una renovada busca de Dios, en una nueva cosmogenia, revela un hondo disconformismo, y uno de los graciosos errores de la crítica europea consiste precisamente en distinguir entre libros revolucionarios y reaccionarios. Se da así el caso de que los llamados gobiernos reaccionarios persiguen a los autores de unos libros que ellos consideran subversivos y prestigian a autores que, a su modo de ver, son defensores de las instituciones existentes, cuando en realidad sucede todo lo contrario. Claro está que ni Rainer María Rilke ni Hugo von Hofmannstal atacan a las instituciones, al Estado ni a la Iglesia, pero toda su obra contiene un olímpico desprecio para ellas. Cuando Rilke saluda al hermano árbol, cuando Hoffmanstal, en su Pequeño Teatro del Mundo, se eleva sobre las mezquindades del diario vivir, cuando Spitteler reanima el reino de los dioses olímpicos, no manifiestan sino la convicción de que el llamado orden establecido es insuficiente y, sobre todo, inadecuado como base para el progreso de la sociedad humana. Las críticas de un Josef Roth en su "Barrabás o un huesped sobre la Tierra",

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de un Toller en sus "Cartas del presidio", de un E. N. Noth en su "Casa de inquilinato" o de un Fritz von Unruh en "Las alas de la Victoria de Samotracia", todos estos libros considerados revolucionarios, son en verdad infinitamente más conciliatorios, ya que no son sino críticas parciales que atacan ciertas fallas de la estructura social, mientras que la obra de los autores mencionados en primer término proclama la necesidad de un cambio fundamental de nuestro orden del mundo.

Los escritores llamados revolucionarios siguen partiendo de la misma base que los naturalistas y todos sus antecesores hasta el medioevo, o sea de la idea que el hombre es el eje del universo y el ente sobre el que debe concentrarse todo el interés. Sólo los ingleses tienen la honradez de escribir con mayúscula la palabra I (yo), sin que ello signifique que entre ellos el culto del Yo sea más ferviente que en los demás pueblos europeos. Se podrá objetar que la literatura social no es una literatura egoísta o egocéntrica, sino altruísta y egófuga, y se podrá abonar esa afirmación recordando, por ejemplo, la obra de Zola. Pero es fácil desbaratar esa objeción, pues todos los europeos, con pocas excepciones, como Döblin, piensan de un modo individualista. La misma preocupación por la justicia social, por el bienestar de todos, parte del pensamiento en el individuo. No tiene que ser precisamente la persona del autor, no, puede ser una persona que le sea ajena en absoluto. Pero siempre el autor europeo piensa en "el" explotado, "el" pobre, "el" rico, "el" ciudadano. La masa es un conjunto de individuos; nunca el escritor la percibe en función de unidad. Sólo así se explican todas las dificultades que emanan de la idea de la propiedad. Tomemos, por ejemplo, el caso de la Unión Soviética. En ella sólo se ha conseguido reemplazar la propiedad privada por la propiedad colectiva, quiere decir que los ciudadanos rusos se han incautado a conciencia de una propiedad, y aun cuando no pueden disponer libremente de ella tienen, de todos modos, la sensación de que les pertenece. No se ha superado, pues, la idea de la propiedad absoluta, si bien se ha impuesto una distribución más justa de la misma.

¿Qué es, pues, lo que hace falta? Simplemente: una concepción del mundo que haga superfluo el concepto de la propiedad. Y he aquí que los aborígenes americanos nos demuestran por la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

práctica que tal concepción del mundo existe ya. Veamos la siguiente conversación entre indios y europeos referida por Döblin.

—Vosotros sóis grandes pueblos. ¿Cómo convivís?

—Vivimos en el lugar en que hemos nacido nosotros, nuestros padres y nuestros abuelos. Trabajamos la tierra, tenemos ganado y otros bienes. Juntamos reservas y las intercambiamos con otros productos distintos.

—¿Quién distribuye el trabajo y su rendimiento?

—Cada cual se busca un lugar. El que no encuentra ninguno, lo pasa muy mal. Existen pobres y ricos. La mayoría es pobre. Se cometen muchos crímenes, gran parte de los cuales son la consecuencia de la pobreza, pues todos los hombres quieren ser ricos. Cuando desaparezca la pobreza, creemos, terminará también el desorden. Mucha gente lucha con este fin.

Los aborígenes se echaron a reir. Esto era el colmo de la ignorancia. Y el cacique preguntó:

—¿Pretenden los ricos matar a los pobres, para que no queden sino ricos?

—No. Los pobres quieren deshacerse de los ricos y quitarles sus riquezas.

—Pero esto es imposible —exclamó el cacique.— ¿Cómo saben los pobres que deben quitarles las riquezas a los ricos y que entonces reinará el orden?

—Es justicia.

Los indios se quedaron estupefactos. Era inconcebible tal absurdo.

—No, ésta no es la justicia. No, lo que debe hacerse es esto: los ricos deben matar a los pobres que quieren robarles, pues son estos justamente, quienes atentan contra el orden sin autorización y mandato alguno.

—A nuestro modo de ver, no hace falta ningún mandato para exigir su derecho. Y cada cual sabe lo que es justicia.

—Vivís en una ignorancia terrible. Llamáis a vuestros hijos de cualquier modo, no rendís culto a vuestros muertos, no tenéis siquiera antepasados. Y, sin embargo, afirmáis saber lo que es justicia. Entre nosotros, ni aun los más viejos y experimentados saben en todo caso y de buenas a primeras lo que es justicia.

He aquí el nudo del problema. El europeo confía en el sa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ber del hombre. Admite el conocimiento ajeno sin probarlo. Un hombre que ha llegado a ser juez administra justicia, y ya tiene que cometer grandes errores para que —no el pueblo, sino sus colegas— le nieguen autoridad para seguir dictaminando sobre el bien y el mal. Basta que un hombre curse unos estudios determinados, demuestre cierta aplicación e inteligencia para que adquiera el título de doctor en medicina y con éste la confianza implícita de un núcleo mayor o menor de personas que no disponen de elementos de juicio para determinar el grado de su ciencia. Vivimos, pues, en un mundo de prejuicios y no sabemos librarnos de ellos, pues ¿no es prejuicio admitir indiscutidamente la capacidad del juez para dictaminar sobre la justicia, cuando en verdad no sabemos exactamente lo que es justicia? Recordemos lo que dijo el cacique de Döblin: la pobreza no constituye ni implica derecho alguno. Por otra parte, el dinero o sea la posesión no constituye ni implica sino un poder heredado o adquirido. Un poder que se evidencia en su función. ¿De dónde proviene esa función del dinero? pregunta Döblin. Y acto seguido contesta que ella es un derivado de la técnica y de su realización en la industria. Tenemos así en la sociedad europea como factores opuestos: la pobreza y el poder, o sean dos elementos, ninguno de los cuales es depositario del derecho. Resulta como consecuencia de este fenómeno que ni el pobre tiene derecho a desplazar al rico, ni el rico derecho alguno sobre el pobre. En otras palabras, la justicia es un concepto que si no está reñido, es de todos modos ajeno al orden social imperante en Europa. Para resolver, pues, el problema social, es preciso partir de un punto de vista distinto al que hasta ahora ha predominado en la lucha de clases. La distribución de bienes no es de importancia esencial, sino que es preciso llegar al imperio absoluto de una justicia superior a la que emana de la idea de la propiedad. La finalidad de la evolución ulterior no puede ser, por consiguiente, ningún régimen basado en conceptos materialistas. Tanto el capitalismo como el materialismo de las izquierdas conducen a un callejón sin salida. Hay que tratar de superar todo aquello que hasta ahora absorbe el interés de la humanidad y propender a lo que yo llamaría un socialismo espiritual, que concuerda en sus grandes rasgos con los sueños de todos esos autores

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

modernos de habla alemana que revelan la insuficiencia de las instituciones existentes.

En América ese socialismo espiritual ha existido ya en los tiempos incaicos y sigue existiendo entre las tribus que el hombre blanco suele llamar salvajes, porque ignora por completo su estructura espiritual. Si bien a juicio del hombre embebido de la civilización que domina actualmente al mundo, el indio americano carece de cultura, ha de reconocerse que le lleva la enorme ventaja de vivir independiente de todos los prejuicios que emanan de la propiedad. La libertad del indio es absoluta, pues frente al europeo y al americano europeizado tiene la ventaja de no ser esclavo de la propiedad. Gracias a esa independencia, su vida espiritual resulta superior y más intensa que su vida material, mientras que en el mundo civilizado aún los espíritus más libres están supeditados a los problemas materiales a tal punto que se considera como extramundana y sin valor práctico toda aquella literatura que no tenga nexo con los problemas de nuestra vida material. Es verdaderamente curioso que sean justamente aquellos que dicen luchar por una mayor justicial social, quienes arremeten contra esa nueva corriente en las letras que auspicia un modo absolutamente nuevo de considerar los problemas vitales de la humanidad, elevándose por encima de los objetos inmediatos de la lucha. Es que estamos acostumbrados a ver los efectos y no las causas de todos los fenómenos; no reconocemos otro maestro que la experiencia. Por eso, un fenómeno como Alberto Einstein resulta lisa y llanamente incomprensible a la casi totalidad de sus contemporáneos. En cuanto a los novelistas alemanes que —obrando dentro de la misma esfera en que se mueve Einstein— presentan el esquema de un mundo nuevo, los llamados hombres prácticos se complacen en relegarlos a las filas de los soñadores de los que no habría que esperar contribución alguna al progreso de la sociedad. Sin embargo, todos los indicios permiten prever que los grandes cambios que han de producirse en la estructura de la sociedad, serán de una índole revolucionaria. No llamo revolucionario solamente a aquello que consiguen las masas gracias a la sublevación contra las normas existentes, sino todo cambio exabrupto que se produzca en un momento inesperado y en forma inesperada aún cuando existan mil motivos para esperarlo. Es de suponer, por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ejemplo, que la nueva sociedad que ha de surgir no sea una realización del marxismo, tal como la burguesía emanada de la revolución francesa no ha sido tampoco la realización de las ideas sustentadas por los enciclopedistas. No creo que sea una casualidad que el disconformismo de los más grandes autores alemanes no tenga punto de contacto alguno con la literatura política ni con los programas sociales de los partidos políticos. Recuérdese que el "Emilio" de Rousseau fué considerado en su tiempo como la obra de un iluso y que, sin embargo, se acerca mucho más al mundo social que fué realizándose después, que todas las obras de combate que caldearon el ambiente hasta influír decisivamente sobre la revolución francesa.

Asistimos en la actualidad a un espectáculo sorprendentemente parecido, con la principal diferencia de que su escenario no es Francia sino Alemania. La misma Alemania que debe al mundo todavía su revolución, ya que es el único país del viejo mundo que aún no ha experimentado ninguna de esas sacudidas decisivas de su organismo social. Tenemos al lado de una literatura social que debe compararse con la de los enciclopedistas franceses, otra eminentemente espiritual que nos recuerda más bien el caso de Rousseau. Pero al mismo tiempo, el nuevo modo de ver, expresado en esa literatura, concuerda con la superación del materialismo que es dable observar en América donde constituye la plataforma de toda la cultura. He aquí, pues, un acercamiento espiritual inconsciente, que sólo los dos tomos de Döblin llevan a la esfera de lo conciente. Estas dos novelas constituyen, pues, una especie de puente entre la realidad americana y el ideal original de América puede iniciar su penetración de Europa. Claro está que no es una casualidad tampoco que se produzca simultáneamente la decadencia de la civilización europea, el nacimiento de una literatura disconformista y el descubrimiento espiritual de América. Son tres factores que constituyen un solo fenómeno, o sea una nueva etapa en el recorrido histórico de la cultura del Oriente al Occidente. Asistimos al ocaso europeo y el nacimiento americano. Nuevamente se repite la historia del mundo. América conquistada por Europa, absorbe su cultura y, amalgamándola con la suya propia, forjará una civilización nueva en la que los elementos adquiridos en Europa quedarán superados y no servirán

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

más que de puntos de orientación, a la vez que la civilización europea se rejuvenecerá gracias a los elementos culturales que paulatinamente irá descubriendo en el nuevo mundo.

Si hablamos, pues, de descubrimiento de mundos nuevos de que da fe la novela alemana contemporánea, hacemos referencia tanto al que en geografía se llama el Nuevo Mundo, como a un nuevo mundo social y ético que ha de transformar incluso a la parte más importante y más poblada de América. La crisis económica y social por que atraviesa el mundo en estos momentos, es insignificante en comparación con la crisis espiritual en que se debate. Es la primera vez que la sensación del fracaso de la cultura europea embarga a núcleos cada vez más amplios. Cuando veinte años atrás era de buen tono discutir sobre la pesimista filosofía de Osvaldo Spengler, aún los alemanes que acababan de sufrir una terrible derrota y de pasar por años de extrema miseria, se resistían a admitir la decadencia europea. Claro está que el pensamiento de Spengler partía de bases equivocadas y llegaba, por consiguiente, a conclusiones erróneas, pero la decadencia europea es un hecho independiente de su sistema filosófico y admitido hoy, no por los pesimistas, sino que, todo al contrario, por los optimistas, que perciben jubilosos la perspectiva de un nuevo paso hacia adelante en la historia de la humanidad. No es pues un signo de desesperación cuando se deposita la fe en una cultura americana que reemplaza a la europea, lo que equivale, desde luego, al reconocimiento de la insuficiencia de la cultura europea. Es el sano instinto de conservación y la inteligencia previsora la que dirige las miradas de los europeos hacia América. Se ha querido explicar ese fenómeno como consecuencia de los continuos desastres que viene sufriendo el Viejo Mundo, pero acabamos de exponer que Spengler no tuvo adictos en los años de mayor miseria, y que en cambio los tiene ahora todo el que predica el ocaso europeo. Quiere ello decir que las circunstancias de vida exteriores, materiales, no tienen influencia decisiva. Mucho más que el hambre que los pueblos han tenido que sufrir durante la guerra, influye sobre su disposición de ánimo, la miseria espiritual que les imponen ciertos regímenes políticos. La falta de libertad de pensamiento y de palabra resulta en estos momentos históricos más decisiva que la falta de pan o de comodidades. Esto es un indicio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de que en lo subconciente del europeo, ha nacido ya la idea del mundo político espiritual que forzosamente ha de venir a reemplazar al mundo político material en que hemos vivido hasta ahora.

La nueva etapa que inicia la humanidad en estos momentos —que por esta misma causa son momentos de transición— será mucho más decisiva, por ejemplo, que la revolución francesa o las guerras religiosas que señalaban el paso de la Edad Media a la Edad Moderna, porque la etapa que se inicia no marcará el advenimiento de una nueva clase social, sino la aurora de una nueva concepción política y a la vez ética del mundo.

En un nuevo libro de próxima aparición, Emil Ludwig contesta a los que objetan a la Constitución de la Unión Soviética su falta de aplicación práctica, que los Derechos del Hombre, proclamados en oportunidad de la Revolución Francesa, tampoco tuvieron fuerza de ley en parte alguna y que, no obstante, determinaron la fisionomía de los últimos ciento cincuenta años. Del mismo modo no tendrán aplicación inmediata las nuevas leyes sociales que se vayan elaborando y cuyas bases pueden entresacarse ya de las novelas más importantes que se han producido en Alemania durante los últimos tres o cuatro lustros. Todos —lo mismo aquellos que se sitúan, políticamente, a la derecha, como los que se ponen a la izquierda— sienten no ya vaga sino imperiosamente la necesidad de proceder a un cambio fundamental de la estructura social del mundo. Pero, repito, hay quienes se conformarían, por lo menos momentáneamente, con algunas modificaciones que llamaría de detalle, como por ejemplo, con una más justa distribución de la propiedad. Esta aspiración es muy pequeña en momentos como los que vivimos actualmente. Por eso llego al término de mi exposición sin haber hecho acopio de nombres de autores ni de títulos de obras literarias, pues es precisamente un signo de decadencia el que la literatura —aún la llamada subersiva y disconformista— no ofrezca al lector grandes teorías que pudieran cambiar la faz del mundo. Y he aquí el porqué de mi fe en América, que halló su primera confirmación europea en los dos libros de Döblin. Aún no existe la gran obra política ni social americana que justifique la creencia en una regeneración del mundo proveniente de este Continente, pero sí

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

existe el Continente, su esencia espiritual. Cometí, seguramente, una ligereza al afirmar al principio que el aborigen americano es de la pasta con que se puede hacer al verdadero cristiano, pues más que eso es el hombre de la virginidad espiritual indispensable para modelar al forjador de la nueva civilización que ha de reemplazar a la actual.

El hombre nuevo, será un hombre sin nuestras necesidades. Un hombre para quien los progresos técnicos carezcan de importancia y de valor porque los superará y sólo tendrá necesidades espirituales. Una vez más puedo invocar el testimonio de la historia —a pesar de que con ello confieso que soy hombre de hechura europea, es decir que pienso apoyándome en la experiencia. En efecto, ya pasó el mundo una vez por una época en que se produjeron a un mismo tiempo maravillas técnicas y espirituales. Emergen del fondo de la historia dos monumentos imperecederos: la Biblia y las pirámides, dos obras que encierran el pensamiento, el raciocinio, la ética, la ciencia y la técnica. Todas estas manifestaciones del espíritu humano han evolucionado en el curso de los milenios hasta llegar a la encrucijada actual, donde las detiene una saturación que parece impedir todo progreso nuevo. Esa misma saturación reclama perentoriamente un ¡alto!, un corte decisivo y una nueva orientación. Esa orientación la hallamos marcada en algunas grandes obras de la moderna literatura alemana, en esas obras que parecen reñidas con la actualidad y sus problemas y que, sin embargo, los iluminan desde grande altura, desde una altura que nos permite vislumbrar los nuevos derroteros a seguir. Y ojalá responda la juventud literaria argentina a esa altísima señal que se le da. Ojalá contribuya a perfeccionar el descubrimiento de Döblin, a fin de que el término "descubrir América" no siga siendo motivo de burlas y risas sino una misión por la humanidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una carta de Alejandro Korn

La Plata, mayo de 1927.

Estimado doctor y amigo:

En tren de preparar un nuevo número de "Valoraciones", que entretanto habrá llegado a su poder, hube de escribirle a fin de solicitar venia para publicar su interesante carta de noviembre de 1925, suprimiendo naturalmente todo lo personal que estimo y agradezco como un testimonio de su benevolencia.

Desistí de mi propósito porque al releer la misiva filosófica, no pude menos de advertir la necesidad de acompañarla con una engorrosa acotación. En efecto, usted me atribuye un pensamiento que no reconozco por mío. No me cabe duda sin embargo que yo mismo habré dado lugar al malentendido, o por deficiencia de mi expresión o por no recalcar de continuo en qué plano sitúo el problema.

Me dice textualmente: "Usted entrega el mundo objetivo al mecanismo y ello es incompatible con la autonomía de la personalidad que usted quiere salvaguardar". Luego agrega consideraciones atinadas sobre el determinismo con las cuales estoy completamente de acuerdo. Más aún; todo mi afán, en la modesta esfera de mi actuación, se ha encaminado a destruir la concepción determinista y mecanicista que la chatura pseudo-cientificista del positivismo y su realismo ingenuo, como una calamidad nacional, han infiltrado el ambiente.

¿Cómo explicar, pues, el equívoco? "El mecanicismo es una ontología de la identidad donde lo nuevo no tiene cabida", me dice usted. Muy cierto, pero yo no he tratado ningún problema ontológico. A lo menos, no he querido tratarlo, si bien la metafísica en ocasiones se nos cuela a pesar de nuestras precauciones.

Considero, del punto de vista teórico y didáctico, imprescindible separar la metafísica —es decir, el problema ontológico— de la apreciación de la realidad. La metafísica es para mí, algo demasiado subjetivo, demasiado problemático para invocarlo como fundamento de una solución pragmática. El positivismo sólo puede ser batido en su propio terreno; es menester reconocerle la verdad relativa que es su fuerza y superarla en una concepción más alta. No hemos de borrar de la historia del pensamiento humano toda la segunda mitad del siglo XIX. Tenemos que aceptarla como un momento necesario en la evolución filosófica —deficiente, unilateral, monstruoso— pero explicable en su desarrollo genético como un corolario del apogeo de las ciencias naturales. La simple negación desconoce su raigambre histórica y el argumento ontológico no la alcanza.

En "La libertad creadora" he insinuado mi opinión sobre los "poemas dialécticos". Con la "Lógica pura", desvinculada del dato empírico, podemos construir el palacio metafísico que se nos antoje, tan legítimo, aunque no tan atrayente, el uno como el otro. Y en esto no hay nada despectivo para la metafísica; cuando más puede haber la decepción de un amor no correspondido, perdonable en quien, año tras año, ha de enumerar las divagaciones metafísicas, desde Thales hasta Núñez Regueiro, filósofo rosarino, autor de la Anterosofía. Viejo alienista, no puedo olvidar que hasta el paranoico sistematiza su delirio con impecable lógica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

He terminado en estos días una lectura metódica de la "Filosofía" de Rickert. En doscientas páginas de una exposición prolija, honesta y aburridora, protesta contra toda intención metafísica, trata de con-

vencernos de que el valor, independiente de la valoración, es un objeto irreal y luego en una página, a la vez trágica y ridícula, confiesa que no sabe cómo lo irreal actúa sobre lo real. Nos encomienda a la religión.

Husserl, a quien Ortega y Gasset ha proclamado el más grande de los filósofos vivientes, también asegura no hacer metafísica y ayunta la lógica pura con una vaga intuición, en busca de la quididad esencial de las cosas. En tanto Max Scheler, su discípulo más destacado, acaba de refugiarse en el regazo de la fe católica. Para llegar a semejante puerto, hay caminos más breves.

Todo esto me interesa sobremanera; de la angustia metafísica, bien se ve, no se ha de librar la humanidad ni el más ínfimo de sus integrantes. No lo ignoro; pero con Pascal me limito a decir: "Il y a des raisons que la raison ne connait pas".

No racionalicemos, pues, lo alógico. Buscar por el análisis una síntesis, es una empresa absurda. La filosofía se parece a la chica que a fuerza de manosear su querida muñeca, le saca los ojos, le arranca los brazos y las piernas y luego llora porque no puede volver a reunir los "disyecta membra". Después de hipostasiar los conceptos abstraídos, se maravilla de que no concuerden.

Considero prudente separar decididamente el problema ontológico de los problemas reales y no explicar la experiencia por lo que está más allá de toda experiencia posible. Eso implica abrir una puerta demasiado ancha al desvarío especulativo y, lo que es peor, a una argumentación deleznable. La rigidez de la construcción lógica, tan eficiente cuando se aplica los hechos intuídos, se amolda blandamente cuando sirve los propósitos de nuestra voluntad o la afirmación de nuestras convicciones. Lo mismo demuestra lo blanco que lo negro. Apenas abandonamos la sólida base de la experiencia, las categorías se desenvuelven en el vacío.

No se le ocultará que me acojo a la sombra de Kant y aun a la de un Kant un poco pedestre que, así mismo, prefiero a cuantos han tratado de superarlo, muy especialmente a la sofisticación audaz de los neo-kantianos.

No desconozco cuan distinta es la actitud espiritual de quien contempla lo efímero "sub specie aeternitate" pero descartada la metafísica como ciencia —trasmisible y enseñable— insisto en la conveniencia de reservarla al fuero íntimo de la conciencia y no mezclarla al debate de los problemas positivos.

Esta, mi manera de ver, no siempre habré logrado expresarla con claridad. Cuando entrego el mundo objetivo —o sea espacial— a la interpretación causal y aritmética de la ciencia, por fuerza determinista y mecanicista, no entiendo haber resuelto un problema ontológico ni me refiero a la esencia desconocida del proceso cósmico. Si luego atribuyo a la personalidad humana como finalidad la conquista de la libertad, tampoco entiendo referirme, como el idealismo romántico de los alemanes, a una libertad noumenal, opuesta a la necesidad fenomenal.

Tomo ambos conceptos, el de necesidad y el de libertad —sin hipostasiarlos— en un sentido relativo, no como integrantes de la "realidad en sí", sino como integrantes de nuestra concepción de la realidad sin comillas. Pues kantiano relapso, no identifico el Ser con el Yo aprisionado en los moldes del entendimiento humano. La realidad, reflejada en el tiempo y en el espacio, la concibo como un conflicto, no como una armonía.

La "coincidentia oppositorum" la creo; y me permito el equívoco de confundir los verbos creer y crear. Pero lo inefable sólo se expresa en la metáfora poética —del Dante o de Goethe— en la obra de arte,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—la partitura de Bach, por ejemplo— o en la visión que los místicos balbuceantes intentan traducir al lenguaje humano. El racionalismo lógico, después de analizar su propia estructura, puede meter violín en bolsa. Confórmese con ser instrumento de nuestra voluntad.

Extremar los conceptos de necesidad y de libertad hasta darles un valor absoluto, importa tropezar con la tercera antinomia perpetuamente inconmovible. Son conceptos antropomorfos; no cabe atribuírles un valor ontológico. En el proceso mental de la conciencia, única realidad que conocemos, coexisten la necesidad y la libertad, expresión de un dualismo gnoseológico insoluble. En la supuesta unidad del más allá, estos conceptos carecen de sentido. Su síntesis se realiza en la acción: "en el principio fué la acción".

Separo pues la conclusión gnoseológica de la ontológica. La primera se limita a la realidad temporo-espacial y no prejuzga sobre su esencia. Mi filosofía —y empleo la palabra con recato por no disponer de otra—, se encuadraría en este esquema:

Experiencia	Ciencia Axiología	Metafísica: Ontología

En palabras casi sibilinas: el macrocosmos, el microcosmos y el metacosmos o sea la causalidad, la finalidad y la síntesis mística de ambas, al alfa y el omega en su conjunción. La ciencia nos convence, la axiología nos persuade, la ontología nos consuela. Discutir un problema humano con argumentos ontológicos me parece aventurado; supeditar nuestra actitud a un principio ontológico, me parece el distintivo de un espíritu culto.

Me considero muy distante de ser un escéptico, pero rechazo todo dogmatismo. No he abandonado el dogmatismo cientificista para caer en un dogmatismo lógico o metafísico; mi fe es mi fe personal. Nadie posee la verdad absoluta ni puede concebirla. El pavor del enigma es lo único que nos es común.

La filosofía argentina se afirma tres veces en el segundo verso de nuestro himno nacional, acompañada del ruído de rotas cadenas. Humanizarse es aproximarse a la realización íntegra de nuestra libertad. Entiendo que eso es ser argentino. ¿Cual es la vía? En las soluciones universales y perpetuas no creo. Los problemas se plantean dentro de su medio y de su época. La voluntad —más o menos instintiva, más o menos consciente— impone la solución. De la vida surgirá y no de la cátedra (1).

Estas consideraciones, ni originales ni novedosas, tienen por único objeto definir —ojalá— una posición determinada, de ninguna manera rebatir o conmover la que con mejor criterio usted haya elegido. Esto sí, aspiran a provocar, dentro de términos aclarados, una réplica que ha de ser una contribución valiosa a nuestro indeciso movimiento espiritual.

Con el filosófico capitán Romero algunas veces lo recordamos a usted con íntima simpatía. Es el hombre mejor informado y que más amor consagra a los estudios de nuestra predilección, pero se me resiste con todos los pertrechos de fabricación germánica.

Le envío mi más afectuoso saludo. Considéreme siempre su consecuente amigo y S. S.

Alejandro Korn.

Señor Dr. Alberto Rougés.
Tucumán.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

---

(1) No quiero insinuar con esto ni remotamente que cualquier loco de verano ha de hacer filosofía.

ERRATA NOTABLE

En el Nº 7-8, página 834, línea 2ª., a continuación de la palabra "política, deben leerse las siguientes, omitidas involuntariamente: "La " atmósfera cargada está de muerte, intriga, opresión. Y donde reinan " la sospecha y el temor, donde no hay libertad, huye el espíritu creador. " No hay más que echar una mirada por el mundo actual para ver cuan " cierto es esto: o se crea o se destruye. No hay otra disyuntiva. El " hombre inclina las energías que le alientan a uno u otro lado. O " crea o destruye, sí".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar